MALENFANT

Larga vida a la Muerte



ANDREA IZQUIERDO

Lit RBA

Índice

PRÓLOGO
1. HAZEL
2. HAZEL
3. HAZEL
4. MARLOWE
5. HAZEL
6. MARLOWE
7. MARLOWE
8. HAZEL
9. MARLOWE
10. HAZEL
11. HAZEL
12. HAZEL
13. MARLOWE
14. HAZEL
15. MARLOWE
16. HAZEL
17. MARLOWE
18. HAZEL
19. HAZEL
20. MARLOWE
21. HAZEL
22. MARLOWE
23. HAZEL
24. MARLOWE

25. HAZEL
26. MARLOWE
27. HAZEL
28. HAZEL
29. MARLOWE
30. HAZEL
31. HAZEL
32. MARLOWE
33. MARLOWE
34. HAZEL
35. MARLOWE
36. HAZEL
37. MARLOWE
38. HAZEL
39. MARLOWE
40. MARLOWE
41. HAZEL
42. HAZEL
43. HAZEL
44. HAZEL
45. MARLOWE
46. HAZEL
47. MARLOWE
48. HAZEL
49. HAZEL
50. HAZEL
51. MARLOWE
52. HAZEL

53. MARLOWE
EPÍLOGO. MARLOWE
AGRADECIMIENTOS

AVISO DE CONTENIDO

Este libro contiene escenas de violencia explícita, tortura y maltrato, abusos, asesinatos, suicidio, adoctrinamiento y aspectos que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

Por favor, ten esto en consideración antes de leer.

© del texto: Andrea Izquierdo, 2026.
Autora representada por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan.
© de la ilustración: Raquel West, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: mayo de 2026.

REF.: OBEO085
ISBN: 979-13-7031-302-9

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Para Emma

PRÓLOGO

La mansión Malenfant no se reflejaba sobre las oscuras aguas del lago. Ni siquiera la luna llena lograba vencer el hechizo que la hacía invisible a las miradas indiscretas. Pero estaba ahí. Impasible, oscura, serena. Los crujidos por culpa de la humedad de sus escaleras parecían querer revelar los secretos de sus antiguos dueños. O quizá las corrientes de aire silbaban los gritos de quienes habían encontrado su final entre aquellas paredes.

Pero la mansión había visto cosas peores que la muerte.

Durante varios siglos, había reposado tranquila, junto a la orilla. Sin miedo a que las lluvias de Escocia inundaran los suelos de madera. En su día las paredes se habían llenado de retratos que mostraban a mujeres y hombres de cabello platino y piel pálida. Ahora la mayoría de los lienzos habían sido devorados por el moho. Rostros deformados y oscurecidos recibían a todo aquel que tuviera permiso para entrar en la mansión.

Marlowe Malenfant era uno de ellos.

El joven se dejó llevar por el sendero de gravilla que conectaba el bosque con la casa familiar. Su pelo rubio, casi plateado, era como una llama entre tanta oscuridad. Por el aspecto de los setos, cualquiera diría que la mansión había estado abandonada durante cincuenta años. Sin embargo, solo habían pasado unos meses desde

que los últimos Malenfant se fueron a la guerra. Y la mayoría no iba a regresar.

En su día, aquel lugar rebosaba magia, a pesar de sus colores oscuros y su lúgubre apariencia. Los jardines parecían vivos. Varias generaciones de todo tipo de criaturas mágicas habían campado a sus anchas por esos terrenos, pero Marlowe estaba convencido de que ya no los encontraría ahí. Solo quedarían sus huesos, roídos por los cuervos, la humedad o algo peor.

La mansión parecía haberse sumido en un sueño profundo.

Marlowe Malenfant se acercó a la puerta, coronada por el lema familiar «SUB UMBRA MORTIS». En otra época se habría abierto sola al reconocerlo, pero ahora tenía que conformarse con usar la fuerza. La madera oscura cedió, permitiéndole la entrada al vestíbulo con un crujido molesto. Si la casa se hubiera negado a dejarlo pasar, no habría podido atravesarla con vida, pero ahí estaba él, colándose en su propia villa familiar como si fuera un niño demasiado atrevido en la noche de Halloween.

El chico dio unos pasos y enseguida se percató de que el suelo estaba anegado. Apenas eran dos o tres centímetros de agua, pero era suficiente para que se le mojaran los calcetines por culpa de los agujeros en los zapatos. No le importó. Dejó su capa sobre un sofá polvoriento y caminó hacia el retrato de su padre. El hombre de pelo largo, lacio y platino le devolvió la mirada, que brillaba por las gotas de rocío que cubrían las pinceladas de su rostro.

La mansión Malenfant lloraba.

—Sigue vivo. Mi padre sigue vivo. Y mi madre también.

Las palabras de Marlowe rebotaron en el vestíbulo. Era la primera vez que hablaba desde que terminó la guerra. A su padre se lo

habían llevado del campo de batalla, como consecuencia de sus graves heridas. Su madre se había limitado a guardar silencio y acompañar a su marido, despidiéndose de Marlowe con un asentimiento de cabeza.

Y, de pronto, animada por su voz, la mansión revivió. Varias antorchas se iluminaron con un fuego que no podía competir contra la humedad de la casa, pero que conseguía mantenerse encendido a pesar del frío. Las paredes crujieron, como si estuvieran despertando de su largo sueño. La casa estaba feliz de que sus dueños fueran a regresar pronto y de que el linaje Malenfant siguiera intacto.

—Pero *él* no.

La mansión volvió a crepitar. Marlowe no tenía que dar muchas más explicaciones. Aquellas paredes habían escuchado demasiadas palabras. Planes frustrados. Nuevos ataques. Y, por supuesto, toda la historia de una guerra que se había alargado durante tres años.

Una guerra que había terminado esa misma noche.

Fue entonces cuando Marlowe lo escuchó. Había vivido en aquella mansión lo suficiente como para saber cuándo entraba y salía de su casa. Aunque había pasado los últimos años de su vida en un internado, no había sido capaz de olvidar el sonido del cuerpo frío y pesado de la enorme serpiente deslizándose. Todavía le erizaba el pelo de la nuca. El basilisco se coló por algún recodo del enorme caserón, mojado por las oscuras aguas del lago, y serpenteó por las escaleras que conectaban con el sótano hasta llegar al vestíbulo.

Marlowe sabía que estaba detrás de él. Podía sentir su presencia viscosa, sus ojos rojos, esa actitud burlona que no había logrado domar. Se giró, tratando de no sentirse abrumado por el monstruo de más de un metro de grosor y unos quince de largo. Su familia era

conocida por criar bestias aparentemente indomables, pero él todavía no se había acostumbrado a los aullidos, gruñidos y sonidos escalofriantes que lo despertaban en mitad de la noche.

El muchacho actuó como siempre hacía cuando se sentía amenazado por él: desviar la vista a sus escamas. Casi podría dibujarlas con los ojos cerrados de las veces que había tenido que esquivar su mirada hostil. Marlowe se concentró en bajar las pulsaciones de su cuerpo para que la bestia no pudiera notar sus nervios. Después, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

El Magno ha muerto.

La estridente voz del basilisco se coló en su cabeza. Sonaba como una mezcla entre un susurro rasposo y un chirrido. No era una pregunta, sino más bien una confirmación del final de la guerra, en la que su líder había caído en la batalla final.

El chico asintió. Su pelo rubio brillaba bajo las llamas de las antorchas.

Hemosss ganado la guerra, pero a un alto precio.

El basilisco escupió las palabras en su mente como si le diera asco pronunciarlas. Mientras tanto, Marlowe solo podía concentrarse en aquellas escamas.

—Así es.

La serpiente se agitó y recorrió el vestíbulo. Su cuerpo se deslizaba sobre la fina capa de agua del lago que había inundado la mansión. La bestia ya la había hecho suya. Siempre había campado a sus anchas durante los siglos que la familia había habitado aquel lugar. Respondía a ellos desde que el primer Malenfant mandó construir aquel palacete, pero tras la reciente debilitación del apellido se había vuelto más impaciente. Más rebelde.

Con un gesto brusco, el basilisco se giró hacia Marlowe, como si quisiera poner a prueba su miedo. Sin embargo, el chico no se alteró. La bestia podría haber abierto sus fauces y haberle clavado aquellos colmillos llenos de veneno y Marlowe habría seguido ahí. Quieto. Traumatizado por los eventos que habían sucedido en las últimas horas.

Pero no estásss convencido. Essstásss preocupado, lo noto. Lo huelo. Hay algo en esssa cabeza tuya que me dice que las cosssasss van mal. Essspero que no me essstésss mintiendo.

Marlowe negó. La serpiente se irguió, colocándose en una posición que imitaba a una cobra a punto de atacar a su enemigo. Hacía tiempo que Marlowe no la veía tan inquieta, así que prefirió no alargar más la situación.

—El Magno ha muerto, sí —le confirmó—. Pero también el enemigo. Los dos se han enzarzado en una batalla a vida o muerte y no ha quedado ninguno. Los pocos supervivientes han retrocedido, sin saber qué hacer, y todos han huido del campo de batalla.

El basilisco gruñó. El joven lo interpretó como un signo de disconformidad.

¿*Y tu padre*?

—En la mansión Aurigae. Recuperándose de sus heridas.

Marlowe no quiso añadir que la vida de su padre se encontraba en grave peligro, tratando de curar unas heridas peores que las que había sufrido él.

El basilisco se agitó y le dio la espalda, desapareciendo por las escaleras que llevaban al sótano inundado. Marlowe había aprendido a no molestarlo cuando lo hacía. Las formas de vida de los magos y las bestias eran muy distintas y no quería ser el primero de su

familia en romper la débil alianza que habían logrado mantener con esa especie. No se movió hasta que estuvo seguro de que su pesado cuerpo se había marchado de vuelta a las frías aguas del lago.

Marlowe soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones. Sus hombros se destensaron. Tras echar un último vistazo al vestíbulo, recogió su capa y subió a su habitación. Apenas la reconocía. Los años que había pasado en el internado le habían hecho madurar rápido. Tenía siete años cuando dejó de ser su dormitorio, al que solo regresaba una semana durante las vacaciones de Navidad y días contados en verano. Con pena, se dio cuenta de que sus padres habían recogido casi todos sus enseres, dejándola como si fuera un cuarto de invitados. Ni siquiera en los veranos había podido pasar tiempo ahí, ya que solían quedarse en una casa de campo de la familia de su madre.

Miró el colchón húmedo y viejo; aun así, se tumbó. Su cuerpo le pedía a gritos un descanso, pero su mente proyectaba en bucle las escenas de destrucción de la guerra. Sus padres envueltos en unas llamas de color amarillo. Pero, sobre todo, cadáveres por todas partes. Cuerpos inertes de alumnos con los que había compartido clases en el internado. Chicos de siete a diecinueve años que todavía tenían toda la vida por delante, pero que escogieron el bando incorrecto.

Marlowe no podía borrar de su mente el momento en el que El Magno había muerto. Repetía sin parar aquellas imágenes de fuego y destrucción. En algún momento de la madrugada, con el sonido de fondo de la lluvia sobre el lago, Marlowe Malenfant se quedó dormido, sin darse cuenta de que una carta entró volando por un hueco de su ventana y se posó sobre su pecho.

1

HAZEL

Grito.

Grito tan fuerte que el sonido parece provenir de otro lugar que no es mi interior, como si fuera un murmullo lejano cuya procedencia desconozco. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que he presenciado la muerte de mi hermano a manos de El Magno. Mi mente se niega a procesar lo que han visto mis ojos.

Sabía que era algo que podía pasar. Todos lo pensábamos, en realidad. Pero soy incapaz de asimilar que ha sucedido de verdad. Que mi mellizo nunca volverá a mirarme con ese brillo en los ojos, esa valentía disfrazada de temeridad que tanto lo caracteriza. Que tanto lo *caracterizaba*.

Y ahora está muerto.

No me importa que Jack haya matado al líder de los segadores, el hombre que ha aterrorizado durante años todo el mundo mágico. Me da igual que su nombre se vaya a convertir en uno de los más famosos de toda la historia de la magia, que se le alabe como el salvador de las futuras generaciones de magos. No me importa nada de lo anterior, porque mi hermano ya no estará nunca más a mi lado, y eso me quema el alma. Jack y yo hemos vivido veintidós

años juntos. Cada segundo de mi vida, desde que llegué al mundo tan solo unos minutos después de él, lo he compartido con mi mellizo.

Me acerco a su cuerpo para asegurarme de que lo que he visto es cierto y mi ansiedad no me ha traicionado. El cuerpo de Jack yace en el suelo, todavía caliente, rodeado de varios compañeros que lloran su muerte. No puedo sostener sus miradas de lástima mientras me arrodillo a su lado y le toco el brazo.

Por más que mi mente lo niegue, todo es real. Mi hermano no respira. Sus ojos ya no ven las estrellas del cielo que se reflejarían en sus iris verdes. Jamás lo harán. Ningún libro, hechizo, sacrificio ni poción podrá devolverle la vida.

Se ha ido para siempre.

Vuelvo a gritar, agarrando a Jack por la camiseta, intentando aferrarme a lo poco que me queda del que ha sido mi compañero de vida. Mi otra mitad. Mi consuelo en los días grises y el reflejo de mi risa en los buenos momentos. Ya no habrá más de esos, porque todo ha acabado.

A nuestro alrededor, los rebeldes se debaten entre celebrar o no la muerte de Magnus. O, como lo llaman los segadores, El Magno. La guerra ha acabado, pero la mayoría de las familias de magos han sido arrasadas. En los últimos días he visto morir a genealogías enteras. Algunas en el campo de batalla; otras, en sus propias casas, de día o de noche, durmiendo o llevando a cabo actividades cotidianas, sin saber que iban a ser las últimas.

La resistencia apenas tiene ya miembros con vida. Jack, nuestros padres, los líderes del movimiento contra los segadores... No ha quedado ninguno. Unos días atrás, calculé que la mitad de los

nuestros ya habían fallecido durante los tres años que ha durado esta guerra. Y esa cuenta no incluía la batalla final que se ha llevado a mi hermano.

El único consuelo que puedo encontrar es que, al menos, Magnus también ha muerto. De su cuerpo ya solo quedan unas cenizas esparcidas por el suelo, todavía humeantes, consecuencia del hechizo de fuego que le había lanzado mi hermano.

Me aferro al cuerpo de Jack y lloro y grito durante lo que parecen horas, hasta que unos brazos me envuelven y me sacan del campo de batalla.

No me resisto. De hecho, incluso deseo que sea un segador quien me ha secuestrado. Así podrían matarme también a mí y terminar con este sufrimiento. Así podría reunirme con Jack en el más allá. Sin embargo, se trata de unos brazos que conozco demasiado bien.

Caleb me acompaña hasta llegar a un lugar seguro y, entonces, nos teletransporta a su casa. He estado tantas veces en este lugar que podría recorrerlo con los ojos cerrados. Sin embargo, las piernas me fallan en cuanto pongo un pie en su interior. La casita, que se había convertido en el cuartel general de la resistencia, es ahora un lugar cargado de recuerdos dolorosos. Falta Poppy en la puerta recibiéndonos con una gran sonrisa. El horno nunca más se encenderá con las famosas galletas de Randall. Y Jack no se quejará cuando yo les corte mientras hablan sobre cómo acabar con Magnus para recordarle que tiene que dormir, por lo menos, siete horas al día.

Camino hacia el interior de la casa, sin ser realmente dueña de mis pasos. Subo como puedo a la planta de arriba, acompañada de Caleb, y me dejo caer en una de las camas. No me doy cuenta de

que estoy herida hasta que veo las sábanas manchadas de mi propia sangre.

—No quiero... —murmuro.

Tengo la voz pastosa. Ni yo misma la reconozco al principio.

—Bebe esto e intenta dormir —me ordena Caleb, tratando de mantenerse lo más neutro posible. Él también ha perdido a un amigo en el campo de batalla. Además de a sus padres y a dos de sus hermanos. Ni siquiera sé si su hermana, Alice, ha sobrevivido.

Quiero negarme, pero Caleb ya me ha acercado el frasco a los labios. Doy un sorbo tímido y reconozco el sabor de una poción sencilla para dormir. Empiezo a enumerar en mi mente los ingredientes. Le falta un toque de aloe y se les ha ido la mano con la cúrcuma, pero no me quejo. En cuestión de segundos comienzo a sentir los párpados pesados y el sueño se apodera de mí, obligándome a relajar mis doloridos músculos. La poción *noctilius* garantiza un descanso profundo y sin pesadillas, por lo que es muy difícil de comprar y más aún de producir en casa. La familia de Caleb había preparado un par de calderos por si se necesitaban en algún momento de la guerra.

Lo último que escucho son los pasos de mi exnovio abandonando la habitación y cerrando la puerta. La gravedad me empuja hacia abajo y me dejo llevar por el cansancio. En los últimos instantes de consciencia, deseo incluso no despertarme. Me siento culpable de disfrutar de estos segundos previos a dormirme, donde todo está tranquilo y no existe el sufrimiento ni la muerte.

Al final, mi cuerpo cede.

2

HAZEL

En algún momento me despierto con un sobresalto. Las gruesas cortinas, o quizá un encantamiento de oscuridad permanente, no me permiten distinguir si es de día o de noche, así que no sé cuántas horas he dormido. Lo que sé es que, por lo menos, no he soñado con mi hermano. Aun así, la última imagen que tengo de él regresa a mi cabeza. La poción casera ha funcionado, pero durante pocas horas.

Oigo voces en la planta de abajo, aunque, por más que me concentre en escuchar su conversación, solo puedo distinguir algunas palabras sueltas. Me levanto con mucho cuidado, para que las tablas del suelo no me delaten, y dejo atrás la cama y la habitación para acercarme al hueco de la escalera. Abajo hay una luz tenue encendida. El resto de la casa está a oscuras. El sonido de la tormenta envuelve el tejado.

De pronto, doy un paso descuidado y la madera cruje bajo mis pies. Cierro los ojos, como si eso pudiera borrar lo que acaba de suceder. Abajo, la conversación se detiene.

—¿Se ha dormido?

La voz de Alice me llena de alivio. Ha sobrevivido. Una parte de mí quiere bajar corriendo a abrazarla, pero me quedo justo donde estoy, esperando a que sigan hablando. Un trueno rompe el silencio, así que aprovecho para dar un paso más.

—Sí, está en tu habitación —responde Caleb—. No quería ponerla en la mía porque...

Me da la impresión de que no sabe cómo terminar la frase. ¿Porque es demasiado pronto para que vuelva a entrar en un cuarto en el que acumulamos demasiados recuerdos? ¿Porque fue ahí donde nos besamos por primera vez en aquellas vacaciones de Navidad?

—Espero que pueda descansar —dice Alice.

Su hermano suspira. El cielo vuelve a rugir, así que aprovecho los truenos para dar dos pasos más y poder ver a los hermanos por un pequeño hueco entre las barandillas de la escalera. Los dos tienen muy mal aspecto: la ropa manchada y unas ojeras que llevan arrastrando varios días, si no años. Una tetera flota en el centro de la mesa y rellena el vaso de Alice. En algún lugar me parece escuchar un caldero burbujeando.

—Le he dado un poco de *noctilius*.

En otro contexto, su hermana le habría lanzado una mirada cargada de desaprobación. No le habría gustado que Caleb hubiera utilizado las pocas unidades que tenían divididas en unos frascos menores que la medida estándar. Pero la situación ahora es muy diferente.

—He ayudado a llevar su cuerpo a la enfermería, pero el acceso era inestable, así que al final lo he dejado en uno de los dormitorios de los alumnos de séptimo. —Caleb hace una mueca al imaginar la

situación—. Sí, ha sido muy incómodo, pero no sabíamos dónde dejarlo.

—No hacía falta que lo hicieras, Alice. Podías haber dejado que Ezekielle se encargara.

—Ha muerto también.

El estómago me da un vuelco con esa revelación. Al parecer, Caleb tampoco lo sabía.

—¿La directora ha muerto? —pregunta, en un tono más alto del que debería, aunque no sabe que yo ya estoy despierta.

—¿No lo sabías?

Suspira y se deja caer hacia delante en la mesa. Se frota los ojos con las palmas de la mano, como si eso fuera a borrar los horrores que ha presenciado. Y eso que no lo ha visto todo.

—No. ¿Cómo lo iba a saber? He estado casi todo el tiempo persiguiendo a los Myers, que estaban envenenando la tierra fértil de los huertos. He tratado de revertir los efectos todo lo que he podido, pero... —Su mente parece viajar a otro lugar—. No puedo creer que Ezekielle haya muerto. Es como si la lista se hiciera cada vez más larga.

Alice se mantiene impasible a pesar de todo. No sé de dónde ha sacado un caparazón tan duro que la protege de todo lo que hay a su alrededor. Me da miedo cuando se comporta así, porque eso solo puede significar que algún día, en cualquier momento, estallará y su rabia arrasará con todo.

—Al dejar el cuerpo de Jack en una de las habitaciones, he visto que también estaba Lydia Vale.

—¿Muerta? —pregunta Caleb.

Hay una alta probabilidad de que sí. No me atrevo a jugar con números, pero calculo que, después de la batalla final, el noventa por ciento de los nuestros han muerto. O, por lo menos, han tenido la suficiente suerte como para poder esconderse a tiempo.

Incluso si han huido, no los juzgo. No es fácil ver cómo el enemigo va llevándose, poco a poco, a todas las personas que se convirtieron en tu familia en el internado. Tantos años juntos y desaparecidos, de un día para otro, a manos de Magnus o cualquiera de los segadores. Solo espero que en el futuro podamos vivir en paz, pero no creo que el fin de la guerra sea el fin del dolor. Estoy convencida de que solo es una fase temporal antes de una época de opresión y caza de los rebeldes que no queremos ponernos del lado de los segadores.

—Sí, claro —prosigue Alice—. Es de los pocos cuerpos de hijos de segadores que no se han llevado. He oído que el de Visinia Malenfant lo quemaron..., y el de Atticus Aurigae ha aparecido cortado en trozos.

—¿Qué? —exclama él.

Me siento mal por alegrarme de que hayan matado a alguien, pero los Aurigae siempre han sido tan arrogantes como insoportables. Es como si tuvieran un gen maldito que se iba pasando de generación en generación. Pasé trece años en el internado presenciando cómo Alec Aurigae se convertía en un sádico, siempre acompañado de Marlowe Malenfant y otros alumnos también segadores..., pero me habría bastado tan solo un mes para saber que los Aurigae tienen una desmedida sed de sangre. No me extraña que alguien, a modo de venganza particular, haya descuartizado a uno de sus hijos.

—Sí, sus padres solo han encontrado una pierna, dos brazos y una oreja. No hay ni rastro de lo demás. Han sido necesarios varios

hechizos de identificación para saber que eran de él...

Caleb se queda en silencio. Lo conozco demasiado bien como para saber en qué está pensando. Cuando Alice y Caleb perdieron a sus padres, le dio paz poder tener unos cuerpos que enterrar. Sobre todo, después de que sus padres estuvieran varios meses secuestrados. Desde aquel día ninguno hemos vuelto a ver llorar a Alice. Es como si le hubieran lanzado un hechizo para apagar sus sentimientos y no lo hubiera vuelto a activar jamás.

—¿Y Damascus Malenfant? ¿Sigue vivo? —le pregunta Caleb—. No lo he visto hoy.

Alice da un largo trago a su vaso de té. Cuando lo deja sobre la mesa, la tetera lo rellena de nuevo y después levita hacia los fogones para hervir más agua.

—Creo que está herido.

—Ah... —responde. Me da la impresión de que Caleb se corta para no decir lo que piensa, pero su hermana lo hace por él.

—Ojalá se muera de la forma más dolorosa posible.

Con cuidado, para no hacer ruido, hago un movimiento extraño con la espalda para tratar de relajar los músculos, doloridos y agarrotados después de todo lo que ha pasado hoy. Ni siquiera la poción me ha ayudado. Los niveles de rabia de Alice me preocupan y sé que a Caleb también, pero entiendo que en tiempos de guerra cada uno canaliza el duelo y la desolación como puede.

Estoy siguiendo los caminos que hacen las vetas de madera en la barandilla de la escalera cuando me parece escuchar un ruido fuera de casa y mi cuerpo se tensa otra vez. Esta vez no es un trueno. Miro a Caleb y después a Alice para comprobar que no ha sido imaginación mía. Ellos también lo han oído. Se ponen de pie en

silencio y caminan hacia la ventana. El corazón se me acelera. Quiero bajar con ellos, pero sería el peor momento posible. La habitación de Alice da a la puerta de la casa, así que si pudiera llegar hasta ahí sin hacer ruido y ver lo que está pasando..., pero es demasiado tarde.

—No te muevas —susurra Caleb, pero Alice lo manda callar levantando la mano.

Él apaga las luces. Sé que no servirá de mucho, porque un hechizo iluminador hecho por los segadores en cualquier momento delatará nuestras posiciones. Además, si nos han encontrado, ya es demasiado tarde. En cuestión de segundos podrían entrar en la casa y matarnos a los tres.

Sin luz, dejo que mis ojos se vayan acostumbrando a la oscuridad y me obligo a escuchar con atención para detectar cualquier sonido sospechoso proveniente del exterior. Nos quedamos en silencio. No me había dado cuenta hasta ahora de que la tormenta ha parado y los grillos han dejado de cantar. Las ramas de un árbol cercano se mueven con el viento..., pero no parece escucharse nada más.

—No ha sido nada —le dice a su hermana.

Alice permanece unos instantes más junto a la ventana. Después, pasa la cortina y vuelve a encender la luz.

—Es todo tan raro... No sé si la muerte de Magnus significa que todo ha terminado... o si realmente todo acaba de empezar.

—¿Crees que está muerto de verdad? —le pregunta él.

Yo también he llegado a pensar lo mismo, a pesar de que he visto las cenizas. No es la primera vez que han anunciado su muerte y solo era un bulo, una estrategia estúpida para seguir debilitándonos durante estos tres largos años de guerra.

—Sí, estoy totalmente segura de que está muerto. Jack le lanzó un hechizo de fuego, una bola imposible de esquivar que lo consumió, pocos segundos antes de morir él.

Las piernas me empiezan a temblar solo de recordar ese momento. Se mataron mutuamente, de hecho, pero Jack tardó un tiempo en desangrarse. Fue una escena horrible. Ambos pelearon a muerte junto al puente. Jack quería vengar la muerte de nuestros padres y utilizó magia demasiado avanzada. Pero, aun así, la magia le respondió como si la hubiera domado durante años. Pilló desprevenido a Magnus en uno de sus ataques y consiguió lanzarle una bola de fuego de la que no pudo escapar, pero justo después le impactó en el pecho un hechizo que lo desangraba poco a poco. Magnus se convirtió en cenizas casi al instante. Mientras tanto, mi hermano perdió la vida pese a que los que estábamos a su alrededor intentábamos cerrarle unas heridas que parecían hechas por la mismísima Muerte.

Trago saliva. Todos, en algún momento, hemos pensado qué pasaría después de la muerte de Magnus. Pero jamás pensé en lo que yo haría después de la muerte de mi hermano. No sé si los segadores aprovecharán estos días para velar a sus muertos, o si seguirán los pasos de su mentor hasta acabar con todos nosotros. La mayoría de los rebeldes nos hemos quedado huérfanos. La guerra se ha llevado por delante a familias enteras. El resto ha huido al sur, y no sé si habrán encontrado un lugar a salvo o los habrán matado también por el camino.

—Me da miedo que nos pase lo mismo que a los padres de Hazel —confiesa Caleb.

Me sorprende que exprese sus temores en voz alta delante de su hermana. Nunca han tenido una relación tan cercana. Por lo menos hasta que empezó la guerra, cuando sus padres y sus hermanos murieron y solo quedaron ellos dos.

—¿Cómo los asesinaron exactamente? —pregunta Alice.

—Huyendo a Londres. Quisieron llevarse a Hazel, pero ella no quería separarse de Jack.

—¿Huyendo? —pregunta Alice en un tono más agudo de lo normal.

Siento que ardo por dentro, porque no quiero que mis padres parezcan unos cobardes. Ellos nunca quisieron abandonar la causa. Simplemente buscaban un lugar más seguro donde poder reunirnos y pensar en nuestros próximos movimientos. Y ahora... solo quedo yo

—Quiero decir, buscando donde esconderse los cuatro —aclara Caleb—. Jack quería matar con sus propias manos a Magnus y Hazel se quedó con él... Y el resto de la historia ya la conoces. Nosotros podríamos hacer lo mismo, Alice, ahora que ha terminado todo. Aquí ya no queda nada por lo que luchar. Podríamos llevarnos a Hazel y a Serenity, buscar un pueblo tranquilo en los alrededores de Londres, empezar de cero...

Alice asiente en silencio. Después veo cómo levanta la cabeza, intentando encontrar las palabras para formular la pregunta que le lleva quemando en la punta de la lengua desde que Caleb ha mencionado mi nombre. La conozco demasiado bien como para no saberlo.

—¿Hazel y tú habéis vuelto a...?

—No.

Su respuesta es tan tajante como la realidad. No ha vuelto a pasar nada entre Caleb y yo desde mucho antes de que empezara la guerra, y no creo que ahora sea el mejor momento para retomarlo. En cuestión de tres años, todos hemos pasado de una vida normal a tener más familiares y amigos en el cementerio que entre nosotros. Retomar la relación con mi antiguo novio es la última cosa que se me pasa por la cabeza ahora mismo.

—Me pareció que el otro día estabas abrazándola —continúa su hermana.

Suspiro. Sé perfectamente a qué momento se refiere. Serenity y yo nos colamos en casa de los Ravenscroft para rescatar a Theo Hall, un alumno de sexto curso al que estaban torturando para sacar información de la ubicación de sus hermanos mayores y otros miembros de la resistencia. No sé cómo lo hicimos, pero conseguimos salir de ahí con vida, aunque me marcó para siempre ver lo que le habían hecho a Theo. El niño, que apenas había cumplido los doce años, había perdido un dedo y le faltaban todas las uñas de las manos.

—Sí, pero no significó nada romántico. Me enfadé con ella por colarse en la casa de los Ravenscroft.

—Lo que hicieron fue muy valiente —le corta Alice—. Si lo hubiera sabido, yo misma me habría unido al plan.

Pero Caleb niega con la cabeza.

—Precisamente por eso le dije a Hazel que no te dijera nada. Porque sabía que te lanzarías de cabeza a ir con ellas y...

—¿Y qué? —Alice levanta la voz.

Sonrío en la oscuridad de la planta de arriba. Siento su medidor de rabia rozando el límite, como un volcán a punto de derramar lava

por sus laderas.

—¡Y no quiero que te pase nada! ¡Por si no te has dado cuenta, solo quedamos tú y yo en esta casa, los hemos perdido a todos y no quería que te marcharas a una misión suicida! —le aclara, por si no era lo suficientemente obvio.

Su hermana resopla, aunque puedo entender a Caleb. En esta casa antes vivían seis personas. Ahora solo quedan dos.

—Caleb, a veces se te olvida que soy tu hermana *mayor*.

—Me da igual.

—No puedes vivir continuamente con miedo —lo empieza a aleccionar. Caleb resopla, con pocas ganas de escuchar la charla que sabe que viene a continuación. Que si tiene que tener más confianza en sí mismo, que si no puede salvar a toda la humanidad...

—Ya basta, Alice. Déjalo.

—Y tampoco podrás proteger a Hazel para siempre. Aunque Magnus haya muerto, la guerra sigue, pero de otra manera. Y no se puede ganar una guerra con el corazón roto.

Caleb da un golpe en la mesa y unos platos vacíos tintinean.

—¡Deja de mencionarla! Solo somos amigos, Alice. Ya te lo he dicho. No me hagas enfadar, por favor.

—Porque ella quiso protegerte de ti mismo —insiste Alice—. Sabía que harías todo lo posible y más por ella para mantenerla con vida y alejarla de la guerra. Pero Hazel quería quedarse con su hermano, claro. Por eso no lo aguantabas.

Sus palabras me dejan helada. ¿Caleb tenía celos de Jack?

—Cállate, Alice, ¿quieres? —le responde, con la máxima severidad posible. Creo que nunca le había oído hablar así a su hermana—. Jamás me enfadó que Hazel apoyara las ideas radicales de Jack.

Durante estos años que no hemos estado juntos me he dedicado a ser su amigo, su hombro para llorar cuando lo ha necesitado, su apoyo en los momentos difíciles...

Pero Alice no parece convencida con esas explicaciones. Y yo tampoco. No por casualidad la amistad de Caleb y Jack se fue diluyendo a medida que crecían los rumores de que se acercaba una guerra entre rebeldes y segadores.

—Pero si, después de todo esto, Hazel te dijera de volver juntos, de intentarlo de nuevo... ¿Aceptarías? ¿Volverías a tener una relación con ella?

Mis músculos se tensan todavía más. Me acerco más a la escalera, sabiendo que en cualquier momento podrán verme, pero necesito saber la respuesta a esa pregunta. Sin embargo, no llega. Cuando Caleb abre la boca para responder, su contestación queda ahogada por una explosión en la planta baja. En un instante, el suelo de madera se empieza a desmoronar bajo mis pies y se derrumba, llenando la cocina de polvo y listones peligrosamente afilados. Uno de ellos se clava en el omóplato de Caleb, que me mira con la cara desencajada.

Las luces titilan y, después, todo se vuelve oscuro. Alice grita cuando un grupo de varias personas irrumpen en la casa. No necesito mirarlos a la cara para saber quiénes son y qué quieren. La mayor de los White ya se ha puesto de pie y trata de defenderse. La cabeza me arde y el corazón me va tan rápido que casi puedo escucharlo. Intento imitarla, pero es demasiado tarde. Un calor húmedo me recorre la mejilla y no me doy cuenta de que es sangre hasta que me toco la ceja, que se ha llevado la peor parte del golpe.

Sangre. Es *mucha* sangre.

Siento pasos por encima de mí, directos al interior de la cocina. Me pisan, me golpean, hasta que uno de ellos se da cuenta de que estoy justo ahí. Intento defenderme, pero le basta un pequeño encantamiento de obnubilación para hacerme perder el conocimiento.

3

HAZEL

Me despierto de golpe. Algo me aprieta el cuerpo, me aprisiona desde el pecho a la cintura, pasando por detrás y sosteniendo mis piernas. Mi primer pensamiento es que se trataba de una pesadilla, pero es imposible. Una poción *noctilius* bien elaborada jamás lo permitiría. Entonces, mi mente me recuerda la explosión, el caos, los gritos... y un gran vacío negro.

Intento mover los brazos, pero no puedo. Solo me responden las piernas, que cuelgan hacia el suelo en una posición extraña. Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy suspendida en el aire, rodeada por el cuerpo de una enorme y viscosa serpiente.

Mi corazón se acelera. Trato de zafarme, pero la bestia tiene un diámetro inabarcable y me tiene aprisionada con gran fuerza. La siento ardiente, pero al mismo tiempo helada. Sus escamas se agitan cuando se percata de que su prisionera ha despertado.

Miro a mi alrededor. No reconozco el lugar al que me han llevado. Parece una casa antigua, con los suelos de madera oscura y las paredes infestadas de moho. En el ambiente reina un olor a putrefacción, pero no sé si es por el lugar o por la propia serpiente gigante. Intento zafarme de nuevo y la bestia reacciona, soltándome

de improviso y lanzándome contra el suelo. Me golpeo en la cabeza y el codo. No grito, pero el golpe me despierta del todo. Y, de pronto, todos los recuerdos de la noche anterior se agolpan en mi mente.

La mirada vacía de mi hermano.

La muerte de Magnus.

El final de la guerra.

La explosión.

Con las piernas temblorosas, me pongo de pie. Y entonces los veo. A mi izquierda se encuentran los miembros de la cúpula de la resistencia que han sobrevivido. Miro a Caleb, que parece pedirme perdón con los ojos por no haber podido protegerme, y a Serenity. Mi mejor amiga parece un fantasma, una figura pálida y fría. Apenas puedo reconocerla. Su pelo rubio está revuelto y manchado de sangre seca. Se le han quemado los pantalones, revelando unas heridas con aspecto de estar infectadas. Quiero preguntarle por qué no ha hecho nada por curarlas, pero me doy cuenta de que yo misma tengo la respuesta: porque ya nada importa. Los segadores nos superan en número y la muerte de mi hermano ha sido en vano. Sobrevivir a la guerra se ha convertido en un castigo, no un privilegio.

Cuento rápidamente entre sesenta y setenta miembros de la resistencia, más o menos, en lo que parece ser el salón de una gran mansión. Solo reconozco a Caleb, a Serenity, a Alice, a Theo y a la hermana pequeña de una chica que iba a mi clase. Algunos de los demás me suenan de habérmelos cruzado durante las reuniones que mi hermano organizaba; a otros es la primera vez que los veo, pero

sé que son de los nuestros porque llevan un brazalete con la silueta de la cabeza de un ciervo.

Todos tienen algo en común: han luchado en el bando de mi hermano o eran sus amigos. Hay jóvenes y mayores, compañeros de clase con los que he compartido años en el internado, padres de algunos de ellos e incluso profesores que han sobrevivido a los últimos ataques.

En realidad, todo comenzó justo ahí, hace varios siglos, en Stonefell. Un internado que se erigió entre las montañas con el único propósito de educar a los magos entre siete y diecinueve años y prepararlos para controlar sus poderes y preservar su identidad mágica. Las primeras comunidades de magos de Reino Unido estaban preocupadas por si su secreto salía a la luz. Stonefell les proporcionó un asentamiento seguro para aprender a controlar sus poderes, una nueva comunidad que proliferó durante mucho tiempo... hasta que se empezó a corromper desde dentro.

En el primer curso, todos los alumnos del internado aprendíamos que la magia provenía de la Muerte. Era, realmente, un regalo, un don que nos recordaba que ni siquiera el más grande de los poderes podría hacernos evitarla, pues nuestro final sería el mismo. Con el tiempo, un grupo de personas descubrieron que podían aumentar su magia, multiplicar su poder, si la veneraban a través de todo tipo de sacrificios y rituales oscuros que muy pronto comenzaron a incluir animales domésticos e incluso criaturas mágicas.

Los seguidores de la Muerte se hicieron llamar segadores, convirtiéndose en sus discípulos y entregándole vidas a cambio de más poder. Querían aumentar su magia, llegar a límites insospechados, pero siempre bajo la sombra de la Muerte. Sabían

que nunca podrían superarla ni burlarla. Estas ideas comenzaron a filtrarse entre las grietas de las piedras de Stonefell. Primero, entre los alumnos, que replicaban lo que escuchaban en casa. Y después, con el paso del tiempo, fueron muchos los profesores que compartían sus opiniones abiertamente en las clases. Ahora casi toda la cúpula del profesorado se había unido a los que veneraban a la Muerte; algunos ya provenían de largas generaciones de segadores. Querían enseñar rituales, aumentar el poder de los alumnos, que llegaran a lugares inimaginables, siempre y cuando no tuvieran más poder que Ella.

La situación se había vuelto aún más tensa cuando algunos segadores decidieron sustituir los tres últimos cursos de Stonefell por Aurum, tres años obligatorios centrados en las artes oscuras. Hasta entonces, esos cursos estaban dirigidos a que los alumnos buscasen sus especializaciones de cara a su futuro laboral. El cambio salió adelante porque muchos profesores ya compartían las ideas sobre la muerte de Magnus y ganaron la votación por mayoría absoluta, a pesar de que la directora, Ezekielle, tenía un voto doble. Desde entonces, sacar excelsos en Aurum era la meta de quienes querían unirse a los segadores. Los que no estábamos de acuerdo con cursar Aurum tuvimos que hacerlo igualmente, sobreviviendo en un ambiente cada vez más radical.

Las primeras personas que crearon formalmente la resistencia nunca creyeron en esta corrupción de la magia. Estaban aterrados por el cambio que se había producido en Stonefell en cuestión de unas décadas. Los padres comenzaron a sacar a sus hijos del internado y se mudaron a otros países, borrando sus huellas para que nadie los siguiera. Quizá ellos fueron los más inteligentes,

evitando una tragedia que se acercaba con cada día que pasaban entre aquellos muros de piedra. Muchos nos quedamos, presenciando cómo la institución que se creó para unirnos se iba pudriendo poco a poco desde dentro.

La resistencia nunca veía la magia como un fin en sí mismo, sino como un medio para hacer la vida más fácil. Nuestra intención no era no querer experimentar, ni evitar ir más allá, sino utilizar la magia como un complemento natural en nuestro día a día. Las prácticas oscuras solo traían problemas: criaturas mágicas con características alteradas que incendiaban las cosechas, pociones que dejaban secuelas en los enfermos que buscaban nuevos tratamientos, personas misteriosamente desaparecidas...

Pero todo cambió cuando los segadores hicieron un horrible descubrimiento: los sacrificios humanos les conferían todavía más poder. Algunos alumnos, embelesados por la idea de que unirse con la Muerte era un honor para su familia, comenzaron a entregarse voluntariamente en estas horribles prácticas. Otros, que no comulgaban con las ideas de los segadores, fueron amenazados y obligados a morir. Y así estalló todo. Las clases se paralizaron, todos los alumnos regresaron a sus casas y Stonefell se convirtió en un campo de batalla durante tres largos años. Una fortaleza de la que hoy solo quedan ruinas.

El estruendo de una puerta abriéndose me devuelve al presente y veo a varios segadores entrando al enorme vestíbulo. Al escuchar sus pasos, me fijo en que el suelo está encharcado. Me doy la vuelta para ver la cara de Gwendoline Malenfant, acompañada de su hijo Marlowe. No hay ni rastro de su marido, por lo que deseo que esté

muerto. Hace unos años jamás habría pensado algo así, pero la guerra me ha cambiado.

Junto a ellos se sitúa un grupo de gente altiva y bien vestida, entre los que reconozco también a algunos alumnos del internado, de esos que hacían a la gente cambiar de asignaturas optativas si iban a coincidir en las clases.

La mujer se detiene en el centro del salón, justo delante de la serpiente, y levanta la cabeza hacia ella, guiándose por su oído. Ya sabía que la matriarca de la familia Malenfant había perdido la visión, pero no me había fijado en sus ojos blancos, que brillaban como perlas.

Essstosss ssson todosss losss que encontré en la casssa y essscondidosss en el internado. No hay másss sssupervivientesss. Los demásss habrán huido.

Siento un escalofrío deslizándose por mi espalda cuando la voz del basilisco se cuela en mi mente. Y, por la reacción de los rebeldes, ellos también la han oído. Miro a la serpiente gigante, cuyos ojos rojos parecen apagados pero igual de mortíferos.

—Está bien. Ya les daremos caza —responde la segadora.

Se ha recogido su escaso pelo rubio en una coleta tirante, lo que define todavía más sus pómulos. Bajo aquellos orbes lechosos, unas marcadas bolsas indican que ha pasado toda la noche en vela o llorando. Quizá ambas.

Detrás de los Malenfant están los Aurigae y los Myers, así como los representantes de otras grandes familias de segadores.

—¿Qué hacemos con ellos? —pregunta un hombre calvo que identifico como el padre de Alec Aurigae. Está sentado junto a

Augustus Aurigae, el patriarca de su familia, un señor viejo y de pelo blanco.

—Son un problema, así que tendremos que matarlos a todos —sentencia Gwendoline.

Analizo la expresión de la mujer al pronunciar esas palabras. No cambia ni siquiera un ápice al informar al resto de que va a morir. De todas formas, no me extraña nada viniendo de los Malenfant. Siempre han sido igual de fríos y calculadores. Su hijo, con quien yo he compartido curso en Stonefell, es una fotocopia de todos los ancestros con su mismo apellido: un grupo de elitistas insoportables. Creían ser los favoritos de Magnus, pero su lealtad ha sido cuestionada durante los últimos días de la guerra: Gwendoline Malenfant desapareció misteriosamente, mientras que Damascus, el patriarca, se quedó hasta el final, arriesgando su vida para acompañar a Magnus en la batalla final. La última vez que lo vi estaba herido de gravedad, por lo que no sé si habrá corrido la misma suerte que su líder.

—Si no hay inconveniente, sería un honor.

Alec da un paso al frente, presentándose voluntario para acabar con todos. También he compartido clase con él, así que no necesito ver su pelo oscuro y largo para saber que es el menor de los Aurigae, el único heredero ahora que su hermano ha caído. De hecho, Alec es casi peor que Marlowe Malenfant. Todos los Aurigae comparten dos cosas: que sus nombres empiezan por la letra A y que son expertos en inventar hechizos y pociones que deberían estar prohibidos. Las pociones no solo las utilizaban para rituales oscuros con la Muerte, sino que también habían creado un pequeño mercado negro en el que vendían frascos de brebajes muy sencillos por una

gran cantidad de dinero que muchas familias no se podían permitir, aprovechándose de la escasez de recursos durante la guerra. Además, se dedicaban a destruir las existencias de ingredientes que no estuviesen en su poder para asegurarse de tener el control del abastecimiento. Así, una poción *noctilius* hecha por ellos podía costar cuatro o cinco meses de un salario normal. Los Aurigae se justificaban diciendo que su veneración a la Muerte les había conferido una habilidad especial para las pociones, siendo las suyas mucho más potentes que cualquiera que pudiera fabricar uno en su casa. Pero, desgraciadamente, ese poder venía de lugares oscuros. Aun así, muchas familias estaban dispuestas a comprar un pequeño frasco, aunque detrás de su producción hubiera un reguero de sangre mágica, animal o humana, con tal de salvar a un ser querido.

Hace un año, tuve una conversación con Jack en la que ambos nos prometimos que preferíamos morir antes que caer en su juego. Un pacto que estoy dispuesta a mantener hasta el final.

Miro fijamente a Alec Aurigae. Si no hubiera caído en toda esta corrupción, se habría convertido en un alumno brillante. Seguramente podría haber utilizado sus conocimientos en hechizos y pociones para salvar vidas, en lugar de sacrificarlas por un ansia de poder que había alcanzado unos niveles injustificables.

El chico se aparta unos mechones de la cara y sonríe, mostrando unos dientes que parecen afilados. Me da la impresión de que Alec está deseando probar un nuevo maleficio con los rebeldes que han sobrevivido, entre las que me incluyo. Sin embargo, cuando parece a punto de hacerlo, Gwendoline Malenfant se adelanta.

—No. No los mataremos así. Lo haremos como ha designado El Magno.

La voz de la matriarca de los Malenfant retumba en el salón, cuyas paredes están recubiertas de suciedad, moho y cuadros de rostros regios. En ese momento me doy cuenta de que me encuentro en su propiedad, una mansión antiquísima que probablemente haya pasado de generación en generación desde tiempos inmemoriales. La humedad, el basilisco, la autoridad con la que hablaba la mujer... Mi primer pensamiento es contárselo a Jack, quien había fantaseado muchas veces con prenderle fuego a este lugar. Siento un pinchazo en el pecho al recordar a mi mellizo.

Aaron Aurigae, el padre de Alec, parece molesto ante la negativa.

—¿Acaso nos hemos perdido algo? ¿O es que El Magno te ha dejado instrucciones que desconocíamos?

Los Myers también se suman a la conversación:

—Es ese el motivo por el que no te hemos visto el pelo los últimos días, ¿no? ¿Has estado siguiendo unas órdenes especiales de El Magno?

Se escuchan algunas risas disfrazadas de murmullos. Sé que entre los segadores no hay una jerarquía clara ni pacífica, pero no era consciente de que las tres familias más poderosas estaban enfrentadas. Magnus no había dejado atrás a ningún familiar ni había designado ningún heredero de su causa. Por lo menos, que nosotros supiéramos.

La serpiente se agita. La tensión está creciendo por momentos y aprovecho para observar a mis compañeros, a los supervivientes de la resistencia. No entiendo por qué me han separado de ellos. Imagino que nos habrán capturado a Caleb, Alice y a mí a la vez, pero yo he permanecido hasta ahora junto al basilisco. Por algún

motivo que desconozco, el monstruo crea una especie de barrera para que no pueda reunirme con ellos.

Busco a Caleb con la mirada, pero no logro llamar su atención. Entre el grupo de rebeldes veo a Serenity, que parece que todavía no me ha localizado.

—Ya la has escuchado. Lo haremos tal y como ha indicado El Magno.

Marlowe Malenfant da un paso al frente. Esta vez ha sido él quien se ha pronunciado. Su propia madre se sorprende al escucharlo tan seguro, y esta vez sí que esboza una sonrisa verdadera. No le quito la vista de encima. Unos instintos asesinos me invaden y me imagino cruzando el salón y abalanzándome sobre él, agarrándole de su pelo repeinado y clavándole un puñal en el cuello hasta que se desangre.

—Anoche recibí una carta póstuma de El Magno —continúa, escupiendo las palabras. Las mejillas me arden de la rabia—. Dejó unas instrucciones muy claras en caso de que no sobreviviera a la guerra. Tendrían que haberle llegado a mi padre, pero, como sabéis, ha resultado gravemente herido. —Se escucha de nuevo un murmullo que enmascara risas mal disimuladas. Después, se gira hacia su amigo—. Pero no sufras, Alec. Creo que la propuesta de El Magno te va a gustar más que matarlos con tus propias manos...

4

MARLOWE

Por primera vez, el silencio se adueña del salón. Parece que hasta la propia bestia está aguantando la respiración, esperando a que abra el sobre delante de todos los presentes.

Trato de mostrarme firme, aunque el pulso me delata. Me da la impresión de que la carta me quema las manos, justo a la altura de la firma de El Magno, atravesando incluso mis guantes. Con cuidado, despego la solapa y siento que una corriente abrasadora recorre mi cuerpo peligrosamente. Cuando lo he abierto esta mañana, tan solo era una carta, un papel escrito a mano que ahora parece cobrar vida.

Mi primer instinto es soltar el sobre, pero al dejarlo caer, un polvo oscuro surge del papel y forma un remolino de humo negro y rojo. Poco a poco el polvo va compactándose y se transforma en una imagen humana hecha de cenizas. Algunos rasgos de su cara se iluminan de color naranja, creando un cuerpo oscuro con pequeños destellos que lo hacen todavía más espeluznante. En esta representación, El Magno parece mayor. Cansado. Su frente arrugada le confiere un aspecto desmejorado que le envejece más de sus cincuenta años. Su pelo parece pelirrojo con los reflejos de

las humeantes cenizas. Y sus ojos siguen igual de negros que la primera vez que lo vi. Solo tenía cinco años cuando, una noche que no podía dormir, bajé a la cocina y escuché voces en una sala a la que mi madre no me dejaba entrar, ni siquiera cuando estaba vacía. No pude evitar acercarme y mirar por la cerradura..., hasta que me aparté de golpe al ver su cara. Me aterró la enorme cicatriz que le cruzaba el lado izquierdo de la cara, de forma vertical, casi como una línea perfectamente trazada. Con el paso de los años, la marca se había aclarado, pero me costó años olvidar su rostro, que me perseguía en mis pesadillas hasta que entré en Stonefell.

La recreación hecha de cenizas resulta tan fiel que algunas personas ahogan un grito al reconocer a El Magno. Es él, pero, al mismo tiempo, no. Solo se trata de una representación, un mensaje grabado antes de su muerte que solo sería visto si ocurría lo peor.

Observo a Hazel Greenleaf con curiosidad. Mientras otros rebeldes a su alrededor no se atreven a mirar la figura hecha de cenizas, ella no ha despegado la vista de El Magno. Siento su rabia y su respiración acelerada, a pesar de que nos separan casi diez metros. Las mejillas le cambian de color y aprieta los puños.

Entonces, El Magno se mira los brazos, alza la cabeza y habla, diciendo exactamente lo mismo que contaba en su carta.

—Mis queridos segadores... —nos saluda la figura de cenizas con una voz grave que retumba en el vestíbulo—. Estoy grabando este *memorinius* por si la Muerte viene a buscarme. No me cabe duda de que ganaremos esta guerra, pero es posible que tenga que sacrificarme por vosotros cuando llegue el momento. Y, si ha ocurrido, estaréis viendo esto. Pero no lloréis mi partida. Es solo una demostración de que el poder es más valioso, a veces, que la propia

vida, y que hay que hacer sacrificios para dominarlo. Yo ya estaré en otro lugar, feliz de estar abrazando a la Muerte en persona y satisfecho de saber que ayudé a seguir con su voluntad. Nada en el mundo me enorgullecería más que caer al servicio de la causa única.

El hombre de cenizas hace una pausa, como si estuviera reflexionando sus próximas palabras. Pero yo sé, igual que mis compañeros, que El Magno siempre lo tiene todo calculado al milímetro. Su muerte no ha sido un error, sino, seguramente, parte de un plan mucho más grande que todavía no hemos logrado comprender.

—Hoy ya no estoy aquí, pero mi legado ha de continuar, y uno de vosotros deberá reemplazarme en el camino de la veneración a la Muerte. Tras los eventos de los últimos días, he dudado sobre quién merece este regalo por su lealtad. Porque ostentar el poder y convertirse en el siervo de la Muerte no es solo una obligación moral, sino un privilegio. Y no estoy seguro de que algunos de vosotros estéis a la altura.

Mi madre baja la cabeza. Me pregunto si ese mensaje va por ella. Acompañé a mi padre en la batalla final, presencié el enfrentamiento contra Jack Greenleaf y vi a mi padre caer herido. Pero no sé dónde se metió ella. Muchos la han acusado de intentar salvarse mientras el resto arriesgaba su vida en el campo de batalla.

—Así que he decidido que no voy a señalar a un sucesor de forma personal. No quiero elegirlo yo. Quiero que el heredero de mi poder se lo gane de forma limpia y leal, como siempre he tratado de hacer las cosas.

La imagen de El Magno vuelve a interrumpir el discurso. Mira a su alrededor y, por un momento, me da la sensación de que me está

observando de verdad. Tengo que obligarme a pensar que solo es un hechizo. Una masa de cenizas que no puede pensar por sí misma, solo reproducir un mensaje que sonará una única vez y se destruirá después.

—Y por eso he creado El Ascenso. —La voz de El Magno se torna más grave—. Una competición formada por cinco pruebas y un único ganador, que será el último participante que quede con vida. Pero no temáis, amigos. La sangre aliada no debe derramarse. Cada gran familia segadora que está aquí presente deberá escoger a un miembro del bando enemigo como su campeón, su representante en El Ascenso. Esa persona, como castigo por su sublevación contra la voluntad de la Muerte, deberá participar en el torneo y sobrevivir... o morir en el intento. El participante que gane será perdonado por su traición. Su mentor será quien asuma el liderazgo único e indiscutible, será el heredero de mi poder, y podrá ejecutar y perdonar a quien considere traidor o aliado.

»Les sugiero a los indignos que no intenten ningún tipo de estrategia estúpida. Si un participante se niega, será obligado, y si trata de quitarse la vida para no participar, su cuerpo será ofrecido en un ritual. Estoy convencido de que eso satisfaría a la Muerte, así que les recomiendo que no se pongan creativos y se limiten a participar.

»El torneo empezará en tres días. Habrá instrucciones más precisas en una carta. El Ascenso funcionará de forma automática, como una maquinaria perfectamente calibrada. No intentéis detenerlo, negarlo o ignorarlo. Las consecuencias serán fatales.

El Magno esboza una sonrisa que se enciende de color naranja. Siento un escalofrío bajando por mi espalda, pero me quedo quieto

para que nadie descubra mi temor. Un torneo así de macabro solo puede ser idea de El Magno, pero no puedo negar que me causa una mezcla de pánico y curiosidad el pensar hasta dónde podrán llegar esas pruebas.

Me imagino lo peor.

Mis ojos recorren las caras de todos los indignos, que serán los que se jugarán la vida por los segadores, como peones de una partida cruel y mortal. Según las instrucciones de El Ascenso, debo escoger a uno. Pero ¿ahora mismo? Trato de hacer una lista rápida de ventajas e inconvenientes de cada uno de ellos, y, sin embargo, solo puedo centrarme en lo negativo. La mayoría están heridos, enfermos y sin ganas de formar parte de un juego que solo entretendrá a los segadores.

En realidad, la jugada de El Magno ha sido muy inteligente. No solo debilitará todavía más a los opositores, sino que encima se asegurará de eliminar los roces entre las familias segadoras a la hora de escoger quién será su heredero. Los Myers ya han dejado caer que no apoyarían a mi familia porque mi madre ha demostrado ser algo peor que una traidora: una cobarde. Pero, si ganásemos El Ascenso, no podrían rebatir la legitimidad de nuestro mandato.

—Solo han quedado en pie trece familias de segadores. Es una pena que queden tan pocos, pero me reconforta saber que se han reunido con la Muerte y estarán en paz. Lo primero que tendréis que hacer los segadores es escoger a vuestro campeón. Todos los indignos que queden solos morirán.

Trago saliva. No solo estamos eligiendo a quién nos ayudará a crear un nuevo orden mágico, sino que también estamos salvando a alguien a la hora de elegirlo. O, visto de otra manera, los estamos

condenando. A una muerte directa y segura... o a un tormento que posiblemente terminará de la misma forma.

—Os recuerdo que El Ascenso solo tiene como objetivo el bien común. Algún día, las generaciones del futuro lo estudiarán como un hecho admirable, un pasaje de la Historia Mágica que cambió nuestras vidas y nos ayudó a organizarnos mejor como sociedad y a limpiar la mancha de los traidores y los indignos. No lo veáis como un castigo, sino como una oportunidad de poner orden en el caos. En el fondo, no tenéis nada que temer si no tenéis nada que ocultar.

Tras esas palabras, la figura de El Magno se desvanece. Unas pequeñas partículas de ceniza flotan en el aire, cayendo al suelo y desapareciendo poco después. Nadie se atreve a romper el silencio hasta que lo hace Alec Aurigae.

—Yo seré el representante de mi familia —alza la voz, buscando sonar autoritario y seguro de sí mismo—. Y escojo como mi campeona a Serenity Spic.

Alec la señala, como quien indica lo que quiere comprar en una tienda pero no está a su alcance. Se oye un grito agudo. Una chica rubia, delgada y risueña da varios pasos atrás. Tiene las piernas llenas de heridas y el pelo alborotado. He coincidido en clase con ella y con sus amigos, que fueron los primeros en posicionarse en contra de las tradiciones segadoras en Stonefell, pero no he tenido más que algunos encontronazos con ellos fuera del aula. Ahora la miro y apenas la reconozco. Está magullada y parece perdida.

—¡No! —grita, mientras el padre y el abuelo de Alec caminan hacia ella y poco después la agarran de brazos y piernas con una sonrisa macabra en los labios.

En ese preciso momento, cunde el pánico. Hazel Greenleaf intenta liberarse, dispuesta a ayudar a su amiga. El basilisco silba, furioso, al mismo tiempo que los indignos tratan de rescatar a Serenity de los brazos de los Aurigae. Mientras tanto, Alec se ríe a carcajada limpia. Desde luego, para él esto va a ser un juego de verdad.

Algunos segadores corren hacia el grupo de disidentes, dispuestos a pelearse por secuestrar a los más fuertes del grupo, pero los adultos se resisten con más facilidad que los jóvenes. El profesor de Historia Mágica se zafa de los Ravenscroft, hasta que uno de ellos le da un puñetazo a la altura de la nariz y lo deja noqueado en el suelo. Siguiendo el ejemplo de Alec, muchos segadores jóvenes se lanzan a representar a sus familias. Los reconozco a todos de Stonefell o de las reuniones que hacíamos con El Magno para definir los próximos pasos durante la guerra.

Es imposible distinguir lo que se dicen entre tantos gritos y súplicas.

—¡¿A qué estás esperando, Marlowe?! —me increpa mi madre.

No reacciono hasta que la miro y me doy cuenta de que se le marcan las venas del cuello. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que yo tendría que ser el mentor de los Malenfant. Normalmente son mis padres los que escogen por mí, quienes toman las decisiones importantes, y yo solo las ejecuto sin rechistar. Pero entonces lo entiendo. La vida de mi padre pende de un hilo y mi madre debe quedarse con él en caso de que suceda lo peor.

Mis piernas reaccionan antes que mi cerebro y echo a correr hacia el grupo de indignos. Enseguida sé a quién tengo que elegir. Otras familias han optado por los más jóvenes y fuertes, pensando que esa cualidad los ayudará a hacerse con el poder, pero yo tengo claro

que necesitamos a una persona capaz de sobrevivir a cualquier prueba. Una mente brillante, con una inteligencia superior a los demás y una sed de venganza que le nublará el juicio y no le hará dudar a la hora de matar.

La busco entre el caos. Enseguida doy con su mata de pelo oscuro rizado y su capa verde, manchada de restos de sangre y suciedad. La agarro con fuerza del brazo, temiendo que pueda escapar en cualquier instante. Sonrío al ver el pánico en su rostro. Estoy seguro de que Hazel no se esperaba ese movimiento por mi parte y disfruto un poco del factor sorpresa.

—Tú —le espeto, mirándola fijamente a esos ojos llenos de rabia y agachándome para estar más cerca de su cara—. Tú serás mi campeona, Hazel Greenleaf. Lucharás, matarás y sobrevivirás en nombre de los Malenfant, El Magno y la mismísima Muerte.

—Prefiero morir antes que obedecer a tu puta familia —responde Hazel.

Sonrío al escuchar su voz teñida de odio. Puedo detectar su miedo, por más que Hazel trate de ocultarlo, y no me avergüenza darme cuenta de que me gusta verla así. He soportado las estupideces de su mellizo durante demasiados años, las mismas que la han traído ahora hasta aquí.

—Más te vale mantenerte con vida, Greenleaf. Y rezar para que yo mismo no te mate al final.

Hazel me escupe en la cara, pero no puede hacer nada para evitar lo que está a punto de suceder. Aprieto su mano con más fuerza, sintiendo una punzada de dolor, y una línea negra, como un tatuaje en movimiento, se transporta de mi brazo al de ella. La línea hace un par de giros y deja una marca en la piel de Hazel que le da la vuelta

a todo el antebrazo. Una línea de espinas que adornan la frase: «Propiedad de Marlowe Malenfant».

5

HAZEL

Hace frío. En cualquier otra ocasión habría invocado unas bolas de fuego, incluso una hoguera improvisada. Solo habría tenido que desearlo y la magia se habría encargado del resto, fluyendo a través de mi cuerpo y manifestándose en la punta de mis dedos. Pero ahora soy una prisionera de la familia Malenfant y mi magia no funciona en ningún lugar de la casa. El ambiente apesta a humedad y el suelo está mojado, como si este lugar hubiera permanecido inundado durante semanas y hubieran vaciado el agua ahora que he llegado yo. En las paredes hay marcas de arañazos que no parecen humanas.

Podría pensar en huir, pero no creo que sean tan estúpidos como para ponérmelo así de fácil. Cuando ha llegado el momento de seleccionar a los participantes de El Ascenso, Marlowe Malenfant enseguida lo ha tenido claro. Otros segadores se han peleado por los rebeldes más fuertes, si es que a alguno todavía le quedan fuerzas para luchar. Incluso Alec Aurigae ha utilizado esa oportunidad para burlarse de Serenity y convertirla en su esclava... o algo peor.

Pero tengo que admitir que el heredero de los Malenfant, por una vez, ha tomado una decisión certera. No ha ido a por músculos ni

venganzas personales. Tampoco me ha elegido por ser la alumna con mejores notas en el internado. Me ha escogido porque sabe que hay algo mucho más fuerte que la inteligencia: la sed de venganza. Lo que no sabe es que no le seguiré el juego en el torneo. No me enfrentaré a mis compañeros ni le daré la satisfacción de que su apellido pase a la historia de la magia.

He visto la muerte con mis propios ojos, y no la misma muerte que ellos adoran. La de mis padres, mi hermano y, tan solo hace unas horas, también la de decenas de rebeldes que habían sobrevivido a varios años de la guerra. Tanto dolor, tanta angustia para terminar reducidos a polvo porque solo podíamos quedar trece participantes.

Unos pasos apresurados resuenan en la escalera que lleva al sótano. Miro fijamente hacia la puerta, pero no doy un paso atrás. Estoy encerrada en una jaula apenas visible, rodeada por hechizos que no me permiten salir, así que ni siquiera lo intento. Mi magia no funciona y no creo que la fuerza me sirva para nada.

Una cabellera color platino aparece por la puerta del sótano. Lleva una bandeja entre las manos. Lleva unos pantalones negros y una camisa que le marca la espalda y los brazos, lo que me parece casi una burla, teniendo en cuenta el frío que estoy pasando aquí abajo. Y, como siempre, no se separa de sus guantes de cuero.

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que comí, pero me niego a aceptar su lástima. Sé que Marlowe Malenfant solo quiere utilizarme para que su familia pueda ponerse la medallita, así que haré todo lo posible por impedírselo.

Camina hacia mi jaula y atraviesa los barrotes como si estuvieran hechos de humo. No quiero pensar en qué me pasaría a mí si lo

intentara. Estoy segura de que los Malenfant han conjurado un maleficio peor que el de retención. Quizá me abrase la piel o me haga perder el conocimiento.

Cuando entra en el mismo espacio que yo, la velocidad de sus pasos se reduce. No sé si es miedo o repulsión lo que siente por mí. Sea como sea, me alegro de que se mantenga lo más lejos posible. Ese pelo repeinado, su camisa ajustada y los zapatos impolutos me dan asco. Si tuviera algo en el estómago, vomitaría sobre ellos.

—Come.

Malenfant deja la bandeja sobre el suelo, casi tirándola, creando una barrera entre nosotros. No respondo. Ni siquiera lo miro a la cara, aunque tampoco la comida. Tengo miedo de que la tripa me delate, pero no probaré ni un bocado. Si estoy débil para El Ascenso, seré una de las primeras en morir y no podré darle la satisfacción de ganar.

Morir. Suena extraño desear algo que el ser humano siempre ha temido. Los segadores lo respetan, lo veneran, y por un momento siento que yo también, aunque por motivos muy diferentes. Por primera vez, no tengo miedo de que me toque a mí. Quizá así me reúna con mi hermano y pueda dejar de sentirme culpable por haber sobrevivido yo en su lugar.

No quiero que su muerte lo convierta en un mártir, ni que la mía se utilice como un medio para conseguir un fin perverso. No les daré ese poder.

—Deberías comer —insiste él, con un tono extraño. Parece querer ordenármelo, pero la petición parece más bien un ruego.

Su presencia me da dolor de cabeza. No tengo ganas de tener una charla con él como si no lo conociera desde hace años ni de seguir

sus consejos de supervivencia. Si en esa bandeja hubiera una poción que me acercara a la muerte, ahora mismo la bebería con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

—Hazel.

Cuando pronuncia mi nombre, una oleada de ira me envuelve. Levanto la cabeza hacia él y lo miro a esos ojos azules cargados de falsa autoridad.

—No vuelvas a llamarme por mi nombre.

La expresión de Marlowe Malenfant se endurece.

—Come algo.

—Puedes llevártela, no pienso probarla.

Coge aire y lo suelta.

—Te he dicho que comas.

En otro momento de mi vida aquel tono me habría sobresaltado. Pero desde que abracé el cadáver de mi hermano sobre el frío suelo del internado, no hay nada que me haga reaccionar. Nada. Es como si todo a mi alrededor fuera una gran mentira, una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Siento que mi mente se encuentra en un estado de letargo del que, realmente, no quiero escapar. ¿Para qué? No hay nada más que hacer, nada por lo que luchar. Me han bastado unas horas para asumir que todos los rebeldes moriremos, aunque uno de nosotros tendrá un destino peor que la muerte.

Solo espero que Serenity, Caleb, Alice y el resto de rebeldes puedan marcharse de forma pacífica.

Marlowe Malenfant da unos pasos hacia mí y me agarra del brazo con su guante de cuero, justo en el lugar donde el nuevo tatuaje se

ha quedado marcado en mi piel. Siento que me arde en cuanto lo toca, pero no es un calor abrasador, sino un frío que me quema.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿O es que crees que está envenenada, princesa?

Arrastra las palabras al hablar, como si le diera asco pronunciarlas.

—Ojalá —respondo.

Me sorprendo a mí misma al contestarle con un toque de sorna. A él no parece hacerle ninguna gracia.

—Así que eso es lo que quieres, ¿no? —El segador se inclina hacia mí y me sujeta por las mejillas, obligándome a mirarlo a los ojos. Sus guantes están fríos—. Te voy a dejar las cosas muy claritas, a ver si así me entiendes a la primera. O coges fuerzas y ganas ese puto torneo o me encargaré de hacer de tu vida un infierno.

Me aparto de él de golpe, dándole de lleno en el pecho y tratando de poner distancia entre nosotros, pero él no parece inmutarse. Quiero responderle que ya lo han hecho, que ya no tiene sentido que siga luchando. Magnus no sería tan previsor si había pasado ese detalle por alto: a los participantes nos da igual ganar o perder. De hecho, dudo que ninguno de nosotros quiera ser quien le dé el poder a una familia de segadores. No habrá espectáculo si no hay una motivación detrás. Y ese pensamiento me alivia durante unos instantes.

—Te deseo buena suerte en El Ascenso —le espeto, arrastrando las palabras como si me costara soltarlas—. La vas a necesitar, porque yo no voy a mover ni un dedo por tu familia.

—Eso ya lo veremos —asegura en un tono jocoso y, a su vez, carente de humor—. Seguro que El Magno nos tiene preparadas muchas sorpresas. Además, creo que se te quitarán las ganas de no

hacer nada cuando veas cómo tus amiguitos se van muriendo poco a poco. Sabes que Serenity será una de las primeras, ¿verdad? Los Aurigae tienen muchos enemigos, por lo que no durará ni un día en El Ascenso. Será la presa favorita de los segadores. —Él me sonríe al ver que estoy apretando los labios. No podría soportar que Serenity muriera delante de mí. No después de lo de mi hermano—. De hecho, voy a cambiar mi apuesta. Yo digo que no durará ni una hora. Y eso si puede ponerse de pie después de pasar varias noches en la mansión Aurigae...

Algo explota dentro de mí al escuchar ese comentario. Me levanto y salgo disparada hacia Marlowe Malenfant mientras él esboza una expresión divertida que me revienta. Hay una rabia en mi interior que solo quiere arrancarle los ojos. Ni siquiera echo de menos no poder usar la magia, porque no la necesito. Salto sobre él, pero una barrera invisible me impide golpearlo. Lo vuelvo a intentar y me hago daño cuando mi puño choca contra esa pared, justo cuando estoy a punto de asestarle un puñetazo en la cara.

—Tranquila, princesa —murmura él, arrastrando las sílabas y levantando los brazos—. No te conviene gastar energías.

Doy un paso atrás, todavía dolorida por el golpe. El sótano está oscuro, pero me doy cuenta de que mi visión se va estrechando cada vez más. No ha sido una buena idea hacer este esfuerzo. Caigo hacia atrás, torpe, como una muñeca vieja que ya no puede mantenerse en pie por sí sola. Siento que algo se rompe en mi interior cuando me golpeo contra el suelo, con la cabeza a punto de estrellarse en la bandeja de comida. El olor me revuelve el estómago, pero tengo claro que no le voy a dar la satisfacción de probarla.

—Duerme un poco. Te vendrá bien para calmar esos nervios, no conviene que te traicionen —se despide.

Después, se agacha a mi lado y coge una manzana verde que hay en la bandeja. Le da un mordisco, mastica con calma y revienta la fruta contra el suelo, muy cerca de mi cara.

6

MARLOWE

El ala sur de la mansión Aurigae es la más fría y húmeda de todas. Me pregunto si será el mejor lugar para cuidar a una persona convaleciente que ha estado a punto de morir en la guerra. Sin embargo, en cuanto entro en la habitación donde yace mi padre, lo entiendo. Un enorme caldero burbujea en el centro de la estancia, emanando unos efluvios que me embriagan los sentidos.

Los techos son altos y oscuros, igual que las paredes recubiertas de madera. Llamas naranjas parecen bailar sobre unas velas que nunca se consumen. ¿Cuántos años llevarán aquí? El origen de la familia Aurigae se remonta más siglos atrás que la Malenfant, así que habrán pasado decenas de personas, posiblemente cientos, con el mismo apellido.

—¿Cómo está? —pregunta mi madre.

Detecto un matiz de ansiedad en su voz. La miro de reojo antes de centrar la vista en mi padre. Esperaba encontrarlo desmejorado, con ojeras y heridas de la guerra. Sin embargo, parece que esté sumido en un plácido sueño, demasiado cómodo para despertar. No tiene mal color y no me extraña. A su alrededor hay todo tipo de frascos de pociones, ungüentos y anotaciones de cada una de las

tomas y aplicaciones. Cuento por lo menos a cuatro personas que se están encargando de su cuidado. Quizá me equivoqué al pensar que mi padre debería haberse quedado en casa. Está claro que los Aurigae se están esforzando en que recupere sus fuerzas lo antes posible.

—Hoy ha mejorado —responde una mujer. Su voz es cálida y amable, a diferencia de la de mi madre cuando sigue haciendo preguntas.

—¿Qué le estáis dando? ¿Qué es esta poción que huele a vinagre?

Mi madre se acerca al caldero, guiándose por el olfato, y trata de identificar el olor del vapor que emana de él.

—Son fórmulas magistrales del señor Augustus Aurigae, señora. La que está oliendo ahora mismo es una mezcla de la poción *noctilius* con unas hierbas que regeneran la salud del paciente durante el sueño.

Mi madre no parece convencida, pero su ceño se va relajando a medida que pasa el tiempo. Se acerca a la cama en la que está postrado mi padre y le pone una mano sobre el pecho, temerosa.

No quiero acercarme. No quiero romper su momento y tampoco creo que a mi madre le guste que lo haga. Durante todos estos años, he aprendido a las malas que debo mantenerme en un segundo plano. No pregunto, no cuestiono, no formo parte de las grandes decisiones familiares. Simplemente coexisto con ellos y mantengo vivo el apellido Malenfant, supongo.

A veces me pregunto por qué mis padres no tuvieron más hijos. Otras, lo entiendo. Si apenas me dedicaron tiempo a mí durante la infancia, no puedo imaginar lo que habría pasado si hubiera habido otro niño más en casa. Por lo menos, el internado se había

convertido en mi hogar. Un refugio donde encontré a mis verdaderos amigos, mi ambición y una validación externa que nunca recibí en casa. Ahora Stonefell ya no existe. La mitad de los profesores han muerto y apenas quedan alumnos.

Lo bueno de crecer al margen de la realidad es que aprendes a desconectar de tus propios sentimientos. En ese momento en el que nada puede hacerte daño te conviertes en invencible. Nunca me asustó la soledad; de hecho, la abrazaba como una vieja amiga en las vacaciones de verano. Tampoco me preocupó que la gente se alejara de mí, ya que nunca los necesité conmigo. Poco a poco, desde la adolescencia, fui creando una coraza que nadie había podido traspasar. Ni siquiera yo mismo.

—Damascus, ¿puedes oírme?

Vuelvo la vista a la cama. Mi padre mueve la cabeza con cuidado, como si hubiera estado postrado durante años en la misma posición. Una cuidadora se acerca para comprobar su estado, pero mi madre la aparta con tan solo un gesto con la mano. Camino hacia ellos, esperando no recibir el mismo trato.

—¿Cómo te encuentras?

—Marlowe, déjanos solos —espeta mi madre, y levanta la voz para dar órdenes en una casa que ni siquiera es la suya—; quiero que todo el mundo salga de esta habitación hasta que indique lo contrario.

No lo cuestiono. Aun así, abandono la estancia con la cabeza alta, dejando atrás el burbujeo de la poción. Regreso al salón principal, rezando para no cruzarme con nadie, pero choco con fuerza contra Alec Aurigae cuando giro la esquina del pasillo que lleva a la sala

donde yace mi padre. Alec se lleva la mano al hombro, molesto por el golpe.

—Oye, Malenfant, mira por dónde vas —bromea, frotándose la zona.

—Joder, ¿así es cómo tratas a tus invitados? —le respondo con el mismo tono.

Alec me da una palmada en el hombro y sonríe. Viniendo de él, esa mueca solo puede significar algo malo.

—¿Sabes de dónde vengo? De probar la poción *ignoriance* con Serenity.

Me invade una sensación de incomodidad. Sabía que Alec estaba enfermo, pero no esperaba que llegara hasta ese punto cuando eligió a Serenity Spic entre todos los indignos.

—¿Tanto te cuesta conseguir que una mujer te haga caso que tienes que anularle la voluntad con una de vuestras recetitas?

Mi comentario parece no gustarle demasiado, pero Alec se lo toma bien. Siempre hemos convivido en una mezcla extraña de amistad por conveniencia y enemistades familiares heredadas en contra de nuestra voluntad.

—Si me gustaran las peleonas, me habría ido con la tuya. Anda que... menuda cagada de elección, ¿no? ¿No quedaba otra?

Estoy a punto de contestar, pero me doy cuenta de lo que está pasando. Alec ya está jugando. El Ascenso, lo quiera o no, ya ha empezado.

—Bueno, en ese momento pensé que un buen cerebro podría dar algo de ventaja a mi familia. —Tanteo el terreno, intentando no descubrir todas mis cartas—. Obviamente, me equivoqué. La chica es una negada. No levantaría ni un dedo si se lo pidiera.

Alec resopla.

—Por lo menos cuando muera ya no quedará ningún Greenleaf que mancille el nombre de la Muerte. —Alec chasquea la lengua y mira a su alrededor antes de seguir hablando, esta vez en un tono mucho más bajo—. Oye, mi familia está bastante cabreada con mi decisión. Creen que solo he elegido a Serenity porque quería..., ya sabes...

—Violarla —termino la frase por él, aunque estoy convencido de que Alec no iba a usar esa palabra.

El chico se encoge de hombros.

—Bueno..., sí, más o menos. Pero fue bastante aburrido, ¿sabes? Me gusta más cuando ponen resistencia...

En ese momento, la puerta al final del pasillo que da a la habitación de mi padre se abre.

—Señora Malenfant —le saluda Alec.

Pero mi madre lo ignora y me habla directamente a mí. Desde que perdió la vista de pequeña, es como si su poder se hubiera refinado para suplir los sentidos que le fueron arrebatados.

—Ya puedes pasar a hablar con tu padre.

—Bueno, supongo que te veré por ahí —me despido de Alec.

—¡Espera! —Alec me vuelve a agarrar por el hombro, esta vez con más fuerza—. No sé si las alianzas estarán permitidas en El Ascenso, pero creo que podríamos plantearnos colaborar en algún momento del torneo.

—¡Marlowe! —insiste mi madre desde el fondo del pasillo.

—Perdona, Alec, tengo que irme.

Para cuando llego hasta ella, ya se ha esfumado sin decir nada más. No creo que me espere para volver a casa, pero aun así

prefiero su abandono que continuar con esa conversación.

7

MARLOWE

Cuando vuelvo a la habitación, me sorprende encontrar una sonrisa en el rostro de mi padre. No recuerdo la última vez que la vi. Quizá es una mueca de dolor o un efecto secundario de la poción.

—Hijo —me llama con un hilo de voz.

Me acerco a un lado de la cama con cautela. Ahora que lo veo de cerca, no tiene tan buen aspecto como me había parecido al principio. Parece muy cansado y mayor, como si hubiera envejecido diez años en los últimos meses de la guerra.

—¿Cómo te encuentras?

Él se encoge levemente de hombros.

—Más preocupado que enfermo. La poción minimiza el dolor, pero no consigue darme paz.

Asiento. Sin decir nada más, mi padre retira un poco las mantas y me muestra todos los vendajes que tiene en el cuerpo. Son muchos más de los que había imaginado. Cuando me dijeron que estaba herido, no pensé que sería tan grave. A través de varias vendas se puede apreciar que sus heridas no han cerrado. Tiene una en el esternón, justo encima del estómago, que supura una sustancia marrón y viscosa.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —le pregunto.

—No lo sé —responde.

Todavía le cuesta un poco hablar. Puedo ver el sufrimiento a través de sus ojos, así que prefiero no cansarlo más.

—Déjalo, es mejor que duermas y te recuperes. Volveré a casa.

—¡No! —salta mi padre, haciendo un sobresfuerzo. Se incorpora un poco en la cama, llevándose la mano al pecho, y me hace un gesto con la mano para que me acerque a él—. Quiero hablar contigo sobre El Ascenso, porque no sé cuándo volveré a verte.

Trago saliva.

—¿Volver a verme? Estoy seguro de que te recuperarás antes de que termine. Y yo me quedaré en casa entre las pruebas, ¿no? —le pregunto, aunque es más bien una súplica.

Pero mi padre no lo tiene tan claro.

—Desconozco los planes póstumos de El Magno, pero quiero que estés preparado para todo, Marlowe. No será una tarea fácil, pero confío en que lograrás honrar nuestro apellido y demostrar que los Malenfant somos los herederos legítimos del poder de nuestra señora, la Muerte, que tan bien encarnó El Magno.

—Haré todo lo que esté en mi mano, padre. He escogido a Hazel Greenleaf para representarnos. Sé que puede parecer una opción débil, pero confío en sus habilidades. La he visto dominar los encantamientos más complejos durante años. Es arrogante y siempre quiere tener la razón, pero confieso que también es muy inteligente. Sabes que siempre nos hemos peleado por el primer puesto en todo.

—Una elección arriesgada —me corta él—, pero confío en que sabrás ganarte su confianza. Es esencial que consigas ponerla de tu

parte. Debe sentir que tiene algo por lo que ganar.

—Eso va a ser difícil —le advierto—. Todavía está en *shock* por la muerte de su hermano.

—¡Pues aprovéchalo! —exhorta, aunque apenas le sale un hilo de voz, lo cual lo hace todavía más aterrador—. No es el momento de comportarte como un caballero, Marlowe. No lo has sido en estos últimos meses, tampoco ahora. La chica tiene que encontrar un motivo por el que seguir viviendo. Y, si no, dáselo.

—No lo hará. En realidad, ninguno de los indignos entrará en el juego. ¿Por qué iban a hacerlo, si van a verse morir a manos de los otros? Ayer, en el salón de casa, se deshicieron de más de cincuenta de golpe.

—Porque las personas cambian cuando ven a la sombra de la Muerte llamando a la puerta de su casa, Marlowe. Nadie es tan digno como pretende ni tan leal como predica. Al final, el ser humano buscará su propia supervivencia. Dale un motivo a la chica para sobrevivir. Engáñala, tortúrala, juega con su mente. Me da igual cuál sea el camino mientras consigas ganar el torneo. Haz lo que tengas que hacer para obtener su compromiso, aunque sea a cambio de romperla. Además, ¿qué son un par de muertes más después de tres años de guerra?

Cojo aire. No sé ni por dónde empezar, así que opto por no responder a ninguna de las ideas de mi padre. Entiendo lo que me quiere transmitir, pero no va a resultar tan fácil. Hazel Greenleaf ha sido todo lo opuesto a mí desde que nació. Rodeada de una familia llena de amor y comprensión, llegó al internado para convertirse en la alumna favorita de todos. Con el paso de los años, comenzó a destacar por su belleza, inteligencia y férreos valores, pero no dejó

que nadie se le acercara de verdad hasta el noveno curso, cuando se confirmaron los rumores de relación con Caleb White, aunque las cosas no terminaron bien. Greenleaf ha vivido entre algodones y ahora, por primera vez en su vida, el mundo se le ha derrumbado.

Quizá podría estar ahí para ella. Convertirme en un falso amigo, un apoyo en el que poco a poco fuera confiando... y traicionarla al final. Porque yo también soy consciente de que, aunque gane El Ascenso, no hay ninguna forma de que Hazel pueda tener una vida normal cuando todo esto termine.

—Conocí a los padres de tu compañera en tu primer día de clase, poco después de que pasaran lista y todos cruzarais las puertas del internado —empieza a relatar mi padre—. Me pareció que estaban hechos el uno para el otro, porque los dos eran insoportablemente pegajosos. Muy poco decoroso.

Su comentario me asquea.

—Los dos provenían de buenas familias, pero había escuchado rumores de que se habían desviado del camino de la Muerte. Pensé que se equivocaban porque la madre llevaba un cuervo bordado en la solapa de la camisa, igual que hacían tus abuelos, y que te iría bien hacerte amigo de sus hijos. Pero cuando lo vi más de cerca era un simple patrón en la tela. Una decepción. Aun así, no pude quitarles los ojos de encima. Se comportaban con cierta extravagancia, como si no pertenecieran a este mundo. Los mellizos ni siquiera sabrían quién era El Magno, pero ya practicaban magia en la puerta del internado, antes de que comenzaran las clases. La niña aún tenía su gracia, pero él era incorregible. No me extraña que se uniera enseguida a esa banda de estúpidos con el símbolo del ciervo. Y la melliza lo seguiría, supongo, porque iban

insoportablemente juntos a todas partes, como sus padres. No volví a verlos juntos hasta el día que empezó la guerra, justo antes de vuestra graduación.

Mi padre no sigue hablando porque no hace falta que me cuente más. Todos estuvimos ahí para presenciarlo. Ni siquiera nos dio tiempo a graduarnos, aunque apenas quedaban unas semanas para que termináramos Aurum. El último curso de Stonefell se vio truncado por un ataque integral de El Magno al internado. Aprovechando la época de exámenes finales y que los profesores indignos estaban ocupados, se infiltró en Stonefell y asesinó a una clase entera de alumnos de décimo que se negaron a matricularse en los tres últimos cursos de artes oscuras. La incursión con padres, profesores y segadores enzarzados en una batalla en la que muchos huyeron. El Magno se autoproclamó entonces líder de los segadores, aunque ya lo había sido de forma implícita durante los años anteriores, después de pillar al antiguo líder acostándose con una indigna, asesinarlo y ofrecer su cuerpo desmembrado a la Muerte. Nadie se atrevió a llevarle la contraria. Desde entonces, vivimos tres años en los que tuvimos que defendernos, criar bestias mágicas para ofrecer su sangre a la Muerte y pelear junto a El Magno..., hasta hace unos días.

—Estás muy callado —me dice mi padre—. Espero que no sea porque vas a desoír mi consejo.

—No —le aseguro—. Estoy pensando en que he recibido una oferta de Alec Aurigae. Quiere que nos aliemos en el torneo.

Mi padre abre los ojos, repentinamente interesado en lo que tengo que decir.

—¿Y qué le has respondido?

Niego con la cabeza.

—No he tenido tiempo de decir nada.

—Bien. —Mi padre medita la situación—. No queremos a los Aurigae como enemigos. Pero tú conociste a El Magno y sabes que no le gustaban las tonterías. Solo puede haber un ganador, Marlowe. Encárgate de ser tú.

8

HAZEL

No puedo evitar soñar con Jack. Por más que intente despertarme cada vez que veo su cara, mi cuerpo vuelve a ceder y regreso a un sueño en el que presencio su muerte en bucle, una y otra vez.

Después de tres veces reviviendo cómo Magnus lo mata, por fin mi sueño cambia. Ahora somos pequeños y estamos en la puerta del internado, esperando que digan en voz alta nuestro apellido para entrar. Somos, por lo menos, ciento cincuenta alumnos de siete años, apurando los últimos segundos que pasaremos con nuestros padres antes de no volver a verlos hasta junio.

La mujer de la entrada, vestida con prendas oscuras y regias, comienza a leer los nombres, ordenados alfabéticamente por nuestro apellido.

—¡Alec Aurigae!

Todo el mundo se queda en silencio mientras el primer niño atraviesa las puertas de Stonefell. Lo miro con curiosidad y no puedo evitar preguntarme si algún día será mi amigo o si nos llevaremos mal. En ese momento no entendí el silencio que reinó entre los padres al escuchar su nombre, incluso cuando no volvió a repetirse

cuando llamaron a otros niños. Ahora me doy cuenta de que lo provocó su apellido. Desconocimiento, respeto, admiración, miedo...

—¡Hazel Greenleaf!

Dicen mi nombre antes que el de mi hermano, así que miro hacia atrás una última vez, despidiéndome de mis padres con una expresión cargada de pánico, y atravieso las enormes puertas de madera. Jack entra justo después y nos quedamos uno al lado de otro, observando a nuestros nuevos compañeros. Recuerdo que mi primera impresión del internado fue que parecía un lugar demasiado serio para que un grupo de niños aprendiera magia. Pero años más tarde fui comprendiendo que había algo en sus paredes de piedra y ese estilo gótico inglés tan característico que cuadraba a la perfección. Ahora solo era un lugar al que nunca podría regresar.

Unas antorchas iluminan la estancia, que termina en unas enormes escaleras de caracol. La primera vez que las vi ni siquiera me di cuenta de que el fuego era verde. Estaba tan nerviosa que mi mente no era capaz de procesar tanta información nueva. Ahora lo veo todo con otros ojos.

Un niño rubio se acerca a Alec Aurigae y se saludan, como si ya se conocieran de antes. No son los únicos, porque hay otros alumnos hablando entre ellos en pequeños corros. Por momentos como ese, siempre era una ventaja tener un hermano mellizo. Nunca estaba sola. Por más que pudiéramos discutir, sabía que contaba con un confidente, un pedacito de mi hogar incluso en un internado del que solo podíamos salir en Navidad y las vacaciones de verano. Me da un pinchazo en el pecho al verlo de nuevo, pequeño e inocente.

En teoría, en los sueños no se siente dolor, pero yo lo noto igualmente en el centro del pecho. Jack tiene el mismo pelo oscuro y

rizado, aunque muchas más pecas que cuando lo vi por última vez. Sus ojos verdes son un calco de los míos. A diferencia de otros niños, Jack no está asustado, sino que la situación parece emocionarle. Mira a su alrededor, buscando a alguien con quien hablar, y sonríe a un grupo de chicos con los que cruza la mirada. Me sorprendo al darme cuenta de que era un poquito más bajo que yo, una característica que cambió en cuanto empezamos el tercer o cuarto curso. Recuerdo que Jack me picaba con eso, me decía que me había tomado una poción que había frenado mi crecimiento. Jack siempre fue el bromista de los dos, y ahora daría lo que fuera por volver a escuchar esas palabras que antes me molestaban tanto.

La escena sigue, pero por algún motivo las imágenes se desvanecen, me despierto y no puedo volver a conciliar el sueño.

Encerrada en aquella celda casi invisible, pierdo la noción del tiempo y me empiezo a acostumbrar a escuchar los chillidos de las criaturas mágicas que deben de estar manipulando en algún lugar de la casa. El basilisco viene a visitarme de vez en cuando, pero me hago la dormida para evitar cruzarme con sus ojos. Me da la impresión de que cada vez que lo veo baja la temperatura de este sótano.

Después de varios días, empiezo a comer por pura supervivencia. Cuando Malenfant entra en mi jaula con una bandeja, el cuerpo decide antes que la cabeza. He intentado luchar contra el hambre, engañar a mi mente para que piense que ya he comido, que no necesito más, que las señales que me manda son contradictorias..., pero mi cuerpo está demasiado débil y los pensamientos comienzan a nublarse, confundiéndose entre ellos.

Ni siquiera me da vergüenza lanzarme a por la comida delante de él. Empiezo por el cuenco lleno de gachas. Están tan calientes que me arde el esófago al tragarlas, pero el cuerpo me pide que engulla más rápido ahora que le ha llegado el olor a comida. No me puedo ni imaginar la imagen que estará viendo el segador: una persona desquiciada, con el pelo sucio y enredado, las manos en carne viva de morderme los pellejos de las uñas y la mirada perdida.

—Me alegro de que comas algo —dice él, aunque ni lo miro a la cara—, pero ve con cuidado. Llevas muchos días sin probar bocado y podría ser malo.

—Cállate —le espeto, con la boca llena de un pescado blanco que no logro identificar.

Alguien ha tenido la deferencia de quitarle las espinas. Aunque solo haga falta un sencillo conjuro, agradezco el gesto. Si no, estaría tosiendo con los ojos llenos de lágrimas. Por lo menos, ahora solo me pasa lo segundo.

—La primera prueba es en tres días —me informa.

Pero mi mente sigue centrada en la comida. Termino el pescado, aunque sé que después volveré a rebañar el plato, porque se me han caído unos pequeños trozos. Muerdo la manzana verde con tanta fuerza que me hago daño en las encías.

—No sabemos en qué consistirá, pero tienes que estar preparada para todo. Es posible que, por ejemplo, te pongan a prueba físicamente. En ese caso, tendrías que...

—¡Cállate!

Esta vez, mi grito le pilla por sorpresa. El eco de mi voz retumba por las paredes del sótano. Aun así, el rostro de Marlowe Malenfant permanece impasible.

—Come más despacio —repite.

—No te molestes en darme órdenes. ¿De verdad crees que voy a entrar a vuestro estúpido juego? Estoy muerta de todas formas. Lo estoy desde que acabasteis con la vida de mi hermano. No hay nada, nada, con lo que puedas atormentarme, porque no me queda nadie por quien luchar.

Mi pequeño monólogo parece sorprender al segador.

—¿Ah, no? —me pregunta—. ¿Y qué hay de los hermanos White y de Serenity Spic? ¿Es que ya no te importan?

Me río, todavía con un trozo de manzana en la boca.

—No sé con quién están los White, pero estoy segura de que Serenity estará bien protegida. No creo que nadie se atreva a retar a Alec Aurigae. Está muy claro que va a ganar él.

Él inclina la cabeza.

—Estás muy segura —me dice.

No es una pregunta, pero, aun así, respondo:

—¿Tú te vas a atrever a llevarle la contraria? ¿Sabes lo que supondría para tus padres que te enfrentes a él, aunque pierdas? —le espeto—. Los matarán de todas formas, Malenfant. Así que no te molestes en intentar vencer otra guerra que ya está perdida.

Creo que he tocado un tema complicado, porque salta enseguida.

—Yo que tú no estaría tan tranquila, princesa. ¿Sabes lo que ha estado haciendo tu amiguita Serenity mientras tú estás aquí, durmiendo, a salvo y con comida y bebida diaria que te empeñas en rechazar?

De pronto, se me cierra el estómago. Lo puedo imaginar, pero no quiero creer que Aurigae haya sido capaz de algo así. Sin embargo, la expresión de mi captor lo confirma.

—Yo te lo diré. Alec la ha estado violando repetidamente, a veces con una poción paralizante. He estado en su casa y he escuchado sus gritos desde el ala sur de la mansión. Y, créeme, no eran placenteros. Hasta las criadas me miraron con una expresión de pánico en el rostro, intentando pedirme ayuda en su nombre para que...

—Basta —le corto—. Basta, basta ya.

Marlowe Malenfant da un paso hacia mí.

—Tu amiguita se ha convertido en la burla de los Aurigae, en su mascota, algo así como un trofeo viviente para demostrar su poder. Agradece que no hagamos lo mismo contigo y lucha a nuestro lado para sobrevivir.

—No tengo nada por lo que vivir —le recuerdo.

—Pues invéntatelo, porque lo vas a necesitar. —Hace una pausa antes de seguir insistiendo—: ¿Y qué hay de Caleb? Parecíais muy cómplices cuando os encontraron en su casa.

Agradezco que esté oscuro, porque siento que las mejillas se me tiñen de color rojo. No sé si de vergüenza o de rabia.

—Caleb ya no es nada para mí —miento, porque es la única forma que tengo de protegerlo ahora mismo: que piensen que no me importa.

En realidad, hace tiempo que nuestra relación se acabó. Pero, aunque la pasión y el amor se quedaron a un lado, seguíamos preocupándonos el uno por el otro. Cuando cortamos, prometimos dejar el drama aparcado para no complicar más las cosas en nuestro grupo de amigos. Otra ruptura reciente había trastornado por completo la dinámica y no queríamos hacer lo mismo en vísperas de la guerra.

—No estoy tan seguro.

Marlowe Malenfant da otro paso hacia mí. Me analiza con esos ojos azules que atraviesan cada uno de mis pensamientos, como si pudiera leerlos.

Trago saliva.

—No puedes coaccionarme. Estoy muerta por dentro.

Él mueve la cabeza, perdiendo la paciencia. Después, da otro paso hacia mí y se inclina, acercándose peligrosamente a mi cara. Siento un torrente de rabia recorriendo mis venas y, sin pensarlo dos veces, me abalanzo sobre él. Enseguida, un campo de fuerza me empuja hacia atrás y caigo de espaldas sobre el suelo del sótano. Se me escapa un gruñido, lo que alimenta todavía más la satisfacción de Malenfant.

Vuelve a acercarse y, aunque intento alejarme, mi cabeza se golpea contra el final de la jaula y siento una corriente eléctrica que me abrasa. Me arde la espalda. Me incorporo con cuidado. El chico me tiende su mano enguantada para ayudarme, pero la rechazo. Cuando por fin estoy de pie, me agarra del cuello y me vuelve a estampar contra la barrera invisible de la esfera que me tiene prisionera. Acerca sus labios a mi cuello, justo debajo de mi oreja.

—Ten cuidado con esos deditos, princesa —me amenaza en un susurro—. Algún día podría cortártelos uno a uno. Y, créeme, aunque no te haría gritar como a tu amiga, disfrutaría igualmente del proceso.

Siento que todo a mi alrededor empieza a volverse negro, poco a poco, como si la oscuridad me estuviera tragando. La mano de Malenfant ejerce cada vez más presión en mi cuello, sobre todo a los

lados, y aunque no tengo mucho problema para respirar, siento que la sangre me deja de subir a la cabeza. Mi visión se va oscureciendo.

Y después, tan rápido como se ha acercado, el segador me suelta y se aleja, dándome la espalda solo cuando sale de la jaula.

Me vuelvo a quedar sola en el sótano. Quizá no ha sido buena idea comer tan rápido, porque siento que la comida va a abandonarme en cualquier momento. Me dejo caer de rodillas sobre el suelo, tratando de relajarme. No puedo vomitar, no ahora. Será una tortura volver a aguantar toda la noche sin saber qué hora es ni cuándo llegará la siguiente bandeja.

Siento el agarre de su mano sobre mi cuello durante los siguientes minutos. Me incorporo, pero enseguida me doy cuenta de que el movimiento ha sido un error. Mi cerebro empieza a mandarme señales de alarma y se me llena la boca de saliva. No puedo evitarlo. Vomito sobre el suelo, en el centro de la jaula, hasta que no queda nada más dentro de mí. Se me saltan las lágrimas del esfuerzo, pero también de la rabia.

Me llevo una mano al cuello y siento que me arde. Junto a la espalda y al estómago, el dolor es insoportable. Rompo a llorar de nuevo, perdiendo el control. Pego la cara al suelo y mi boca se llena del sabor salado de la piedra, que llevará años sometida a la humedad y la falta de luz. Me deshago en lágrimas mientras pienso en Serenity, en Caleb y Alice y en mi hermano. Al ver la imagen de Jack en mi mente, tan vívida, tan real, se me corta el llanto. Me lo imagino mirándome, hecha un asco y tirada en el suelo, y enseguida me recompongo. Si mi hermano me viera así, se avergonzaría. Si siguiera con vida, habría seguido luchando. Incluso habría recibido la noticia del torneo como una oportunidad para vengarse.

Trato de pensar como lo haría él. ¿Qué estrategia seguiría Jack en mi lugar? Y entonces lo veo todo con claridad, a pesar del cansancio, el hambre y el dolor: Jack habría aguantado hasta el final para después derrotar a la familia segadora que ganara el torneo. Lo tengo claro. Nunca quiso mancharse las manos de sangre, pero la guerra había llegado a un punto en el que los valores habían quedado por debajo de la supervivencia.

Me pongo de pie, sintiendo una nueva fuerza dentro de mí. Quizá sí que me queda algo por lo que luchar, algo que no había tenido en cuenta hasta ahora: su memoria.

9

MARLOWE

—No te acerques.

Madre extiende el brazo, creando una barrera frente a la cama de mi padre cuando intento acercarme a hablar con él. Su estado ha empeorado de la nada. Aunque se encuentra estable, solo abre y cierra los ojos, murmurando palabras sin sentido cada vez que recobra el conocimiento.

Doy un paso atrás y bajo la cabeza. No quiero enfadarla más y menos ahora. Me preparo para abandonar la enfermería improvisada de la mansión Aurigae cuando su mano fría me agarra por el codo.

—Espera, no te vayas. Quiero hablar contigo.

Me hace un gesto con la cabeza, señalando hacia la puerta. Camino en silencio detrás de ella hasta que dejamos atrás el sonido de la poción burbujeando en el centro de la sala. Mi madre cierra la puerta. No sé si mi padre nos podrá escuchar, pero es mejor que se recupere tranquilamente al margen de todo lo que está pasando. Mañana empieza El Ascenso y se palpa la tensión en cada esquina de la casa.

—Tu padre me dijo hace unos días que el hijo de los Aurigae te había propuesto una alianza.

—Sí —respondo, tajante.

La verdad es que no he parado de pensar en ello. Las dos últimas veces que he venido a visitar a mi padre he sentido pánico de cruzarme con Alec, porque todavía no tengo una respuesta. Pero estoy convencido de que mi madre está a punto de aclarar mis dudas.

—¿Qué quería exactamente? —me pregunta.

Me da la impresión de que ya lo sabe, que habrá estado maquinando a mis espaldas con el padre o el abuelo de Alec.

—No me dio muchos más detalles, solo me propuso colaborar en algunos momentos del torneo.

Mi madre frunce el ceño.

—¿Algunos momentos? —Medita mis palabras durante unos segundos—. Bueno, no le falta razón. Al final, uno tendrá que separarse del otro para hacerse con el poder... o traicionarlo. ¿Aceptaste su invitación?

—No llegué a responderle —le confieso, por no decir que fue ella misma la que interrumpió nuestra conversación al gritar mi nombre como si fuera un niño de cinco años que ha hecho una travesura.

—Bien —murmura ella—. Creo que deberías aceptarla.

No respondo porque sé que no es una sugerencia. Mis padres no toman ninguna decisión a la ligera ni dejan nada al azar. Me quedó claro en la guerra, cuando mi madre abandonó el frente, sospecho que para preparar el camino por si las cosas salían mal.

—Pero al final solo puede quedar uno —le recuerdo, porque ese es el punto que más me preocupa—. En algún momento, uno tendrá que traicionar al otro.

—No si él muere antes.

Me fascina la facilidad con la que mi madre habla de la muerte, aunque supongo que solo es un efecto secundario de la guerra. Aun así, no me imagino a ningún segador enfrentándose a Alec. Sería una afrenta directa a los Aurigae y nadie quiere tener un enemigo tan poderoso. Ni siquiera mis padres. Nosotros seremos capaces de controlar a las bestias más mortíferas, pero su talento para crear nuevos hechizos y pociones de lo más retorcidos los hace temibles. Aunque quizá lo hace aún más que sepan aprovecharse social y económicamente de ello.

—Su participante no tiene muchas oportunidades —le recuerdo a mi madre, pensando en Serenity—. Todavía no sé cómo ha sobrevivido estos últimos meses.

—Aun así, debes unirte a los Aurigae mientras te beneficie —ordena—. Piensa en tu familia, Marlowe. Solo nos tenemos a nosotros tres.

No sé si se refiere a que mi prima Visinia, la única otra Malenfant que quedaba, murió hace unos días en la guerra. Mi madre traga saliva, busca mi mano en el aire y yo se la doy, incapaz de sentir su tacto a través del guante. Por un instante, lo siento como si me hubiera transmitido una descarga eléctrica por todo el brazo. Pero no, tan solo es un intento burdo de una muestra de cariño falsa.

Me impresiona que haya sido capaz de decir eso último en voz alta. Durante toda mi vida he sentido que siempre era yo contra el mundo, yo solo contra todos los demás..., y creo que no se me ha dado mal disimularlo. Mis cumpleaños nunca fueron algo especial, jamás recibí una palmada en la espalda tras sacar excelsos en todas las asignaturas de Aurum. Por lo menos, en las que pude cursar hasta que estalló la guerra. Ni siquiera vinieron en los días de visita

del internado. Eso sí, a mis padres no les dolía sacar la cartera para lo que necesitara para las clases o incluso algún antojo. Pero los regalos y caprichos no llenan un vacío de ausencias y desdén, sobre todo porque ni siquiera tenían detrás una intención real. Solo era una forma de callarme, de mantenerme entretenido mientras los adultos hablaban de temas más importantes.

—Cuando ganes —sigue hablando mi madre—, habrá que pensar qué hacemos con Greengrass.

—Greenleaf —le corrijo.

—Será un incordio con el que deberemos lidiar.

Se me ocurre una idea que sé que le encantará. Aunque El Ascenso todavía no ha empezado, el juego ya ha arrancado hace mucho tiempo. Y yo también tengo que ganarme a las únicas personas que velarán por mi seguridad cuando esté jugándome la vida en el torneo: mis padres.

—No te preocupes, madre —le digo, con la bilis subiéndome por la garganta—. Yo mismo me encargaré de matarla cuando hayamos ganado El Ascenso.

10 HAZEL

Me despierta el siseo del basilisco, haciendo círculos alrededor de mi jaula. Estoy segura de que, si pudiera atravesarla, me habría devorado hace días. O semanas. Realmente, no sé cuánto tiempo llevo aquí. El sótano no tiene ventanas y ya no me fío de mis ritmos circadianos para saber si es de día o de noche. A veces puedo intuir que han pasado veinticuatro horas porque escucho el sonido de una criatura parecida a un gallo que cacarea tres veces poco antes de que me traigan la cena.

La serpiente me mira fijamente al darse cuenta de que me he despertado. Quizá pensaba que había muerto y estaba esperando a que sus dueños eliminaran la barrera mágica que nos separa para...

De pronto, la puerta del sótano se abre de golpe y Marlowe Malenfant aparece con el rostro inexpresivo. Viste un traje oscuro, me parece que es verde, aunque no sé si es un efecto óptico del falso fuego que ilumina el sótano o que mis sentidos comienzan a fallar.

—Levántate —me ordena—. La primera prueba comienza en dos horas.

Me da un vuelco el corazón, pero no permito que mi angustia se perciba desde fuera. No quiero darle el gusto de disfrutar de mi miedo.

Malenfant atraviesa la esfera bajo la atenta mirada del basilisco y me agarra del antebrazo. Me levanta del suelo con un gesto brusco que hace que casi choque contra él. Me siento débil, sucia y patética, como si algo hubiera absorbido la poca vida que quedaba en mi interior.

—Las criadas te adecentarán un poco. —Siento su mirada recorriéndome de arriba abajo—. No puedes salir así en público. También te darán comida y agua. No sé si está permitido el uso de pociones en El Ascenso, así que tendrás que espabilarte tú solita.

Sin esperar a mi respuesta, se da la vuelta y abandona la esfera de seguridad. Le hace un gesto a la serpiente para que lo siga, pero el basilisco me observa durante unos segundos, desafiando las órdenes de su amo. Sus ojos se posan en los míos, como si me estuviera advirtiendo que contará mis días, y después sigue al chico por las escaleras.

Me quedo sola durante unos minutos. Solo puedo pensar en lo que pasará a continuación. El Ascenso serán cinco pruebas, pero no sé hasta cuál podré seguir con vida. La idea de volver a ver morir a mis amigos me trae recuerdos de la batalla final, y de Jack. A veces me pregunto qué pensaría al verme aquí. Al verme así. ¿Querría que luchara? Conociéndolo, me pediría que aguantara hasta el final para, después, acabar con los Malenfant. Pero hay un pequeño problema con el que no sé si habría contado: en el caso de que yo gane, seré la única persona de la resistencia que seguirá con vida. Sin embargo, en El Ascenso, todos los rebeldes seleccionados nos presentamos frente a la muerte por igual, sin tener en cuenta nuestra edad, si somos alumnos del internado o si terminamos nuestros estudios mágicos hace varias décadas.

Después de la matanza, solo quedamos trece. Los tres únicos adultos que fueron elegidos habían sido profesores del internado durante años y el padre de una alumna. Morgana Vexley había dado clase de Duelo y Estrategia desde hace varias décadas, incluso los padres de algunos alumnos actuales habían estado en sus cursos. Alaric Quell, aunque llevaba menos tiempo, se había convertido en un referente de Botánica. Se rumoreaba que tenía cierta conexión con los Aurigae y que habían trabajado juntos en la elaboración de alguna poción prohibida mediante el suministro de ingredientes muy difíciles de encontrar o de cultivar, pero todo eran habladurías, ya que en la guerra el profesor se puso de nuestro lado. Después estaba Veyron Nox, que había luchado junto a su hija Ivy hasta el final. El resto de los supervivientes éramos jóvenes. Algunos, como Caleb y yo, estábamos en los últimos días de Aurum, a punto de graduarnos. Otros ya habían salido de Stonefell hace tiempo, como Alice, o todavía estaban estudiando cuando estalló la guerra.

Theo Hall era el más pequeño de todos. Su supervivencia era pura casualidad, porque tan solo llevaba unos pocos años aprendiendo a utilizar su magia cuando estalló la guerra. Después estaban los hermanos White, a los que conocí la primera semana de clases. Y, por supuesto, Serenity. Al resto de los alumnos que sobrevivieron a la guerra los conozco de vista, pero no sé cómo se llaman.

La puerta del sótano se vuelve a abrir y aparecen tres mujeres con la cabeza baja. Visten unas capas anchas y marrones, como un saco viejo de patatas. En un instante, la esfera a mi alrededor se deshace en el aire y se acercan a mí. Es entonces cuando me doy cuenta de que las tres chicas, que tendrán dos o tres años menos que yo, son exactamente iguales. Podrían ser trillizas, pero hay algo en su

expresión que me recuerda a uno de los hechizos más crueles que estudiamos en el internado: *mirrorem*, o la maldición clonadora. Por supuesto, estaba prohibida desde el mismo momento en el que se inventó, pero no era difícil encontrar un frasco en un callejón oscuro si uno sabía dónde buscar... y tenía suficiente dinero en el bolsillo.

Las tres mujeres me hacen un gesto idéntico para que las siga.

Solo tengo un segundo para poder analizarlas. Las tres tienen el mismo pelo castaño, con la misma longitud. Una peca idéntica marca su mejilla derecha. Hasta caminan con el paso acompasado, como si se tratara de un desfile militar. No puedo evitar sentir pena por ellas. Una vida así debe de ser tan humillante como mediocre.

Las obedezco sin rechistar. Ellas son tan prisioneras como yo. Si hubiera sido una orden de Malenfant, habría tenido que hacerlo igual, pero solo por el tatuaje de espinas que recorre mi antebrazo y me recuerda que ahora mismo soy de su propiedad. Al final tanto ellas como yo nos hemos convertido, de una forma u otra, en marionetas de la misma familia.

Se colocan a mi alrededor, como si quisieran asegurarse de que no voy a salir corriendo. No sé cómo explicarles que ni siquiera podría llegar a la puerta principal de la mansión Malenfant sin que el tatuaje me estrangulara. Estudiamos este tipo de marcas en el segundo curso de Aurum y no necesitaba hacer preguntas para saber las consecuencias que tendría intentar escapar. Además, sin magia y sin fuerza en las piernas, tampoco es que pueda llegar muy lejos. Fantaseo sobre la posibilidad de encontrar una estación de tren cercana, pero ni siquiera sé en qué zona estoy.

Subo las escaleras a duras penas, sintiendo que me falta el aire cuando llego al final del primer tramo. Me tengo que parar para

recobrar el aliento, pero una de mis escoltas me empuja desde atrás y me obliga a seguir. Los músculos de las piernas se quejan con cada paso que doy. Las sigo por un laberinto de pasillos hasta llegar a una habitación recubierta de baldosas azul oscuro y suelos de mármol, un baño más grande que el salón de la casa de mis padres.

Durante la siguiente hora, dejo que las mujeres me lleven de un lado a otro. Sin mediar palabra, se organizan para bañarme, arreglarme el pelo y vestirme con una ropa neutra. Me dejan unos minutos en la bañera, sumergida en un agua tan caliente que parece un abrazo del mismísimo infierno. Después me frotan la piel con un cepillo de cerdas duras. Termino con una sensación de ardor desde la frente hasta la planta de los pies, pero ni siquiera tengo fuerzas para quejarme, porque sé que hay dolores que son mucho peores que este.

Al final, parezco una nueva versión de mí misma. La pérdida de peso me hace parecer enferma, pero mi piel ha revivido con un tono rojizo y mi pelo tiene un brillo diferente. Las chicas me ofrecen comida y bebida. La pruebo sin rechistar, aunque con más calma que la última vez. Según Malenfant, puede que las pociones estén prohibidas, pero estoy casi segura de que el líquido que han servido en mi vaso está tan bueno porque podría estar mezclado con algún tipo de fórmula mágica. Hasta su sabor es diferente. Escuece cuando me roza los labios secos porque, a pesar de que me los han exfoliado y de que me han curado las heridas, todavía hay zonas sensibles.

Mi estómago parece aceptar bien la comida y poco a poco voy recuperando las fuerzas. Haberme bañado y llevar ropa limpia

también ayuda, aunque el olor a manzana del suavizante me da náuseas.

Las tres mujeres me miran a la vez, dándome a entender que su labor ha terminado.

—Gracias —murmuro.

Ellas asienten con la cabeza y se van. Su coordinación, así como su silencio, me pone los pelos de punta. Sin duda, han sido víctimas de una maldición *mirrorem*. Hasta parpadean al mismo tiempo. No me quiero ni imaginar lo dura que tiene que ser su vida: comparten su dolor, igual que pasaría con un golpe, como si estuvieran enganchadas por una correa invisible alrededor del cuello y del corazón.

Las tres se dan la vuelta y se marchan, dejándome sola frente al espejo del baño. No intento buscar una escapatoria porque sé que estoy atada a este lugar, así que devuelvo la mirada a una nueva versión de mí que no me convence. El maquillaje ha logrado cubrir mis ojeras, pero no el cansancio que gritan mis ojos.

11

HAZEL

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando la puerta se abre a mis espaldas y unos tacones golpean las baldosas del suelo de mármol del baño. La señora Malenfant camina hacia mí con paso elegante y decidido. Lleva una capa verde esmeralda y unos pendientes que le alargan todavía más el rostro. Tiene el pelo recogido hacia atrás en una tirante coleta alta, igual que el día que llegué aquí por primera vez.

—Ponte de pie y date la vuelta, niña —me ordena.

Me permito unos segundos de rebeldía antes de obedecer a su orden. Con las manos, recorre mi pelo, mi rostro y la ropa que me han puesto, incluso se agacha para tocar mis zapatos.

—No está mal.

Por una vez, tengo que estar de acuerdo con Gwendoline Malenfant. Las tres chicas han hecho un gran trabajo y la elección de vestuario ha sido bastante acertada, teniendo en cuenta que no sabemos a qué nos vamos a enfrentar hoy. Me han puesto una camisa sencilla de manga larga y color crudo, unos pantalones negros un poco holgados y unos zapatos abrochados con unos cordones, de mi talla. Además, sobre la encimera del baño han

dejado una capa gruesa de color negro, por si tenemos que permanecer en el exterior.

—¡Marlowe!

El grito me hace dar un bote. Junto a la puerta, que se había quedado abierta, aparece su hijo. A pesar del semblante tranquilo, algo me dice que él también tiene que estar nervioso. No me imagino a un Malenfant yendo en contra de las decisiones de su familia y poniéndolos en riesgo porque sí. Por eso, me sorprende que no refleje ni un ápice de inquietud por lo que está a punto de suceder hoy. Él me mira de abajo arriba, y clava sus ojos en los míos.

—Estoy aquí, madre.

—Ven y haz lo que tengas que hacer. Y que una de esas cosas sea honrar tu apellido.

Sin decir nada más, la mujer se marcha. No esperaba que me diera una palmadita en la espalda, me agradeciera mi participación ni que me deseara suerte..., pero ni siquiera se despide al salir.

—¿Cómo estás? —me pregunta Marlowe cuando el sonido de los tacones de su madre se aleja más allá de la puerta.

Vuelvo a cruzarme con sus ojos azules y me encojo de hombros. Sé que no quiere saber si me encuentro bien o mal. Lo único que le interesa es si me veo con fuerzas para superar la primera prueba de El Ascenso.

—Viva —respondo. Al instante, me arrepiento de haber dicho algo tan estúpido.

—Bien, pues que siga así. Quedan treinta minutos para que arranque la prueba. ¿Estás preparada?

Suelto una risa seca, cargada de sorna, pero no digo nada más.

—Esa actitud no te hará ganar la prueba, princesa. Déjate de espectáculos y concéntrate en ganar. Hay que estar en el bosque quince minutos antes de que empiece. Sígueme.

Él me agarra del antebrazo, justo a la altura del tatuaje, y siento un pinchazo recorriéndome bajo la piel. Lo sigo a mala gana mientras me saca del baño. Me guía por un pasillo que huele a alfombras viejas, con las pinturas de las paredes manchadas de ronchas negras. Juraría que una de ellas se ha movido, pero solo es producto de mi imaginación y de mi cansancio. El pasillo termina en una sala enorme que, algún día, debió de ser una imponente biblioteca. Las paredes y el techo están pintados de color rosa pastel, que combina de una forma muy elegante con las blancas estatuas que adornan la estancia. El suelo está hecho de una madera diferente al resto de la casa, no parece tan húmedo como los demás, pero los libros no han logrado huir del moho.

Sigo a Marlowe hasta una de las esquinas de la estancia y entonces me doy cuenta de que, en el suelo, hay un gran hueco circular donde flota una sustancia plateada.

—Cruzaremos a la vez. No pasarás ni antes ni después de mí —me indica.

No he visto una Porta Fatum en mi vida, pero la reconozco por las fotos del manual que utilizábamos en las clases de Magia Etérea. Esa circunferencia encajada en el suelo de madera es una puerta entre dos lugares que se conectan solo durante unos instantes, cuando se programa para ello. Si esta es la primera vez que la veo en persona es porque son extremadamente caras y solo las familias de magos con mayor poder adquisitivo pueden permitirse los varios cientos de

miles de libras que puede llegar a costar. Una vez la compras, eso sí, dura toda la vida.

Se dice de ellos que son el medio de transporte más rápido y seguro que existe. En cuestión de segundos, uno puede viajar de Escocia hasta el punto más lejano de Australia, si las leyes lo permiten, porque uno no puede simplemente aparecer en medio de Times Square o de un supermercado, o colarse en casa de un extraño. Las Porta Fatum jamás se estropean ni se equivocan, siempre te llevan al lugar exacto bajo la indicación de su amo. Así que supongo que este será mi camino hacia la primera prueba.

—No sé qué nos espera al otro lado —dice el segador—. Pero tienes que sobrevivir, Greenleaf. Busca dentro de ti ese instinto de supervivencia que...

—No lo haré —le espeto. Cuando lo digo en voz alta, suena como si estuviera firmando mi propia sentencia de muerte y, en parte, es justo lo que estoy haciendo. Me niego a que Jack esté muerto y yo siga aquí. No me imagino un mundo sin mi hermano, por más que él quisiera que yo siga adelante. No me he dado cuenta hasta ahora de que lo que estoy haciendo, realmente, es despedirme—. Participaré porque no me queda otra. La marca que me hiciste en el brazo me obligará, pero no haré nada que esté en mi mano para sobrevivir.

Levanto la cara y observo detenidamente sus ojos azules, del mismo color que el hielo del estanque de mi casa cuando se congelaba en invierno. Malenfant frunce el ceño y me coge por los hombros, apoyándome contra la estantería más cercana. No sé si ha medido bien o no su fuerza, pero siento los motivos dorados clavándose en mi espalda.

—Vas a salir ahí y vas a salvar tu pellejo y el de toda mi familia. —Habla con los labios tan pegados que no sé cómo ha podido vocalizar para que lo entienda a la primera—. Así que olvídate de juegos y sobrevive, princesa. ¿O crees que a tu hermano le gustaría saber que te rendiste a la primera de cambio?

La simple mención me hace hervir la sangre. Por supuesto que quiero seguir adelante por él, pero a veces pienso que sería mejor que lo hiciera otra persona en mi lugar. Quizá a mí no me queda nada por lo que luchar, pero por lo menos mi muerte puede salvar a otra persona. Y sin embargo...

—Hagamos un trato. —Mi lengua va más rápida que mi cerebro, pero ya es tarde para echarme atrás. La prueba está a punto de comenzar y esta es mi única oportunidad de hacer algo útil con mi participación—. Te ayudaré a ganar, pero quiero algo a cambio.

Mis palabras captan su atención y, por unos instantes, me parece que incluso sus pupilas se agrandan, porque el azul en sus ojos casi desaparece.

—No estás en posición de pedir favores —me recuerda.

—Pero tu supervivencia depende de la mía y, ahora mismo, estás tan desamparado como yo.

No dice nada más. Me imagino que por su mente estarán circulando un millón de pensamientos, vacilando entre confiar en mí o sumergirnos cuanto antes en el portal. Apenas quedan unos minutos para que arranque El Ascenso.

—Te ayudaré a ganar —repito— y tú te asegurarás de que mis amigos lleguen a la prueba final.

Malenfant resopla y hace amago de contestar.

—Ya sé que solo puede quedar uno —me adelanto, antes de que me recuerde las normas. Desgraciadamente, las tengo grabadas a fuego en la mente. La escena de Magnus recitándolas, como si todavía estuviera vivo, es imposible de borrar de mis recuerdos—. Pero quiero que hagas lo imposible para que lleguen hasta el final. Que tengan una oportunidad real de ganar. Que, si alguien que no sea yo tiene que sobrevivir, sea Serenity o uno de los hermanos White.

Nos quedamos en silencio. Los siguientes segundos se me hacen eternos hasta que Malenfant responde.

—No puedo garantizarte eso. Ni siquiera sé cómo van a ser las pruebas. Y, con Serenity como campeona de los Aurigae..., siento decirte que ya puedes dar a tu amiga por muerta esta misma tarde.

12

HAZEL

La Porta Fatum ilumina el centro de la biblioteca. No deja de ser irónico que, en un lugar donde puedes viajar a cualquier parte a través de un libro, también puedas hacerlo mediante el portal mágico. Los libros amarillentos, consumidos por el moho y abandonados a la humedad del lago, reflejan su resplandor, como si prometieran el pase a un destino que, en otras circunstancias, no sería una sentencia de muerte.

En algunas zonas inferiores de la biblioteca se agolpan pilas de libros que han quedado fusionados entre ellos tras pasar demasiado tiempo bajo el agua. No hace falta observar demasiado para darse cuenta de que este lugar, así como el resto de la planta baja, ha estado varias veces sumergido en las aguas negras del lago. Solo hay que fijarse en las marcas de las paredes, el lugar hasta el que llegó la destrucción y donde el moho se instaló para siempre.

El olor a papel podrido me quema en la parte posterior de la garganta mientras contengo el impulso de dar un paso atrás y observo a Malenfant acercándose al portal. Este emite un brillo plateado, suave y atractivo, así como un sonido similar al que hace la nieve cuando cae sobre el suelo. No me importaría fusionarme con

esa sustancia plateada que me separa del otro mundo, pero sin permanecer ni aquí ni allí. Deseo con todas mis fuerzas que el portal falle y pueda quedarme atrapada en una especie de limbo, si es que eso existe.

Pero mis deseos no suelen ser escuchados. Prueba de ello es estar donde estoy.

—Venga —me apremia el segador.

Me acerco al borde de la Porta Fatum y miro a mis pies, que ya rozan el brillo plateado que ahora se ha convertido en humo. Se me forma un nudo en el estómago y mi cerebro vuelve a recordarme todo lo que sé sobre el complejísimo funcionamiento de estos portales. ¿Acaso no es necesario conocer la ubicación o apariencia de tu destino antes de poder utilizarlo? Porque, a no ser que a Malenfant le hayan dado instrucciones precisas sobre el lugar de la primera prueba, no sé cómo va a visualizar ese espacio mientras nos dejamos caer al vacío.

Nuevamente, mi captor me agarra con fuerza del antebrazo.

—¿Estás lista? —me pregunta, aunque más bien suena como una exigencia.

Asiento, aunque él todavía no salta. Por un momento pienso que le dan miedo las alturas o que tiene vértigo. A mí nunca me han gustado, pero hay una voz en mi cabeza que me empuja a querer saltar. Quizá es porque cualquier lugar al que vayamos será mejor que este, o simplemente mi cerebro me pide un chute de adrenalina después de tantos días sumida en la monotonía y la humedad del sótano.

O puede que ya no le tema a la muerte.

En algún punto de la biblioteca, un reloj marca las once. Las campanadas van sonando, reticentes, como si cada golpe fuera el último de una maquinaria demasiado vieja como para seguir cantando. Las voy contando hasta que llegan con dificultades a la última. Y entonces el portal cambia de color. Se empieza a formar un remolino justo en el centro y se va extendiendo hasta los límites de la circunferencia. El plateado se va transformando en morado hasta que ya no queda rastro del color anterior.

—Ahora —me indica Malenfant, que no me ha soltado en todo este tiempo.

El chico se lanza hacia delante, sin miedo, y yo salto medio segundo después, dolorida por su fuerte agarre. Los primeros segundos son de caída libre, como quien se precipita hacia un pozo sin fondo. Después, un hechizo nos va frenando, hasta que todo a nuestro alrededor cambia, él desaparece y yo me golpeo fuerte con el suelo de un claro en mitad del bosque.

De primeras, la luz me ciega. En el sótano no he tenido apenas iluminación, tan solo el fuego artificial, y en el baño las tres chicas se han encargado de encender varias lámparas, pero la luz no tiene nada que ver con la que hay ahora. El sol se me clava en las pupilas y siento que me duelen cuando intento enfocar la vista. Cierro los ojos para protegerme y dejo que mi piel disfrute del tacto del suelo, aunque sea una combinación perfecta de ramas, raíces, bichos y tierra húmeda.

La sensación dura tan solo unos segundos y, cuando termina, siento que me han arrebatado el alma. Regreso a mi estado de angustia con más fuerza todavía y el *shock* hace que me entren ganas de llorar.

Por lo visto, no soy la única. Los trece participantes de El Ascenso hemos aparecido en un claro, al aire libre, bajo la luz de un sol demasiado intenso para esta época del año. Estamos dispuestos de forma irregular, cada uno dentro de una pequeña jaula que no tiene nada que ver con la de la mansión Malenfant. En aquella los límites de la jaula son transparentes y el espacio para moverme es más amplio y alto. Sin embargo, esta jaula es mucho peor. Apenas puedo ponerme de pie y parece estar hecha de hierro.

No hay rastro de los segadores. Algunos rebeldes gritan, otros lloran. Alguien me llama, pero no soy capaz de ubicar la procedencia de la voz con tanto jaleo. La confusión me hace dar varias vueltas en la jaula, con dificultad, hasta que mi equilibrio se ve afectado y entonces caigo de rodillas. Cuando impacto contra el suelo, me doy cuenta de que ya no llevo puesta la ropa con la que he salido de la mansión. Ahora todos vestimos igual: con ropa de un color verde intenso, casi negro, posiblemente para camuflarnos mejor con el bosque. De todas formas, no creo que lo necesitemos, ya que parece tan frondoso que a los pocos pasos cualquiera se volvería invisible entre la vegetación.

—¡Hazel! ¡Hazel! —Una voz masculina sigue gritando mi nombre.

Esta vez logro identificar de dónde viene y me giro a la derecha para ver a Caleb. Está tres jaulas más allá, encorvado, ya que su altura le impide ponerse de pie en una jaula tan baja. Me alivia ver que no tiene muy mala cara. Espero que, esté donde esté, lo hayan cuidado bien estos días. Con todo el caos que se montó el primer día en la mansión Malenfant, no pude registrar qué segador lo había escogido. Su pelo castaño claro se ve limpio, está afeitado y parece incluso haber ganado algo de peso. Solo se me ocurre que lo hayan

estado cuidando para que pueda rendir al máximo en las pruebas, y supongo que, a diferencia de mí, él ha escogido mantenerse fuerte.

—¡Caleb! —respondo con un grito ronco.

—¿Estás bien? —escucho.

Pero no somos los únicos que chillamos, así que su pregunta queda ahogada entre otras. Aun así, lo puedo entender porque le leo los labios. Me encojo de hombros como única respuesta. ¿Lo estoy? Todavía no he asumido del todo que Jack no está y que he pasado los últimos días encerrada bajo tierra.

Mis ojos buscan a Serenity, pero no la encuentro. Veo a Theo Hall, el más pequeño de todos los supervivientes, llorando en su jaula. Alice lo intenta consolar con poco éxito. El chico no hace caso a nada. Me pregunto qué segador le habrá tocado y espero, de corazón, que no haya sido Eleanor Ravenscroft. Junto con Alec Aurigae y Marlowe Malenfant, ella es la peor de todos. Si Alec y Marlowe disfrutan de tener el poder, del control sobre la otra persona, Eleanor se alimenta del sufrimiento de los demás. Un sufrimiento sádico, enfermo e injustificado.

—¡Serenity! —la llamo, intentando dar con ella entre la conmoción.

No puede ser tan difícil. Solo somos trece, pero los gritos no dejan que mi amiga me escuche. A mi lado está Morgana Vexley con un aspecto desmejorado. Parece que ha envejecido diez años en los últimos meses. Su cabello, antaño oscuro, ya se nota perlado en la zona de las raíces. Analiza nuestros alrededores, buscando algún peligro inminente. De todos los profesores, es a la que más me alegro de ver. No hay nadie que sepa defenderse y luchar como ella, por eso llevaba tantos años encargada de la asignatura de Duelo y

Estrategia. Justo a su lado está Alaric Quell, su compañero, profesor de Botánica. Con su mítica expresión crispada, revisa quién ha sobrevivido a la masacre del otro día. Nunca ha tenido una buena relación con la profesora Vexley, por lo que no me extrañaría verlo perder los papeles y enfrentándose a ella. Aunque, seguramente, será lo suficientemente listo para saber que tiene todas las de perder. Si Morgana Vexley es de las primeras en morir, será por un accidente. De hecho, es la que más probabilidades tiene de salir con vida de este lugar. Me pregunto qué segador la habrá elegido.

Trato de calmarme y buscar jaula por jaula hasta que la encuentro. De todos los que estamos aquí, debe de ser la única que se mantiene en silencio. Está de rodillas, con el mentón pegado al pecho. El pelo rubio le cae a ambos lados de la cara, ocultando su expresión, aunque la conozco demasiado bien como para saber cuál es.

—¡Serenity! ¡Serenity!

Se me rompe la voz justo en la última sílaba, pero ella sigue sin levantar la cabeza. Caleb vuelve a llamarme y cuando me giro para buscarlo con la mirada, una voz acalla todos los gritos.

—Bienvenidos a la primera prueba de El Ascenso.

Enseguida me doy cuenta de que es la de Magnus, o por lo menos de aquella versión falsa que había aparecido en la mansión Malenfant y después había quedado reducida a cenizas. Proviene de alguna parte del bosque y, al mismo tiempo, de todas. Suena a mis espaldas, justo encima de mi cabeza e incluso al lado de mi oreja, como si me estuvieran susurrando al oído.

—Todos los que estáis aquí habéis sido obligados a participar por vuestros mentores. Quizá para vosotros sea un castigo, pero

deberíais tomarlo como un honor. Una oportunidad de rectificar, de cambiar vuestra trayectoria hacia un lugar de devoción y respeto. De hecho, para demostraros que la misericordia de la Muerte no tiene fin, antes de que empecemos con El Ascenso, os propondré algo: si ansiáis vivir, todavía estáis a tiempo. Quiero demostraros que todas las vidas mágicas son valiosas si siguen el camino correcto. No disfruto de matar por el placer de matar. Nunca he sido así, ni lo seré, porque lamento cada gota de sangre mágica que se derrama, sea del bando que sea. Por eso, os permitiré abandonar la competición si os unís a los míos.

La voz hace una pausa. Muchos rebeldes se miran entre ellos. Creo que, como yo, están asegurándose de que nadie le hace caso. De que ninguno de los trece participantes vamos a caer en su juego ni nos hemos rendido tan rápido.

—¡Moriremos igual! —grita Alice, rompiendo el silencio incómodo que se ha creado en el bosque.

Su pelo liso y castaño ondea con la brisa del claro.

—¡Sí, es verdad! —grita otra voz, aunque detecto un punto de duda.

Me giro hacia la chica que lo ha dicho y reconozco a Ivy, que estudiaba en Stonefell algunos cursos por debajo. Alguien la llama y ella responde enseguida con una muestra de enfado. El hombre que le habla es el tercer adulto que hay en el claro, junto con los dos profesores, y se parece tanto a ella que estoy segura de que es su padre.

No puedo creer lo injusto que es todo esto. Sé cómo va a terminar esa historia antes de que mis ojos lo vean en las próximas semanas. Esa sensación de rabia, de impotencia, enciende un fuego dentro de

mí. Entonces, casi sin quererlo, me sorprendo a mí misma al alzar la voz.

—Todos vamos a morir —confieso, dirigiéndome a los otros participantes. El silencio se vuelve todavía más pesado—. Da igual la forma. Algunos más rápido, otros más lento. Si salís de aquí ahora, os torturarán para sacaros información. No os vais a convertir en una especie de hijo pródigo que regresa a casa con las orejas bajas. Os exprimirán hasta que no sirváis para nada y entonces, posiblemente, os borren del mapa en cuestión de segundos. No caigáis en su trampa. Solo es parte del espectáculo, para reírse de nosotros, para regodearse de su poder ahora que nos han exterminado.

Nadie responde. Busco a Caleb con la mirada, pero él no le quita el ojo a su hermana. Me giro hacia Serenity. Esperaba que mi voz la hiciera despertar de su trance, pero continúa en la misma posición. Si sé que sigue viva es porque su pecho se mueve levemente con cada respiración, pero poco más. No ha reaccionado desde que hemos aparecido en el bosque.

—Una lástima. Esperaba un mejor recibimiento a mi propuesta —continúa la voz.

No sé qué tipo de hechizo estará detrás de esa reproducción tan fiel de la voz de Magnus, pero está claro que ha usado algún tipo de magia oscura para poder contestar a las diferentes situaciones que pudieran darse en El Ascenso. No me lo imagino preparando una respuesta para cada situación.

—Aun así, seguiremos adelante con la primera prueba. —La grabación hace una pequeña pausa, una manera cruel de alargar la espera para conocer cuán retorcido sería su plan para acabar con

nosotros—. Debo confesar que, cuando ideé El Ascenso, encontré un reto en mi camino: ¿quién querría luchar por su propia vida si no tenía un motivo para hacerlo? ¿Quién plantaría cara a sus amigos para que un grupo de extraños ganara el poder del mundo mágico? Nadie. Nadie lo haría. A no ser... que tuviera un pequeño aliciente.

Esa última palabra me pone los pelos de punta. Theo Hall se tapa los oídos y murmura algo que solo puede escuchar él mientras se balancea hacia delante y atrás. Tiene las manos llenas de heridas, manos a las que ya de por sí les habían arrancado las uñas y un dedo. El estómago me da un vuelco de la impresión al ver su falange seccionada. Estoy segura de que se lo cortaron de la forma más macabra posible.

—Pero eso es algo que deberéis descubrir por vosotros mismos. Sin más dilación, que empiece la primera prueba.

La voz de Magnus se pierde en el aire. Por unos instantes todo vuelve a la normalidad: las jaulas se disuelven, la atmósfera se suaviza y el bosque parece un poco más afable...

Entonces lo noto. Una sensación extraña comienza a invadir mi cuerpo, una especie de frío que empieza trepando por los pies y va subiendo por mi espalda, como una serpiente que se enrosca a mi alrededor para terminar ahogándome. Enseguida me doy cuenta de que no soy la única. En el bosque los gritos me confirman que hay más personas bajo el mismo efecto. Veo a Caleb mirando hacia sus piernas y después al suelo, buscando una explicación, pero sin encontrar una respuesta a lo que nos está sucediendo. Una parte de mí se muere de curiosidad por saber cuál será la prueba, pero hay otra que se siente sucia con tan solo formar parte de este proceso.

Era evidente que Magnus no nos desvelaría el aliciente. La incógnita, el desconocimiento, lo hace todo mucho más doloroso. Más crudo. Lucharemos sin saber el motivo porque ninguno puede arriesgarse a lo contrario. Ahí radica la tortura.

El frío sigue escalando por mi cuerpo. Me siento como si tuviera una segunda piel, como si fuera una serpiente a punto de mudar sus escamas, desprendiéndome de las viejas y dando la bienvenida a unas nuevas. Sube haciendo círculos por mi pecho, hombros, cuello y finalmente llega a mi cabeza. Siento que, a medida que avanza, voy perdiendo el control de mis extremidades y de mi propia voluntad. Mis brazos se levantan, las manos muestran las palmas hacia arriba, pero no soy yo la que los está moviendo. Los gritos siguen, pero los escucho de forma distinta.

Ya no soy yo. Hay alguien dentro de mí, habitando mi piel, y yo solo soy una testigo de lo que pasa a mi alrededor. Una prisionera dentro de su propio cuerpo.

Es entonces cuando escucho su voz en mi cabeza. La última voz que querría oír ahora mismo, y mucho menos dentro de mí: Marlowe Malenfant.

13

MARLOWE

Las jaulas desaparecen, dejando a todos los indignos en un estado de confusión. Ni yo mismo entiendo lo que está sucediendo. Hace un momento estaba suspendido en un limbo con el resto de segadores, observando desde arriba todo lo que estaba pasando..., y ahora estoy aquí. Con los pies en la tierra y un dolor en el pecho que no me deja respirar bien. Me miro las manos y me doy cuenta de que estoy *dentro* de ella.

¿*Qué está pasando*?

Escucho la voz de Hazel dentro de mi cabeza. Es como si lo hubiera dicho yo, pero no ha salido de mi boca.

—¿Qué...? —murmuro en voz alta.

¿Qué es esto?

Hazel suena cada vez más desesperada.

«¿Puedes oírme?». Al principio, me siento como un absoluto gilipollas hablándome a mí mismo.

Sal de aquí, sal de mí, me grita Hazel.

«No puedo. Ni siquiera sé cómo ha pasado».

A nuestro alrededor se escuchan voces. No somos los únicos que estamos descubriendo el funcionamiento del hechizo. Es una magia

tan avanzada que ni siquiera había oído hablar de ella. Además de que, por supuesto, es oscura, inmoral y peligrosa. No puedo ni imaginar lo que podría hacer alguien como El Magno con algo así... O sí. Precisamente porque lo está haciendo ahora mismo.

Levanta la mano, me ordena Hazel.

Sin cuestionarlo, obedezco. Levanto los brazos y los muevo, sintiéndome más liviano que hace unos segundos, incluso habiendo estado flotando en un limbo. La bajo.

«Ahora tú», le digo.

Me quedo quieto... y no pasa nada. Entonces lo entiendo. Greenleaf tan solo es una espectadora de lo que va a pasar mientras yo habito su cuerpo. El hechizo no solo va a hacer que se maten entre ellos, sino que seamos los segadores los que nos manchemos las manos de sangre mientras los indignos lo ven todo en primera persona.

Me siento raro dentro del cuerpo de Hazel. Hay una cierta calidez que me incomoda, que me hace sentir tranquilo a la vez que me insta a huir. Y después está ese dolor en el pecho, cada vez más agobiante... Puedo sentir mi corazón latiendo con ansiedad, pero no sé si es por mi culpa o por su desesperación.

Estoy a punto de preguntarle si puede relajarse cuando alguien me interrumpe.

—¡Hey! ¡Mirad lo que puedo hacer!

Levanto la cabeza y veo a Theo Hall, un chaval que no tendrá más de trece años, de pie y en el centro del claro. Tiene la cara y los brazos llenos de heridas, algunas de ellas todavía no han curado y no parece que vayan a hacerlo en los próximos días. Hay una a la altura del cuello que se le ha infectado.

Theo corre en círculos, se cae al suelo, se reboza por las ramas y después coge un puñado de tierra y musgo y se lo mete en la boca. Todos observamos con horror cada uno de sus actos, sabiendo que no es él quien realmente se los está ordenando a su cuerpo, sino Eleanor Ravenscroft.

—¿Quién quiere ver cómo intento dar un salto mortal hacia atrás? —pregunta, con una terrorífica sonrisa sádica en los labios.

Todos nos quedamos en silencio.

—¡Yo! —responde Serenity Spic con la voz ronca.

Noto que el corazón se me acelera justo en este momento y entonces me doy cuenta de que conservo algo más de Hazel que su voz.

No, no, cállate, piensa ella.

—¡Y yo también! —grita Alice White.

Theo hace una especie de reverencia.

—Lo que mi audiencia me pida... ¿Qué debería hacer después? —Theo se lleva la mano a la boca—. ¿Me arranco un diente?

Se escuchan risas de fondo, pero yo no reacciono. Esta prueba va a ser más difícil de lo que había pensado. Theo vuelve a reírse y se empieza a quitar la ropa. Tira al suelo la camiseta y hace lo mismo con los pantalones, después de darles varias vueltas sobre su cabeza mientras tararea una canción que, en otro contexto, sería divertida. Ya en ropa interior, camina hacia el bosque, con la mirada de todos los indignos clavada en la espalda. Se acerca al primer árbol que encuentra y empieza a treparlo. A continuación, se encarama a una rama gruesa y camina por ella, a punto de perder el equilibrio en dos ocasiones. La caída no sería muy grande, no lo mataría, pero un mal gesto y podría romperse la columna o quedarse parapléjico.

—¿Y si me como alguna de estas hojas? ¿O me meto una rama por la garganta para ver hasta dónde llega? ¿Creéis que podré sacarla después sin que se atasque?

La sensación de angustia se intensifica en mi pecho y siento que me voy a partir en dos. Theo arranca una rama fina y alargada pero bastante curva. Después, se sienta con las piernas colgando en el aire y bamboleándose como si de un columpio se tratara, mira hacia el cielo y comienza a meterse la rama por la boca.

No puedo mirar. Me arden los ojos y me imagino que son las lágrimas de Hazel, luchando por escapar, por recuperar el control de su propio cuerpo. Pero no dejo que salgan. No me pueden ver como al débil, aunque mi aspecto sea el de ella.

Intento lanzarle un hechizo paralizante para que no se trague la rama, pero mi magia no funciona, y al parecer la de ninguno de los participantes. Solo el bosque está encantado. Theo comienza a meterse más y más la rama por la garganta hasta que se atraganta.

—¡Más profundo! —grita Serenity.

La imagen es desoladora. Por un instante siento pena por Theo. Parece tan pequeño, tan frágil... que por un momento deseo que alguien lo mate.

Como si me hubieran leído la mente, algo pasa en el bosque. El suelo del claro comienza a temblar. Algunos dan varios pasos atrás, sin saber muy bien a dónde mirar. Después se empieza a resquebrajar, y de los agujeros surgen unas ramas oscuras con espinas rojas que se hacen cada vez más gruesas.

¿*Qué es eso*?, pregunta Hazel, pero ni yo mismo tengo la respuesta.

Las ramas comienzan a reproducirse y van invadiendo toda la superficie del claro, obligándonos a salir de ahí. No me quedo quieto para ver lo que pasa a continuación, sino que me adentro en el bosque sin pensarlo dos veces. La mayoría de los indignos, guiados por los segadores que albergan, hacen lo mismo, echando a correr y dejando atrás la zona soleada. A nuestro alrededor la oscuridad toma paso. Las ramas nos persiguen, enroscándose y buscando un tobillo, muñeca o cualquier lugar del que agarrar a una persona y llevársela.

De pronto, el ambiente se vuelve sombrío, un viento me congela las entrañas y me invade una sensación de pánico. Estoy acostumbrado a la humedad y a vivir con poca iluminación, pero estar en el bosque es diferente. Por suerte, mis pupilas se van ajustando con rapidez. El claro queda completamente cubierto de ramas, que siguen creciendo y metiéndose en el bosque. Escucho un grito y me giro, justo a tiempo para ver cómo atrapan a una chica, rodeándola por los muslos. Las ramas se la llevan de vuelta al claro y la alzan en el aire para después bajarla con rapidez y sumergirla en su entramado puntiagudo. Los gritos de pánico y dolor se escuchan cada vez más amortiguados y poco después se acallan.

Doce. Acabamos de empezar y ya somos uno menos. No sé qué segador estaría con esa chica, pero imagino que no le habrá hecho gracia que su participante haya sido la primera en caer. Todavía puedo escuchar sus quejidos en mi mente, como si estuvieran a kilómetros de distancia de aquí, de la que estoy seguro no habrá sido una muerte digna ni rápida. Y, con ella, me quedan claras dos cosas. La primera es que no me puedo fiar del entorno. Mis compañeros no serán mi único enemigo en El Ascenso. Y la

segunda, me tomo lo que acaba de suceder como una advertencia: si no seguimos adelante con el plan de El Magno, él mismo lo hará, asegurándose de que nuestras muertes sean largas y dolorosas.

A pocos metros de mí, Theo recupera mi atención. El chico se saca la rama de la boca, tosiendo sangre. No sé en qué momento se ha bajado del árbol, ni cómo lo ha hecho, pero me acerco a ver qué está pasando.

—¡Déjame en paz! —me grita cuando intento ayudarlo a incorporarse. Dentro de ese cuerpo infantil está la mente de Eleanor.

No doy un paso atrás y Theo aprovecha esos segundos para abalanzarse sobre mí. El ataque es tan inesperado que me caigo hacia atrás y toda mi espalda se estrella contra el suelo. Varias ramas y piedras se me clavan en la piel y puedo sentirlas como si estuviera desnudo.

El golpe es como un cañonazo que anuncia el inicio de una guerra. De pronto, todos a nuestro alrededor comienzan a pelearse. Un chico se abalanza contra Serenity Spic, pero ella saca fuerzas y responde a sus golpes. Le da un puñetazo justo a la altura de la nariz que lo dobla por la mitad y lo deja noqueado durante unos segundos que ella aprovecha para darle un rodillazo en el estómago.

El pulso se me acelera. Mi instinto de supervivencia me recuerda que tengo sobre mí a una de las personas más enfermas y sanguinarias que conozco, tosiendo sangre encima de mi cuerpo.

Por suerte, Theo es demasiado pequeño para ser una amenaza. Lo agarro del cuello para mantener una distancia entre nuestros cuerpos y, con la otra mano, lo echo a un lado, tirándolo al suelo y dejándolo mareado pero consciente. Hazel no tiene tanta fuerza

como yo, pero sí un agarre firme, y por un instante registro el tacto del mundo bajo las yemas de mis dedos, sin guantes.

¡*A tu derecha*!, me grita la voz de Hazel en mi cabeza.

Mi cuerpo responde enseguida. Me levanto y giro hacia ese lado. Alice viene corriendo hacia mí, con una piedra con forma puntiaguda en la mano. Amenaza con clavármela. Por un momento creo que no lo va a hacer. No me imagino a Luc Myers atacándome, aunque esté usando el cuerpo de otra persona. Sin embargo, me obligo a pensar que ahora es como si no conociera a nadie. Todo esto es una guerra de vida o muerte y el honor familiar está por encima de los principios.

Aun así, Luc me sorprende y descarga un golpe sobre mí que logro esquivar. Agarro con fuerza el brazo de Alice White, tiro hacia abajo y consigo que pierda el equilibrio durante unos segundos muy valiosos.

¡*Corre! ¡Escóndete*!

La voz de Hazel me da órdenes que ni siquiera sé si debería acatar. Doy unos pasos hacia atrás y estoy a punto de chocarme con el cuerpo que ahora controla Evander Fern: un hombre de mediana edad, el único adulto aparte de los profesores. Tiene una complexión alta y grande, casi como el propio Evander, y fue uno de los indignos más cotizados en el reparto que se hizo en la mansión.

Me aparto y observo cómo el hombre persigue a Serenity Spic. En ese momento, me doy cuenta de que tengo que decidir si voy a respetar o no el trato que quedó a medias con Alec. Los Aurigae son una familia poderosa y es normal que muchos participantes vayan a por ellos, sobre todo teniendo a Serenity como su participante.

Serenity parece sonreír mientras el cuerpo que ha poseído Evander la persigue, como si estuviera disfrutando de una cacería en la que la presa es más poderosa que el depredador. Aun así, Evander la alcanza y se abalanza contra ella. Los dos caen al suelo y el bosque parece revivir. Un montón de ramas secas aparecen de la nada, descendiendo de los árboles, y crean una burbuja a su alrededor para que nadie se inmiscuya en su pelea. Por un momento me parece ver el terror de Alec en los ojos de Serenity.

Alec siempre ha sido de los que ganan las batallas moviendo los hilos desde la retaguardia, nunca participando directamente en la guerra. Y ahora está en el barro, en el cuerpo de un guerrero debilitado por él mismo y enfrentándose a uno de los enemigos más poderosos del tablero. Augustus y Aaron se volverían locos si vieran esto.

Mientras tanto, Serenity se defiende como puede de los golpes de Evander mientras las ramas de los árboles se vuelven cada vez más gruesas, envolviéndolos en una cúpula casi impenetrable.

Mi pulso se descontrola ante la visión, cada vez más reducida, de la chica de pelo dorado.

¡*Ayúdala*!

La voz de Hazel solamente me nubla la mente.

Pero antes de que pueda decidir si dejar que guíe mis acciones, Alice White vuelve a aparecer en mi visión periférica. No sé qué habrá estado haciendo durante estos minutos, pero tiene la ropa manchada de salpicaduras de sangre. Todavía empuña la piedra y parece que le ha estado dando un uso. No tengo tiempo de mirar a mi alrededor para ver quiénes han sido sus víctimas. Esta vez doy un paso adelante y me enfrento a ella. Luc Myers, en el cuerpo de Alice,

levanta la piedra a la vez que yo estiro los brazos para alcanzarla, pero estoy a punto de perder el equilibrio. Todavía no me he acostumbrado a medir veinte centímetros menos ni a defenderme sin guantes, así que mis brazos no alcanzan los suyos y Alice me da una estocada sin piedad. La piedra se me clava en el hombro, justo encima de la clavícula y peligrosamente cerca del cuello.

Se me escapa un gruñido y puedo escuchar los gritos de Greenleaf en mi cabeza. Empiezo a sentir un líquido viscoso que borbotea de la herida.

¡*Esquívala! ¡Sal de ahí, no le hagas daño*!

—¿Que no le haga daño? —le respondo en voz alta, hecho una furia, mientras aparto a Alice de una patada en el pecho. Pero la chica no parece ni inmutarse.

¡*No le hagas daño*!

—¡CÁLLATE! —bramo.

El grito resuena en el bosque y una bandada de pájaros sale volando a pocos metros sobre nuestras cabezas. Muchos se giran, buscando una explicación. Alice me mira y esboza una media sonrisa.

—Qué huésped más mona —dice Luc Myers con la voz de Alice—. La mía también me está suplicando que no te haga daño... Qué raro, cuanto más me lo pide, es como que me dan más ganas de hacerla sufrir. ¿No te pasa?

Pero antes de que pueda responder, un cuerpo se abalanza sobre el de Alice. No me cuesta reconocer a Caleb White, su propio hermano. La mayor de los White cae de lado sobre el suelo, con una expresión desprevenida, soltando un aullido en cuanto su brazo se dobla en una posición extraña.

—Hola, hermanita. ¿Cómo estás? —la saluda Caleb. El chico parpadea muchas veces y muy rápido y enseguida sé que lo ha poseído Orion Vale. Está sudado, con el pelo castaño pegado a la frente y unos ojos que parecen haber visto demasiado.

Los hermanos se ponen frente a frente, caminando en círculos. Sé que Orion Vale y Luc Myers están disfrutando de este momento.

De pronto, me siento como un observador en un cuerpo ajeno. No me doy cuenta hasta ahora de que no he hecho absolutamente nada en todo lo que llevamos de prueba. Me he limitado a mantenerme al margen y sobrevivir, algo poco digno para mi familia.

Es ahora o nunca.

Mientras los hermanos White siguen pensando en cómo arrancarse la cabeza, con los gritos de Hazel de fondo rogándome que los separe, me giro hacia Veyron y Serenity. Y me doy cuenta de que ella está a punto de morir. Entonces una duda me asalta la cabeza: si la indigna muere, ¿lo hará también Alec? El Magno no nos había dado instrucciones sobre eso. Por un momento, pienso que no tiene mucho sentido que sacrifique la vida de un segador, y mucho menos de uno joven. Pero, si al final de la prueba volvemos a casa el mismo número de segadores que de indignos..., sería una advertencia típica de El Magno. Una forma de recordarnos que teníamos que esforzarnos para que nuestro participante ganara... o lo pagaríamos con nuestra propia vida. De pronto, esta última hipótesis comienza a ganar terreno en mi mente.

Evander ha conseguido redirigir las ramas hacia el cuerpo de Serenity, que está atado y suspendido en el aire, a su merced. Él la agarra del pelo rubio, sujetando su cabeza para que no caiga hacia abajo. Parece estar a punto de matarla.

Tengo que reaccionar. Si mi teoría es cierta y Alec está a punto de morir, nadie más que yo va a poder evitarlo. Pensé que tendría más tiempo para poder decidir si ponerme del lado de los Aurigae o no, pero todo se reduce a esto.

Matar o morir.

Y creo que tengo la respuesta.

14

HAZEL

No soy dueña de mi cuerpo, pero desearía no serlo tampoco de mis emociones.

Siento cómo Marlowe me gira hacia Caleb y Alice, que están a punto de batirse en un duelo a muerte. El atuendo verde de Caleb ya está rasgado y manchado de tierra húmeda, y creo que lo han herido a la altura del muslo derecho, aunque no parece un corte muy profundo. Después, se gira hacia Serenity y Veyron Nox. Serenity cuelga de una rama, está suspendida en el aire. El pelo se le ha pegado a las mejillas. A mi espalda puedo escuchar los ruidos de otras peleas. El suelo tiembla bajo mis pies, como si estuviera pensando su próximo ataque.

La profesora Vexley grita de rabia en algún lugar, pero no puedo verla porque soy incapaz de girarme. Solo puedo presenciar lo que Marlowe Malenfant decida ver, y ahora mismo creo que sé lo que le estará pasando por la cabeza. Sus ojos pasan de Caleb y Alice, peleando por hacerse con la piedra afilada que blande ella, a Serenity y Veyron. Mi cuerpo permanece rígido. Está decidiendo si participa, si se involucra en una de las dos peleas que tiene delante.

Quiero correr, doy la orden a mis músculos para que actúen, pero, por supuesto, no me responden. Solo noto la presencia de Malenfant dentro de mí: un veneno que me ha emponzoñado la sangre. Me siento sucia, como si alguien me estuviera usando como a una marioneta para entretener a un público imaginario. Mi cuerpo no me responde y mi mente está a punto de apagarse, cansada de luchar por que la escuchen por encima de todo lo que está sucediendo a su alrededor.

—¡Muévete! —le grito, intentando que reaccione. Aunque lo llevo haciendo varios minutos sin recibir ninguna respuesta a cambio.

Malenfant continúa paralizado mientras Caleb se abalanza sobre Alice y trata de arrebatarle la piedra afilada, pero cae a un par de metros de donde están. Si no estuviéramos poseídos, estoy segura de que Alice sería la que habría atacado primero y no habría dejado caer la piedra. Pero esto no es la vida real. Es una simulación macabra, una pesadilla de la que algunos no despertarán.

Caleb le pega un puñetazo a su hermana justo en el centro de la cara y por el crujido juraría que le ha roto la nariz. Ella intenta defenderse, pero Caleb parece fuera de sí.

Malenfant gira noventa grados y me obliga a perderlos de vista. Se centra en Serenity, que está a punto de morir. El hombre le aprieta el cuello con tanta fuerza que se le marcan los nudillos de color blanco. Veyron la está ahorcando con una sola mano y Serenity no tiene oportunidad de defenderse. Las ramas le aprisionan las manos y los pies.

—¡Sálvala! ¡Haz algo! ¡Espabila, idiota!

Las piernas de Serenity dejan de moverse y, por un instante, temo que este sea el fin. Que el alma de mi amiga se desvanezca delante

de mis ojos y yo haya estado encerrada en mi propio cuerpo, paralizada por obligación, sin poder hacer nada más que ver cómo la vida la abandona frente a mí.

—Por favor..., Marlowe...

Lo intento una última vez, sabiendo que no voy a obtener respuesta. Todo a nuestro alrededor es un caos y yo tengo de mi lado a la última persona que haría algo por mí.

Entonces alguien nos da un golpe por detrás. El dolor me ciega, pero de alguna manera mi cuerpo reacciona y se gira hacia un lado para ver de frente a nuestro agresor. Me encuentro cara a cara con Theo. El niño está hecho un desastre. Su rostro parece de todo menos humano, pero no se le borra la sonrisa de la cara, como si estuviera disfrutando de este espectáculo macabro.

—Aléjate, Eleanor —le dice Malenfant a través de mis propios labios—. Deja que los mayores jueguen.

Sin esperar respuesta, le da una patada en el centro del pecho a Theo. El niño cae hacia atrás y la diversión abandona su rostro de un plumazo. Es entonces cuando él reacciona. Malenfant echa un último vistazo a los hermanos White y corre hacia Serenity. Veyron le ha soltado el cuello y está a punto de rematarla, si es que no ha muerto ya. Ha cogido una raíz seca y la está atando alrededor del cuello de Serenity.

Me alivia ver que Marlowe Malenfant por fin ha reaccionado. Pero, por otro lado, no me sorprende su elección. Por supuesto que él ayudaría a ganar a Veyron Nox antes que a Orion Vale o Luc Myers, que están dentro de Caleb y Alice. Todo el mundo sabe que las dos casas más aptas para suceder a Magnus son la Malenfant y la

Aurigae, y a él le acaban de poner en bandeja quitarse del medio a su mayor adversario.

Me preparo para lo peor. Mi cerebro anticipa una serie de imágenes en las que me veo a mí misma, a mis propias manos, terminando de ahorcar a mi mejor amiga.

Malenfant sigue corriendo para llegar junto a Veyron y Serenity e interponerse entre ellos. Observo el rostro de mi mejor amiga, apagado y maltratado por los golpes que ha recibido no solo hoy, sino en los últimos días. Tiene varios moratones en el cuerpo y ahora también una línea roja y brillante alrededor del cuello. El bosque la suelta, devolviéndola al suelo. Me sorprende que todavía se pueda mantener en pie.

Quiero gritar su nombre, decirle que todo estará bien, pero sé que va a ser en vano. Me preparo para verla morir, para vivir su último suspiro. Ya lo he hecho otras veces a lo largo de la guerra, en realidad. He acompañado a muchas personas en la muerte. Y he acunado a mi hermano cuando su cuerpo todavía estaba caliente...

Marlowe Malenfant empuja a Veyron para apartarlo de Serenity, aunque la fuerza de mi cuerpo tiene poco que hacer contra los músculos del hombre. Escucho a mi amiga respirar con dificultad, bebiendo el aire como si se lo fueran a volver a quitar, y un pinchazo de alivio me invade el pecho. Porque, aunque doy las gracias por no perderla aquí y ahora, sé que lo que va a venir a continuación no va a ser agradable para nadie y no creo que sobrevivir este día sea algo que celebrar.

Después de dar varias bocanadas angustiosas, Serenity pierde la fuerza en las rodillas y cae de lado sobre el suelo irregular del bosque.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí. —Veyron Nox sonríe, pero no sé si lo dice por Malenfant o por mí.

Serenity ha perdido el conocimiento y no veo si respira. Suplico mentalmente al segador dentro de mí que la mire para saber si, por lo menos, puedo notar su pecho moviéndose con su respiración, pero no aparta los ojos de Veyron.

—No te metas donde no te llaman, Evander. Quiero matar a Alec con mis propias manos, así que apártate.

Él se encoge de hombros.

—¿Te vas a poner la medallita cuando te lo he dejado en bandeja? Típico movimiento de los Malenfant... —Evander Fern, en el cuerpo de Veyron, mira a Serenity y por fin puedo fijarme en ella. Creo que respira, pero no estoy segura, porque Malenfant enseguida vuelve la vista a su compañero segador—. Tu amiguito Alec no durará ni medio torneo. Quizá su familia se lo tendría que haber pensado dos veces antes de hacer negocio con el dolor y la desesperación de la gente vendiendo pociones al triple de precio... ¿Sabes? Mi participante, Veyron, me ha chivado que los Aurigae le han hecho la vida imposible a su hija, así que tiene una afrenta personal contra ellos. Escarcha negra. Una enfermedad terrible. A mí, honestamente, me da igual que la niña se muera, solo es una indigna. Pero no deja de ser curioso que los dos compartamos el mismo odio hacia una familia que ha llevado demasiado lejos sus negocios sucios... Al fin y al cabo, mi mujer también falleció de escarcha negra a los pocos meses de casarnos. Adivina por qué no se pudo salvar.

Y entonces, algo dentro de mi cabeza se une, encaja como un puzle al que siempre le había faltado una pieza que he encontrado debajo de la alfombra. La hija de Veyron, Ivy Nox, siempre estaba

enferma, pero no sabía que tenía la escarcha negra. Jamás lo habría imaginado. Pensaba que tenía la tensión baja, que había nacido prematuramente y eso le había acarreado algunos problemas... Muchas veces se ausentaba de clase, por eso no la llegué a conocer tanto. Ahora entiendo por qué: la escarcha negra es una enfermedad que afecta al corazón, que lo va pudriendo y apagando desde dentro hasta que lo detiene por completo.

La enfermedad fue marcada como incurable, aunque los Aurigae encontraron una fórmula que detenía y revertía los efectos de la escarcha negra. Por eso, la única forma de sobrevivir es consumiéndola, imagino que todos los días, por lo menos una vez. Pero ese tipo de pociones no son fáciles de elaborar. De hecho, dudo incluso de si son legales. Desde luego, no están reguladas, pero nadie se ha enfrentado nunca a los Aurigae por ello, ya que ninguna familia estaba a salvo de contraer la escarcha negra o cualquier otra dolencia que solo ellos pudieran solucionar. De ahí que amasaran tanta fortuna, así como un gran respeto y temor dentro de la comunidad mágica.

Veyron coge aire y sus músculos se hinchan.

—Encontramos una poción alternativa que podemos preparar en casa, pero ya fue demasiado tarde para mi mujer. Aun así, se la tengo jurada a esta panda de alimañas —masculla, con los labios apretados—. Y ahora apártate. Quiero rematar a este parásito.

Veyron se prepara para asestarle a Serenity el golpe final, pero Malenfant levanta el brazo entre ambos.

—Espera —murmura.

Veyron se impacienta y bufa, cabreado. Malenfant se acerca al cuerpo de mi amiga y coloca el índice y el corazón sobre su cuello,

buscando la yugular. A través de las yemas de mis propios dedos siento el latido tímido del corazón de Serenity.

Todavía está viva.

Todavía.

Mi corazón se acelera, como si quisiera que el de Serenity hiciera lo mismo, pero siento a Malenfant dentro de mí tratando de calmarlo.

Solo quedarán unos minutos para que termine la prueba, pero aún pueden pasar muchas cosas.

—Está muerto —decreta mi captor—. Está muerto, Veyron, y ahora te hablo a ti directamente: te recomiendo que dejes atrás un cadáver bonito. Puede que hayas apartado de la competición a su heredero, pero recuerda que todavía tienes una hija. No querrás a los Aurigae en tu contra más de lo que ya los tendrás ahora mismo. ¿Sabes de lo que son capaces? —Baja la voz, como si eso sirviera de algo—. ¿Sabes lo que le han estado haciendo a esta pobre chica mientras ha estado cautiva en su casa? La han atado y se la han turnado, como si fuera un juguete roto. Varias veces, durante todos estos días, la han estado violando sin parar hasta que ha perdido la voz de tanto gritar. ¿Eso es lo que quieres para tu hija?

El estómago me da un vuelco y me obligo a pensar que todo esto es parte de una exageración para salvar a su amigo Alec, aunque no lo esté dejando en muy buen lugar.

Veyron mira con asco el cuerpo de Serenity, después el mío y vuelve la cabeza de nuevo hacia Serenity. Rezo para que la chica no se mueva, para que no haga ningún gesto que pueda delatar la mentira que acaba de contarle. Y, durante los siguientes segundos, mi deseo se cumple.

Por fin, Veyron suspira y se gira hacia mí.

—Me decepcionas, Malenfant. Esperaba más de ti, que dieras algo de espectáculo..., pero ya veo que prefieres quedarte escondidito hasta que te lo ponen en bandeja. —El hombre se lleva la mano a la barbilla, forzando una pose pensativa—. ¿A quién me recuerda? Ah, sí, ya sé. A tus papaítos. Me crucé con ellos alguna vez en Stonefell y eran la misma escoria que tú, solo que ellos lo sabían disimular mejor que los Aurigae.

Siento un calor dentro de mi cuerpo, una rabia que no estoy cultivando yo. Me quema desde el centro del pecho hacia las extremidades y me provoca un instinto asesino que me hace querer arrancarle los ojos a Veyron. Ni yo misma me reconozco, pero creo que sería capaz de hacerlo ahora mismo. Los sentimientos de Malenfant y los míos se mezclan dentro de mí.

Entonces él se abalanza contra Veyron, pillándolo por sorpresa, y ambos caen al suelo. Mis manos sujetan a Veyron por los hombros y Malenfant empieza a propinarle puñetazos en la cara, sin apuntar a ningún lugar en concreto. Nariz, ojos, orejas. Cada uno aterriza en un sitio diferente, pero todos con la misma rabia que nos nace de dentro. Tras el quinto golpe, Veyron consigue esquivarlo y le devuelve un derechazo. Las mejillas me arden todavía más cuando el golpe cae directamente sobre mi mandíbula y, por unos instantes, pierdo la visión. Cuando por fin la recupero, veo a Malenfant dándole un último golpe al hombre, que aúlla de dolor al darse cuenta de que le ha impactado de lleno en la nariz.

—Por cierto, ¿cómo está mamá? —pregunta Veyron. Tiene la boca llena de sangre y le faltan dos dientes, pero eso no le borra la

sonrisa—. Menos mal que no va a poder verte haciendo este ridículo...

Malenfant tarda dos segundos en reaccionar. En el primero, ambos se ponen de pie y creo que piensa seriamente en no volver a caer en la trampa de Veyron. Pero, en el segundo, pierde el control. Se gira y, con toda la fuerza que puede acumular, le da un último puñetazo lleno de rabia, apuntando de nuevo a la nariz.

El hombre cae hacia atrás y se golpea con una raíz enorme al mismo tiempo que se escucha un crujido que no augura nada bueno para Veyron, ni para el segador que lo haya poseído. Desde el suelo, Veyron nos mira, inmóvil, con una mezcla de sorpresa, pánico y fascinación por lo que acaba de ocurrir, mientras un charco de sangre se empieza a formar a su alrededor. El color granate va tiñendo el verde del suelo, poco a poco, creando un charco oscuro cada vez más grande.

Uno menos.

Hay uno menos y Malenfant lo ha matado con sus propias manos.

Mis manos.

Presencio cómo mi cuerpo se aleja de la escena, dejando a Veyron muriendo desangrado, y corre hacia los hermanos White. Pero ya es tarde. En un giro de los acontecimientos, Caleb se ha hecho de nuevo con la piedra afilada y apunta directamente hacia su hermana. Malenfant los mira en el momento justo en el que Caleb se la clava en el pecho, justo encima del corazón.

El mío también se para, como si lo hubieran apuñalado. De hecho, todo se detiene a nuestro alrededor. Un silbido nos avisa de que la prueba ha terminado, así que no hay nada más que hacer.

Alice grita.

Es un chillido desgarrador, un grito de rabia por saber que ha perdido una guerra en la que nunca habrá realmente un vencedor.

Algo se rompe dentro de mí mientras lo escucho. Mientras la luz en los ojos de Alice se apaga y cae de rodillas frente a su hermano, abrazando la muerte con dignidad, hasta que se inclina hacia un lado y se queda tumbada de lado sobre el húmedo lecho del bosque.

15

MARLOWE

Aparezco unos segundos después en la puerta de mi casa, tumbado sobre un costado. Aún tengo el corazón acelerado, pero sé que no es por mí. Puedo escuchar de fondo, en algún punto de mi mente, los gritos de Greenleaf. Pero poco a poco voy recuperando el control sobre mi cuerpo, lo que significa que su volumen va bajando y su presencia, desvaneciéndose de mí con cada segundo que pasa.

Miro a mi alrededor, todavía confuso y me incorporo un poco. Los jardines se van sumiendo en el crepúsculo, dándoles a los cipreses un color anaranjado intenso. Mientras recupero el aliento, me fijo en que la entrada de la casa ha cambiado, parece diferente. Cuando regresé el mismo día que terminó la guerra, los jardines tenían un aspecto desarreglado. La mansión parecía estar envuelta en un estado de abandono total, adueñada por la humedad y con el basilisco como único inquilino. Ahora parece que ha vuelto a la vida. No necesito preguntar para saber que mi madre está detrás de esto. Ha ordenado recortar los setos para crear un pasillo largo e inquietante hasta la puerta principal. Justo al final del pasillo, otros arbustos que ya habían perdido su forma vuelven a enroscarse como

serpientes o exhiben la letra M, con sus ramas llenas de espinas azules.

El nuevo césped parece real, pero sé que detrás de ese crecimiento acelerado están las manos de mi madre. Antes de la guerra, pasaba la mayor parte de su tiempo cuidando los jardines que rodeaban la mansión, eliminando plagas con la ayuda de alguna de las bestias que criaba o probando una nueva distribución que le diera un aspecto aún más regio.

Las puertas de la mansión se abren con lentitud y aparece el basilisco, reptando por las escaleras y acercándose a mí. Se me pone la piel de gallina, pero no reacciono. Su cuerpo húmedo y maloliente repta hacia mí y da una vuelta, rodeándome, dándose cuenta de que la persona que está dentro del cuerpo de Hazel soy yo. La serpiente silba y siento que todos y cada uno de los músculos se me tensan.

Hasss passsado la primera prueba.

No es una pregunta, pero aun así, respondo:

—Sí. —Y de pronto, me doy cuenta de que el cuerpo de Hazel emite mi propia voz. Carraspeo, pensando que es un error, y vuelvo a intentar hablar—: Acabo de regresar.

No hay duda de que es la mía. Siento la presencia de Hazel cada vez más tenue, así que imagino que el hechizo está a punto de terminarse.

Ha sssido patético.

Aprieto la mandíbula.

—Ha sido lo que tenía que hacer para mantenernos a todos con vida.

Nunca he oído a una serpiente reírse, pero el silbido que suelta el basilisco es lo más parecido a una risa burlona.

A mí no me tienesss que sssalvar. En cuanto te corten esssa rubia y bonita cabeza, sssaldré de aquí y me liberaré de la esssclavitud a la que tu familia me ha sssometido durante sssiglos. Losss Malenfant no tendrán un heredero ante el que tenga que resssponder. Eressss la desssgracia de la familia.

—¡Fuera de aquí!

Una voz femenina y severa grita a mis espaldas. No necesito darme la vuelta para saber que es mi madre, que acaba de llegar.

El basilisco la obedece y se desenrosca, desapareciendo entre los arbustos recién cortados. Como si la orden también fuera para mí, me pongo de pie de un salto.

—A la biblioteca, ahora. Tengo que hablar contigo.

Mi madre me adelanta, sin darse cuenta de que todavía no soy yo del todo, que aún sigo en el cuerpo de Greenleaf. Aunque escuche mi voz porque el hechizo está perdiendo efecto, mi cuerpo no se corresponde con lo que escucha.

Sube los escalones y entra en casa, alejándose de mí a toda velocidad. La sigo como puedo. No me he dado cuenta hasta ahora de que tengo el cuerpo magullado y dolorido por la primera prueba. Los golpes me han pasado factura y estoy seguro de que tendré algún hematoma. Bueno, Hazel lo tendrá. Imagino que mi cuerpo quedará intacto.

Atravieso el recibidor y aprieto el paso hasta llegar a la biblioteca, pero un pinchazo repentino en el pecho me hace parar en seco. Mi madre ya no está a la vista, así que me permito apoyarme contra la pared y doblarme del dolor. Ahogo un grito, pero sé que no voy a aguantar mucho más. Mi respiración se acelera. Siento como si me estuvieran mordiendo decenas de serpientes a la vez y el ardor pasa

del pecho a los brazos, las piernas, la cabeza... Me dejo caer, arrastrando la espalda contra el papel de pared desconchado, y siento que me están despellejando, que me están arrancando la piel a tiras, despojándome de mi propio cuerpo.

Y, de pronto, el suplicio desaparece tan rápido como ha llegado. Escucho un jadeo a mi lado y veo a Greenleaf, luchando también contra el tormento de la separación. De pronto, donde había un solo cuerpo, aparecemos los dos, pegados brazo con brazo. Me aparto de ella como si el simple roce de su piel contra la mía me hubiera dado una descarga eléctrica.

—Por fin —suspiro, aliviado de haber regresado a mi cuerpo.

Me sacudo el traje con las manos enguantadas para quitarle el polvo, si es que lo tiene, antes de volver a ponerme de pie. No sé si es porque el dolor se ha desvanecido, pero me siento como nuevo. Aun así, no se me olvida lo incómodos que son los guantes, sobre todo después de haber tocado el suelo del bosque y las ramas a través del cuerpo de Greenleaf.

Ella se queda en el suelo y se hace una bola con el cuerpo. Se rodea las rodillas con los brazos, entierra la cabeza y se echa a llorar con demasiada fuerza.

—Shhh —chisto, esperando que mi madre no regrese y se la encuentre así. Sé que no le va a gustar. Pero Hazel no me hace caso y sigue intentando controlar su respiración, que se agita cada vez más.

Doy un par de pasos para ponerme a su altura y me agacho. La cojo por el hombro y ella suelta un gemido de dolor, apartándose.

—No me toques —me responde con un hilo de voz, el rostro lleno de lágrimas y con dificultad para respirar.

—Tenemos que irnos. Levántate.

—No puedo —se queja.

—Levántate ahora mismo —repito, intentando emitir lo más parecido a un grito pero susurrando. Mi madre se pondrá furiosa si la escucha, no quiere que ella esté en otra planta que no sea el sótano.

—¡Marlowe!

El grito de mi madre me pone los vellos de punta.

Doy un par de zancadas hasta donde está Greenleaf y la agarro del antebrazo. Tiro de ella para levantarla y se queja. Me llevo los dedos a los labios con una expresión de pánico en los ojos. Quiero decirle que se vaya, porque no quiero que presencie esto, pero ya no puede dar un paso más sin que mi madre la escuche. Tampoco puedo hablarle más.

Mi madre ha salido de la biblioteca y ya camina hacia mí, con una mano en la pared y paso firme. No se detiene hasta que me alcanza. Me giro una última vez hacia Greenleaf para suplicarle que no se mueva. Nuestros cuerpos ya no están fusionados y no puedo escuchar lo que piensa, pero deseo con todas mis fuerzas que pueda entender que mi madre no sabe que ella está aquí. Hace unos instantes solo ha escuchado mis pasos volviendo de la prueba y mi voz. De alguna forma, ella parece entenderlo y se queda paralizada, pasando la mirada de mi rostro al de mi madre y, de nuevo, al mío. Aprieta los labios y lucha por controlar su respiración, silenciándola al máximo.

Mi madre se frota las sienes y abre la boca para hablar, pero se lo piensa mejor y se mantiene callada. Me preparo para lo peor. Ya

puedo sentir el hormigueo en las palmas de las manos, y eso que todavía no ha empezado.

—Lo siento mucho, madre —me adelanto.

Aunque sé que esa frase ha perdido fuerza, porque me dedico a repetirla todos los días desde mi infancia. Pero lo tengo que intentar. La última vez me dolió demasiado y ahora voy a necesitar estar lo mejor posible de cara a las próximas pruebas. La primera, a pesar de su crueldad, ha sido fácil. No creo que pueda volver a salirme con la mía y ganar sin intervenir. A El Magno no le habría gustado. Y, por supuesto, a mis padres tampoco.

—No mientas más, Marlowe. Me avergüenzas.

Las pupilas blancas de mi madre se clavan en mí, como si supiera dónde estoy. Aunque sé que es imposible. A lo largo de los años, he puesto a prueba la ceguera de mi madre, pero siempre he llegado a la conclusión de que es real. Aun así, no puedo evitar aterrarme cuando es capaz de ubicar mis ojos con tan solo escuchar mi voz.

—Las manos.

Lo va a hacer. Aquí, en el pasillo de casa, y delante de Greenleaf. Y no hay nada que pueda evitarlo. Obedezco en silencio. No hace falta que diga nada, mi madre espera pacientemente mientras extiendo los brazos, me quito los guantes y pongo las manos con las palmas hacia arriba. Sabe que no me negaré, porque las consecuencias de desobedecerla son mucho peores.

—Tu padre y yo hemos seguido de cerca tu primera prueba en la casa de los Aurigae, mientras él estaba postrado en la cama, sobreviviendo gracias a las pociones que ellos le están suministrando de forma gratuita —comenta con una falsa dulzura en la voz—. ¿Sabes? Por un momento pensé que los ibas a traicionar. Me alegro

de que te dieras cuenta, aunque fuera al final, de quiénes son tus verdaderos aliados en esto. Que recordaras quiénes están cuidando a tu padre, quien está al borde de la muerte.

Cojo aire, preparándome para lo peor. Con mi madre siempre es igual: primero, dice algo bueno; después, te destroza. Me doy cuenta de que Greenleaf está aguantando la respiración, quieta como una estatua.

—Sin embargo, me avergüenza cómo has actuado hoy. Sabes que los Malenfant estamos en el punto de mira del resto de familias porque me han acusado de cobarde, como los Vale o los Ravenscroft... y eso es precisamente lo que has demostrado en la prueba. Les has dado la razón, Marlowe. No has defendido nuestro honor ni los valores de nuestros ancestros. Has manchado siglos y siglos de tradición al quedarte mirando cómo el resto de participantes honraban a los suyos. ¿Te lo has pasado bien, cariño? ¿Ha sido un espectáculo interesante? ¿O te has dejado comer la cabeza por una cría que ha demostrado ser más fuerte que tú?

No respondo. Hace años que aprendí que era mejor callar. Las preguntas de mi madre nunca esperan una respuesta.

—Tu padre se levantó de la cama por primera vez para comentar con los Aurigae la primera prueba. No sabes la vergüenza que sintió cuando se dio cuenta de que lo hizo para nada. Para enterarse de que habías dudado, te habías mostrado débil, sin actuar... —El tono de mi madre se vuelve cada vez más severo—. Has sido patético, Marlowe. Nos has dejado en ridículo como familia.

Se queda en silencio, esperando una reacción.

—Lo siento, madre.

Ella suelta el aire por la nariz.

—No, no lo sientes —asegura—. ¿Sabes? El problema, realmente, es mío. Me ha costado muchos años darme cuenta de que tú eres así. He intentado negarlo, engañarme a mí misma, pero no ha funcionado. Está claro que nos hemos equivocado. Quizá te hemos malcriado, es posible que no fuéramos lo suficiente duros contigo cuando eras pequeño... —Mi madre comienza a caminar por el pasillo y bajo las manos. Se aleja de mí, dándome la espalda, y luego regresa, pasando por delante de donde está Greenleaf. El estómago me da un vuelco. Si detecta su presencia aquí, escuchando esta conversación, le hará algo peor que a mí—. Nos has avergonzado, Marlowe. Y no hay perdón para eso. Ni siquiera castigo. Pero ya sabes lo que toca. Dame las manos, por favor, cariño.

Aprieto los dientes al escuchar sus súbitos buenos modales. Odio cuando hace eso. Estoy seguro de que, en su cabeza, todo lo hace por una buena causa. Siente que está haciendo lo correcto. Me duele tanto la mandíbula que siento que me va a explotar, y eso que todavía no ha empezado. Con un gesto lento me quito los guantes, dejando expuestas mis cicatrices. Extiendo los brazos hacia ella y coloco las palmas hacia arriba. Mi madre me busca con las suyas. Cuando las encuentra, pone sus manos sobre las mías y empieza a susurrar unas palabras.

El calor abrasador surge de forma inmediata. En otras ocasiones tarda un poco más en salir, pero hoy no ha tenido problemas en soltar toda su furia contra mí. En cuestión de segundos, unas llamas verdes iluminan el espacio entre sus manos y las mías, se acercan a mis palmas y comienzan a quemar la superficie. En cuanto me

rozan, siento que todo mi cuerpo se tensa. Cada músculo me pide que me aparte, pero me obligo a mantenerme quieto y en silencio.

Aprieto los labios, intentando no gritar. No quiero darle esa satisfacción, no quiero que disfrute de mi dolor, aunque no encuentro ningún otro motivo para hacerme pasar por esto cada vez que hago algo mal.

Mi piel comienza a volverse oscura, pero mi madre sigue. Las llamas iluminan sus pupilas blancas, tiñéndolas de verde.

Por el rabillo del ojo, veo que Greenleaf presencia la escena con una expresión de pánico en el rostro. Giro la cabeza hacia ella, buscando su mirada, y cuando nos cruzamos muevo la cabeza a izquierda y derecha. No quiero que se mueva ni que intervenga. Va a ser peor.

Las llamas siguen quemándome la piel, haciéndome grietas sobre las cicatrices que ya tenía. En teoría, los castigos de mi madre deberían dolerme cada vez menos, ya que gran parte del tejido de mis palmas ya está muerto, pero el fuego se aviva y se me escapa un gemido.

—Entiendes por qué lo hago, ¿verdad? Necesito que lo entiendas, Marlowe.

El dolor no me deja responder. Si abro la boca, se me escapará un grito, pero tampoco me sirve asentir con la cabeza.

—Sí, madre —balbuceo como puedo.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, a punto de desbordarse. Aunque ella no pueda verme, no quiero darle el placer de que sepa que estoy llorando. Nunca lo hice y no lo haré hoy.

—Es por tu bien, cariño. Así, la próxima vez, te acordarás de lo que no tienes que hacer en la prueba.

Las llamas siguen creciendo, intensificándose, quemándome las manos como si fuera un incendio sin control. Si mi madre no para, seguirán arrasando con todo, creando grietas en mi piel y adentrándose en zonas que no han sido quemadas todavía.

—Gracias, madre —mascullo, rogando que esto termine, agachando la cabeza y contando los segundos.

Unos instantes después de decir las palabras, las llamas van perdiendo fuerza. El verde oscuro cambia a una tonalidad mucho más clara hasta que poco a poco se desvanece del todo. Nos quedamos casi a oscuras en el pasillo, en silencio.

Mi madre sigue dirigiendo su mirada vacía a mi cara.

—Vete a la cama.

Y, sin decir nada más, se aleja por el pasillo en dirección contraria. Tardo unos instantes en valorar los daños de mis manos porque la visión se me nubla del dolor. No me doy cuenta hasta ahora de que he estado apretando los dientes con tanta fuerza que la mandíbula me cruje. Pero no puedo mostrar debilidad. No puedo. Solamente ahora que ella se ha ido me permito suspirar y apoyarme contra la pared del pasillo. Cojo aire despacio, tratando de regular mi respiración, antes de atreverme a mirarme las manos. Cuando por fin lo hago, no me sorprende descubrir que están peor que la última vez: los ungüentos que he ido probando no han funcionado como esperaba. El fuego me ha abierto nuevas heridas y varias ampollas amenazan con aparecer en cualquier momento. Todavía siento un poco de ese calor ardiendo a través de mis manos y subiendo por mis brazos.

Espero un minuto completo hasta asegurarme de que mi madre se ha ido y no va a volver. Recupero el control de mis emociones, que

estaban a punto de desbordarse y obligarme a estallar en llanto de la rabia y el dolor.

Después, me giro hacia Hazel, que sigue petrificada.

—Sígueme.

Me alivia no tener que pelear, porque obedece enseguida. Camina a dos pasos de distancia de mí mientras la acompaño al sótano. Bajamos las escaleras en silencio y sus hombros se tensan cuando vuelve a sentir ese olor a humedad que hay en la parte más baja de la casa.

La jaula aparece frente a nosotros y la acompaño a su interior. Una vez estamos los dos dentro, salgo de ahí, sabiendo que no va a poder seguirme.

—Adiós.

—¡Espera! —exclama ella, justo cuando le doy la espalda.

Cojo aire. No me quiero girar. Estoy contando los segundos para volver a mi habitación, encerrarme en el baño y gritar frente al espejo mientras pongo las manos debajo del agua helada. Aun así, me doy la vuelta.

—¿Qué pasa?

—Lo de tus manos... —empieza ella, pero la corto enseguida.

—No necesito tu compasión.

La expresión de Greenleaf se tuerce en un instante.

—No me das ninguna lástima. Eso para empezar. —Sus ojos se convierten en dos rendijas impenetrables, cargando una furia que jamás había visto en ella—. Te mereces todo lo que ha pasado y más. Has dejado morir a Alice y ni siquiera has...

Con un gesto, levanto un campo de fuerza a su alrededor para no escucharla. Su voz desaparece. Aunque ella siga hablando, no la

escucho. Creo que se da cuenta, pero sigue intentándolo. Sin decir nada más, me doy la vuelta, cierro el portón que separa el sótano de las escaleras y camino con los dientes apretados hasta mi habitación.

16

HAZEL

Los temblores comienzan en el momento en el que Malenfant cierra la puerta y me deja sola en el sótano. Es justo en ese instante cuando mi cuerpo decide soltar toda la tensión que ha estado acumulando durante las últimas horas. La conversación final con Veyron Nox. La muerte de Alice. El rostro de mi hermano, su cuerpo quedándose frío sobre el suelo del internado. Todo llega de golpe y exploto. No puedo controlar mis manos, se me nubla la vista y siento que la cabeza me va a estallar.

Ojalá fuera verdad. Desearía que todo esto terminara ya, poder quitarme del medio para que otra persona tuviera la oportunidad de vivir, porque a mí ya no me queda ningún motivo. Me encantaría cerrar los ojos y no volver a abrirlos nunca más, sumirme en esta oscuridad que rodea mi cuerpo y mi mente y quedarme dormida entre las sombras. No sentir más culpa ni más dolor. No sentir.

Los pulmones me arden y toso sin control. El esfuerzo me hace vomitar, pero no me queda nada en el estómago, así que escupo un par de veces y después me dejo caer sobre el suelo sucio. Siento que se me va el aire, pero me obligo a pensar que solo es la

ansiedad, que pasará, pero cada bocanada se vuelve una carga demasiado grande para un cuerpo tan debilitado como el mío.

Me pregunto cómo moriré, porque ahora sí que estoy convencida de que no saldré viva de El Ascenso. Si la tristeza no me mata antes, supongo que lo haré en la siguiente prueba. O quizá sea la inanición lo que me lleve primero. Siento un líquido recorriéndome el brazo y recuerdo la herida que ha sufrido mi cuerpo durante la primera prueba.

Me tumbo de lado, dejando que gotee hacia el suelo. ¿Qué es un poco más de sangre cuando me siento sucia por haber sido poseída por un segador? Ni siquiera una ducha me despojaría del asco que me doy ahora mismo. Sentir a Malenfant dentro de mí, trepando por mis piernas, adueñándose de mi cuerpo y mis decisiones. Dejándome como una mera espectadora del horror, como si estuviera viviendo una parálisis del sueño a plena luz del día.

En algún momento, mi cuerpo cede al cansancio y me sumo en una especie de sueño ligero. No sé cuánto tiempo paso así cuando vuelvo a escuchar ruidos en la escalera y me pongo en alerta. Puede que haya dormido cinco minutos o nueve horas, porque es imposible saber qué día u hora es en este sótano. El fuego verde es lo único que me ilumina, sea cual sea la hora. De lo que estoy segura es de que son varias personas.

Cuando se abre la puerta, veo a las tres chicas bajo la influencia del hechizo *mirrorem*. Aunque sé que trabajan para los Malenfant y le deben lealtad a la familia, siento una cierta tranquilidad al saber que solo son ellas, que estoy rodeada de mujeres que no me harán daño.

En silencio, las tres se acercan a mí y me piden que las acompañe. Lo hago sin dudar. Lo más probable es que me lleven al baño y me despojen de toda la roña que ha acumulado mi cuerpo en el sótano y tras la prueba en el bosque, así que rezo por que sigan el único camino que conozco de memoria en esta mansión: de la planta baja al baño de servicio. Me domina una extraña sensación de familiaridad cuando vuelvo a ver esas paredes azul oscuro. Si este es el baño que tienen para los invitados o los trabajadores, no me puedo imaginar cómo serán los demás. O las habitaciones donde duermen. En la biblioteca ya cabía cinco veces la casa en la que vivía con mis padres.

Aunque la bañera está llena, una de ellas señala una ducha de grifería plateada que hay al fondo del baño. Justo en ese momento me doy cuenta de que le falta el dedo meñique. En silencio también, la acompaño y dejo que me ayude a quitarme la ropa antes de meterme bajo el chorro de agua caliente. El vapor me prepara para el contraste de temperatura, pero agradezco que hayan esperado un poco a que se atempere y no me hayan obligado a meterme nada más abrir el grifo. La segunda chica me hace un gesto para que pase. Me fijo en su mano y me horroriza descubrir que también le falta un dedo, en este caso el anular.

Antes de que pueda pensar en ello, el contacto con el agua caliente me hace estremecer, aunque también me resulta terriblemente placentero. Mi cuerpo reacciona temblando, no sé muy bien por qué. La herida del hombro me arde, pero ignoro el dolor.

Las mujeres siguen preparando la bañera, añadiendo sales y vertiendo una poción, mientras yo simplemente me quedo quieta en

la ducha, dejando que el agua se lleve todo lo que me ha marcado en los últimos días.

En cuanto miro al suelo, entiendo por qué lo han hecho así primero. Un charco negro rodea mis pies, que están manchados del mismo color. En el bosque estábamos descalzos, pero el resto de mi cuerpo también ha regresado como si hubiéramos estado trabajando en una mina. Dejo que mi pelo vaya absorbiendo el agua, aplastando los voluminosos rizos. Después de un par de minutos, que se me pasan volando, las chicas me llevan a la bañera. Entre las tres, comienzan a frotarme la piel con tanta fuerza que parece que me la intentan lijar. Hacen caso omiso a los moratones y rasguños en mi piel. También me lavan el pelo de una forma un poco brusca. Intento no quejarme, pero algún tirón me pilla desprevenida y se me escapa un sonido agudo.

Poco después, me sacan de la bañera y me cubren con una toalla gruesa y suave. Camino por las baldosas azules, dejando un reguero de agua detrás de mí, y me acerco al espejo. Estoy irreconocible. Los pómulos se me marcan más de lo que deberían y ya no hay rastro de la redondez en mi rostro que tanto me acomplejaba hace unos meses. Ahora parezco muerta en vida. Como si alguna criatura me hubiera absorbido la poca energía que me quedaba, dejándome sin fuerza ni aliento. Hasta mis ojos parecen distintos y mi expresión es una mezcla entre severidad y tristeza, según cómo la mire.

Una de las muchachas trae un neceser entre sus manos. Me indica con un gesto que me siente en una silla. Le hago caso, dudando si he entendido bien o no sus indicaciones, pero cuando la veo sacar una aguja y un hilo, entiendo lo que va a hacer. Primero, una de ellas deja caer unas gotas de poción sobre la herida. En cuanto el

líquido amarillento roza mi piel, se funde con esta y me calma el dolor. El corte reacciona y comienza a cerrarse, poco a poco, como una mariposa que pliega sus alas. La mujer que sostiene la aguja espera a que terminen de producirse los efectos de la poción. Miro el frasco y reconozco el símbolo de los Aurigae en la etiqueta. Una sensación de asco me invade, aunque tengo que admitir que sus remedios han funcionado a la perfección. La herida se ha cerrado, así que no hará falta coser. Relajo los músculos y veo cómo la chica guarda la aguja de nuevo en el kit de primeros auxilios. Y entonces se la clava sin querer en la punta del dedo.

—¡Ay! —grita.

Su voz tan solo se escucha un segundo, pero es suficiente para hacerme saltar todas las alarmas. Me giro con brusquedad.

—¡Puedes hablar! —le grito sin querer.

Ella guarda enseguida la aguja y mira a sus clones, o a sí misma, con una expresión de pánico en el rostro. Después, niega con la cabeza repetidamente. Pero ya es demasiado tarde, porque la he escuchado.

—¡Puedes hablar! —repito—. ¡El hechizo se hizo mal!

La cojo de la mano magullada, en la que le falta el dedo corazón, pero ella la retira con un gesto tosco y se aleja de mí. Una de sus clones aparece junto a ella y dice que no con la cabeza.

—Sí, sí puedes —insisto—. No estudiamos el hechizo *mirrorem* con profundidad en el internado, pero había una lectura voluntaria en la que una persona narraba cómo dividió su cuerpo hasta en cinco copias... Y recuerdo perfectamente lo que decía: que uno de los errores más comunes de un *mirrorem* mal ejecutado era que las copias podían hablar.

La tercera gemela aparece al otro lado. Da miedo verlas juntas, sabiendo que no son más que el producto de un maleficio, en este caso mal hecho. Era un hechizo tan complejo que no era raro que surgieran complicaciones.

—Por favor, ayudadme a escapar. Os prometo que no diré que habéis sido vosotras. Por favor, habladme —les ruego, agachándome unos centímetros al doblar las rodillas—. Necesito que me digáis cómo salir de aquí. Cómo me quito esto.

Les enseño la marca que hay en mi brazo, que indica que soy propiedad de Marlowe Malenfant. Tiene que haber alguna solución, algún contrahechizo que pueda hacer para eliminarla. Si la han podido hacer, la podrán revertir, estoy segura. No parece magia tan avanzada, solo hay que saber cuáles son las palabras correctas.

—Por favor... —gimo, pero ninguna de las tres me hace caso. De hecho, regresan a sus labores como si nada hubiera pasado. En cuestión de segundos, la calma se instaura de nuevo en el baño, pero mi corazón sigue latiendo desbocado en mi pecho—. ¡Ayudadme! ¡Puedo sacaros de aquí también a vosotras! ¡Puedo buscar cómo...

Entonces, una de ellas se gira hacia mí y me chista. Me quedo en silencio, esperando que diga algo, que vuelva a hablar, ahora que sé que pueden hacerlo. Si hay alguien que conoce cada rincón de esta mansión, después de los Malenfant, tienen que ser ellas. Sabrán sus rutinas, los puntos débiles de la casa, los momentos de mayor tranquilidad... Han tenido que escuchar conversaciones privadas entre ellos o cada vez que traen invitados. Quizá las tres chicas no han querido escapar nunca, pero yo necesito salir de aquí. Necesito llegar a la mansión Aurigae como sea para rescatar a Serenity.

—Ayudadme, por favor. —Lo intento de nuevo. Las lágrimas inundan mi rostro, ya de por sí demacrado—. Tengo que salvar a mi amiga. Los Aurigae la están maltratando y ella es lo único que me queda. Mis padres han muerto, mi hermano también. Él ha matado a Magnus, no quiero que su sacrificio sea en vano. Por favor, si queréis ayudarme, solo decidme cómo puedo salir de aquí sin que nadie me vea. Jamás diré que fuisteis vosotras ni que el hechizo salió mal y podéis hablar.

Pero ellas siguen impasibles, como si no pudieran entender lo que les estoy diciendo. Saben que han cometido un error que les puede salir muy caro. No sé cuántos años llevarán guardando el secreto, pero un solo pinchazo ha sido suficiente para destaparlo.

—¡POR FAVOR! ¡NECESITO QUE ME AYUDÉIS! ¡CADA MINUTO QUE PASA SU VIDA CORRE PELIGRO! ¿QUÉ ES LO QUE NO ENTENDÉIS DE ESO? —grito, más fuerte de lo que pretendía. Mi voz retumba en las paredes, ronca, desesperada, pero por fin hace reaccionar a una de ellas. La chica a la que le falta el dedo corazón se acerca a mí y, de pronto, me da una bofetada, justo en el mismo instante en el que la puerta del baño se abre.

—Bien hecho. Ahora dejádmela a mí —anuncia una voz femenina.

Las tres mujeres hacen una reverencia que Gwendoline Malenfant no puede ver y regresan a sus labores.

17

MARLOWE

Me aplico el ungüento mientras me muerdo la lengua. Para ser una pomada que cura las heridas, el efecto parece justo el contrario. Me escuecen como si otra vez se hubieran reavivado las llamas..., aunque encuentro cierto placer en ese dolor. Significa que todavía queda algo de tacto en las palmas de mis manos, que aún puedo sentir y no lo he perdido del todo. Todavía.

La crema, de color naranja oscuro, se fusiona con las ampollas y con el rojo y negro de las heridas y la carne quemada. No debería extenderla hasta que deje de supurar, pero necesito esa sensación de alivio cuanto antes o me explotará la cabeza. Aplico una capa gruesa y después me siento en el borde de la cama, esperando a que haga efecto lo antes posible.

Mientras van pasando los segundos, pienso en mi padre. Hace años me contó que mi habitación era entonces la suya y me pidió que la mantuviera intacta, para que fuera pasando de generación en generación sin que el tiempo la cambiara. Los únicos enseres que añadí durante mis años de estudio en el internado fueron retirados hace tiempo. El suelo de madera oscura le da un toque tétrico, pero, al mismo tiempo, reconfortante. El armazón de la cama parece tener

varios siglos, aunque ha resistido sin problema a pesar de la humedad. Aquí arriba no se nota tanto, y eso que el cuarto tiene un gran ventanal al fondo con vistas al lago y a los jardines. Con cuatro pilares, uno en cada esquina de la cama, su estructura está llena de detalles, de imágenes de plantas y animales que han representado a los Malenfant en algún momento de su historia. Los pilares llegan hasta el techo, donde se funden con unas telas que rodean la cama creando un dosel verde oscuro.

El cabecero tiene un acabado de terciopelo burdeos, igual que los dos reposapiés que hay al final de la cama. Mi padre nunca me ha dejado utilizarlos, ni siquiera para dejar la ropa que pensaba ponerme al día siguiente, así que son más bien un elemento de decoración. Toda mi ropa está en la habitación de al lado, un vestidor de gran tamaño del que en veintidós años apenas he logrado llenar una cuarta parte.

Por fin, siento cómo el ungüento empieza a hacer efecto y se me va curando la piel. Es la tercera vez que lo hago en un mes, así que no tengo muchas esperanzas en que se regenere del todo. Cierro los ojos y me concentro en el hormigueo de mis dedos, mientras el dolor se va desvaneciendo. No me había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta ahora, cuando por fin me quedo a solas con mis propios pensamientos.

Mi mente entra en un estado de confusión, un limbo entre la realidad y el sueño. Me veo a mí mismo, en el bosque, cargado de impotencia y miedo. Al principio intento moverme, pero mis piernas están paralizadas, así que no me queda otra que ser consciente, otra vez, de las tres vidas que se perdieron en el claro. Si tengo que matar para ganar, ¿puedo evitar formar parte de esta masacre? Me

debato entre cumplir las expectativas de mis padres y no perder mi humanidad por el camino. En mis visiones del pasado, Alice White muere y siento a Greenleaf desgarrándose dentro de mí. Podría haberlo evitado. Una sensación de desesperanza se apodera de mí, pero, cuando por fin voy a actuar, el bosque empieza a volverse borroso.

La imagen se desvanece y aparezco en un laberinto de espejos con baja iluminación. Busco frenéticamente la salida, pero cuando me giro estoy a punto de chocar conmigo mismo..., aunque no soy yo. La persona que me devuelve la mirada es Greenleaf, con los ojos rojos, como si estuviera poseída. Tiene el pelo revuelto y encrespado, aunque puedo distinguir perfectamente su pinza de color burdeos, y la túnica del décimo curso del internado. El corazón me da un vuelco al verme así, pero antes de que pueda evitarlo, la escena vuelve a cambiar.

Aparezco en una habitación llena de gente. De fondo hay música, demasiado alta para las horas que son. En cualquier momento los profesores nos van a pillar, pero es la noche de Halloween. Espero que nos den un poco de margen y que entiendan que solo nos estamos divirtiendo. Que la vela en el centro de la habitación es un juego de adolescentes que buscan desconectar de las clases y pasar un buen rato.

Por primera vez me permito relajarme. El ambiente es distendido. Las caras de mis compañeros se difuminan, pero escucho sus voces diciéndome que es mi turno de soplar la vela. Unas chicas sueltan una risilla cómplice, como si estuvieran esperando que ellas fueran las elegidas. Sin embargo, cuando soplo la vela, instigado por mis compañeros...

Me despierto de golpe.

18

HAZEL

Gwendoline Malenfant tiene una presencia inquietante. Allá donde va parece que el tiempo se detiene, los sonidos se apagan y todo gira alrededor de ella.

—Vístete si no lo estás. Rápido.

Sin pensarlo dos veces, cojo la ropa que las tres chicas habían dejado preparada para mí. Un camisón ancho y recién planchado, con unos tirantes demasiado finos para el frío que hace en esta casa.

—Acompáñame, Greenleaf.

Todavía con el pelo húmedo, obedezco sin rechistar la orden de la matriarca de la familia. Me espera junto a la puerta y no comienza a caminar hasta que me coloco junto a ella. La sigo por un pasillo de paredes oscuras y cuadros viejos, en algunos de ellos los rostros han perdido la expresión por el paso de los años y la humedad. Por algún motivo, parecen seguir aferrándose a ellos.

Me pregunto cómo serían las cosas cuando su marido estaba aquí y si cambiará cuando vuelva..., si es que aún sigo con vida cuando eso suceda.

Dejamos atrás varias puertas cerradas, de salas que nunca conoceré y que seguramente ya no tendrán ningún uso. Gwendoline Malenfant sigue caminando, con las yemas de los dedos de la mano izquierda rozando la pared. Por fin, se detiene. Nos quedamos quietas frente a una puerta que no tiene nada que ver con las anteriores. Esta es más simple y parece nueva al lado de las otras, tiene una bisagra moderna y el color de la madera es mucho más claro. De hecho, dudo incluso de que esté hecha de madera. Desentona con el resto. Sin embargo, cuando la segadora la abre y se enciende una luz, me doy cuenta de que no tiene mucho misterio. Tan solo es un viejo y destartalado cuarto de escobas.

Ella me hace un gesto para que entre y me sigue justo después. La puerta se cierra con un quejido extraño.

Esta debe de ser la estancia más pequeña de la mansión Malenfant. Varios pares de escobas se amontonan de forma desordenada contra la pared. Algunas se conservan peor, otras están completamente nuevas. Eso sí, todas son iguales. Tienen el mango recto y negro, más grueso en la punta, y las cerdas se van aclarando conforme se acerca al final, pasando del marrón oscuro al castaño claro. A su lado hay unas sacas llenas de trapos color crema. En una esquina se amontonan varios equipos de mantenimiento.

La señora de la casa carraspea y el sonido me devuelve a la realidad. Por un momento, temo que vaya a castigarme de la misma manera que a su hijo. Estoy convencida de que ella no sabe que presencié esa escena, pero no me fío. La mujer desprende un aura de terror que hace bajar varios grados la temperatura de una habitación tan solo con aparecer por su puerta.

—Te preguntarás por qué te he traído hasta aquí —empieza a hablar—. He seguido de cerca vuestra actuación en la primera prueba y ha sido bochornosa. Despreciable. Entiendo que tú no tengas ningún motivo para defender a mi familia, pero mi hijo necesita un empujón de motivación y el tiempo se nos acaba. Cada día que pasa estamos más cerca del final.

En mi mente se forma un puzle donde faltan piezas. Pensaba que esta iba a ser una sesión de castigo lo más cruel posible. Si trata así a su hijo, no me imagino cómo lo haría conmigo. Pero, más bien, Gwendoline Malenfant parece tranquila. Se queda en silencio, esperando a que diga algo. La reto, manteniendo ese mismo silencio, pero ella impone mucho más que yo y no parece dispuesta a doblegarse. Al final, termino cediendo.

—Yo no tenía el control sobre mi cuerpo. Solo era una marioneta de tu hijo —le aclaro.

En cualquier otro momento, jamás me habría excusado. Nunca habría lanzado a los leones a un compañero. Pero Marlowe Malenfant es lo más lejano posible a ser una persona a la que aprecio. Todavía me siento sucia solo de pensar que formó parte de mí, durante unos minutos, incluso después de haberme duchado con agua hirviendo y haberme frotado la piel hasta dejarla roja.

—Vaya, no te ha costado mucho desenmascararlo. —Hay un tono de diversión en la voz de la matriarca.

—No le debo nada —respondo enseguida.

Ella se encoge de hombros.

—Lo sé. Ese es el problema. Por eso quiero proponerte algo.

Me río. Me sorprendo a mí misma haciéndolo, pero no lo puedo evitar. La situación es patética y me cuesta creer que esté tan

desesperada como para intentar hacer un pacto conmigo. A veces, me da la impresión de que los segadores han vivido siempre en una realidad paralela, en una burbuja donde todo tiene que ser como ellos decidan y no aceptan un no por respuesta.

—Te adelanto que no voy a aceptarlo.

Gwendoline Malenfant inclina la cabeza.

—¿Estás segura? Creo que te interesa bastante. Créeme, no estaría dispuesta a pactar con una indigna como tú si no fuese necesario. Pero puedo darte algo a cambio..., algo que no puedas rechazar.

El corazón me da un vuelco al pensar en varias personas. Puede que mis padres no estén aquí, puede que mi hermano muriera en mis brazos..., pero todavía quedan un par de nombres que me harían levantarme hasta de mi propia tumba.

—Te escucho.

Su media sonrisa se ensancha.

—No quiero andarme con rodeos. Mi hijo es un inepto y no pasaría ni de la segunda prueba. Quiero pensar que no hará falta que vuelva a intervenir personalmente en El Ascenso, pero, como no me fío, quiero que me prometas que harás todo lo que esté en tu mano para ganar. A cambio, te ofreceré lo que me pidas, solo tienes que...

—No lo haré —le respondo, con la mayor indiferencia posible. Porque es verdad. No quiero entrar en el juego, no quiero ser parte de un gran chantaje. Ni siquiera me fío de su familia.

Gwendoline Malenfant junta las manos y se cruje los dedos. No me he dado cuenta hasta ahora de lo finos y huesudos que los tiene.

—Ya, imaginaba que esa sería tu respuesta. Por eso no quiero que me respondas ahora. Te daré hasta mañana a primera hora para pensarlo. Si consigues que mi hijo gane El Ascenso, salvaré a Serenity Spic de una muerte segura. Por lo que he visto, es como tu hermana, ¿no?

Escuchar su nombre en los labios del enemigo me revuelve el estómago. Y que haya utilizado el recurso de la hermana es todavía más asqueroso. Pero algo dentro de mí me obliga a seguir escuchándola. Quiero salvarlos a todos. Supongo que ha mencionado a Serenity porque sabe que sería la primera persona por la que pondría la mano en el fuego, pero no puedo olvidarme de Caleb, ni del resto de supervivientes de la primera prueba.

—No tengo ganas de juegos —le respondo—. Sé que eso es imposible. Y, además, no creo que quieras ir en contra de las normas de Magnus, ¿o sí?

Mis palabras parecen sorprenderla, pero se recompone rápido.

—Donde hay voluntad, hay camino.

Agito la cabeza. Pensaba que la cabeza de familia de los Malenfant era mucho más inteligente que esto. Su ingenuidad me sorprende, y me cuesta creer que ella misma quiera ir contra las normas con tal de salvar a su hijo. Bueno, con tal de quedarse con el poder.

—El Magno, ya que lo has mencionado —sigue hablando ella—, habría querido que su legado quedara lo más consolidado posible tras su partida. Las familias Aurigae y Malenfant hemos llegado a un acuerdo para asumir de manera conjunta el lugar que nos corresponde si los dos mentores llegan a la prueba final. Un pacto de protección mutua, de supervivencia..., que en ningún momento os incluye a Serenity ni a ti una vez termine todo esto. Cuando

nuestros hijos se alcen con la victoria, vosotras solo seréis una molestia. Una piedra puntiaguda en el camino que lanzaremos al fondo del lago para que no se nos vuelva a clavar en el zapato. A no ser... que aceptes ponerte de nuestro lado, claro.

Sopeso mis opciones durante un instante. Es posible que me esté mintiendo. De hecho, es lo más realista, teniendo en cuenta el historial de su familia. Los Malenfant nunca harían un trato si no tuvieran una gran recompensa a cambio. Aunque su lema es *Sub umbra Mortis*, que significa literalmente «bajo la sombra de la Muerte», en realidad debería ser algo así como «siempre un paso por delante». Si hay un problema, ellos ya se han adelantado y han pensado siete maneras diferentes de solucionarlo, y en las siete saldrán victoriosos o encontrarán algún tipo de recompensa que los ayude a mantener su estatus.

—¿Y cómo se supone que voy a fiarme de que cumplirás tu palabra?

Cambio el peso de una pierna a otra, esperando que la mujer no se dé cuenta de que ahora sí que ha captado mi atención.

—Porque tendrás beneficios desde hoy. Para empezar, te sacaremos del sótano y tendrás una habitación solo para ti. Podrás comer lo que sobre de nuestros almuerzos en el comedor secundario. Tendrás derecho a un paseo diario por los jardines. Incluso te permitiremos hablar con Serenity siempre que lo desees.

Gwendoline Malenfant aguarda mi respuesta, que no tarda en llegar:

—No necesito ninguna comodidad. No la quiero, así que no intentes comprarme.

—No lo intento, querida. Solo estoy convencida de que una mente brillante necesita un ambiente menos hostil para poder... calcular la mejor forma de ayudar a mi hijo a ganar. Y cuantas más posibilidades tenga de hacerlo, más tendréis tu amiga y tú de sobrevivir.

Con un gesto de la mano, retorciendo el aire entre sus dedos, la mujer hace aparecer un papel en el aire. Es más bien un papiro envejecido, con un texto escrito a mano en tinta verde y firmado con una gran letra M en la parte inferior.

Aprieto la mandíbula. No me convence el trato, no lo veo claro, pero daría lo que fuera ahora mismo por poder comunicarme con Serenity, por salvarla. Ahora bien, no me fío de esas comunicaciones. Quizá solo sucedan una vez al día, o incluso a la semana. También puede ser todo falso, un gran montaje para ponerme de su lado. Y, por supuesto, sé que estarán supervisadas de alguna manera, así que tampoco tendríamos privacidad.

—Quiero añadir varias cláusulas al contrato.

—Proponlas.

Trato de ordenar el torbellino de ideas en mi cabeza.

—Para empezar, quiero que sea una comunicación continua, fluida y real. Tengo que hablar directamente con ella, sin intermediarios ni sustitutos que se hagan pasar por Serenity. No puede ser ninguna otra persona.

No añado que las comunicaciones sean privadas porque sé que no lo cumplirán por más que lo firmen. Los Malenfant siempre encontrarían una forma de burlar esa norma y estar al tanto de nuestros mensajes.

—Acepto —dice ella.

Unas líneas se añaden al contrato, como si una mano invisible las estuviera redactando.

—No he terminado —le advierto—. Las dos debemos sobrevivir hasta la última prueba. Después, nos liberaréis y nunca más podréis hacernos daño, ni rastrearnos, ni saber nuestra ubicación. Alec Aurigae no volverá a tocarla. No le volverá a hacer daño ni físico ni emocional, ni él ni ningún miembro de su familia ni de la tuya.

La mujer suspira.

—No es negociable —añado—. Quiero que quede por escrito que ningún miembro de la familia Aurigae ni Malenfant podrá rastrearnos nunca una vez termine El Ascenso. Nos liberaréis y olvidaréis nuestras caras y nombres para siempre.

—De acuerdo, hablaré con Aaron.

Nos quedamos de nuevo en silencio mientras el contrato se va actualizando sobre la marcha. Cada vez que aparece una nueva letra, se escucha un rasguido similar al que haría una pluma al escribir sobre un viejo papel.

—¿Algo más?

Sí, muchas cosas más. No puedo dejar atrás a Caleb y los demás. Acaba de perder a su hermana, así que puedo imaginar lo que estará pasando, él solo, en casa de los Vale. Ha tenido más suerte con su mentor que Serenity y yo; al menos Orion Vale no es un loco ni un sádico, pero eso no significa que esté a salvo.

—Te lo diré mañana por la mañana, antes de firmar.

Gwendoline Malenfant traga saliva. No le ha gustado mi respuesta, pero sabe que tiene que pasar por el aro si quiere que esté de parte de su hijo.

Y yo también.

19

HAZEL

Siento una extraña familiaridad cuando regreso al sótano. Me fustigo por ello, pero no lo puedo evitar. Con todo lo que ha pasado en los últimos días, por lo menos sé que aquí abajo estoy segura. Las visitas inesperadas del basilisco o de mi antiguo compañero de clase son molestas, pero ninguno de los dos me ha hecho daño mientras estoy en mi jaula. Quizá el síndrome de Estocolmo me está consumiendo.

Mi hermano se avergonzaría de mí al saber que lo primero que he sentido es un soplo de tranquilidad al volver a quedarme a solas y en silencio. Todo lo que ha ocurrido hoy me ha dejado emocionalmente exhausta y me refugio en el sueño. Es lo más cobarde que puedo hacer, pero también la única forma de mantenerme cuerda. Por más que me pese, Gwendoline Malenfant tiene razón: cuanto más despejada esté mi mente, más posibilidades tendré de sobrevivir... por ahora.

Aunque mi cabeza se empeña en recordarme una y otra vez las imágenes de Alice muriendo a manos de su hermano, ya no le hago caso. Ha sido tan irreal que todavía parece una pesadilla, una película mal hecha que ni siquiera tiene un final.

Me coloco de lado, pegada a la pared donde termina mi jaula, y cierro los ojos. Están húmedos, con las lágrimas a punto de salir, pero logro contenerlas hasta que me quedo dormida. Y, por unas horas, tengo paz. No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que me despierto, pero doy un bote al ver que hay algo más conmigo en la jaula. Junto a mi habitual bandeja de desayuno, alguien ha colocado meticulosamente una montaña de objetos. Mis ojos van directos a la comida y la engullo sin mirarlos hasta que lo he terminado. Me bebo el vaso de agua a una velocidad alarmante, pero confío en que mi estómago no me juegue una mala pasada otra vez.

Cuando termino de comer, vuelvo la mirada a lo que me han traído. Hay una especie de colchón doblado en tres partes, así como una manta y un cojín que puede pasar por una almohada. También me han dejado algo de ropa, calcetines, unos guantes y un gorro, todo de colores oscuros, mucho más normales y que abrigan más que el camisón que llevo puesto. Observo una a una todas las prendas y me sorprende descubrir que, no solo parecen nuevas, sino que han sido lavadas y planchadas hace poco. Mi olfato, que se ha desarrollado por culpa del hambre, es capaz de distinguir ese olor tan característico a ropa recién planchada.

Junto a ella hay varias botellas de plástico llenas de agua, un bote de vitaminas que no pienso tocar, dos libros y un sobre. Hojeo las novelas con rapidez. No me suenan los títulos. Aunque su estado de conservación es bueno, parecen bastante antiguas, quizá incluso una reliquia familiar de los Malenfant. Me sorprende que lo hayan dejado aquí, en el lugar más húmedo de su casa, pero luego recuerdo el estado de la biblioteca y llego a la conclusión de que no le tienen demasiado aprecio a la literatura.

Aparto el bote de vitaminas, así como las botellas de agua. Aunque no les conviene envenenarme, tampoco me fío de lo que puedan contener esos recipientes. La mayoría de pociones pasarían inadvertidas si se derramaran tan solo unas gotas dentro de una botella.

Por último, me centro en el sobre. De todos los objetos es el más pequeño y viejo, pero el que más me llama la atención. No pone nada por delante ni por detrás, pero está sellado con una gran letra M de lacre morado. Cuando lo despego, me da la sensación de que no se ha secado bien. Aunque parece que alguien lo ha hecho con prisas, la caligrafía de la carta que hay en su interior es impecable. Una letra cursiva, con tinta morada, destaca sobre el papel pequeño y amarillento.

Úsala bien.

No sé si es un consejo, un recordatorio o una amenaza, así que decido tomarlo como las tres cosas. Vuelvo a meter la mano en el sobre y saco una pluma negra. Parece de un cuervo, porque el fuego la hace brillar en tonos azules y morados cuando la giro entre mis manos. La pluma termina en punta, como si fuera una estilográfica, pero no hay ningún frasco de tinta para escribir. Paso las yemas de los dedos por la superficie. Después toco la punta, pero no sale tinta. Está fría al tacto y me resulta agradable y, a la vez, incómoda. Me pregunto si, en caso de necesidad, podría usarla como un arma, pero no creo que esto atravesara la piel de mi enemigo, por más fuerza con la que la clavara.

Me acerco a la luz y busco cualquier tipo de marca o inscripción que me dé una pista de cómo funciona, pero no veo nada. La agito cerca de mi oreja, pero tampoco parece tener un líquido en su interior. Aun así, cojo el sobre e intento escribir algo en una esquina, como si lo hiciera con tinta invisible.

Hola.

Las letras van apareciendo, de color morado brillante, y a los pocos segundos se desvanecen, succionadas por el papel amarillento. En su lugar solo queda un borrón un poco oscuro. No se puede leer lo que he escrito, pero ha dejado una marca. Pasan unos instantes y aparecen sobre el papel unas gruesas líneas de tinta, que se van afinando hasta que empiezan a formar palabras.

¿Quién eres?

El corazón se me para al reconocer la letra de Serenity.

Hazel.

Escribo justo encima del lugar donde lo he hecho antes, pero el papel no parece querer absorber la tinta. Lo vuelvo a intentar, apuntando mi nombre una segunda vez, pero tampoco funciona. Frunzo el ceño. ¿Esto es todo? ¿Solo un par de mensajes al día? Tomo nota mental de lo que está pasando para añadirlo en el contrato. Lo escribo una tercera vez y ya casi no se distingue de tantas veces que lo he hecho, una encima de otra.

Entonces, pruebo en otro lugar del sobre. Mi nombre desaparece al instante y creo entender cómo funciona todo esto. Una vez que el papel ha absorbido la tinta en un lugar, no puedo volver a escribir en el mismo sitio, así que nuestra comunicación va a ser limitada.

No tengo que esperar mucho para recibir una respuesta.

¿Cómo estoy segura de que eres tú?

Me quedo mirando fijamente al papel. Serenity tampoco se fía y hace bien, porque yo no estoy del todo convencida.

Porque sé cuántas veces has suspendido Historia Mágica.

¿Cuántas?

Dos.

No es una pregunta muy difícil. Quizá alguien podría adivinarla diciendo un número aleatorio, pero es lo primero que se me ocurre.

¿Y cuántas veces he llegado tarde a las clases de Alaric Quell?

La pregunta de Serenity es más inteligente que la mía. La asignatura de Botánica era su favorita cuando todavía estudiábamos en el internado, así que siempre llegaba la primera. Aun así, nunca consiguió ganarse al profesor. Creo que nadie nunca lo ha hecho.

Ninguna.

Mis letras desaparecen. La respuesta de Serenity no tarda en llegar.

Vale, creo que ahora sí que estoy segura de que eres tú.

Pienso en qué responderle, porque escribiría una carta entera con un millón de preguntas si pudiera..., pero el espacio en el papel es limitado y no sé cuándo podré conseguir más.

¿Cómo estás? He oído de todo. No sé cuán seguro es hablar por aquí.

Observo cómo el papel absorbe la tinta, dejando atrás un manchurrón que no me dejará volver a escribir encima. Ya casi he utilizado toda la parte delantera del sobre, así que decido escribir con una letra cada vez más pequeña.

He estado mejor, pero estoy viva. He cenado. Por cierto, el papel es limitado. ¿Qué tal tú?

A ella tampoco le han dejado mucho espacio.

Estoy bien. Preocupada por ti. En la prueba estabas... mal.

Me cuesta encontrar la palabra exacta para definir cómo la vi. No solo no tenía buen aspecto, sino que no tenía nada que ver con la Serenity que conocía. Ahora me recordaba a un fantasma en vida. Parecía haber perdido para siempre esa faceta risueña, alegre y

soñadora que siempre mostraba a los demás, incluso en los peores momentos.

Aunque no nos hicimos amigas desde el primer curso, nuestra conexión se volvió inseparable cuando compartimos habitación en tercero. Tras unas primeras noches que fueron un poco incómodas, enseguida encontramos muchos aspectos en común, como nuestra fascinación por la Botánica o nuestra aversión a los ideales de los segadores. Cuando Serenity era pequeña, uno de ellos mató a sus padres porque los confundió con un matrimonio que trató de atentar contra Magnus. A pesar del error, los segadores siempre se burlaron de ella, diciendo que había sido un acto de «control de plagas» y que tenía que estar agradecida de que no le hubieran hecho lo mismo. Desde que me enteré de eso, y cada vez que los veía riéndose de ella por los pasillos, mi instinto protector se activó. Serenity no necesitaba a nadie que la salvara, pero no podía quedarme callada mientras se burlaban de la muerte de sus padres cada vez que tenían la ocasión. Y en ese grupito de segadores que le hacían la vida imposible estaban, por supuesto, Alec Aurigae y Marlowe Malenfant. Porque la familia que había terminado con sus padres no era otra que los Aurigae.

Ojalá juntas.

Escribe de forma telegráfica para ahorrar papel. Después añade:

¿Sabes cuándo siguiente prueba?

No. Ojalá.

Una parte de mí quiere saberlo cuanto antes para poder prepararme mentalmente para lo que estaría por venir. La otra, prefiere disociar. Pensar que todo llegará y que cada día que pasa es, para bien o para mal, un día menos para mi muerte.

Si alguien gana, espero que tú.

El mensaje de Serenity me revuelve las tripas.

No digas eso. Juntas.

Si Alec no me mata antes.

De nuevo, esa sensación no me abandona el estómago.

Ten cuidado. Nos leen.

Nada peor que me puedan hacer.

Puedan. Serenity habla en plural de los Aurigae, no solo de Alec. Me pregunto a qué más la estarán sometiendo, además de todas las asquerosidades que he escuchado... y que espero que sean mentira. Aunque una parte de mí sabe que no lo son.

Tranquila. Juntas pronto. Búscame en siguiente prueba. Por cierto, nueva clave. Pensar en otra.

Vale. Sin espacio. Te quiero.

Te quiero mucho.

La respuesta de Serenity no llega. De pronto, un gran vacío se instala dentro de mí, amenazando con quedarse para siempre. El corazón me palpita con fuerza y no me doy cuenta hasta ahora de que estoy sentada, con la espalda totalmente encorvada hacia delante, mirando el papel con una mezcla de ansiedad y desesperación. Solo me queda una pequeña parte de papel, así que la guardo entre mis nuevos enseres para asegurarme de que no se pierda.

Y pensar en que mañana firmaré el contrato con la matriarca de los Malenfant...

Hago la cama, algo que no pensé que sucedería desde que llegué a este sótano, y me tumbo sobre el colchón. Mientras intento quedarme dormida, repaso mentalmente la conversación con Serenity. Es una pena que la tinta desaparezca, porque me gustaría releerlo todo, intentar exprimir cada detalle, cada letra que haya podido escribir de forma diferente... Pero es imposible.

Me llama la atención que a ella también la hayan cuidado tanto esta noche, teniendo en cuenta el infierno que está pasando. No me parece una casualidad que a mí también me hayan facilitado tantas cosas hoy, de forma inesperada y sin habérmelo ganado. Entonces, me doy cuenta de por qué lo han hecho. La segunda prueba tiene que estar a punto de comenzar y los segadores se han dado cuenta

de que no tiene sentido tenernos muertas de hambre y cansadas. Quizá sea una prueba física, de resistencia.

Mi cabeza intenta imaginar todas las posibilidades, pero el cansancio termina consumiendo todos mis pensamientos hasta que me quedo dormida.

20

MARLOWE

Hoy me he vestido de negro y solo espero que no sea un augurio de lo que va a suceder en unos minutos. Mi madre me acompaña hasta la biblioteca y, después de esperar un rato frente a la Porta Fatum, sus aguas se tiñen de morado y sé que es el momento de saltar.

Nos sumergimos en un viaje frío y confuso, que me resulta más largo que la última vez. Cuando mis pies por fin tocan el suelo, me sorprendo al ver que estamos en el interior de un edificio, a diferencia de la prueba anterior. Por lo menos no estoy descalzo. Solo espero que este lugar no esté encantado, como pasó con el bosque, y trate de matarme.

A mi alrededor empieza a formarse un pasillo dorado, con alfombras granates, mullidas. Al principio, el estilo arquitectónico del edificio me recuerda al internado, pero estoy seguro de que no estamos ahí. Un olor a ambientador caro llena el ambiente. Me parece escuchar un hilo musical en la habitación de al lado.

—Ya pueden pasar.

Una voz a mis espaldas me sobresalta. Sin embargo, mi madre ni se inmuta. Seguramente ya sabría que estaba ahí incluso sin poder verlo. Su oído se había afinado tanto con los años que era capaz

hasta de captar rasgos de la personalidad de las personas solo con escuchar sus pasos.

—Gracias —responde ella.

El señor, que parece más bien un fantasma bajo algún tipo de poción de dudosa procedencia que controla su voluntad, nos abre una pesada puerta. Le hago un gesto con la cabeza para darle las gracias, pero dudo que sea consciente de ello.

Atravieso la puerta y llego a un enorme salón que me recuerda enseguida al interior de las casas del parlamento de Londres. De hecho, parece la fusión perfecta entre la Cámara de los Comunes, por su doble altura, y la Cámara de los Lores, por su decoración en tonos burdeos, azules y dorados. En la planta de arriba, donde estamos nosotros, solo hay unas sillas forradas de color dorado dispuestas alrededor de las paredes, orientadas hacia el centro, donde hay un hueco enorme que permite ver lo que está sucediendo en la planta de abajo. Las gradas están hechas de madera antigua que cruje bajo nuestros pies. Lo primero que me llama la atención de este lugar es lo recargado que está, y es que no hay un solo lugar en las paredes que no esté cubierto por cuadros, decoraciones talladas en madera o figuras de oro.

En la parte de abajo, el foso, hay cinco mesas pequeñas, con dos sillas cada una, dispersas alrededor de una mesa mucho más grande donde se pueden observar todo tipo de alimentos y platos preparados. En algunas zonas de la mesa hay alimentos completos, como frutas que parecen recién recogidas, verduras frescas... Han quedado relegados a los laterales, porque lo verdaderamente llamativo está en el centro de la mesa. Unos platos enormes exhiben un *coq au vin* humeante, una olla llena de algún tipo de caldo que

se remueve solo, varios platos de pasta, un pollo asado con hierbas, una bandeja enorme de pescado crudo, un pato laqueado completo a la pekinesa, una mezcla de platos indios, varios solomillos Wellington... La lista es interminable, y eso que todavía no me he fijado en los postres. Hay decenas de tartas, pastelitos, caramelos e incluso preparaciones que no he visto en mi vida. El olor a mantequilla me llega hasta donde estoy y rezo para que mi estómago no delate que esta mañana he sido incapaz de desayunar por culpa de los nervios. Desde que mi madre me ha despertado y me ha dicho que hoy sería la segunda prueba de El Ascenso, no he sido capaz de probar bocado. Aunque, conociendo a El Magno, no creo que sea yo quien deba tocarla.

De fondo suena música clásica, de forma muy sutil. Cuando tomamos asiento, el resto de familias de segadores van entrando. Todos los mentores estamos aquí. Algunos se presentan solos; otros, acompañados de uno de sus familiares. Los Aurigae han venido al completo, por lo que son los que más llaman la atención desde las gradas. Al volver a mirar hacia abajo, siento un poco de vértigo.

Un murmullo nervioso llena la habitación hasta que se abre una puerta en la planta inferior y todos nos quedamos en silencio. En fila, uno detrás de otro, van saliendo todos los participantes. La primera en aparecer es Morgana Vexley, con su habitual expresión severa. Nada más entrar, analiza la estancia con sus ojos afilados, tratando de obtener la mayor cantidad de información posible de su entorno. El Ascenso no la ha cambiado ni un poquito, ya que en sus clases de Duelo y Estrategia tenía siempre la misma expresión.

—¡Vamos, hermanita!

Levanto la cabeza hacia la grada que tengo enfrente, al otro lado del foso, y entonces me doy cuenta de quién es la mentora de mi profesora. Una mujer de mediana edad, más joven que Morgana, da unas palmadas desacompasadas. Su única misión en El Ascenso parece ser hacerle la vida imposible a su hermana. El sonido rebota en las paredes, pero nadie parece escucharlo. Todos los alumnos del internado, la mayoría en nuestro primer año, nos enteramos de que Morgana Vexley tenía una hermana entre los segadores. Durante un tiempo fue muy amiga de mi madre, hasta que se separaron porque Liona no fue a visitarla cuando mi madre atravesó una profunda depresión al perder su vista.

Siento una pizca de lástima por mi profesora. De todos los que nos daban clase en el internado, ella era una de las pocas que me caía bien. Nunca decía una palabra de más y se limitaba a corregirnos con una simple mirada. Si se hubiera unido a su hermana, habría sido una buena seguidora de El Magno..., pero sus principios son demasiado férreos. Aunque quizá su hermana logra hacerle cambiar de opinión en el último momento.

Detrás de la profesora Vexley aparece el pequeño Theo Hall. Su cuerpo parece haberse recuperado un poco de las heridas, pero su cabeza parece estar en otro lugar. Entra al comedor arrastrando los pies y con la cabeza baja. Miro de reojo a Eleanor Ravenscroft. Para mi sorpresa, encuentro una expresión de incertidumbre en su rostro. Tras él camina Ivy Nox con una actitud similar a la de Theo. No sé si será por su enfermedad, la muerte de su padre o ambas. Trago saliva al recordar los sucesos de la primera prueba.

Serenity Spic y Caleb White son los siguientes. Caminan hacia el centro de la sala y toman asiento uno enfrente del otro,

compartiendo la misma mesa. Entonces, me doy cuenta de que Morgana, Ivy y Theo se han sentado separados, dejando que sea la siguiente persona quien elija rellenar los huecos vacíos al otro lado de la mesa. A continuación, aparecen dos estudiantes que conozco de vista del internado, pero no recuerdo sus nombres. Cada uno escoge una mesa diferente, por lo que ya están todas ocupadas por lo menos por una persona. Quizá es una estrategia que han pactado con anterioridad. Me pregunto si sabrán a qué han venido, ya que a nosotros no nos han contado nada. O, por lo menos, yo no he recibido ninguna indicación o guía para esta prueba. Por suerte, solo nos tocará ser espectadores.

Cuando ya pienso que no va a salir, aparece Hazel Greenleaf. Su expresión no demuestra miedo, pero tampoco seguridad. No me sorprende que aparezca con ropa nueva, el pelo perfectamente arreglado e incluso un poco de rubor en las mejillas. Sé cómo es mi madre y la importancia que le da, por encima de todo, a la imagen. A veces una cara bonita gana más guerras que un ejército bien entrenado.

Con los puños apretados, Hazel camina hacia una de las mesas, donde se ha sentado Theo Hall, y se coloca frente a él. No me doy cuenta hasta ahora de que Theo está llorando y Hazel trata de consolarlo mientras Alaric Quell toma asiento sigilosamente en la mesa de Morgana. Hasta ahora, todos los alumnos la han esquivado, posiblemente porque la vean como una amenaza real. Es curioso que la profesora Vexley sea, de forma honesta, la persona más preparada para ganar El Ascenso y, al mismo tiempo, la que menos ganas tendrá de hacerlo.

Por último, un chico flaco y bajo entra en la sala, dando un traspiés y haciendo reír a todos los segadores que esperan, expectantes, a que empiece el espectáculo desde la planta de arriba.

Ahora que las cinco mesas están ocupadas, reviso las parejas que se han formado: Hazel sigue consolando a Theo. En la mesa de al lado se han sentado Caleb y Serenity. Los dos parecen hablar en voz baja, están aprovechando para intercambiar información. En la tercera mesa están los profesores. A continuación, Ivy se ha sentado con una alumna que no conozco, y en la última mesa está el chico que ha tropezado y otro alumno con el que creo que coincidí en alguna clase de Invocación.

De pronto, el hilo musical de fondo se intensifica, las luces se vuelven más tenues y algunos participantes se revuelven en sus asientos, esperando a que empiece la prueba. Unas velas flotantes aparecen sobre nuestras cabezas y las luces se apagan, creando una atmósfera bastante aterradora. Hasta las personas que han quedado plasmadas para siempre en los cuadros parecen estar pendientes de lo que va a suceder.

Y entonces escuchamos la voz.

Queridos participantes, queridos segadores... ¡Bienvenidos a la segunda prueba de El Ascenso! Antes que nada, quiero felicitaros por haber llegado hasta aquí. La primera prueba fue sencilla, un pequeño calentamiento para poner a prueba vuestras lealtades y demostrar hasta dónde sois capaces de llegar por sobrevivir... o por salvar al que tenéis al lado. Por desgracia, muchos a quienes salvasteis hace unos días perecerán hoy.

Frente a vosotros tenéis cinco mesas vacías y una gran mesa con todo tipo de alimentos y comidas preparadas. Algunas son inofensivas. Otras contienen un veneno que os procurará la peor de las muertes...

Quizá os subestimé en la primera prueba al intentar que os matarais entre vosotros, usando vuestras propias manos o algunas armas improvisadas en el bosque. Hoy os lo voy a poner mucho más fácil que eso. ¿Quién sabe si han caído unas gotas de la poción morsapida *en esa jugosa salsa del pollo? ¿Será segura la crema de calabaza? ¿Estará la manzana envenenada, como en los cuentos infantiles, o es todo una leyenda urbana?*

Para esta prueba os levantaréis de uno en uno y os acercaréis a la vasija. Os dará un único papel con dos nombres: uno, de un alimento seguro; otro, de uno envenenado. Después, caminaréis hacia la mesa grande y llenaréis un plato de lo que queráis darle de comer a la persona que tenéis enfrente. Sea lo que sea, tendrá que probarlo. Podréis matarlo sigilosamente... o dejarlo vivir, por ahora. Habrá tres rondas que seguirán la misma dinámica. Los que queden con vida al final de cada ronda pasarán a la siguiente. Solo podréis negaros a comer en una ocasión. En las demás, tendréis que probar lo que vuestro compañero haya escogido para vosotros, porque creo que no hace falta que explique lo que sucederá si os resistís a hacerlo.

Mucha suerte... y que aproveche.

La voz de El Magno se desvanece en el aire. Permanecemos un rato más en silencio hasta que una enorme vasija de cerámica surge del suelo, justo en el centro de la sala, y se queda suspendida en el aire

entre las mesas de Caleb y Serenity y los profesores. Es de color rojo burdeos, parecido a la sangre pero más oscuro, y brilla con unos destellos dorados, esperando a su primera víctima.

No me sorprende que el profesor Quell sea el primero en levantarse. Con su pelo oscuro y su capa negra, da unos pasos firmes hasta ponerse a la altura de la vasija. El profesor mete la mano en su interior y saca un pequeño papel que brilla con destellos dorados. Todos los segadores se inclinan hacia delante, con curiosidad, intentando leer lo que pone. Pero es imposible. Tan solo soy capaz de distinguir que hay dos líneas, tal y como ha dicho El Magno.

Alaric arruga el papel en la mano y después lo guarda en el bolsillo derecho de su capa. Camina hacia la mesa grande y coge un plato. Pasea la vista por todos los manjares y se decide por el pescado rebozado con patatas fritas. A continuación, el resto de participantes va haciendo lo mismo. Algunos escogen platos más elaborados, otros más simples.

Entonces llega el turno de Hazel.

Con un gesto elegante, se levanta de la mesa y se acerca a la vasija. Mete la mano en el interior y la saca con un brillante papel en su poder. Durante unos instantes sopesa sus opciones, y después guarda la nota para dirigirse a la mesa principal.

21

HAZEL

Comida segura: cualquier plato que contenga patatas.

Comida envenenada: cualquier plato que contenga arándanos.

Arrugo la nota en la mano y la guardo en el bolsillo de la capa. No me había dado cuenta de la cantidad de platos que hay sobre la mesa hasta ahora. Las tripas me rugen al ver algunos de ellos, pero después me invade una sensación de aversión al pensar que la mayoría de las raciones que hay sobre la mesa están envenenadas. No quiero imaginar cómo será la muerte de quien tenga que comer una de ellas.

Hoy solo quedamos diez personas. Pero mañana seremos menos. ¿Cuántos? Imposible decir. No es que Magnus tuviese mucho aprecio a nuestras vidas. Si estamos aquí todavía es por simple espectáculo. Porque, incluso desde la tumba, somos un juego para él.

Camino por delante de la mesa. Algunos platos ya han sido retirados. Otros todavía están humeantes, tratando de llamar mi atención para que los elija. Mis ojos se clavan en una pequeña bandeja de arándanos. Tan normales y, al mismo tiempo, tan

mortíferos. Por un instante, me siento tentada de cogerlos y terminar con el sufrimiento de Theo, de darle una salida rápida a todos estos días de maltratos y vejaciones por parte de la familia Ravenscroft. Sin embargo, hay algo dentro de mí que me impide ser el verdugo. Quiero liberar a Theo, pero no me siento capaz de hacerlo así. No puedo.

Sigo caminando y me decanto por un guiso de cordero que, por el olor y el plato en el que está presentado, parece marroquí. Unas patatas cortadas en forma de tacos se mezclan con todo tipo de verduras sobre una salsa oscura y con aspecto picante. Cojo el plato y regreso a la mesa, colocándolo frente a Theo. Él ha elegido para mí una pechuga de pollo con una salsa de almendras. Las dudas se amontonan en mi cabeza. No creo que el pollo sea mortal, aparece en demasiados platos. Pero las almendras... Me fijo en el resto de platos. Algunos tienen patatas, como el que Alaric ha escogido para Morgana. Quizá lo ha hecho porque su pista indica que el pescado es seguro. Trato de memorizar todo lo que han escogido los demás, creando una lista de posibles alimentos seguros y mortíferos. Sé que las patatas son seguras, por tanto, el pescado también, por el plato de Morgana. No puedo sacar ninguna conclusión más de esta ronda, así que espero a que todo el mundo termine de elegir su plato para que inicie el verdadero desafío.

Todos habéis escogido un plato para vuestro compañero. Empezaréis de izquierda a derecha, mesa a mesa. No podréis probarlo hasta que la mesa anterior no haya terminado. La primera ronda comienza ya.

El corazón me da un vuelco cuando me doy cuenta de que la primera mesa es la nuestra. Theo me mira con una expresión de pánico y desvía los ojos a mi plato y, después, hacia abajo. Cojo el tenedor y el cuchillo. Por lo menos, no me tiembla el pulso a la hora de cortar el pollo, que ya está untado en la salsa de almendras. Miro la comida y después a Theo, que se muerde los dedos y abre mucho los ojos para evitar que las lágrimas se le derramen por las mejillas.

Entonces, tengo un mal presentimiento. No he visto frutos secos en ningún otro plato. Si fuera un alimento seguro, quizá alguna otra persona lo habría elegido... Engancho un pedazo de pollo con el tenedor y lo levanto. La respiración de Theo se acelera y la mía también. El olor del pollo parece normal, pero la reacción del chico me preocupa. Siento cómo se clavan en mí las miradas de todos mis compañeros, así como de los segadores.

Solo tengo una oportunidad de negarme. No sé quién me va a tocar en las dos siguientes rondas, ni siquiera estoy segura de que un niño como Theo sea capaz de matar, pero... he visto esa mirada antes. Reconozco el miedo, el trauma en sus ojos. La posibilidad de que Theo esté amenazado por los Ravenscroft para tratar de matar a toda la gente posible... o, si no, sus acciones tendrán consecuencias.

Entonces, con un ruido sordo, suelto el tenedor, que cae sobre el plato.

—Decido no comer en esta ronda —digo en voz alta.

Aunque escucho las quejas de los segadores desde el balcón, estoy más centrada en la reacción de Theo. Parece aliviado de que no haya probado bocado. Él, sin embargo, no se lo piensa y se lleva a la boca una cucharada de su guiso de patatas. Mastica con

cuidado y traga como si estuviera comiéndose un montón de cristales rotos, pero no le pasa nada. Theo gime, aliviado, y toca el turno de la siguiente mesa.

Caleb y Serenity prueban sus platos por orden: un postre de fresas con chocolate y un sencillo vaso de zumo de melocotón. Aunque estoy segura de que no se harán daño, no me abandona la intranquilidad mientras se llevan su comida a la boca, la tragan y esperan unos segundos que se hacen eternos. Los dos pasan la prueba, así que añado el melocotón, las fresas y el chocolate a la lista de alimentos seguros.

Morgana y Alaric comen a la vez con decisión. Morgana prueba las patatas fritas y el pescado sin consecuencias para su salud y Alaric toma varias cucharadas de una especie de crema de verduras con un tono bastante pálido. Por ahora, las tres primeras mesas hemos pasado la prueba.

Llega el turno de Ivy Nox y una alumna más joven que nosotras, una chica que estaba empezando su segundo curso cuando estalló la guerra. Ivy se come un plato de huevos fritos y tostadas con judías. Lo hace con voracidad, como si le importara más llenar su estómago que morir delante de una audiencia. Ivy no parece mostrar signos de envenenamiento, así que asumo que el huevo es seguro en todas sus formas, tanto duro como frito. Después, la chica extiende la mano y agarra el asa de una pequeña taza de café. Con miedo, se la lleva a los labios. Durante unos segundos no sucede nada. Entonces, la cara le cambia. La taza se le escapa de las manos, derramándose por sus pantalones. La chica grita de dolor por la quemadura mientras empieza a toser.

Ya está. Ella va a ser la primera en morir. Las toses se vuelven cada vez más violentas, impidiéndole respirar con normalidad. La chica se lleva las manos a la garganta. Mira a su alrededor, pidiendo ayuda, pero algo dentro de ella sabe que no hay nada que hacer. Tarda un eterno minuto en morir sola, sobre el suelo, mientras un grupo de segadores aplaude sobre nuestras cabezas.

Me hierve la sangre. Siento que las mejillas me van a explotar en cualquier momento. Me dan ganas de levantarme, de gritar, de lanzar el plato contra las gradas para que dejen de reírse de la chica que acaba de morir..., pero sé que será en vano. De hecho, solo servirá para alimentar su ego, y no quiero darles otro motivo para disfrutar del macabro espectáculo.

La última mesa se prepara, porque la prueba tiene que continuar, de una forma u otra.

—No quiero comer —dice un chico bajito y delgado—. Quiero pasar esta ronda.

Entonces, me doy cuenta de por qué lo ha hecho. En su plato, elegido por el chico pecoso que tiene enfrente, hay un *mousse* de café. El mismo café que ha matado a la chica. Al igual que yo, se ha dado cuenta de que este juego va más allá de la suerte y que un poco de estrategia puede salvarte la vida, por ahora.

Sin embargo, el chico pecoso decide probar su plato. Con el tenedor, empieza a pinchar todos los ingredientes que tiene su macedonia. Enseguida me doy cuenta del peligro que tiene un plato así, con tantos alimentos diferentes en un mismo sitio. Cuanta más variedad tenga, más posibilidades hay de que uno de ellos esté envenenado..., aunque un mísero café ha sido capaz de matar a la

chica, cuyo cadáver todavía sigue tirado en el suelo, en el lugar donde ha exhalado su último suspiro.

El muchacho prueba la manzana, el plátano y la naranja. Si la macedonia hubiera tenido fresas y él se hubiera fijado en la mesa de Caleb y Serenity, sabría que es un plato seguro. Pero no veo ningún rastro de esa fruta. De pronto, el chico se paraliza. Deja de comer y mira directamente al alumno que tiene enfrente, el que le ha ofrecido su plato. Su cara pasa del blanco al rojo en cuestión de segundos y, después, empiezan las toses.

Cierro los ojos. No puede ser. Dos muertes en una sola ronda. El chico lucha por su vida mientras los demás buscamos maneras de evitar mirarlo fijamente. Ya que va a morir, intentamos que sea de la forma más digna posible, aunque los segadores parecen emocionados por presenciar una muerte más.

22

MARLOWE

La sangre se me congela cuando otro chico más muere sobre la mesa, luchando contra una poción demasiado efectiva para que el cuerpo humano se resista a ella. Aunque nos separan varios metros, puedo distinguir cómo se le hinchan las venas del cuello y se le enrojecen los ojos justo antes de perder el conocimiento. El chico muere de lado, en una posición ridícula, con las manos cerca del cuello y las piernas dobladas.

La primera ronda ha finalizado. En la segunda, os podréis sentar en el orden que queráis, pero no podréis repetir con la persona que os ha tocado ahora.

La voz de El Magno desaparece. Los indignos esperan unos instantes para ver si dice algo más o si da alguna indicación sobre qué hacer con los cuerpos, pero enseguida un grupo de seis encapuchados aparece en la sala y se encargan de ellos. Los cadáveres del chico y la chica son retirados con muchas prisas y poco cuidado. Después, los encapuchados regresan para recoger todos los platos de las cinco

mesas, tanto los que se han comido como los que han quedado sin tocar.

Los rebeldes se ponen de pie y buscan una nueva pareja con la que sentarse. Serenity se levanta de su mesa y enseguida sustituye a Theo para sentarse con Greenleaf. No me doy cuenta hasta ahora de que estaba conteniendo el aire en los pulmones, rezando para que ni Ivy ni el chico delgaducho la escogieran a ella. Por ahora, que nosotros sepamos, son los únicos que han entregado una comida envenenada.

Entonces, soy consciente de que hay una alta probabilidad de que Greenleaf sobreviva. Si esta prueba la va a compartir con Serenity, en la siguiente puede sentarse con Caleb. No me imagino a ninguno de sus amigos traicionándola. Si son igual que ella, intentarán llegar, por lo menos, los tres juntos hasta el final.

Caleb se cambia a la mesa de al lado y se sienta solo, sopesando sus opciones. Theo Hall lo tiene claro: camina hacia la tercera mesa, donde Alaric se acaba de levantar, y se sienta frente a Morgana. No sé si Theo ha intentado envenenar a Hazel, porque ella ha usado su comodín, aunque tampoco me imagino a un niño tratando de envenenar a su profesora. De hecho, si se hubieran organizado bien, la segunda prueba podría ser la única en la que no falleciera nadie. No entiendo por qué Ivy y el chico han escogido la comida envenenada. Imagino que Ivy se ha dejado llevar por la rabia de la muerte de su padre... y que el chico simplemente querría quitarse algo de competencia.

Alaric se sienta frente a Ivy y a Caleb no le queda otra que esperar a que el alumno que ha sobrevivido, el que también ha

usado ya su comodín, se coloque frente a él. En cuestión de un minuto, todas las mesas se han organizado. La quinta queda vacía.

Que empiece la segunda ronda.

Todas las miradas se dirigen ahora a Serenity, que es la primera en elegir. La chica se levanta, mordiéndose las uñas y con una meta clara: un elaborado postre de chocolate negro. Coge el plato y camina despacio, para que el *coulant* no se abra y se desparrame su interior de chocolate líquido. La chica rubia vuelve a la mesa y coloca el plato justo delante de su amiga. Después, Hazel se levanta y se pasea por delante de la mesa. Hay decenas de platos, pero ella parece buscar un ingrediente en especial. Se detiene delante de un estofado de judías, lo mira con cuidado y decide cogerlo. Camina de regreso a su mesa y se lo entrega a Serenity. Ambas comparten una mirada llena de complicidad.

Vuelvo a coger y soltar aire. Parece que a mi cuerpo se le ha olvidado cómo hacerlo de forma automática.

Caleb y su nuevo compañero repiten el ritual, aunque con cierto recelo. Después hacen lo mismo Theo y Morgana y, por último, Alaric y Ivy.

Cuando todos ya están sentados y con sus respectivos platos, Serenity coge una cuchara. Sin dudarlo, se lleva una buena cantidad de judías a la boca. La receta tiene zanahoria y guisantes. Desvío un instante la mirada para observar a los Aurigae, que no quitan ojo a su participante. Todos parecen estar igual de tranquilos que yo en esta ronda. Serenity coge otra cucharada de judías y después otra más. Incluso se termina el plato. Observo con horror cómo traga la

comida. Es entonces cuando me doy cuenta de que Serenity ha perdido mucho peso y eso que ya estaba delgada cuando terminó la guerra. La están matando de hambre en la casa de los Aurigae.

De pronto, Serenity deja la cuchara y empieza a toser. El corazón me da un vuelco. Todas las miradas se centran en ella, y después en Hazel. Desde donde me he sentado no la puedo ver. Serenity sigue tosiendo y se lleva la mano al pecho. Hazel arrastra la silla con un ruido sordo y se pone de pie. Mira a su amiga y, después, me busca entre las gradas. No tarda mucho en encontrarme. Casi de inmediato, mira a mi madre con cara de pánico, pero ella es incapaz de corresponderla. Hazel vuelve a observarme, con los ojos húmedos y llenos de preguntas. Sin decirme nada, puedo sentir su corazón latiendo con fuerza y algo dentro de mí hace que también me ponga en pie. Quiero decirle que esté tranquila, que es parte del juego. Que solo se está asegurando de su propia supervivencia, y eso está bien. A veces todos tenemos que hacer sacrificios, aunque no nos guste, por el bien de todos. Sin embargo, no puedo evitar sentirme fatal por ella. Por lo menos mi madre estará contenta con todo esto.

Caleb también se levanta, dos mesas más allá, pero no se acerca a ellas por miedo a que su intervención empeore las cosas, supongo. Aun así, se frota las manos y la ansiedad le puede.

—¿Qué has hecho? ¡La has matado! —grita él.

Hazel se gira hacia el que un día fue su pareja. Pierdo el contacto visual con ella.

—¡No! ¡Ha sido un error! —le responde. Las lágrimas comienzan a empaparle la cara. Han aparecido de la nada e intenta apartárselas con las manos, aunque le tiemblan tanto que apenas atina.

Pero Caleb agita la cabeza.

—Ahórrate el teatro, Hazel. No esperaba que, después de todo, te dejaras comer la cabeza por los Malenfant. ¿Qué te han prometido? ¿Con qué te han engañado?

Hazel no responde. En su lugar, aprieta los puños y se vuelve de nuevo hacia su amiga.

Serenity hace esfuerzos por coger aire mientras mi mente intenta registrar lo que acaba de suceder. Hazel la ha envenenado sin querer. No hay otra explicación para lo que está sucediendo. No me imagino a Hazel haciendo algo así por su propia voluntad. Y, si antes no ha matado a Theo para liberarlo de los Ravenscroft, tampoco creo que lo haya hecho con su amiga. En el estado en el que se encuentra Serenity, su mejor baza para sobrevivir es que ambas lleguen lo más lejos posible, juntas... y vivas. Hazel lo sabe y, aunque solo sea por eso, debería protegerla.

Los Aurigae siguen con disgusto la escena. Más bien, con asco. Puedo ver la expresión tosca de Alec, con el labio fruncido mientras observa a Serenity dar sus últimas bocanadas de oxígeno.

Greenleaf empieza a hiperventilar y rodea la mesa, colocándose junto a Serenity, y trata de ayudarla a que respire. La tez blanca de su amiga ya se ha vuelto roja y está empezando a adquirir un tono morado que no augura nada bueno. Y, entonces, Serenity coge el poco aire que le llega a sus pulmones y tose con mucha fuerza. Un trozo de lo que parece ser zanahoria sale disparado, volando un par de metros hasta caer en el suelo y rodar, manchándolo todo. La chica vuelve a dar una bocanada desesperada, una aspiración sonora y, poco a poco, parece que recupera la respiración.

La imito, como si a mí también me hubiera faltado el aire durante este angustioso minuto. Serenity apoya un codo sobre la mesa y entierra la cabeza en su mano mientras su respiración se va calmando. Pero Hazel sigue hiperventilando en medio de un ataque de ansiedad. Miro a los Aurigae, que todavía están reclinados en su asiento, asegurándose de que su participante va a sobrevivir y de que todo ha sido un susto.

—¿Qué ha pasado? —me susurra mi madre al oído.

Trago saliva.

—Creo que Serenity se ha atragantado.

Ella asiente con tranquilidad. A veces envidio su frialdad. Siempre se muestra impertérrita, como si nada la perturbase. No lo hace lo que está pasando ahora y nunca lo ha hecho ni en el pasado ni en el futuro. Es como si jamás hubiera tenido una preocupación, a pesar de que no ha tenido una vida fácil.

Hazel se asegura de que su amiga está bien y se sienta en su silla. Me giro hacia Caleb, que observa la escena con una expresión desencajada en el rostro. Abre la boca para hablar, pero decide no hacerlo y se deja caer en su asiento.

Hazel, todavía con lágrimas en la cara, coge una cuchara y abre el *coulant* por la mitad. Aunque estoy lejos, puedo percibir cómo le tiemblan las manos, y siento un pinchazo en el pecho, justo a la altura del corazón. Un reguero de chocolate líquido y oscuro cubre el plato. Con un gesto brusco, coge un trozo de bizcocho y se lo lleva a la boca. No come nada más. La observo con decisión, con los ojos clavados en su nuca..., y no sucede nada.

El turno pasa a la mesa de al lado, donde están Theo y Morgana. El niño prueba su comida de un bocado, sin pensárselo dos veces, y

sobrevive. Sin embargo, Morgana decide utilizar su comodín y no comer. Desde la grada, su hermana la llama cobarde y se burla de ella, pero la profesora no se inmuta.

—No estaba envenenada —le susurra el niño mientras, a su lado, Caleb se revuelve incómodo, esperando su turno.

La profesora Vexley no responde. El turno pasa a la siguiente pareja. El compañero de Caleb, que observa el plato de pasta frente a él con detenimiento. El chico clava los ojos en el único superviviente de los White, como si estuviese estudiándolo. Ambos se sostienen la mirada durante un instante que parece eterno y, finalmente, prueba su plato sin ningún problema. En ese momento me doy cuenta de que Caleb White no parece él mismo. Desde que ha acusado a Hazel de querer matar a Serenity, su rostro se ha puesto blanco y parece incómodo.

Coge el tenedor, dudando entre si probar o no la comida. Todavía queda una ronda más, pero me sorprende que vaya a arriesgarse. El otro chico no ha tenido ningún reparo en matar a su compañero en la ronda anterior, sin ningún motivo aparente.

Entonces, Caleb se arrepiente y, por fin, habla:

—Utilizo mi pase para saltarme esta ronda.

El chico de enfrente no reacciona y el turno pasa a la última mesa, la de Alaric y Ivy, en la que los dos pasan la prueba sin problemas.

Mi madre exhala un suspiro al ver que todos han sobrevivido.

Veo que todos habéis sido buenas personas. Por lo menos, todos los que habéis probado el plato habéis sobrevivido, lo que significa que vuestro compañero ha querido que sigáis adelante. Pero la gloria no

puede estar al alcance de todos. Por eso, vamos a hacer un cambio de última hora.

Los Aurigae, que ya se habían relajado, parecen volver a prestar atención. Alec se incorpora en su silla y apoya los codos en las rodillas y el mentón en las palmas de las manos, con una expresión expectante.

En esta ronda final se asignarán los sitios de forma aleatoria. Y, además, si los participantes de una misma mesa comen de sus platos y ninguno está envenenado..., ambos morirán.

23

HAZEL

La sangre se me congela en las venas. Me siento como si me hubiera quedado fría y el tiempo se hubiera detenido. Estoy agotada mentalmente y todo a mi alrededor parece suceder a cámara lenta.

Miro al resto de mesas: quedamos ocho, por lo que, como máximo, seremos cuatro cuando termine esta prueba.

No puede ser. Tiene que haber alguna laguna, algún hueco, algún error.

Buscad vuestro lugar en el banquete.

Unos hilos dorados aparecen sobre las mesas, formando los nombres de los participantes. El mío aparece justo en el lugar donde estoy sentada, así que no me muevo. Por mi mente se cruza la idea de que puede que todo esto acabe aquí. Que hoy termine mi sufrimiento, que me reencuentre con Jack. El estómago me da un vuelco al pensar de nuevo en él, en su piel fría, sus ojos verdes apagados...

—Hazel —me llama Caleb, haciéndome volver de golpe a la realidad. Se ha acercado a mí por detrás y posa su mano sobre mi

antebrazo.

—Déjame en paz —siseo, apartándome con un gesto brusco.

Enfrente de mí brilla el nombre de Alaric, mi profesor de Botánica. Suspiro. Por lo menos, sé que Morgana habría sido íntegra y quizá se habría sacrificado por una persona joven. Sin embargo, no tengo ninguna esperanza con Alaric Quell. Su inexpresividad y frialdad a la hora de dar clases nunca me han inspirado confianza. Si no le hubiese visto luchando a nuestro lado en la batalla final, si no estuviera aquí, compitiendo con nosotros, habría jurado que formaba parte de los segadores y que estaba de su lado.

El profesor se sienta frente a mí.

—Eres Hazel Greenleaf, ¿verdad? —me pregunta, mientras los demás terminan de encontrar su sitio. Yo solo puedo concentrarme en ver a quién le ha tocado Serenity. La veo sentarse frente a Theo Hall.

—Sí —respondo, desganada.

Él asiente.

—Creo que tengo una idea para que ambos podamos sobrevivir, pero tendrás que fiarte de mí.

Sus palabras no captan mi atención, en realidad. Ahora que parece que mi momento se acerca, no me da tanto miedo abrazar a la muerte. Lo único que me resultaría incómodo sería irme de este mundo envenenada, formando parte de un espectáculo, bajo la atenta mirada de Marlowe Malenfant y dejando atrás a Serenity... y a Caleb, aunque no haya dudado en tacharme de asesina en la primera oportunidad que ha tenido.

—¿Te interesa? —insiste Alaric.

Me giro hacia él. No me había dado cuenta de lo envejecido que está después de la guerra. Sus ojos oscuros, igual que su pelo largo, no han cambiado, pero su expresión es de agotamiento. Ahora que me fijo, comparte cierto aura con Gwendoline Malenfant. Los dos parecen personas frías y calculadoras, que han pensado de antemano todas las circunstancias que puedan suceder y han redirigido los acontecimientos hacia el camino que les resulta más favorable.

—Te escucho —le respondo de forma breve.

Alaric Quell no parece convencido, pero igualmente me explica su teoría.

—Esto es lo que haremos: yo seleccionaré un plato que no esté envenenado y tú también.

Me río antes de que pueda terminar.

—Magnus ha dicho claramente que los dos moriremos si...

Pero él no parece de acuerdo.

—No, no ha dicho eso.

Inclino la cabeza, levemente interesada por la conversación. ¿Está intentando engañarme? Sea como sea, no tengo tiempo para juegos. No me apetece pensar demasiado, porque una parte de mi mente ya ha asumido que voy a morir. Respiro, consciente de que esta es una de las últimas veces que voy a poder hacerlo.

—Sí —insisto, desganada.

—No —responde Alaric—. Ha dicho que morirán los dos que *coman* un plato sin envenenar —especifica—. Pero, si uno de los dos utiliza su comodín, no estaría comiendo realmente, así que no se cumpliría la norma... y los dos podríamos sobrevivir.

El cansancio me impide entenderlo a la primera. Tengo que repasarlo una vez más en mi cabeza. Entonces, abro mucho los ojos. Alaric tiene razón. Me muerdo el labio por dentro, enfadada conmigo misma. No sé cómo he podido pasar por alto una información tan importante. Magnus, ya sea por error o a propósito, nos ha dado una gran vía de escape, una pista demasiado obvia, y no la he sabido captar.

Miro a Serenity, que está sentada a mi lado, para ver si ella también ha caído en la cuenta, pero está hablando con Theo. De hecho, parecen estar negociando.

—Tienes razón —reconozco—. A ti todavía te queda el pase, ¿verdad?

Alaric asiente con la cabeza.

—Exacto. Tú has usado el tuyo en la primera ronda, pero no pasa nada. Puedes comer del plato que te dé y yo usaré mi comodín. Así, no cumpliremos la nueva norma y podremos salir ambos con vida.

El creciente interés de Alaric por mantenerme con vida me hace sospechar.

—¿Y cómo sé que lo vas a cumplir? —le pregunto—. Hay una posibilidad de que tú no uses el comodín. En ese caso, moriríamos los dos.

Pero Alaric no parece seguirme.

—¿Por qué iba a querer que muriéramos los dos?

Me encojo de hombros.

—No lo sé... ¿Porque tienes instrucciones especiales de alguien que quiera matarme? ¿Alguien que quiera descalificar a los Malenfant?

La pregunta le hace gracia. El profesor Quell se ríe por encima de la música con una sonora carcajada: yo no le encuentro el humor. Soy consciente de que los Malenfant son una amenaza. Eira Thorn, la mentora del profesor, proviene de una de las familias más humildes de segadores, así que no me extrañaría que estuviera usando todo tipo de métodos para hacerse con el poder ahora que por fin está en igualdad de condiciones que el resto de familias gracias a El Ascenso.

—Mira, hagamos una cosa —me propone Alaric. Pero una voz le interrumpe antes de que pueda seguir hablando.

Que comience la tercera y última fase de la segunda prueba. Bon appétit!

Alaric se pone de pie sin terminar la frase. Se acerca a la mesa con comida, escoge un plato y lo pone delante de mí. Analizo rápidamente lo que tengo delante: un aperitivo de nachos y guacamole. No hay ningún alimento que, hasta ahora, haya identificado como seguro. No contiene patatas, ni pescado, ni huevos...

—Te garantizo que esta comida no está envenenada. He sentido el sabor inconfundible del maíz en la crema de verduras que me ha dado Morgana en la primera ronda, así que lo tengo claro —me dice él—. Y, para que me creas, te invito a que tú escojas una comida que sí lo esté.

Me pongo de pie, porque sé que me toca escoger un plato, y no quiero averiguar lo que pasará si tardo más de lo normal en hacerlo.

—Te prometo, por el sacrificio de tu hermano, que no hay ni un ápice de veneno en esa ración.

Sus palabras me dejan sin aliento. La simple mención a Jack me enfurece, pero resulta extrañamente efectiva. No porque ahora crea las palabras de mi antiguo profesor, sino porque me recuerda que, si muero en los próximos minutos, quizá pueda reunirme con mi mellizo después de todo.

Alaric Quell no dice nada más. Le doy la espalda y camino hacia la mesa. Mi visión vaga entre varios platos que no contienen lo que busco..., hasta que doy de lleno con la bandeja de caramelos. Los hay de diferentes sabores, una ruleta rusa de dulces. Pero yo tengo claro lo que busco y lo encuentro en el centro: los de arándanos y menta. Una parte de mí, liderada por la rabia y el duelo, me obliga a extender la mano y cogerlos. Si Alaric pretende traicionarme y decide cambiar su plan en el último momento para envenenarme y después comer para salvarse..., no lo permitiré. Es entonces, de camino a mi sitio, cuando me doy cuenta de que Magnus no se ha equivocado al poner esa nueva norma. No ha cometido un error. Simplemente quiere ver cómo dudamos los unos de los otros, cómo cuestionamos nuestras lealtades y rompemos las conexiones que hemos forjado a lo largo de estos años.

Regreso a la mesa y coloco un solo caramelo frente a mi profesor. Aunque no me giro hacia las gradas, siento la mirada de Marlowe Malenfant clavada en mi nuca, vigilando todos y cada uno de mis movimientos. Si ha estado pendiente, se habrá dado cuenta de que mi elección no tiene nada que ver con las dos anteriores. No sé si Alaric habrá estado tomando nota mental de todos los platos de

cada ronda, pero parece sonreír levemente con los ojos al ver mi elección.

En la mesa de al lado, Serenity y Theo van a por sus platos. Después, Caleb y Morgana, y por último se levantan Ivy, que se toma un buen rato antes de escoger un plato, y el chico que mató a otro en la primera ronda, el mismo del que Caleb se había protegido en la segunda.

El corazón me palpita acelerado cuando Ivy se sienta porque sé lo que va a pasar a continuación. En esta ronda me toca ser la primera persona en probar bocado. Decido no alargar más la situación y alzar mi tenedor, aunque finalmente lo suelto y cojo un nacho con la mano. Me siento tentada de mirar a Marlowe Malenfant, pero no levanto la cabeza del plato y unto el nacho en el guacamole justo antes de llevármelo a la boca. El sabor salado y un poco ácido me inunda las papilas gustativas. Me duele la tripa, pero no tiene nada que ver con lo que estoy comiendo. El nacho cruje al masticarlo y siento que se escucha más alto de lo normal, incluso con la música de fondo. Cojo otro, repitiendo el proceso hasta tres veces. Si el plato estuviera envenenado, ya habría sentido algo.

Espero unos segundos más y doy por finalizada mi intervención. Levanto la cabeza para mirar fijamente a Alaric, que tiene su mirada clavada en la mía. Entonces, sin hacer el más mínimo esfuerzo, musita:

—Utilizo mi pase para esta ronda.

Se escucha un murmullo en la grada de los segadores. Levanto la cabeza para observarlos.

—¡Es trampa! ¡Tiene que comer! —grita Orion Vale.

—¡Sí! —corean otras voces.

—¡El Magno ha dicho que morirán los dos!

Se desata el caos en las gradas. Durante un largo minuto, los segadores discuten entre ellos, algunos se ponen de pie para alzar más la voz.

—¡Silencio! —brama Eira Thorne, la mentora del profesor Quell. Su grito surte efecto de forma inmediata y todos los segadores se callan, girándose hacia ella. No parecen acostumbrados a que Eira alce la voz, pero por un instante la segadora se planta—. ¿Acaso sois idiotas? El Magno siempre sabe lo que hace y en ningún momento ha mencionado que no se puedan saltar la comida. Si mi participante es más inteligente que vosotros, es vuestro problema. Y ahora callaos y dejad que sigan.

Se produce un nuevo murmullo, mucho más bajo que el anterior, pero Alaric decide ignorarlo. Mira por última vez el caramelo envenenado y después a mí, como si supiera perfectamente lo que contiene.

El turno pasa a la siguiente mesa. Serenity es la primera en comer. No me he dado cuenta hasta ahora de que su comida es una mezcla de frutos secos en la que seguro que hay almendras. Se me cae el alma a los pies. Sé con certeza que la salsa del pollo que me ofreció en la primera ronda llevaba almendras y estaba envenenado. Quiero ponerme de pie, gritarle que no lo haga, pero no sé si esto nos matará a las dos. Decido esperar hasta ver qué va a hacer y me prometo a mí misma que me levantaré y evitaré que se lleve las almendras a la boca si decide comer.

El corazón me palpita con fuerza y puedo sentir la adrenalina recorriendo mi cuerpo, lista para saltar en su ayuda en cuanto sea

necesario. Sin embargo, Serenity decide seguir nuestra estrategia y exclama en voz alta que va a usar su pase.

Siento una oleada de alivio en todo el cuerpo. Ya está. Independientemente de lo que pueda pasar ahora, de que Theo viva o muera, sé que las dos hemos superado una prueba más. El niño parece asustado, así que hace lo mismo. Decide no probar su plato de *gnocchi*, aunque haya quedado claro que la patata es un alimento seguro. Los dos superan la ronda sin problemas.

Llega el turno de Caleb y Morgana. Caleb, con los ojos todavía rojos y el pulso tembloroso, prueba una cucharada de un preparado de merluza y salsa verde. Ha agotado su pase en la ronda anterior, así que no le queda otra que degustar el plato. Por suerte, el pescado le indica que está libre de veneno, pero todos sabemos que el juego no termina ahí. Morgana también ha gastado su comodín al enfrentarse a Theo, así que es cuestión de cara o cruz saber si morirá ella o lo harán ambos.

La profesora coge el tenedor y prueba un sencillo filete de pollo, sin acompañamiento. Mi mirada pasa de Caleb a Morgana mientras esta última va cortando trozos pequeños, los mastica con cuidado y los traga. Caleb se revuelve en el asiento. Si los dos han escogido el buen camino, morirán igual.

Estoy observando fijamente a Caleb, que no despega los ojos de la boca de Morgana, cuando escucho un ruido. La profesora de Duelo y Estrategia coloca los cubiertos sobre la mesa y carraspea. Ahí está la muerte llamando otra vez a la puerta.

—¿Qué has hecho, desgraciado? —grita Liona Vexley desde el piso de arriba.

Pero ya no hay nada más que hacer. Los siguientes segundos se desenvuelven bajo la atenta mirada de todos los que estamos ahí. Morgana Vexley muere con elegancia, sin montar un espectáculo. Se va con la cabeza alta, quedándose sentada y con la cabeza apoyada en sus brazos, sobre la mesa. Como si se hubiera quedado dormida esperando a un postre que nunca llegará.

Agacho la cabeza, aterrada. Caleb ha matado a alguien. Ha tenido la sangre fría de acabar con ella, sabiendo que ninguno de los dos tendría la posibilidad de saltarse esa comida. Y posiblemente Morgana lo sabía, y por eso escogió una comida segura para él en lugar de condenarlo a morir con ella.

Una sensación de asco me domina y me consume desde el interior. Siento la bilis subiéndome por la garganta, y no tiene nada que ver con los nervios de la prueba ni con la mezcla de comidas de hoy.

—La has matado... —murmura Serenity, poniendo voz a lo que todos estamos pensando.

Caleb aprieta los dientes y, sin levantar la cabeza, responde:

—Habríamos muerto los dos.

En la planta de arriba, la hermana de Morgana empieza a sollozar. No me da pena, después de todo lo que sé sobre la relación que tenían ambas, pero escuchar sus gritos me traslada a ciertos momentos y lugares de mis recuerdos que no quiero volver a visitar.

—¿Y mejor ella que tú? —le acusa Alaric, poniéndose de pie.

Caleb lo imita, como si estuviera enfrentándose a él.

—¿Qué querías? ¿Que dejara que su hermana siguiera torturándola? —se defiende.

—Nadie en este salón está exento de ser torturado —me sorprendo a mí misma poniéndome de pie y respondiendo—. Has matado a una de las mentes más brillantes de la resistencia.

—Y tú habrías hecho lo mismo en mi lugar —me espeta Caleb.

Voy a responder, pero Ivy se levanta y pide silencio para que puedan terminar la ronda, claramente aterrada por lo que pueda suceder si nos demoramos siquiera un minuto más de lo que Magnus consideró oportuno. Caleb me lanza una mirada cargada de desprecio y se sienta de nuevo. Alaric y yo esperamos unos segundos más antes de calmarnos y volver a sentarnos. De reojo, observo la reacción de mi profesor a la muerte de su compañera, y por un momento me parece ver una lágrima queriendo asomar de sus ojos. Es la primera vez que distingo algún tipo de expresión en su rostro, más allá de la indiferencia y el desprecio que mostraba en sus clases.

Después de un largo minuto sin más sonido que la música clásica de fondo, comienzan a escucharse algunos murmullos entre el palco de segadores. Se están impacientando. Entonces, Ivy se echa a llorar. Se lleva las manos a la cara, tapándose los ojos y escondiéndose del resto. Los demás nos miramos, intentando averiguar lo que está sucediendo.

—Lo... lo siento mucho, Corey —le dice al chico. En ese instante, él entiende a qué se refiere. El plato está envenenado. Sus lágrimas son solo una advertencia de lo que está por venir, una culpabilidad sobrevenida por haberle puesto a la muerte en su camino—. No tenía m-más op-op-ciones —tartamudea—. No hay más p-platos con mi alimento seguro. Lo siento mu-muchísimo.

El chico se queda petrificado. Algunos segadores aplauden desde arriba, celebrando que tendrán un contrincante menos al que hacer frente en las próximas rondas, que están un paso más cerca de hacerse con el legado de Magnus.

—No puede ser, Ivy... —murmura él.

Pero ella ni siquiera se atreve a mirarlo a la cara. Sigue tapándose los ojos, como si eso fuera a liberarla de la culpa que la acompañará a partir de ahora.

—Uti-utilizo mi pase para n-no comer en es-esta ronda —tartamudea ella, entre sollozos.

De nuevo, los vítores vuelven a inundar la grada. Esta vez no me corto en mirar hacia arriba y buscar a Marlowe Malenfant. No sonríe, pero tampoco parece apenado por la inminente muerte del chico.

Corey traga saliva. No le queda otra que probar su plato.

—¡No lo haré! —exclama de pronto, gritando, como si esperara que el propio Magnus lo escuchara—. No probaré la comida. ¡Me niego a formar parte de este circo!

24

MARLOWE

Serenity ahoga un grito.

—Hazme caso en lo que te voy a decir —se adelanta Alaric, poniéndose de pie. Ivy sigue llorando, desconsolada, sin poder sostenerle la mirada a Corey—. Lo mejor es que te lo comas. Vas a morir, sí..., pero la alternativa será mucho peor. No creo que Magnus haya sido benévolo al pensar en qué hacer si algún participante se niega a comer. Te aseguro que será algo mucho más doloroso y traumático.

—¡Qué fácil es decirlo cuando no te ha tocado a ti! —exclama él. Abre tanto los ojos que parece que se le van a salir de las órbitas.

—¡Cómetelo! ¡Nos estás poniendo en peligro a todos! —añade Caleb.

Me fijo en Hazel; quiero saber cuál es su reacción. Sin embargo, está seria. Tiene la cabeza ligeramente agachada, pero no aparta la vista de su exnovio, y tampoco parpadea. Tiene que estar ardiendo por dentro. Lo sé. Puedo sentir su rabia en la distancia, sus mejillas ardiendo, los puños apretados por debajo de la mesa.

—Tú cállate, traidor —le insulta Corey a Caleb—. Has matado a la profesora Vexley y ahí estás, tan tranquilo, esperando a que yo sea

el siguiente. ¡Pues no lo haré! ¡No os daré ese gusto, ni a ti, ni a ellos, ni a Magnus! —Corey señala hacia arriba y entonces, en un ataque de rabia, coge la manzana que hay sobre su plato y la lanza directamente a las gradas, apuntando hacia su mentora, una segadora prima de los Myers.

La manzana sale volando hacia esa dirección, pero no con la suficiente altura, y se acerca peligrosamente a donde me encuentro. Todo sucede en cuestión de un segundo. La fruta gira en el aire y golpea directamente a mi madre en la mejilla. Ella ahoga un grito y se lleva las manos a la cara.

—¡Madre! —exclamo, girándome hacia ella. No estoy seguro de si la ha golpeado en el ojo también.

Extiendo mi mano enguantada hacia su mejilla, pero ella me la aparta en cuanto siente que le rozo la cara.

—Estoy bien —murmura.

—¡Esto es un escándalo! —grita entonces Aaron Aurigae.

El padre de Alec se pone de pie, fuera de sí, y empieza a exigir a gritos que vengan a por Corey y lo maten. Mi madre se agacha y se frota la mejilla.

—Madre, por favor —le insisto—. Enséñame la cara.

Pero ella no se mueve.

—¿Qué era lo que me ha golpeado?

—Una manzana —le respondo enseguida.

Mi madre no responde, pero se incorpora justo en el momento en el que Aaron Aurigae se acerca a nosotros.

—Voy a matar a ese hijo de puta con mis propias manos —murmura, buscando una salida de las gradas.

Da varias zancadas hacia la puerta por la que hemos entrado y, casi un minuto después, aparece en la parte de abajo, donde están todos los participantes. Ivy se levanta y se aleja corriendo de él, aunque Aaron tiene otros planes.

Con un murmullo de fondo, y la música cada vez más alta, Aaron Aurigae coge a Corey por el cuello y le empieza a apretar la garganta. Corey intenta zafarse, pero algo dentro de él sabe que no hay nada que pueda hacer.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —masculla entre dientes. La cara le empieza a sudar y unas gotitas caen sobre la cara de Corey, que lo mira con los ojos muy abiertos—. ¿Crees que puedes asustarnos? ¿Te recuerdo qué le ha pasado a tu familia y por qué estás aquí?

—Ya basta, Aaron —interviene Alaric.

Por algún motivo, sus palabras parecen hacer efecto, porque Aaron suelta al chaval justo a tiempo para que pueda coger aire y luchar por su vida. Se lleva las manos a la garganta, que ha pasado del blanco al rojo.

—Ay, Alaric... ¿No te da pena estar aquí rodeado de niños? —le espeta Aaron—. Yo no soy uno de tus alumnos, así que no intentes decirme lo que tengo que hacer.

—Pero un día estuviste sentado conmigo en uno de esos pupitres que hoy están cubiertos de escombros... y sé que eres mucho más que esto. Tan solo fuiste un niño con mala suerte, que nació en la familia equivocada, que se sintió obligado a obedecer unas normas que existían mucho antes que él.

Trago saliva. Sus palabras me duelen a mí también. No sé qué pretende Alaric, pero no parece estar funcionando. Aun así, está

ganando tiempo para que Corey pueda recuperar su respiración del todo.

—No abras ahora el baúl de los recuerdos, Alaric.

Pero el profesor sonríe con paciencia.

—No lo necesito. Hay muchas cosas de las que me acuerdo como si hubieran sucedido ayer mismo. ¿Quieres que te cuente alguna? Quizá eres tú el que se ha olvidado de lo que pasó, por ejemplo..., en el cuarto de escobas.

Entonces, sucede algo que no he visto nunca, en toda mi vida: Aaron Aurigae se tensa. Sus ojos desafían al profesor. Miro a su familia, que parece estar igual de intrigada que yo. Hasta mi madre se revuelve en el asiento y ya parece que se le ha olvidado el golpe que ha recibido.

Sin embargo, Aaron enseguida recupera la compostura y hace como si no le interesara lo que Alaric tiene que decir.

—No sé a qué te refieres. De jóvenes todos hacíamos muchas travesuras, sí. No las recuerdo todas.

El profesor inclina la cabeza con curiosidad. Todavía puedo leer la intranquilidad en los ojos del padre de Alec, por más que se empeñe en disimularla.

—Oh, venga, Aaron. No me quiero poner ahora a destapar antiguos secretos.

—Yo tampoco, Alaric —lo amenaza de vuelta—. Creo que a ninguno de los dos nos beneficiaría causar un espectáculo delante de este público. Y no quiero que se nos olvide por qué estamos aquí hoy. Por qué estás aquí hoy. —Aaron cambia de tema, pero estoy convencido de que todos los presentes queremos saber qué se

esconde detrás de esas frases en clave que han intercambiado los dos.

Quell no dice nada más, como si le hubieran sacado un tema prohibido y estuviera atado de pies y manos.

—Marlowe, por favor. —Aaron se gira en mi dirección al pronunciar mi nombre. El corazón me da un vuelco—. ¿Serías tan amable de devolver la manzana a la mesa? Hay un comensal que tiene mucha hambre y creo que está deseando hincarle el diente...

Bajo el escrutinio de todos, rebeldes y segadores, agacho la cabeza y busco la manzana por el suelo. Puedo sentir la respiración de mi madre, más fuerte de lo normal, como si estuviera justo en mi nuca. Localizo la manzana tres asientos más a la derecha y la recojo con cuidado. Tiene un aspecto aparentemente normal, pero un solo bocado podría matar a cualquiera de los que estamos aquí.

La agarro con fuerza durante unos instantes y después la lanzo hacia Aaron Aurigae. La manzana aterriza justo en su mano y la devuelve a la mesa, donde estaba hace unos segundos.

—Venga, cariño, un mordisquito y ya nos podremos ir todos a casa. ¿Estás listo?

Aaron se coloca detrás de él y posa la mano sobre el hombro del chico. Corey reacciona, apartándolo de un manotazo, y trata de golpearle cuando su mano se detiene a escasos centímetros de la mejilla del hombre. Todos nos quedamos en silencio. Me doy cuenta de que la música también se ha detenido. Sin embargo, el juego sigue. Como si no la pudiera controlar él mismo, la mano de Corey se gira hacia la mesa y coge la manzana.

—¡No! ¡NO!

Los gritos de Corey resuenan por la sala, haciendo eco en la planta de arriba. Con la otra mano, trata de detener su propio cuerpo, pero es en vano. El chico echa la cabeza hacia atrás mientras su mano agarra la manzana, y la acerca a su boca, con una extraña rigidez. Me fijo en Aaron y luego en Alaric, pero ninguno de los dos parece estar haciendo esto. De hecho, el primero observa la escena con fascinación y el segundo con horror. Aurigae no lo está obligando, ni tampoco ninguno de los segadores que estamos aquí. Son las propias reglas de El Ascenso. Por supuesto, El Magno tenía que haber pensado en esto, en cómo conseguir que el juego se terminara hasta el final.

Corey trata de luchar contra su propio cuerpo, se resiste a abrir la boca, pero ya no hay nada más que pueda hacer. Como si estuviera presenciando una escena de terror, el indigno abre la boca y da un mordisco grande a la manzana. La escucho crujir desde aquí. Después, comienza a masticarla, poco a poco, mientras empieza a llorar y a ponerse cada vez más rojo. Las piernas le tiemblan, pero no puede moverse de la silla. Da otro bocado, esta vez, tratando de gritar, pero sus intentos quedan ahogados por la manzana.

En cuestión de segundos, el veneno comienza a hacer efecto y Corey empieza a atragantarse. Los siguientes segundos son agónicos. El cuerpo del chico lucha por sobrevivir, en sus ojos hay un grito de auxilio que nunca podrá soltar, y trata de coger aire sin saber cuál va a ser su última exhalación..., hasta que pierde la vida.

Nos quedamos en silencio absoluto. El cuerpo de Corey queda inerte, su mano pierde la fuerza y la manzana se le escurre de las manos, cayendo al suelo y rodando un par de metros.

Ivy se cubre la cara con las manos y empieza a llorar otra vez, o quizá nunca ha parado de hacerlo.

Es una lástima ver cómo un chico valiente, tan joven, decide volverse en contra de la verdad con tal de complacer a un grupo de rebeldes indignos. Espero que esto os haya servido para daros cuenta de que no hay una alternativa a unirse a nosotros. Por suerte, vuestro compañero ya podrá encontrarse con la Muerte. Con esto, termina la tercera ronda. Los campeones serán guiados con sus respectivas familias. Podéis descansar... por ahora.

25

HAZEL

Aparezco de nuevo, sola, en la entrada de la mansión Malenfant. No sé cuánto tiempo hemos estado en aquella sala, pero ya es de noche y llueve. En realidad, está diluviando. El agua me empieza a mojar la ropa, pero me quedo unos instantes más así, tumbada en el suelo, junto a las escaleras de la casa. Creo que es la primera vez en mucho tiempo que agradezco el silencio. El aire frío me azota la cara y siento todavía más las gotas cayendo sobre mi pelo, empapándolo.

Los jardines están vacíos. Un largo pasillo de setos perfectamente cortados conecta la mansión con la verja negra de la entrada a la finca. Me pregunto qué pasaría si caminara hacia ella o incluso si llegara a intentar atravesarla, pero sé que no será nada bueno. Gwendoline Malenfant se lo habrá pasado de lo lindo poniendo hechizos defensivos a diestro y siniestro. Además, me da miedo la marca que llevo desde el primer día que estoy aquí. El tatuaje me recuerda cuál es mi papel, en el caso de que en algún momento se me olvide. No quiero ni pensar en lo que podría hacerme esa tinta mágica si intentara escaparme. Por mi mente viajan un montón de imágenes de brazos ennegrecidos, sangre envenenada...

La lluvia sigue cayendo. Mi pelo todavía no ha absorbido toda el agua, pero mi ropa ya se ha convertido en una tela pesada y oscurecida que se pega a mi piel. Cierro los ojos mientras escucho cómo suena cuando cae sobre el césped. Puedo distinguir el ruido que hace sobre los arbustos o sobre unas piedras grandes que hay al inicio del camino. También cuando golpea los tejados de la casa.

A veces todavía me cuesta creer que esta es mi nueva realidad. Mi nueva vida, o lo poco que queda de ella. La prisionera de una familia que jamás soporté y que ahora son mi única vía de supervivencia, aunque eso implique que vaya perdiendo, una a una, a todas las personas a las que quiero.

En ese momento, un ruido distinto me saca del trance en el que estoy. Abro los ojos y me encuentro frente a frente con el basilisco. Las pulsaciones se me aceleran, delatándome otra vez. La serpiente se enrosca a mi alrededor, creando una circunferencia, y me vuelve a mirar fijamente.

—Sí, ya lo sé. No me iba a ninguna parte, así que puedes estar tranquilo.

El basilisco sisea y parece que me esté diciendo algo, pero no logro entenderlo. En ese momento, la puerta de la mansión se abre y aparece el heredero de los Malenfant.

—No sabía que estabas aquí. Entra —me ordena. Después, se dirige a la serpiente—. Y tú, márchate.

El basilisco vuelve a sisear y se aleja, haciendo eses, en dirección al lago negro.

Me incorporo con dificultad. La falta de ejercicio y de alimentación me está empezando a afectar más de lo que pensaba.

—Pasa. —El segador me sujeta la puerta.

Mi cerebro casi le agradece que lo haga, pero después recuerdo quién es. Atravieso la entrada en silencio y voy dejando un rastro de agua mientras camino hacia el sótano. Él no me sigue. Se me queda mirando, desde atrás, como si no entendiera lo que estoy haciendo. Bajo las escaleras sola. El olor a humedad me recibe, pero no mis cosas. El sótano está vacío. Han desaparecido los pocos objetos que tenía, lo que me trajo Gwendoline Malenfant el otro día y hasta la propia jaula. Es como si no hubiera rastro de que haya vivido ahí durante todo este tiempo. El corazón se me acelera al pensar en la pluma que me regaló, mi único medio de comunicación con Serenity.

Pensaba que Gwendoline tardaría más en cumplir el acuerdo que hemos firmado esta misma mañana, antes de la segunda prueba, pero veo que las chicas *mirrorem* han estado ocupadas durante nuestra ausencia trasladando mis enseres a otro lugar.

—Mi madre te ha preparado tu propia habitación en el segundo piso —me dice una voz desde lo alto de la escalera.

Me giro y veo a Malenfant mirándome desde arriba.

—Sígueme.

Me da la espalda y comienza a caminar. Subo el tramo de escaleras, casi quedándome sin aliento al final. Camino varios pasos por detrás de él y subimos dos pisos más hasta llegar al pasillo donde está mi habitación. No me había dado cuenta de lo grande que es esta casa hasta ahora. Creo que en esta zona solamente estaré yo.

—Es aquí.

Malenfant abre una puerta. Las bisagras chirrían y lo primero que pienso es que me delatará cada vez que quiera entrar o salir, aunque

tampoco es que tenga ningún sitio para ir a dar un paseo para despejar la mente.

Entro en la que va a ser mi habitación. La decoración da un poco de repelús y todavía hay cierto olor a humedad de la planta de abajo, pero es lo más parecido a un hotel de lujo que voy a tener en los próximos días. Varios cuadros antiguos me observan mientras camino al centro de la estancia. Es cuadrada y la cama está justo al fondo, de forma que no podré ver bien la puerta mientras duermo. La madera del suelo no se conserva mal, pero cruje cuando doy unos pasos hacia el centro. Las paredes están pintadas de verde oscuro, por lo que los marcos dorados destacan todavía más. La ropa de cama también es verde. Junto a esta hay una pequeña mesilla de noche. Desde donde estoy puedo distinguir la pluma de cuervo.

—Si necesitas algo, pulsa el botón que hay aquí. Además, mi madre me ha pedido que te diga que te muevas libremente por la casa, siempre que sea por este pasillo o por la planta baja. Está prohibido visitar el resto de alas. También está permitido salir al jardín, dentro de los límites de la verja, una vez al día.

Sin esperar una respuesta por mi parte, Malenfant regresa a la puerta y agarra el pomo. Está a punto de marcharse cuando lo veo dudar.

—Por cierto... —empieza a hablar, todavía de espaldas a mí—, enhorabuena por superar la segunda prueba. Has sido muy astuta pese a la presión.

—Solo he estado a punto de morir envenenada en la primera ronda, entre otras cosas. Pero sí, supongo.

Me niego a que palabras de agradecimiento salgan de mi boca. No tengo nada que agradecerle, todo lo que ha pasado ha sido gracias a mi instinto de supervivencia... y un poco de suerte.

Marlowe suelta el pomo y se da la vuelta. Aprovecho que tengo su atención para continuar, porque la rabia me burbujea en el estómago.

—Han muerto cuatro personas. Imagino que los vuestros estarán contentos, así podréis usar sus cuerpos para vuestros estúpidos rituales.

A Marlowe no parece gustarle mi respuesta y se pone a la defensiva.

—Hace tiempo que no hago esas cosas, Greenleaf.

—Tu familia lo hace.

Se le tensa la mandíbula.

—Te sorprendería descubrir que no todos los Malenfant somos iguales.

Estoy tan cansada que no puedo evitar que se me escape una carcajada. Claro. Ahora resulta que es un santo, un incomprendido.

—Entonces, ¿tú tampoco haces rituales con las criaturas que criais en esta casa?

Marlowe cierra los ojos y coge aire. Cuando los vuelve a abrir, los siento como si fueran los de una serpiente mirándome fijamente, preparada para atacar.

—No es que hayamos pasado mucho tiempo en esta casa desde la guerra. Por si no te has dado cuenta, está hecha una porquería.

—Pensaba que siempre vivíais así. Por eso tienes esa cara de asco constante.

Marlowe me mira de arriba abajo. Creo que está meditando su respuesta, pero opta por no entrar al trapo.

—Muy graciosa, princesa —me dice, aunque por su tono entiendo que mis comentarios no le hacen ni pizca de gracia—, pero esto ya no es un juego. Desgraciadamente para los dos, vamos a tener que trabajar juntos si queremos salir airosos de esta mierda.

—Sí, tiene que ser superdifícil estar en tu lugar —le espeto.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres que me ponga de rodillas y te pida perdón por una situación que ni yo mismo he buscado? Tú estarás peor que yo, pero ahora mismo estamos en el mismo barco. Así que rema, princesa, porque no me quiero hundir.

—¿Por qué no me cambias el sitio? Como hicimos en la primera prueba. Ah, no, espera..., que te quedaste más tieso que un palo.

De pronto, no me reconozco a mí misma con lo que acabo de decir. ¿Qué pretendía? ¿Que Malenfant matara a todo el mundo con una frialdad extrema? En el fondo, su inacción fue la mejor de todas las situaciones que se me pasaban por la cabeza. Aunque si hubiera salvado a Alice...

—No es fácil matar, Hazel —pronuncia mi nombre con retintín—. Pero es todavía más difícil matar en nombre de otra persona. Espero que nunca tengas que hacerlo.

—¿Esperas que te dé las gracias? —le pregunto.

—Espero que te des cuenta de que yo tampoco tengo otra puta opción —responde, alzando la voz.

Antes de que pueda añadir algo más, Malenfant se da la vuelta y sale de mi habitación. La puerta chirría de nuevo y me vuelvo a quedar sola. No puedo evitar darle vueltas a lo que ha dicho durante un rato. Por supuesto que no me da pena. Entiendo que su situación

familiar es compleja, pero por lo menos tiene una familia. La mía fue borrada de la faz de la tierra por la misma persona a la que decidió apoyar durante la guerra.

Decidida a pensar en otra cosa, camino hacia la mesita de noche y cojo la pluma. Después, busco a toda prisa un papel donde escribir para comunicarme con Serenity, pero no encuentro ninguno. Rebusco en todos los cajones del armario donde Gwendoline Malenfant o las tres chicas *mirrorem* han dejado mis escasas pertenencias, pero no hay ni rastro del sobre que utilicé tras la primera prueba.

Miro la pared. Está empapelada a trozos y en algunas zonas ha quedado expuesta la base, pero ahora mismo es el único lugar donde se me ocurre que podría escribir. O, por lo menos, intentarlo. Cojo la pluma, la coloco lo más vertical posible y trazo el nombre de mi amiga entre símbolos de interrogación, con tinta morada. Aunque le cuesta, la pared absorbe la tinta mágica, pero no aparece ninguna respuesta. Me dejo caer en la cama, sin apartar la vista del punto exacto donde he intentado comunicarme con ella. Ha dejado un pequeño rastro, un manchurrón, pero nada más. Deseo con todas mis fuerzas que no le haya pasado nada, que simplemente esté en la ducha, comiendo o en otro lugar, lejos de la pluma. También es posible que solo se la hayan quitado. Sea como sea, debo tener cuidado con lo que le digo. No me fío de los Malenfant, pero mucho menos de los Aurigae. No sé cuál de las dos familias es peor.

Recorro de nuevo la habitación buscando algún lugar más escondido, el fondo de un cajón o algún recoveco secreto, pero no lo encuentro. Meto la mano en el bolsillo de la túnica, la misma que nos han puesto a todos para la prueba, y saco un caramelo de

arándanos. Está hecho un asco, con pelusas pegadas, pero todavía servirá. Lo escondo en el fondo del último cajón de la mesita de noche, por si acaso. Si lo encontrara alguien en la casa, solo Marlowe sería capaz de reconocerlo y de saber lo que realmente significa, a no ser que él le haya contado a su madre cómo fue la última prueba con todos los detalles. Me sorprende que haya podido sacar un alimento envenenado con tanta facilidad. Pensé que quizá se desintegraría al regresar a la mansión Malenfant, pero aquí está, recordándome lo cerca que podría estar de la muerte en cualquier momento.

Con las pocas fuerzas que me quedan, empujo la cama hacia la pared de la izquierda para poder dormir mirando siempre hacia la puerta. Me agoto enseguida y tengo que parar para recuperar el aliento cada pocos segundos. Al final, después de mucho ruido y todavía con la ropa mojada, consigo colocarla en un sitio que me gusta más.

Me deshago de la capa y el vestido empapados y me meto en la cama, con el pelo mojado, pero agradecida de poder volver a vivir esta sensación. Dejo que las sábanas me envuelvan y, en algún momento, me quedo dormida. No sé si han pasado horas o minutos cuando las tres chicas *mirrorem* me despiertan para darme una ducha y traerme ropa limpia. Me tienta intentar hablar de nuevo con ellas, pero no quiero meterlas en problemas. No hoy. Dejo que hagan su trabajo sin quejarme ni oponer resistencia. Al fin y al cabo, ninguna de las cuatro queremos estar aquí.

Cuando regreso a la habitación, me aseguro de que el caramelo sigue en su sitio. Después, vuelvo a intentar hablar con Serenity, pero tras dos horas de espera, el sueño me gana y me acuesto. Los

siguientes días pasan demasiado lentos. No me cruzo con ningún miembro de la familia y como en mi habitación. Solo comparto un segundo con las chicas cada vez que vienen a traerme y llevarse las bandejas, nada más.

Jack desaparece de mis sueños durante las últimas noches. Por lo menos, no revivo su muerte, pero tampoco vuelvo a ver su cara. Tengo miedo de que algún día olvide cómo era. Me rompo cuando pienso en que cabe la posibilidad de que empiece a cumplir años sin él, a celebrar mi cumpleaños a medias, a doblarle la edad..., si es que salgo con vida de todo esto.

Las tres chicas *mirrorem* entran en mi habitación. Una de ellas me señala la bandeja de comida, que está intacta. Yo niego con la cabeza.

—No tengo hambre.

La que ha señalado mira a la que está a su lado, que dice que no con la cabeza. Coge la bandeja entre sus manos y me la acerca, haciendo un gesto que interpreto como que quiere que coma algo.

—De verdad, os lo agradezco, pero no tengo ganas de comer.

Aun así, la chica se acerca. Me coloca la bandeja sobre la cama. Imagino que tienen prohibido hacer algo así, porque estas sábanas deben de costar diez veces su salario, si es que cobran algo por estar aquí. Entonces, escucho su tripa rugir. No me he dado cuenta hasta ahora de cómo las otras miran la comida cuando creen que no las estoy observando.

—Coméoslo vosotras —les propongo.

Las tres niegan a la vez con la cabeza.

—Sí, por favor —insisto—. Yo no quiero comer hoy, me duele la cabeza y prefiero no cenar nada. De verdad. Lo van a tirar a la

basura, vosotras lo sabéis mejor que nadie.

El estómago de la chica vuelve a rugir. Mira a sus compañeras, que a su vez se giran hacia la puerta para asegurarse de que no venga nadie. Entonces, sin que les tenga que decir nada más, una de ellas vigila la puerta mientras las otras dos comen, haciendo una reverencia con la cabeza para darme las gracias. Después, la primera le cambia el sitio a la tercera para que también pueda comer. Entre las tres, se terminan el puré de verduras y el pescado con arroz hervido en poco más de dos minutos. Incluso me da la impresión de que beben agua como si no lo hubieran hecho en mucho tiempo.

—Gracias —les digo, cuando retiran la bandeja—. Buenas noches.

Las chicas se despiden con una reverencia coordinada, ya sea por culpa de su maldición o de la costumbre de servir a los Malenfant. Una de ellas abre la puerta para que salgan las otras dos. Está a punto de salir, cuando, de pronto, se queda petrificada y se gira hacia mí.

La observo con atención y me da un vuelco el corazón cuando me doy cuenta de que va a decirme algo.

—Anoche entraron a robar en la casa —murmura. Las otras dos la miran con expresión calmada, como si la decisión de contármelo hubiera sido de todas... o de la misma persona, dividida en tres cuerpos—. Solo bajaron al sótano. Por supuesto, no encontraron nada. Te lo digo porque..., bueno, tú estabas ahí. Es como si te estuvieran buscando.

—¿Quién era? —le pregunto, incorporándome en la cama.

Pero la chica se encoge de hombros.

—No lo sabemos —responde otra en un susurro—. El basilisco lo detectó y se lo comió vivo. Hemos encontrado algunos de sus

huesos esta mañana y te aseguro que eran humanos. Pero no sé quién era. El basilisco no se lo ha dicho a la señora.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Ten mucho cuidado —me advierte la tercera.

Y, tras soltarme esa bomba, se despiden con una inclinación de cabeza y cierran la puerta. Soy incapaz de dormirme hasta varias horas más tarde. Ha sido casualidad que me movieran a esta habitación unas noches antes de este suceso. Si hubiera estado ahí abajo..., a saber lo que habría pasado.

No puedo parar de especular sobre quién se ha colado en la mansión y qué buscaba. Entro en un bucle del que no puedo salir, por más que lo intento. Una pequeña parte de mí desea que fuera un segador tratando de secuestrarme, pero encontrándose con otro destino mucho menos favorable en su lugar. Aunque, si fuera Serenity, que hubiera logrado escapar... O Caleb, viniendo a buscarme para sacarme de aquí...

Solo con pensar en él se me revuelve el estómago y me alegro de no haber cenado. Todavía no he asumido lo que pasó hace unos días en la segunda prueba: Caleb, fuera de sí, acusándome, asesinando a la profesora de Duelo y Estrategia... y justificándolo. Era como si la guerra le hubiera lavado el cerebro. Me preocupa que a él también lo estén torturando, aunque los Vale no tienen pinta de ser muy agresivos. Parecen, más bien, la típica familia que solo está en cierto lugar porque tiene dinero y una buena reputación social. Morgana Vexley podría haberle matado también para asegurar su supervivencia, pero no lo hizo por principios. Algo que, claramente, Caleb ha perdido.

Me pregunto si yo también lo habré perdido a él para siempre.

26

MARLOWE

Me despierto en mitad de la noche. Estoy seguro de que he escuchado un ruido, pero no sé muy bien de dónde procede. Toda mi vida he vivido en esta casa, excepto los años que pasé en el internado. Ya estoy acostumbrado a las maderas quejándose de la humedad, las puertas que se cierran solas por las corrientes de aire, los aullidos de las bestias a medianoche... Pero ahora estoy convencido de que me ha despertado un grito humano.

Me incorporo en la cama y me quedo quieto, en alerta. Al otro lado de la puerta, la lluvia golpea con fuerza la ventana. Enseguida, un relámpago ilumina mi habitación, y poco después viene el trueno. Quizá ha sido solo eso.

El cielo ruge y doy un bote en la cama. Definitivamente, me estoy volviendo loco. Una tormenta no debería sorprenderme.

Y entonces lo oigo. El grito de una mujer, de una chica joven que parece pedir auxilio.

Hazel.

Tiene que ser ella. Mi madre no gritaría así y las *mirrorem* son mudas, así que no hay duda de cuál es el origen del sonido.

Salgo disparado de la cama y dejo atrás mi habitación, rogando para que el basilisco llegue antes que yo. Pensaba que mi madre habría reforzado las medidas de seguridad para que no volviera a suceder lo de la otra noche. Que alguien se colara en la casa y paseara libremente por la planta baja y el sótano no era un descuido, era una grandísima imprudencia. De alguna manera, esa persona logró burlar los hechizos que protegen la casa, aunque no pudo huir del basilisco. Por fin, esa bestia húmeda y maleducada ha servido para algo.

Bajo las escaleras de dos en dos, preparado para enfrentarme al intruso. Vuelvo a escuchar el grito y no me cabe duda de que proviene de la segunda planta, de la habitación que hay justo debajo de la mía: la de Hazel.

Corro hasta su puerta, la abro y enciendo la luz... y no encuentro a nadie. Vuelvo a mirar otra vez, parpadeando con fuerza para asegurarme de que no hay nadie más ahí. Hazel se retuerce en la cama, gimiendo y moviendo los brazos de forma errática.

—¿Greenleaf?

Entro en la habitación. Ha cambiado algunos muebles de lugar, pero no me disgusta. Me acerco a su cama y agarro con fuerza el edredón, preparado para enfrentarme al intruso. Con un gesto rápido, la levanto, pero no hay nadie. Me acerco a ella. Sus ojos se mueven debajo de los párpados, como si estuviera buscando algo que no logra encontrar en sus sueños.

Vuelve a gemir y se le tensa el cuello. Está sufriendo. Quiero despertarla, pero no sé cómo. Alargo el brazo, aunque no la quiero tocar. Estoy seguro de que sería lo peor que podría hacer ahora mismo. Además, como sus gritos me han despertado en mitad de la

noche, voy sin guantes. Me da vergüenza que me vuelva a ver las manos así, llenas de cicatrices y con las puntas de los dedos ennegrecidas.

—Hazel —insisto, esta vez levantando un poco más el tono.

Nada.

En su lugar, ella vuelve a gritar, y siento que un escalofrío me recorre el cuerpo. Tengo que despertarla ya. Me humedezco los labios y vuelvo a alargar la mano. Todo su cuerpo está cubierto por las sábanas, excepto los brazos y la cabeza. Con un gesto decidido, la agarro por el hombro. Hazel vuelve a gritar, abre los ojos de golpe y se abalanza sobre mí. Lo siguiente que sé es que he recibido un golpe en la cara, justo en la mandíbula, que hace que todo a mi alrededor se vuelva negro. Aun así, aprieto los dientes y me mantengo firme.

—¡Joder! ¿Qué haces? —me grita ella.

Me cuesta unos segundos recuperar la visión. Cuando vuelvo a ver, me fijo en que Hazel tiene un aspecto horrible. Su pecho sube y baja, agitada por la pesadilla. Tiene todo el pelo encrespado, aunque algunos mechones se le pegan a la frente y las mejillas por culpa del sudor frío que le recorre la cara. Sus ojos parecen cansados y alerta. Es como si hubieran permanecido así durante tanto tiempo y que esa fuera su expresión habitual: una mezcla de agotamiento y sensación de peligro constantes que no la dejan descansar.

—Perdón. Estabas gritando —le explico.

Hazel coge aire lentamente, recuperando la normalidad en su respiración. Lo suelta despacio y lo vuelve a coger hasta que por fin se relaja.

—Estaba teniendo una pesadilla.

—Lo sé —respondo.

Nos miramos el uno al otro. Creo que esta es la conversación más normal que hemos tenido en años. En toda nuestra escasa relación, en realidad. Carraspeo y echo los hombros para atrás, recolocándome y volviendo a nuestra hostilidad habitual.

—Bueno, adiós —me despido.

No tengo ningún interés en ganarme su simpatía, por más que mi madre me haya insistido en que lo haga. Camino hacia la puerta, dándole la espalda, hasta que su voz me detiene.

—¡Espera!

Me quedo quieto unos instantes. Después, giro sobre mis pies y la vuelvo a mirar sin decirle nada.

—¿Sabes si...? ¿Está todo bien en casa de los Aurigae?

Su tono me inquieta.

—¿Por qué iba a saberlo? —le respondo con una pregunta.

—Porque... tu padre está ahí, ¿no? Supongo que irás a visitarlo de vez en cuando.

Las dudas me asaltan. Sí, mi padre está ahí, pero si le hubiera pasado algo me habría enterado por mi madre. Supongo.

—¿Qué es lo que quieres, Greenleaf? —le espeto, intentando imitar el tono que usa mi madre cuando ya no puede aguantar más tonterías.

Hazel vuelve a tomar una expresión desafiante, mucho más habitual en ella, pero finalmente recupera la pose abatida, traga saliva y se humedece los labios antes de continuar.

—Quiero saber si Serenity está bien. Solo eso.

Levanto las cejas.

—Ah, claro. Serenity —respondo, marcando cada sílaba del nombre de su amiga—. No lo sé, ni me importa. Pero si te ayuda a estar más tranquila, sé que sigue viva. La vi ayer cuando fui a visitar a mi padre.

—La viste —murmura ella—. Necesito hablar con ella. Conseguimos hablar a través de la pluma que me dio tu madre, pero desde la segunda prueba no he vuelto a saber nada de ella. ¿Podrías asegurarte de que ella...?

—¿La pluma? ¿Qué pluma? —la corto.

Vuelvo a apretar la mandíbula sin darme cuenta, y un dolor sordo me recorre hasta la sien.

—Las plumas del mismo cuervo.

—No te sigo —disimulo.

Hazel me mira con expresión desconfiada, valorando si continuar o no. Se recoloca en la cama antes de seguir hablando.

—Bueno, tu madre... me dio algo para poder hablar con Serenity —me explica, pero no dice nada más. Ella misma se ha dado cuenta de que se ha metido en problemas al contarme esto, pero ya no hay marcha atrás.

Intento hacer como que no me afecta, porque sé perfectamente a qué plumas se refiere. Tienen que ser del mismo cuervo y deben caerse solas, no pueden ser arrancadas. Después, se recita un encantamiento de difícil ejecución, y las plumas permiten a sus dueños comunicarse. Desde siempre, mi madre las ha utilizado para comunicarse, por eso los cría. Sobre su despacho siempre ha habido una junto a hojas con manchas de tinta que se han quedado a medio absorber, mensajes que ha ido enviando en un formato que ella misma inventó..., hasta hace unos meses. Durante los últimos

días de la guerra, cuando mi padre enfermó y se quedó al cuidado de los Aurigae, le pedí una para poder comunicarme con él. Pero mi madre me dijo que ya no las tenía. Que estaban fallando, así que se había deshecho de ellas, pensando que su hechizo ya no funcionaba con el paso del tiempo.

—Ya veo... —continúo, consciente de que he quedado en evidencia, no porque no sepa lo que son, sino porque desconocía que se las hubiese entregado—. Mi madre las ha estado encantando durante años. Una magia peculiar, ¿no crees?

Hazel asiente y yo cierro los puños. Siento una descarga eléctrica que va desde las palmas de mis manos a los codos por haberlos apretado con demasiada fuerza. No sé por qué me sorprende que mi madre le haya dado antes la pluma a Hazel que a mí. Desde luego, no me duele que me haya mentido. Pero sí que me molesta que haya puesto a una desconocida por delante de mí. A una puñetera indigna, la hermana del asesino de El Magno, ni más ni menos.

—Nunca se ha preocupado por ti, ¿verdad? —se atreve a decir Hazel. No hace falta que diga el nombre de la persona a la que se refiere, porque los dos lo sabemos—. Ella... te hace daño físico para castigarte, pero lo que realmente te duele no es lo de las manos.

—¡Cállate! —bramo. Aprieto los puños de nuevo y una descarga de dolor me asola los brazos—. Cállate, maldita sea. Y no vuelvas a gritar en medio de la puta noche. Pensaba que habían entrado a robar.

—Vaya, disculpa que tenga pesadillas con mi hermano muerto. Ese líder al que tanto veneras ha matado a mi mellizo, el mismo que te ha arrastrado a El Ascenso y que no tuvo reparo en meterte de

lleno en la primera prueba, como un participante más. Ya lo siento. Intentaré no hacer tanto ruido.

La mordacidad de su lengua continúa tan afilada como siempre. Parece que ni el peor de los castigos puede domar el fuego en su interior.

—Con ese genio, despídete de cualquier información sobre tu amiguita —le espeto.

Pero la expresión de Hazel no varía. Sigue matándome con la mirada, con esas pupilas que parecen estar en llamas.

—Que te jodan, Malenfant. No eres más que un títere en un nido de víboras. Ojalá te mueras conmigo en El Ascenso.

—Las damas primero —le respondo, haciéndole una estúpida reverencia.

Hazel hace una mueca, pero apenas la veo, porque me giro y salgo de la habitación cerrando la puerta con un golpe. En el pasillo, el basilisco me observa con sigilo.

—Y tú, ¿qué haces aquí? ¿Has venido a ver el teatro?

La bestia sisea. Creo que es la primera vez que le hablo así.

Ya cené el otro día, pero me essstaba asssegurando de que no había entrado a la casssa un sssegundo plato.

Me río por la nariz.

—Si quieres, puedes comértela a ella. Nos harías un favor a todos y te prometo que yo no te delataré.

Desaparezco escaleras arriba, pero me parece escuchar una mezcla de risa y silbido del basilisco. La bestia se desliza escaleras abajo, de camino al lago, y yo vuelvo a mi habitación, deseando no volver a cruzarme con Hazel nunca más.

27

HAZEL

Cuando me levanto a la mañana siguiente, lo primero que hago es asegurarme de que la pluma de cuervo sigue en su lugar. También el caramelo de arándanos, que parece conservarse sorprendentemente bien. Después, me siento tentada de volver a la cama, pero por cómo me suenan las tripas intuyo que el desayuno estará a punto de llegar.

Aunque no estoy saliendo de mi habitación para nada, por lo menos me tienen bien cuidada. Las chicas *mirrorem* me han traído siempre más comida de la que he necesitado. A pesar de las pesadillas, estoy durmiendo bastante, más de siete horas al día, aunque nunca seguidas. Lo único malo es el aburrimiento: en esta habitación no hay mucho más que hacer. Ya me he aprendido de memoria los rostros de todos los cuadros, he recorrido cada espacio de este cuarto y me he acostumbrado a los crujidos de la casa, los aullidos y las noches de tormenta. No me atrevo a salir al jardín porque siento que me voy a cruzar con Gwendoline Malenfant en cualquier momento, y no quiero saber nada de ella ni de su hijo.

Escucho pasos al otro lado de la puerta y me preparo para ver a las falsas trillizas aparecer con una bandeja y una jarra de leche fría

para acompañar al desayuno. Me incorporo en la cama. Tengo las piernas tan delgadas que se me marcan los huesos de las rodillas. Las chicas *mirrorem* llaman a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —respondo.

Espero unos segundos a que pasen. Me pongo de pie. No me gusta recibirlas tumbada en la cama, como si fuera un miembro más de la familia al que están sirviendo por obligación. No estoy en la cama por gusto, pero tampoco lo estaré por elección.

—¡Podéis pasar! —repito, al ver que nadie entra en mi habitación.

Pero la puerta no se abre. Frunzo el ceño y me acerco a la puerta, caminando con cuidado. No sé por qué no entran. Entiendo que no me puedan responder o decirme si necesitan algo. No he vuelto a hablar con ellas desde aquel día en el que me avisaron de lo que había pasado y tampoco quiero forzarlas a que descubran su mayor secreto.

Antes de abrir la puerta, me preparo para que sea uno de los Malenfant. Puede que solo se trate de Marlowe, que ha venido obligado por órdenes de su madre para traerme algún mensaje.

Con cuidado, pongo la mano sobre el pomo de la puerta y la abro. Una ráfaga de viento se cuela en la habitación, a la vez que una luz radiante y blanca que me ciega durante unos instantes. El pasillo del segundo piso de la mansión Malenfant ya no está ahí. En su lugar hay una sala completamente vacía e iluminada que me recuerda a la consulta de un sanador. O, más bien, a las típicas salas donde encierran a los que están locos, con las paredes acolchadas y hechizadas para su protección, sin ningún objeto con el que puedan hacerse daño.

El aire arrasa con todo, vuelca la mesilla de noche y deshace la cama. Después, como si tuviera vida propia, regresa hacia mí y me empuja por la espalda. Me obliga a dar unos pasos hacia la sala blanca. Me resisto, sin muchas ganas de poner un pie ahí dentro. Sé lo que va a ocurrir a continuación: la puerta de mi habitación se cerrará y me quedaré ahí para siempre.

Esto tiene que ser una pesadilla. He tenido muchas en las últimas noches, así que no es tan raro que esta sea otra más, con la única diferencia de que ahora estoy siendo consciente de ella. De que puedo caminar, intentar resistirme... O, por lo menos, lo intento.

El viento me sigue hacia esa estancia aséptica. Una parte de mí tiene curiosidad por ver lo que pasará en mi sueño, así que me dejo llevar, acunada por él, y me adentro en la luz blanca, que me ilumina sin proyectar ningún tipo de sombra en el suelo. Tal y como había previsto, la puerta de mi habitación se cierra a mis espaldas y desaparece, como si nunca hubiera estado ahí. No chirría al hacerlo. A mis sueños les falta un poco más de realismo.

Doy una vuelta rápida por la sala mientras el viento desaparece y una sensación de frío me invade. Aquí dentro no hay nada, ni ventanas, ni salidas, ni, por supuesto, segadores. Solo estoy yo, rodeada de blanco, como una gota marrón en mitad de una mina de sal inexplorada.

Pasan los segundos y después los minutos. Nada cambia. Me abrazo a mí misma, intentando conservar mi calor corporal, apenas abrigada por la suave tela de mi camisón. No sabía que en los sueños se podía sentir tanto frío. Empiezo a pensar que puede ser algo real, una ilusión, un juego de Malenfant para martirizarme después de la discusión que tuvimos hace unas noches.

Me pellizco el brazo con la otra mano y me quejo al darme cuenta de que me duele de verdad.

Bienvenida a la tercera prueba de El Ascenso, Hazel Greenleaf.

Se me pone la piel de gallina, y no es solo por el frío. Escuchar la voz de Magnus nunca es agradable, pero se me hace casi insoportable desde que mató a mi hermano. Lo primero que se me pasa por la cabeza es pensar en los demás. ¿Estarán Serenity, Caleb y el resto también en una sala similar a la mía? ¿Los habrán sacado de sus habitaciones igual que a mí?

La voz me da unos segundos para responder, pero no digo nada. No quiero desvelar mi nerviosismo. No esperaba que la tercera prueba fuera tan pronto, ni que la afrontara sola.

La prueba de hoy será un poco más sencilla. Pero, al mismo tiempo, igual de descarnada. Nadie te intentará matar ni serás atacada. Tampoco tendrás que hacerlo tú. Sin embargo, es posible que, cuando termines, tú misma quieras acabar con tu vida de forma voluntaria.

El estómago me da un vuelco. Ahora que he llegado hasta aquí, empiezo a pensar que no quiero rendirme. He llegado más lejos de lo que imaginé en el momento en el que me secuestraron de la casa de los White y, aunque la idea del torneo me repugna, algo dentro de mí me obliga a continuar. En mi interior se debaten dos gigantes. Uno quiere acabar con todo, desaparecer, morir... Otro, me pide que aguante. Que apriete los dientes y siga adelante en todas las

pruebas, que llegue hasta el final y utilice todo el proceso para liberarme, para intentar salvar a Serenity y empezar de cero al margen de los segadores, aunque no me quede nadie a quien liderar.

Aunque...

Muchas personas huyeron a Londres durante la guerra, intentando protegerse. Algunos magos no quisieron unirse a los rebeldes. No porque no compartieran sus ideas, sino porque no querían poner su vida por delante de ellas. Al principio no lo entendí, y una rabia enorme contra ellos se instaló en mi pecho, pero hoy las entiendo. A veces, quedan muy pocos motivos por los que luchar y las guerras suelen arrebatártelos todos. No creo que los que huyeron fueran cobardes. Pero precisamente por eso tengo que seguir adelante. Porque, si no lo hago, mi supervivencia por encima de la vida de mi hermano no habrá servido de nada. Su muerte habrá sido en vano.

Hoy tendrás que atravesar una biblioteca que conoces muy bien. En cada una de las salas tendrás que tomar una decisión importante. Solo cuando elijas, se abrirá la puerta. No hay respuestas correctas ni incorrectas. Al escoger, podrás pasar a la siguiente sala. Eso sí, tus elecciones dejarán atrás algo valioso, así que piénsalo bien, porque una vez las tomes no habrá marcha atrás. No podrás volver a la sala anterior, ni hablar con nadie durante el camino. Estarás tú sola. Puedes permanecer el tiempo que necesites en la biblioteca, pero no se te proporcionará ningún alimento ni bebida.

Tú decides cuándo acaba todo.

La voz de Magnus se aleja, dejando atrás un eco que repite su última frase en bucle. Entonces, escucho un ruido a mi espalda. Me giro y me encuentro de frente con una puerta, en mitad de la sala. No tiene nada que ver con la de mi habitación: esta es mucho más grande, redonda y de madera. Junto al pomo está el emblema del internado, brillando con unos débiles destellos cobrizos. Alargo el brazo y la abro.

De pronto, un olor familiar a polvo y papel envejecido me envuelve. Doy un paso al interior, dejando atrás la fría sala blanca y adentrándome en la biblioteca del internado. Un fuego crepita en algún lugar, lejos de los libros, mientras que decenas de estanterías me dan la bienvenida de nuevo al que, en su día, fue mi lugar seguro.

Durante los años que estudié en Stonefell, siempre me refugiaba aquí. A veces ni siquiera tenía deberes, o todavía no habían empezado los exámenes, pero siempre me colocaba en una silla junto a la ventana para distraerme, buscar una nueva lectura o adelantar algún trabajo de Botánica.

Los ojos se me llenan de lágrimas, porque sé que este sitio ya no existe. La biblioteca que un día se convirtió en mi segunda casa fue destruida. Todos los libros se quemaron y redujeron a cenizas. De hecho, el ala del edificio donde se ubicaba quedó completamente derruida. Los siete pisos del internado se habían desmoronado en los últimos días de la guerra. Hasta entonces, era aquí donde nos reuníamos la mayor parte de los miembros de la resistencia.

Camino por el suelo de piedra. Me parece escuchar un murmullo de alumnos en la planta de arriba, como si estuvieran cambiando de una clase a otra, pero sé que todo es producto de mi imaginación. O

de esta simulación tan realista de un lugar que ya no existe, un refugio que solo vivirá en mis recuerdos.

Paseo con cuidado entre los pasillos llenos de libros. Todo sigue igual: la sección de plantas de Botánica, los diccionarios de Lenguas mágicas que ya no se usan, pero sobre los que todavía quedan registros, las enciclopedias de criaturas y bestias... Y entonces, sobre una de las mesas donde estudiábamos, encuentro dos libros abiertos. Un humo ligero y brillante emana de ambos. Me parece escuchar unas voces que me llaman, que me resultan familiares.

Camino hacia los libros y me coloco de pie, frente a la mesa y entre los dos. Toco el humo con las manos, que cambia su trayectoria y se fusiona con mis dedos. Entonces, me acerco al de la izquierda. El humo vuelve a cambiar de forma y me muestra una imagen que me provoca un pinchazo en el pecho.

Mi padre y yo, cada uno con quince años menos, estamos en el salón de la casa donde vivíamos antes. Él me está poniendo una tirita, porque me he pillado los dedos con la puerta del salón y se me han puesto morados. Observo la escena como una tercera persona, como si fuese una simple espectadora y no la niña que la vivió y, antes de poder darme cuenta, estoy dentro. La tirita no va a hacer nada, pero parece engañarme y me hace dejar de llorar. De hecho, siento que a mí también me duele la misma mano, como si pudiera sentir una pequeña parte de lo que me dolía en ese momento. O quizá es todo sugestión. Sea como sea, abro y cierro el puño varias veces.

El corazón se me encoge al ver cómo me da un beso en los dedos y me dice que, si me porto bien, se curarán antes. Tengo la cara roja e hinchada, llena de lagrimones que ya me llegan a la barbilla. Me

veo a mí misma de pequeña, asintiendo y forzando una sonrisa que papá consigue convertir en una carcajada al hacerme cosquillas en la tripa.

De pronto, la bruma se disipa y me doy cuenta de que he vuelto a la biblioteca sin quererlo. Necesito un momento para procesar lo que acabo de ver. A pesar de que mi padre estaba mucho más joven, no ha cambiado nada. No estaba preparada para ver algo así, por lo que me espero lo peor al acercarme al segundo libro, todavía con la voz de mi padre resonando en algún punto de mi cabeza. Su memoria me llena los ojos de lágrimas, me recuerda que por culpa de la guerra también los perdí a ellos, por más años que hayan pasado.

Cojo aire y lo suelto un par de veces antes de extender la mano hacia el humo, temerosa, intuyendo lo que va a ocurrir. No estoy lista para volver a ver a mi hermano, pero sé que la imagen de mi madre viva, caminando por la casa o haciendo cualquier cosa, me romperá en dos.

Las imágenes comienzan a formarse en el humo y aparezco en la cocina. Tendré, más o menos, ocho años, a juzgar por mi pelo completamente rizado y las preguntas constantes que le hago a mi madre. Ella no aparece en la escena, está en algún lugar a mi espalda que no alcanzo a ver.

—Oye, espera a que te ponga una cuchara —me regaña, aunque hay un tono de cariño en su voz—. Nada de sorber antes de empezar, todavía falta por venir tu hermano. ¡Jack! ¡A la cocina, a comer!

A pesar de la situación, dentro del humo me siento tranquila. Escuchar a mi madre y regresar a un lugar tan familiar no me altera.

Al revés, me transmite una paz que me permite, después de tanto tiempo, relajar los músculos. Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre.

La Hazel de ocho años espera un momento y, en cuanto se queda sola en la cocina porque mamá va a buscar a Jack, coge el plato con las dos manos y da un sorbo a la sopa de pollo. De repente, siento un calor que se extiende de mi boca a mi interior, como si fuera yo misma la que estuviera bebiéndola a escondidas de mi madre. Una mezcla de sabores familiar me estalla en las papilas gustativas, y los ojos se me llenan de lágrimas al saborear la comida casera de mi madre. La sensación dura tan solo unos segundos y, cuando se va apagando, deseo que la pequeña Hazel vuelva a probarla. Sin embargo, me voy alejando poco a poco de ella, y su figura queda desdibujada en el humo mientras la biblioteca vuelve a aparecer a mi alrededor.

Doy un paso atrás, todavía abrumada por lo que acabo de vivir. He visto a mis padres. Bueno, los he escuchado, los he vuelto a sentir cerca de mí. Aunque la guerra me los haya quitado, por lo menos nadie podrá arrebatarme estos recuerdos. Su generosidad y valentía vivirán conmigo para siempre, igual que la de mi hermano.

Tengo que sobrevivir por ellos. Tengo que hacerlo, porque, si no, su memoria morirá conmigo. Magnus no se dio cuenta de que reclutar a un grupo de rebeldes con nada que perder sería una idea que podría volverse en su contra. Porque ahora, después de ver esto, solo tengo ganas de burlar este torneo para poder escapar con vida, y no yo sola, sino con los otros cinco participantes, y volver a Londres para buscar a los demás.

Aunque es una utopía, estoy pensando en cómo llevarlo a cabo cuando la voz de Magnus vuelve a resonar en la biblioteca. Pero ya no me da tanto miedo, porque ahora no me siento sola. Los llevaré a los tres conmigo allá donde vaya.

Qué complejos son los recuerdos. Algunos tienen matices que no recordamos o que, en su momento, no llegamos a entender. Está claro que una tirita no va a curar ese tipo de herida, ni una comida puede devolvernos lo que ya no existe..., pero los conservamos casi sin darnos cuenta; forman parte de nuestra identidad y nos moldean como personas. Hoy tendrás que elegir cuál de ellos valoras más. De cada par de recuerdos deberás quedarte con uno y el otro desaparecerá... para siempre.

Se me parte el corazón. No puede ser. Este tipo de magia es muy avanzada, demasiado. De hecho, ni siquiera la aprendemos en Stonefell porque se dice que solo la Muerte puede llevarla a cabo, ya que alterar los recuerdos de una persona es alterar su propia esencia.

Ojalá todo esto fuera una pesadilla..., pero sé que no. He vivido en primera persona la crueldad de Magnus, así que lo que me asusta no es lo que pueda hacer ahora, sino los recuerdos que perderé a lo largo de todo este camino. Tampoco me puedo negar a seguir con su juego. Vi lo que le sucedió a Corey en la segunda prueba y no quiero que me pase algo similar. No ahora, que he decidido luchar. Si no elijo, Magnus ya me ha adelantado que mi destino será quedarme aquí encerrada y un par de días después morir de sed en la biblioteca.

Miro las dos escenas, que flotan dentro del humo. Vuelvo a fijarme en mi padre y después me veo a mí misma probando la comida. Decido olvidar el sabor, porque no sé cuántos recuerdos vívidos de mi padre lograré preservar después de esta prueba. En la segunda escena no sale mi madre, solo su voz, y tampoco se escucha a mi hermano. Me da pena no poder volver a revivir el confort de su sopa de pollo, pero me prometo a mí misma que, cuando salga de aquí y huya a Londres, será lo primero que cocine. Por mi madre, mi familia y todos los rebeldes que se han quedado atrás en la guerra.

—Olvidaré el segundo recuerdo —digo en voz alta.

De nuevo, se vuelve a levantar ese viento que ha entrado antes en la mansión Malenfant para llevarme hasta aquí. El suelo tiembla y con él los libros en las estanterías. Algunos se caen, no muchos, pero los suficientes como para hacerme reaccionar. Me muevo hacia el pasillo, pero miro hacia atrás, al lugar donde están los dos libros abiertos. El libro del que emanaba la escena de la sopa se cierra y el humo se desvanece en el aire. De repente, siento un pequeño corte en el pecho y, para cuando me doy cuenta, no soy capaz de recordar cuál es la opción que he descartado.

No puede ser. Lo acabo de vivir en primera persona y... ya no me acuerdo. Hago un esfuerzo por intentar echar el tiempo atrás en mi cabeza. El primero me ha enseñado una imagen de mi padre poniéndome una tirita, pero el segundo..., el segundo...

Una puerta enorme aparece delante de mí. Es la misma que antes, aunque un poco más vieja. El metal de la placa del emblema del colegio está un tanto oxidado. El suelo ha dejado de temblar, pero la biblioteca se está difuminando cada vez más, como si fuera uno de

mis recuerdos, así que no dudo en abrirla y entrar en la siguiente sala.

Me encuentro de nuevo en la biblioteca, en el mismo lugar en el que entré la primera vez. De nuevo, escucho el fuego crepitando en una chimenea a mis espaldas. Esta vez, camino con más rapidez hasta el lugar donde estaban los dos libros abiertos. Los encuentro en el mismo sitio, abiertos de par en par, exhalando un humo brillante. Vuelvo a empezar por el de la izquierda. Me acerco a él y dejo que me vaya envolviendo hasta que me encuentro a mí misma en el internado. En mi túnica aparece el número uno bordado con un hilo cobrizo, por lo que enseguida distingo que estoy en primero, aunque no necesito verlo para acordarme, porque este es uno de mis recuerdos favoritos. Estoy presenciando, por segunda vez en mi vida, el primer hechizo que aprendí a realizar en clase. La profesora nos ha colocado en fila y va uno a uno asegurándose de que hemos aprendido a hacerlo. Es un encantamiento muy sencillo, que requiere simplemente que hagamos salir unas chispas de la palma de nuestra mano. El recuerdo es poderoso y me da miedo olvidarlo, pero no me importaría escoger este. Tengo muchísimas más anécdotas y aventuras en el internado. Aunque este es un momento especial, podría tolerar que me lo borraran. El humo se desvanece, devolviéndome a la biblioteca.

Me preparo para entrar en el otro recuerdo. De pronto, estoy otra vez en el internado, pero esta vez estoy sentada en un pupitre compartido con mi hermano. La profesora Vexley explica un hechizo defensivo de fondo mientras mi hermano traza dos líneas verticales y otras dos horizontales en un papel. Jugamos al tres en raya en silencio. No escucho su voz. De hecho, tampoco puedo ver su cara,

pero sé que es él. La partida continúa, en silencio, hasta que me gana y me dibuja un demonio en el papel para burlarse de mí. Yo lo tacho. Antes de que pueda recordar cómo sigue la escena, el humo vuelve a tragarme.

Miro los dos libros, teniendo bastante clara mi decisión. El primer hechizo que practiqué en el internado es un momento especial, pero quiero atesorar para siempre cualquier recuerdo que conserve de Jack.

—Quiero olvidar el primero —respondo enseguida.

No sé cuántas salas más quedarán, pero por ahora todo está siendo más fácil de lo que pensaba. El suelo comienza a temblar, esta vez un poco más fuerte que la anterior, y se caen otros libros al suelo. Camino hacia la puerta que ya conozco de memoria. Ahora está un poco más estropeada que antes. El emblema del internado está totalmente desgastado y hay algunas pequeñas grietas en la madera. La abro y paso a la siguiente sala.

Empiezo de nuevo en la biblioteca. Un extraño zumbido eclipsa el ruido de la chimenea. Me dejo llevar por el viento, que se va disipando cuanto más me acerco a los dos libros. Esta vez son mucho más grandes que en las anteriores ocasiones y el humo parece más espeso, aunque no ha perdido el brillo.

Me acerco con cautela y me sumerjo en el primer recuerdo. Me veo a mí misma con una capa con el número nueve bordado. A mi lado está Caleb, que parece un niño comparado con la última vez que lo vi en la segunda prueba. Si estamos en noveno, tendremos quince años. Caminamos por el borde de un pequeño arroyo que hay junto al internado, donde solemos ir a estudiar las criaturas mágicas que lo habitan y que van cambiando con el paso de las

estaciones. Es primavera, así que los árboles están llenos de hojas que se mueven con el viento. Desde que hablé con él poco después de que nos sentaron juntos en clase de Técnicas de Adivinación, parecía que el destino nos había hecho coincidir más por los pasillos y buscar momentos para estudiar juntos en la biblioteca.

Aunque los dos estamos sonrientes en el recuerdo, se nos nota incómodos. Hay casi un metro de distancia entre nosotros. A veces, Caleb intenta acercarse a mí, pero termina dándome mi espacio otra vez. Yo me descubro a mí misma mordiéndome el labio y con las mejillas coloradas.

Enseguida reconozco el recuerdo. Es del día en el que Caleb me invitó a dar una vuelta por los alrededores de Stonefell después de varios intentos frustrados de tener una conversación a solas conmigo. Caleb puso una excusa a sus amigos para encontrarse conmigo aquí. Yo me tuve que escaquear antes de tiempo de una clase, diciendo que necesitaba recoger un ingrediente para la clase de Botánica que teníamos a última hora. No sé cómo, había logrado escaparme, así que ahí estábamos, los dos solos, paseando a mediodía junto a la orilla.

Caleb me propone que nos sentemos. Nos dejamos caer sobre el musgo y las rocas y conversamos durante varios minutos hasta que él se atreve a besarme. No necesito verlo, porque no he olvidado mi primer beso. Cuando pienso que el recuerdo va a terminar ahí, escucho las páginas del libro pasando con rapidez y la escena cambia. Ahora estamos comiendo juntos en el comedor. Seguimos teniendo el número nueve bordado en la túnica; es final de curso y nuestra relación ya es pública. Nos reímos mientras compartimos un

trozo de pastel para celebrar que ya hemos terminado un año más en el internado y que enseguida estaremos en décimo.

La escena sigue cambiando y revivo todos los mejores recuerdos que tengo con Caleb. El verano en su casa, el día que conoció a mis padres..., todo va pasando delante de mí como si fueran las páginas de un álbum de fotos a toda velocidad. También veo escenas del principio de la guerra, del día que nos recomiendan que no volvamos al internado, y del primer ataque a la casa de los White.

Por último, la escena cambia a la habitación de Caleb en el internado en los primeros días de décimo. Estamos los dos solos con la puerta cerrada. Yo estoy llorando y él me observa como si eso le molestara. Entonces escucho nuestras voces.

—No es que no quiera que participes en la resistencia, Hazel. No me entiendes. No te estoy pidiendo que te escondas. Solo te digo que tener un papel tan activo hará que te maten.

Yo me enfado al escuchar sus palabras. También lo hago ahora, porque recuerdo perfectamente lo que estoy presenciando: el momento en el que nuestra relación se rompió. La palabra «guerra» se empezaba a colar en algunas de nuestras conversaciones, pero los rumores eran todavía muy prematuros. La guerra de verdad no estallaría hasta tres años más tarde.

—¿Y cómo se participa en una guerra sin hacerlo activamente? Dime, ¿cuál es tu plan? ¿Esconderte hasta que todo esto pase?

Agito la cabeza. Me siento orgullosa de haberle plantado cara, de no haberme quedado callada, aunque eso terminara con nuestra relación.

—Solo te pido que te mantengas al margen para que no nos traigas problemas —explica él.

Su comentario me enfada tanto que me pongo de pie y de puntillas para estar a su altura.

—Tú lo has dicho. No quieres que yo traiga problemas a tu familia. Y ¿sabes qué? Lo entiendo, de verdad. Lo entiendo perfectamente. Pero yo no puedo dar la espalda a la mía. Quiero luchar. La guerra no entiende de edades, ni de inocentes. Irán a por vosotros igualmente porque están atacando familia por familia, casa por casa.

Caleb se aparta de mí. Me da la espalda y se frota las sienes.

—Tu hermano te ha comido la cabeza.

Esa frase desata un ataque de rabia en mi yo pasado y en el actual.

—Mi hermano daría la vida por esta causa, por salvarnos a todos. No lo menciones como si fuera el culpable de que tú seas un cobarde.

—¡No soy un cobarde! —grita Caleb—. ¡Solo quiero proteger a los míos!

—¿Y cómo lo vas a hacer si los segadores continúan matando a gente? ¡No te quedará ningún lugar en el que esconderte!

Puedo distinguir mis ojos cargados de furia, pero el recuerdo termina ahí, por ahora. El humo me devuelve a la biblioteca y me siento rara. Además, el zumbido no me deja en paz.

Teniendo en cuenta lo que he visto, entiendo que ahora no solo perderé un recuerdo, sino varios. Todo lo vivido junto a mi antigua pareja, desde el día que empezamos hasta el que terminó.

Entro en el segundo recuerdo y el corazón se me acelera al reconocer la voz de mi hermano. También aparecen mis padres. Estamos los cuatro juntos en Egipto, un viaje familiar que organizamos justo después de que Jack y yo terminamos el sexto

curso en el internado. Hace muchísimo calor, pero aun así posamos felices delante de las pirámides para una foto. Mi madre parece más joven y sana, igual que mi padre. Echo de menos sus rostros antes de la guerra, cuando todavía no estaban consumidos por las ojeras del cansancio y las arrugas de no poder dormir por culpa de la ansiedad y la preocupación.

Los cuatro montamos en un camello, por más que yo me niegue porque no me siento cómoda montando encima de un animal que parece estar pasando mucha sed. Después, volvemos al hotel, donde cenamos un montón de platos sabrosos, con un toque picante. A Jack le da un ataque de tos después de probar una salsa oscura y todos nos reímos cuando se pone rojo. Las escenas van saltando de una a otra y las observo con cara de tonta, con una sonrisa en los labios y la cabeza ligeramente torcida.

He pensado mucho en este viaje durante el último año y me dolería perder este recuerdo. Además, no tengo ningún interés en priorizar las escenas de una relación que no terminó de la mejor manera, sobre todo después de que Caleb me tratara así en la segunda prueba. Me pregunto si a él también le harán elegir entre olvidar todo lo que vivimos o escoger una escena familiar. Al fin y al cabo, él también ha perdido a sus padres y a sus hermanos, la última hace un par de semanas, asesinada con sus propias manos.

En ese momento me doy cuenta del problema. Por supuesto que quiero aferrarme al viaje a Egipto, pero... el recuerdo de Caleb es más valioso. Contiene mucha información de por qué luché, por qué nos distanciamos tanto. De cuál fue mi papel, al fin y al cabo, durante estos meses. Y no puedo olvidar mis motivos para seguir adelante o perderé todos mis principios.

Con una sensación de ahogo que me aprieta justo en el centro del pecho, tomo una decisión. El dolor realmente no está en lo que pierdo, sino en saber que nunca sabré que ha existido. Al final, El Ascenso es un juego perverso, una partida orquestada para que siempre perdamos. Pero tan solo es el jaque mate a una mucho más larga: la guerra. Y yo soy solo uno de los cientos de peones que hemos pasado por ella, con la suerte de que estoy un poco más cerca de alcanzar el final del tablero, solo porque el resto de figuras ya han caído.

28

HAZEL

—Elijo quedarme con el primer recuerdo y olvidar el segundo.

Esta vez el terremoto es mucho mayor. Estoy a punto de perder el equilibrio. Observo cómo el humo se desvanece y desaparecen todas las imágenes de las pirámides, los templos y mi familia disfrutando de unas vacaciones en...

Me quedo en blanco. Parpadeo un par de veces y me agarro a la mesa para no caerme mientras camino hacia la puerta. La madera está destrozada, pero todavía se mantiene en pie. Ya no puede quedar mucho más, supongo. Atravieso la puerta justo cuando una pila de libros cae en el lugar donde estaba hace unos segundos y aparezco de nuevo en la biblioteca.

El zumbido suena cada vez más alto. Camino hacia los estantes, con el viento susurrando en mi espalda, y me encuentro de nuevo con los libros. Esta vez son tan grandes que ocupan el triple que uno normal. Me acerco al primero, con los nervios a flor de piel. Juzgando por el tamaño, no creo que se trate de un recuerdo banal, sino de una gran parte de mi vida.

Me dejo llevar por el humo hasta que me vuelvo a ver a mí misma en el internado. Las imágenes pasan demasiado rápido, pero alcanzo

a distinguir algunos momentos que recuerdo a la perfección. Viajo al día en el que saqué mis primeros excelsos en el boletín de notas del primer curso. Después, estoy en octavo, haciendo una práctica de Botánica con Serenity. Nos reímos por lo bajo cuando una criatura parecida a un saltamontes le muerde el pulgar a Orion Vale, el actual mentor de Caleb. Luego, vuelvo a encontrarme con ella en la biblioteca, en el mismo lugar en el que estoy ahora, estudiando para un examen de cuarto. Serenity me pasa una nota en la que ha dibujado a Alaric Quell atrapado entre los tentáculos de una planta carnívora gigante. Se me escapa una risa y aparece la bibliotecaria entre los pasillos, intentando averiguar quién ha interrumpido su sagrado silencio.

Entonces, el recuerdo cambia y estamos en décimo, que ha empezado hace poco más de un mes. Las habitaciones están decoradas con calabazas y velas de Halloween. Caleb no está aquí porque rompimos nada más empezar el curso. Todo el mundo va disfrazado. Serenity y yo hemos optado por reformular a nuestra manera un disfraz de princesa: ambas llevamos una falda grande, un corsé apretado con un poco de escote y maquillaje con heridas falsas en la cara. Cada una sujeta un vaso grande y transparente. Dentro hay un líquido rojo que reconozco muy bien, un cóctel que preparaba Olivia Pembroke con alcohol robado de las cocinas. Según ella, el color rojo se lo daba la sangre de vampiro que guardaban en un armario de ingredientes para pociones. Todos sabíamos que era mentira, pero nadie le llevaba la contraria porque los cócteles estaban buenísimos.

Aquella noche fue la primera vez que me emborraché de verdad. No me siento orgullosa de ello, porque tanto Serenity como yo

terminamos vomitando en el baño de nuestra habitación y al día siguiente nos saltamos las clases, lo que hizo que mandaran una carta a nuestros padres. Por suerte, los profesores se creyeron que estábamos enfermas y que nos lo habíamos pegado, ya que estábamos todo el día juntas y jamás faltamos a una clase durante los años anteriores.

Me veo a mí misma bebiendo de la copa, que Olivia rellena hasta en dos ocasiones más. Me pregunto hasta dónde llegará la escena, ya que hay un momento en el que no recuerdo nada más de esa noche. Sin embargo, la fiesta improvisada en la habitación de Olivia continúa, hasta que Caleb aparece por la puerta. Me mira con una expresión extraña, como si no aprobara lo que estamos haciendo, y se marcha.

—Vaya, vaya —murmura Serenity cerca de mi oído—. Creo que a alguien no le gusta mucho que estés aquí.

No recuerdo que esta conversación haya sucedido. Empiezo a plantearme que Magnus la esté manipulando, pero decido no pensar en eso ahora, porque mi mente está tratando de absorber toda la información posible.

—¿A Caleb? ¿Por qué?

A Serenity se le escapa una risita y yo analizo cada uno de nuestros gestos como si lo estuviera viviendo por primera vez.

—A ver, está claro que todavía le gustas, aunque ya no estéis juntos... Se nota a kilómetros que sigue interesado en ti —dice ella.

—¿Qué dices? —respondo enseguida, haciendo un gesto con la mano—. Ya dejamos las cosas claras. Solo somos amigos. Además, creo que Caleb iba detrás de una chica de octavo.

Serenity se encoge de hombros.

—No lo sé, ¿eh? A mí me parece que está tonteando con ella para intentar llamar tu atención, sobre todo ahora, que eres tan amiguita de Marlowe Malenfant.

Me quedo de piedra cuando escucho esas palabras, pero Serenity solo se ríe y me coge de la mano para que no me enfade.

—¡No! —se defiende la Hazel de décimo curso.

Su grito no distrae al resto de personas que hay a su alrededor, que siguen bebiendo y hablando en un tono más alto de lo normal. Están sentados en un círculo con una vela en el centro. De vez en cuando, uno de ellos la enciende con magia y después la apaga soplándola. Los demás celebran cuando el humo se dirige hacia una chica que no conozco. Imagino que será amiga de Olivia. Sea como sea, el chico que ha encendido la vela se levanta y la besa.

Los gritos y las palmadas se intensifican. Nos estábamos jugando que nos pillaran los profesores y no nos dábamos cuenta. Por suerte, eso no pasó.

—Hombre, no puedes negar que ayer pasaste toda la tarde con él en la biblioteca —insiste Serenity.

Las mejillas me arden, tanto en el pasado como en el presente.

—Ah, es por eso... Bueno, es que nos ha tocado juntos en el trabajo de Lenguas mágicas, pero no quiero saber nada más de él.

—Más te vale, ¿eh? —me advierte Serenity, aunque no tiene nada que temer. Jamás estaría con una persona como él—. Es raro de narices y su madre da un miedo...

—Y que lo digas —respondo.

Serenity me aprieta la mano.

—Oye, deberías ir a buscar a Caleb —me anima Serenity—. Si corres, seguro que lo alcanzas.

—¿Para qué? —le pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—¿Por qué no? —Me guiña el ojo—. Quizá podáis arreglar las cosas y volver juntos. Al fin y al cabo, hoy es la noche más mágica del año...

Frunzo el ceño. Mi yo de dieciséis años no puede negar que ha pensado alguna vez en regresar con Caleb, pero las dos tenemos claro que nuestras formas de pensar ya son irreconciliables. Aun así, no quiero que estemos mal. Me gustaría que pudiéramos ser, simplemente, buenos amigos.

En el fondo me sabe mal haber visto a Caleb tan desanimado, vagando por el pasillo como si estuviera buscando dónde esconderse durante lo que queda de noche de Halloween. Caleb nunca ha tenido muchos amigos, así que, empujada por la lástima o por el alcohol (o una mezcla de las dos), me pongo en pie en mi recuerdo y voy tras él.

No habrá pasado más de un minuto desde que se ha ido, pero aun así salgo disparada de la habitación, con el vaso todavía medio lleno en la mano. Voy tan acelerada, con los efectos del cóctel corriendo por mis venas, que giro una esquina y me choco de frente con alguien. No se queja, ni siquiera se enfada porque todo el contenido de mi vaso se derrame en su camisa blanca y la copa se rompa a nuestros pies. Levanto la cabeza y me encuentro frente a frente con el Marlowe Malenfant de décimo curso.

El corazón me palpita con fuerza al verlo. Parece... diferente. No tiene nada que ver con el Marlowe con el que estoy conviviendo ahora. En mi recuerdo es un chico alto y desgarbado, nada que ver con el Marlowe actual, más grande y musculado. Hasta parece más

bajo. Tiene el pelo todavía más claro y algo revuelto, y un aura de poder que se siente a varios metros a su alrededor y que no tiene nada que ver con su apellido. Siendo sincera, y aunque me resulte extraño verlo así, Marlowe ya apuntaba maneras entonces, y entiendo por qué la mitad de chicas de mi curso, e incluso de noveno y octavo, estaban locas por él. Pero para mí todo eso queda opacado ante una única noción: si algo no me pasa desapercibido es que en el recuerdo no lleva guantes.

—Vaya, vaya, princesa. No necesitaba un toque de sangre falsa en mi camisa, pero ahora que lo veo, no está tan mal —bromea a modo de saludo.

La Hazel de dieciséis años vestida de princesa se siente tan mal que no sabe ni por dónde empezar a disculparse. Malenfant también huele a alcohol, aunque a una bebida mucho más elegante que la mía. Con un sencillo hechizo, recompone el vaso y lo eleva entre nosotros. Me lo devuelve entero, como si jamás se hubiera estrellado contra el suelo.

—Gracias. Siento mucho haberte arruinado la camisa —murmuro, con la vista puesta en el pasillo. No hay ni rastro de Caleb—. Perdona, me tengo que ir.

Salgo pitando de ahí. La escena avanza y me veo regresando a la habitación de Olivia sin Caleb. Me encuentro a Serenity sentada en el círculo alrededor de la vela, que se ha hecho todavía más grande. También se ha unido Marlowe Malenfant.

Veo cómo me pongo al lado de mi amiga, sin formar parte como tal del juego.

—¿Ha habido suerte? —me pregunta, dándome un sutil codazo.

Niego con la cabeza.

—No lo he encontrado. He bajado por...

Mi versión de dieciséis años intenta explicarle a su amiga todo el recorrido que ha hecho para buscar a Caleb, pero sus palabras se ven ahogadas por los aplausos de la gente. Marlowe Malenfant se acerca a la vela. Es su turno de jugar. Me veo poner los ojos en blanco cuando se recrea a la hora de encenderla, como si necesitara un complicadísimo hechizo para hacerlo. Es magia elemental de primer año, pero supongo que la reputación y el hecho de que todo el mundo quiere ser su amigo hacen que lo aplaudan por cualquier tontería. Nunca entenderé por qué él y Alec Aurigae son los más populares de nuestra clase, si solo se han ganado esa medalla por los méritos y la fama que han heredado de sus padres. Todavía estoy esperando a que Alec apruebe todas las asignaturas de un curso o que Marlowe demuestre que tiene algún tipo de habilidad más allá de su inteligencia y carisma.

Cuando la vela está encendida, Malenfant la vuelve a colocar en el centro. Con un gesto seguro, la apaga. El humo comienza a subir hacia el techo, sin apuntar a nadie en particular, y después baja y señala al lugar que está ocupando Serenity, aunque ligeramente desviado. Concretamente, un poquito más hacia la izquierda, hacia el lugar que estoy ocupando.

La habitación se queda en silencio durante unos instantes y después se llena de silbidos. Me veo ponerme colorada y me da vergüenza verme a mí misma levantándome y negando con la cabeza.

—No, yo no estoy jugando. Solo me he agachado para hablar con Serenity...

Pero Marlowe Malenfant parece tranquilo.

—Oh, venga, Greenleaf. Solo es un juego. No es que vayamos a casarnos pasado mañana.

—¡Eso, solo es un juego, Hazel! —grita Olivia desde el otro lado del círculo.

Siento que me van a estallar las mejillas de la rabia. No recuerdo haber vivido nada de esto, ni Serenity tampoco me lo había contado. Lo único que recordaba que había pasado era que bebimos de más porque Olivia cargó mucho las copas y aquello pasó factura en los cuerpos de unas chicas que era la tercera vez que bebían en toda su vida. Los cócteles me habían hecho tener lagunas de aquella noche, pero jamás imaginé que jugué a la vela, aunque fuera sin quererlo, con un puñado de segadores.

Me imagino a Magnus indagando en mis recuerdos, encontrando este fragmento olvidado en mi subconsciente y devolviéndomelo, con una sonrisa maligna en los labios.

Todo lo que podía decir de aquella noche es que me desperté en mi cama, vestida con la ropa de la noche anterior y con ganas de vomitar, que fue lo único que hicimos durante el resto del día que no fuimos a clase. Serenity estaba incluso peor que yo. Lo demás es como si nunca hubiera pasado.

Sigo con atención la escena. Al lado de Marlowe, Alec Aurigae se mofa y murmura algo que no alcanzo a escuchar, aunque la Hazel de décimo curso sí lo hace y eso detona una reacción en cadena. Sucede algo que me deja de piedra: la otra Hazel da varios pasos al frente, agarra a Malenfant por la camiseta, todavía mojada y manchada de rojo, y le besa en los labios.

Le beso.

Marlowe no se aparta y me sonríe cuando nos separamos. Desliza una mano por mi cintura y me vuelve a atraer hacia él. Nos besamos de nuevo, esta vez durante unos segundos que se me hacen eternos.

Algo dentro de mí estalla en mil pedazos. No puedo creer que en la única noche en la que perdí el control, la única noche de mi vida de la que no recordaba absolutamente nada, pasara esto. Y que mi subconsciente lo hubiera atrapado en una burbuja en alguna parte de mi cerebro, sin dejarme revivirlo... hasta ahora.

La escena se desdibuja, y yo prefiero no ver más. Me siento sucia, exactamente igual que después de la primera prueba, cuando Malenfant se metió dentro de mí.

Regreso a la biblioteca con unas náuseas horribles. El pitido no me deja tranquila y suena cada vez más alto, pero mi cerebro no deja de dar vueltas.

Marlowe ha sido la última persona que he besado.

Solo de pensarlo, los labios me arden, recordándome que un día los suyos estuvieron ahí.

No puedo creer que Magnus escogiera ese primer recuerdo para mostrármelo aquí. No sé cuál será el siguiente recuerdo, pero, cualquiera que sea el resultado, no consigo determinar qué va a ser peor: olvidarlo para siempre o recordarlo y volver a la mansión como si nunca hubiera sucedido.

29

MARLOWE

La Porta Fatum está encendida cuando llego a la biblioteca. Me imagino a Hazel utilizándola esta mañana, o quizá la han venido a buscar a casa mientras yo todavía estaba dormido. No sé nada más de ella ni de qué tipo de prueba tiene por delante. Mi madre, simplemente, me ha dicho que las *mirrorem* han encontrado una nota en su habitación, que estaba toda revuelta. En la hoja, que parecía escrita a mano por El Magno, se explicaba en dos escuetas líneas que Hazel había sido llevada a la tercera prueba, que debía pasar ella sola, sin ayuda ni compañía.

Mi madre se ha guardado la nota en el cajón de su cómoda y no me ha dejado verla. Aun así, no espero que Hazel vuelva en la próxima hora, por lo que aprovecho la mañana para ir a casa de los Aurigae. El color morado y blanquecino de la Porta Fatum se retuerce en un remolino, esperando a que me deje caer en sus aguas. Cojo aire, porque sé que el viaje no es agradable, y después doy un paso al frente. La sensación de vértigo me produce cierto placer, como si mi cuerpo llevara demasiado tiempo apagado y volviera a sentir de nuevo.

Cierro los ojos, dejándome llevar por la ingravidez, y cuando los vuelvo a abrir estoy en el salón de invitados de los Aurigae. Doy un paso al frente, pisando tierra firme, y me doy cuenta de que no estoy solo. Alec me observa desde la otra punta de la estancia. Hasta que no lo veo ahí, sentado en una de las lujosas sillas, al fondo de la sala, no me doy cuenta de lo grande que es. El techo le podría hacer la competencia a los museos vaticanos: unas pinturas hechas a mano y perfectamente conservadas crean un mosaico de ángeles, animales, plantas y más figuras religiosas de las que sería capaz de nombrar. Todo ello decorado con pequeños trazos de color dorado que estoy seguro de que es oro.

—Sabía que vendrías, Malenfant.

Alec se levanta y camina hacia mí. Sus pasos retumban en las paredes de la sala, que en algún momento estaría llena de gente bailando, bebiendo y forzando sonrisas falsas. Ahora, solo estamos nosotros y un grupo de mesas y sillas que se acumulan en una esquina.

Me quedo quieto hasta que Alec se acerca y, cuando llega a la Porta Fatum, lo saludo chocando nuestras manos.

—Pensaba que habías suspendido tres veces Técnicas de Adivinación.

Él hace una mueca que interpreto como una sonrisa.

—No se me podía dar todo bien —me responde.

Me río, porque, en realidad, Alec era uno de los peores alumnos del internado. Aun así, su posición familiar hizo que avanzara curso a curso sin problema. Alaric Quell siempre parecía confundirse a la hora de ponerle la nota del examen final, porque Alec decía que le había salido fatal, y después sacaba un destacable. La única

profesora que le había puesto un nefasto era la de Técnicas de Adivinación y, a veces, Morgana Vexley en Duelo y Estrategia. Pero como se permitía pasar de curso con una única asignatura suspendida, Alec siempre se las ingeniaba para hacer el mínimo esfuerzo y obtener el máximo resultado.

—También se han llevado a Serenity, ¿no? —le pregunto.

Mi amigo asiente con la cabeza.

—Ni nos hemos enterado. Ha sido a primera hora de la mañana, muy pronto —aclara él—. Ha aparecido una nota en su cama, imagino que en vuestra casa también.

—Mi madre la ha guardado como si fuera oro en paño —bromeo.

Alec es la única persona con la que me siento cómodo para hacer este tipo de comentarios. Él se ríe al escucharlo.

—Creo que mi padre también..., pero esos hechizos no suelen durar mucho. Es posible que se desvanezca cuando Serenity termine la prueba... ¿Una copa? —me ofrece.

Son las diez de la mañana, pero hace tiempo que aprendí a no rechazar las ofertas de Alec, sobre todo en su casa.

—Voy a ver primero a mi padre y luego me uno. Que la carguen bien —le digo.

Salgo del salón por delante de Alec y voy directo a la enfermería. Aunque llevo visitando esta casa desde que era pequeño, he estado más veces en las últimas semanas que en diez años. No me cruzo con nadie de camino a ver a mi padre, pero cuando llego Augustus Aurigae está dentro.

—Buenos días, señor.

—Marlowe —responde él con un tono solemne.

Está inclinado hacia el caldero de la enfermería, revisando que la poción esté bien elaborada. Tiene un libro en una mano y una probeta en la otra. Las gafas plateadas, a juego con el poco pelo que le queda, se le escurren por la nariz.

—Gracias por dejarme venir, señor. Estaba muy preocupado por mi padre.

Eso es verdad, pero también mentira. Vengo a visitar a mi padre cada vez que puedo, o cada vez que mi madre me deja, porque últimamente está demasiado sobreprotectora con él. Desde que perdió el conocimiento, se pasa casi todo el día junto a su cama, como si estuviera esperando a que se despertara para escuchar sus primeras palabras. Pero, por otra parte, mi visita también es estratégica. Quiero hablar personalmente con Alec ahora que ha acabado la primera mitad de El Ascenso.

—¿Cómo ha pasado la noche? —le pregunto.

Pero Augustus agita la cabeza.

—Todavía duerme, y aún le quedará una semana, como mínimo, para despertar. A ver si a tu madre le entra en la cabeza.

Su comentario no me molesta, no me lo tomo personal, porque tiene razón. Mi madre ha estado abusando de la confianza de los Aurigae durante las últimas semanas, pasando casi más tiempo aquí que en casa. Si me cruzo con alguien por los pasillos, es más probable que sea el basilisco que a ella.

—Gracias por mantenerlo aquí —repito.

Augustus asiente y vuelve a concentrarse en su libro. Es un hombre de pocas palabras, así que lo dejo continuar con la elaboración. Seguramente sea para mi padre, así que lo último que quiero hacer es distraerlo.

Me acerco a la cama donde descansa el hombre, cuyos rasgos he heredado y me siento a su lado, en la silla que estoy seguro de que mi madre ocupa cada vez que viene. Cada vez tiene peor aspecto. Además de la pérdida de peso, se le ha caído mucho pelo. Al tenerlo de un rubio casi platino, como el mío, se le notan todavía más unas pequeñas calvas que van asomando en diferentes puntos de su cabeza. Tiene un color más pálido de lo normal y ojeras pronunciadas. Por lo menos, los criados se encargan de cambiarlo de posición de vez en cuando para evitar la aparición de escaras.

Extiendo la mano y la coloco sobre su antebrazo. No quiero decirle nada, porque sé que no me va a escuchar. Me parece una tontería perder el tiempo con alguien que está en el estado en el que se encuentra mi padre. No responde desde hace más de una semana. No es capaz de sobrevivir por sí mismo. Si no fuera por las pociones que le están suministrando los Aurigae, estaría muerto desde hace un mes. Y eso me habría convertido en el patriarca de los Malenfant a los veintidós años.

Augustus Aurigae sale un momento de la enfermería, dejándome a solas con mi padre. El que un día fue el temido Damascus Malenfant ahora es tan solo un cuerpo que lucha por mantenerse con vida. Una amenaza debilitada.

Me acerco a él para inspeccionar sus ojos. Trato de buscar algún indicio de movimiento, algo que me diga que todavía hay alguien detrás de ese cascarón inerte, pero está completamente inmóvil.

Y, a pesar de todo, le hablo:

—Aguanta, padre. Prométeme que seguirás aquí con nosotros cuando esto acabe.

Trago saliva, sintiéndome como un completo idiota. Me doy vergüenza a mí mismo y me levanto, asegurándome primero de que Augustus todavía no ha regresado. La poción burbujea con fuerza, hirviendo sobre unas llamas rojas y moradas. Por un instante, la superficie me recuerda a la Porta Fatum, pero en lugar de girar en círculos la poción se mueve de forma errática, girando en ángulos rectos, cambiando de sentido de forma inesperada. No huele especialmente bien. Me recuerda al olor del tabaco de mascar que tanto consumía mi padre, mezclado con un aroma a madera.

La puerta se vuelve a abrir y me tengo que contener para que no se note que me he asustado. Después, recuerdo que no estoy en mi casa.

—Alec te está esperando en el salón —me informa Augustus, aunque me parece más bien una forma elegante de invitarme a marcharme.

Me despido con la cabeza y dejo atrás la enfermería, no sin antes lanzar una última mirada a la cama de mi padre mientras cierro la puerta.

Alec ya va por la mitad de su copa cuando llego al salón. Al entrar, me lo encuentro medio tirado en un sofá de cuero marrón oscuro. Siempre me gustó más el salón de los Aurigae que el mío. La elección de colores, principalmente marrones y naranjas, me hacía sentir más relajado que los verdes que mi madre había escogido para el nuestro. Por lo menos, se parecían más a lo que se supone que es un hogar cálido y acogedor.

Me dejo caer frente al otro sofá, que cruje a modo de protesta. Alec me hace un gesto con la cabeza para que mire la mesa. Hay una caja marrón, normal y corriente, colocada justo en el centro.

—Feliz cumpleaños, idiota.

Hago una mueca. No me ha sorprendido que mi madre se haya olvidado de mi cumpleaños esta mañana, pero sí que me haya acordado yo mismo por Alec. ¿En qué momento ha empezado junio? Fuerzo una sonrisa para que Alec no se dé cuenta de la verdad.

—Gracias, amigo.

Me incorporo hacia la mesa y cojo la caja. Me sorprende lo ligera que es, como si dentro tan solo hubiera un puñado de papeles arrugados. La muevo entre las manos, buscando un resquicio para abrirla, y dentro aparece otra caja todavía más pequeña. Es de color morado intenso, con unos finos hilos dorados que recubren las esquinas. He pasado tanto tiempo en esta casa que conozco a la perfección lo que los Aurigae guardan dentro de estas cajitas moradas: su colección de pociones más exclusiva.

A lo largo de los años, la familia de Alec se había hecho famosa por cuatro cosas: inventar poderosos hechizos que deberían estar prohibidos, crear algunas de las pociones más difíciles de elaborar, que todos los nombres de los familiares comiencen por la misma letra y ser los segadores más crueles y sangrientos. Alguna de estas cualidades es inservible, pero otras les han resultado muy útiles para convertirse, junto a mi familia, en una de las dinastías de magos más respetadas del mundo. Pero no había ninguna poción que pudiera domar una bestia como lo hacían mis padres. Antes de la guerra, no era raro encontrarse con una manada de kelpies en la orilla de nuestro lago o una quimera lamiéndose las patas en los jardines. Recuerdo como si fuera ayer al basilisco descubriendo las posiciones de los kelpies mientras ellos trataban de arrastrar a sus víctimas al agua.

Observo el obsequio con curiosidad. Desde que empezó la guerra, la fabricación de pociones se detuvo casi por completo y la demanda se disparó, mientras que los Aurigae solo habían podido seguir elaborando unas pocas para uso personal. Por eso, me sorprende que Alec haya decidido regalarme precisamente esto.

Abro la cajita y se desliza un pequeño frasco de cristal tintado de color morado. En su interior, un líquido casi transparente se agita, viscoso.

—¿Qué es? —pregunto, al ver que no lleva ninguna etiqueta. Solamente le han puesto el sello de lacre de los Aurigae, el mismo que llevaban todas las pociones que se venden, tanto en el mercado negro como en las tiendas.

Alec sonríe.

—Esto es... una muestra de mi lealtad hacia ti en El Ascenso. —Hace una pausa, esperando mi reacción, pero yo no digo nada—. Tu madre estuvo aquí el otro día y me insistió en que fuéramos más claros con nuestra alianza. Tiene razón. La tercera prueba ya está en marcha y ya hemos pasado el ecuador del torneo. Solo nos quedan dos pruebas y no creo que sean precisamente las más fáciles. Así que quiero demostrarte que estoy de tu lado con esta poción.

Giro el frasquito entre mis manos. Si algo he aprendido de todos estos años de amistad con Alec es que las pociones más poderosas, y también las más mortíferas, vienen siempre en frascos pequeños.

—¿Para qué sirve?

—Es una poción *vitalis* —me explica Alec—. Una de las que mi familia solo suministraba al hospital, porque no está permitida su venta. Me gustaría que la guardaras como símbolo de nuestra alianza, para que veas que tienes un seguro de vida en caso de que

corra peligro Hazel. Si es herida de muerte, sea con o sin magia, unas solas gotas pondrán en pausa su padecimiento y su cuerpo funcionará con normalidad durante tres horas. Debería ser tiempo suficiente para que consiga atención médica urgente. Con la guerra, todas las unidades disponibles se agotaron en el hospital y no hemos podido producir más porque es imposible encontrar más semillas de umbraflor. Crece en las cuevas, no es muy difícil dar con ella y precisamente por eso la gente las arrancó todas para intentar hacer la poción en sus casas y no han sabido conservarlas ni reproducirlas, así que no quedan más semillas que las que guarda mi abuelo para nuestra propia familia. Tardarán tres años más en volver a florecer, así que...

Una extraña sensación de calor me recorre el cuerpo.

—Gracias, Alec.

Él asiente con la cabeza, pero no dice nada más. Ahora es mi turno de poner las cartas sobre la mesa.

—Mi madre está convencida de que, ahora mismo, nuestra mejor opción es aliarnos para llegar al final de El Ascenso —empiezo a hablar—. Y yo estoy de acuerdo con ella. Creo que el poder debe quedar en manos de una de nuestras familias. Son las más preparadas para manejarlo, pero me preocupa que las normas de El Magno sean claras.

Alec se rasca la nuca mientras piensa su respuesta.

—Lo sé. Mi padre y mi abuelo han estado estudiándolas con detenimiento. Ya sabes que El Magno siempre se guarda un as en la manga, siempre va un paso por delante de todos. Es como si sus normas tuvieran una segunda interpretación macabra para poner a prueba no solo a los indignos, sino también a nosotros mismos. Por

eso, creo que es importante que rememos en la misma dirección, pase lo que pase.

No quiero decirlo en voz alta, pero por un momento se me pasa por la cabeza una prueba en la que los mentores tengamos que luchar en lugar de los indignos. Una en la que los sacrificios seamos nosotros y en la que El Magno se asegure de que solo sobreviva el más fuerte.

Una sensación extraña se apodera de mi estómago. No puedo imaginar cómo sería mi futuro si solo quedara yo. No tengo mucha gente con la que hablar en mi día a día, pero por lo menos sé que siempre puedo contar con Alec, a pesar de que a veces se comporte como un gilipollas integral. Alec tampoco ha tenido muchos amigos. En realidad, nunca se esforzó en ello y nuestra relación, simplemente, se dio por hecho. Ambas familias hicieron que los caminos de los Aurigae y los Malenfant avanzaran siempre en paralelo, por eso conocí a Alec antes de entrar al internado y, cuando llegué, era de las pocas personas que reconocía en medio de aquella marabunta de niños asustados.

En el fondo, no somos tan diferentes. Y eso me aterra. Los dos nos hemos criado en una familia que ha esperado demasiado de nosotros, que nos ha asignado un papel que nunca elegimos. Hemos tenido una infancia en la que no nos ha faltado de nada, pero, a la vez, nos ha faltado de todo.

Me pregunto cómo habría sido mi vida si hubiera nacido en un lugar diferente. No sé si apoyaría a El Magno. Me siento mal solo por pensarlo, incluso tengo pánico de hacerlo por si alguien me pudiera leer los miedos en la mirada. Pero es la verdad. Mi vida habría sido

un poco más tranquila si hubiera crecido al margen de la guerra, las imposiciones y un título de heredero que llevo en la sangre.

Y, entonces, entiendo a Hazel por unos instantes.

No quiero ganar El Ascenso. Ella no ha tenido elección, pero yo tampoco. Ni siquiera quiero estar aquí, pero no es algo que pueda decir en voz alta. Solo quiero sobrevivir, alejarme de todo, pero no sé qué sentido tiene hacerlo si mis manos ya están manchadas de sangre para siempre y mi conciencia cargada de todas las personas que tuvieron que morir para que todo termine. No quiero sobrevivir si voy a seguir estando solo, no quiero que me feliciten por un premio que nunca quise reclamar como mío.

Pero, mientras tanto, la maquinaria debe seguir funcionando. Tengo que fingir normalidad hasta que encuentre una opción que me permita salir de aquí o levantaré las sospechas de Alec. O, peor, de mi familia.

—Creo que, por ahora, solo podemos centrarnos en ir eliminando a otros participantes —le propongo—. Si vamos uno a uno, será más fácil. Lo importante es que no digamos nada públicamente de nuestra alianza, así la gente no se lo esperará. De hecho, lo más probable es que se estén preguntando por qué no nos hemos matado todavía entre nosotros. Por ejemplo, podríamos empezar por quitarnos del medio a Orion Vale.

Por un momento, pienso que a Alec le va a gustar mi propuesta, pero no esperaba que sonriera como lo está haciendo. No me gusta esa mueca, así que me preparo para lo peor.

—¿Qué pasa? —le pregunto, pero él se encoge de hombros como si nada.

—¿Todavía sigues celoso de su participante? ¿Cómo se llamaba?

Me río por la nariz.

—Cállate, ¿quieres?

Pero Alec parece entretenido y se incorpora en el sofá.

—¿Llegó a enterarse de lo que pasó en la fiesta de Halloween?

Levanto las cejas. La famosa e inolvidable fiesta de Halloween del décimo curso. Después de aquello, Alec intentó sonsacarme información durante semanas. No se calló hasta que, unos meses después, comencé a salir con una chica de un curso menos. Fue de las primeras víctimas de la guerra. De hecho, fue la primera segadora de mi generación en morir.

—No lo creo, y dudo que Greenleaf se lo mencionara. Pero no puede importarme menos —le digo y me encojo de hombros.

—Pues vaya mierda —comenta Alec, volviendo a dejarse caer con desgana sobre el sofá—. Me habría molado más toda la historia de que mataras por celos al chico ese... ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—No lo he dicho.

—¿Por qué no quieres decir su nombre? —insiste.

—Simplemente me cae mal.

A Alec parece divertirle mi respuesta.

—¿Hay alguien que te caiga bien?

Esbozo una media sonrisa. Tampoco es que yo me haya esforzado mucho en hacer amigos a lo largo de los años que estuvimos en el internado. No los he necesitado.

—Tú... a veces —bromeo.

Pero, en el fondo, es la verdad. En ocasiones me gustaría saber qué se siente al tener a una persona que te escuche y te apoye. Y, desgraciadamente, con el paso del tiempo, me he acostumbrado a

que esa persona sea yo mismo, en mis pensamientos. Alec no se separó de mí desde pequeños, pero siempre hubo una rivalidad entre familias que nos ha hecho mantener las distancias en ciertos aspectos. Éramos amigos, aunque no el tipo de amigos que le preguntaban al otro cómo estaba. Nunca pasamos del plano superficial.

Alec comienza a pensar en voz alta cómo podríamos acabar con Orion Vale, teorizando sobre la temática de la próxima prueba. Pero es imposible anticiparse a los planes de El Magno. Solamente nos queda esperar... y cruzar los dedos para que, si tiene que haber dolor, todo suceda de la forma más rápida posible. Que, si las cosas se tuercen y debo morir, me pueda marchar rápido, sin molestar, sin dramas. Y que, si soy yo quien tiene que actuar, no me maten los remordimientos.

30

HAZEL

El recuerdo se desdibuja mientras regreso a la biblioteca. Doy un paso hacia atrás, tratando de salir de ahí lo más rápido posible, y estoy a punto de caerme al tropezar con una pila de libros que está en el suelo. De hecho, hay prácticamente los mismos libros esparcidos que en las baldas de las estanterías, como si representaran todas las memorias que voy perdiendo con cada decisión.

Intento repasar mentalmente todo lo que acabo de ver, pero me horroriza. No recuerdo nada de aquella noche. Cuando Serenity y yo nos pasamos las siguientes horas vomitando, los recuerdos del juego de la vela se fueron borrando. Olivia no mentía. La sangre de vampiro era conocida por generar una sensación de aislamiento mental, algo así como meterse en una burbuja que te hacía dejar de ser consciente de lo que estaba pasando a tu alrededor, para después olvidarlo todo. En algunos lugares se consumía como una droga más, aunque en cantidades pequeñas no era ilegal. Aun así, Olivia se tenía que haber pasado, porque no era normal que no recordara nada de todo aquello.

Con el corazón en un puño, me preparo para ver el siguiente recuerdo. El pitido se va desvaneciendo mientras el humo me absorbe y, de pronto, me veo a mí misma hablando con mi hermano en la cocina de nuestra casa. Reconozco la escena al instante. Jack aparece por la puerta con la cara desencajada y los puños apretados.

—Hazel... —me llama.

Al principio no le hago caso, ni siquiera me he dado cuenta de que ha llegado con las mejillas rojas y una expresión de desolación en el rostro.

—Estoy terminando esto —le señalo, todavía sin mirarlo. Sobre la mesa hay varios papeles de los deberes de Invocación.

—Hazel —insiste mi hermano de nuevo.

En el recuerdo, y en el ente que soy ahora metida dentro de esta escena tan tétrica, me giro hacia él. Entonces la Hazel de hace unos años se da cuenta de que algo va mal.

—Jack. ¿Qué pasa?

Me veo ponerme de pie y caminar hacia él. Y, entonces, mi hermano se desmorona. No puede contener el llanto mientras me confiesa que nuestros padres han muerto. Me veo a mí misma llevándome las manos a la cara y perdiendo el control de mis emociones.

Lo revivo todo por segunda vez: los gritos, el llanto, la rabia... La escueta explicación que me da Jack sobre cómo los han matado, porque esa es toda la información que tenemos. Nuestros padres volvían en coche después de haber pasado toda la mañana en una asamblea de la resistencia. Jack y yo nos habíamos quedado en casa por seguridad. Las clases se acababan de cancelar y los exámenes

estaban a la vuelta de la esquina, pero nos habían puesto deberes, como si algún día fuéramos a regresar al internado.

Siempre me resultó extraño que nuestros padres murieran en una emboscada en un accidente de coche. Al fin y al cabo, eran unos de los mejores magos de su generación. Los dos destacaron en el internado por sus buenas notas y fueron los primeros en enseñar a los rebeldes todo tipo de hechizos defensivos en cuanto las cosas se empezaron a poner feas.

Intento salir del recuerdo antes de tiempo, pero no puedo mover los pies. Una fuerza externa me obliga a seguir viéndome a mí misma romperme, tirar los deberes al suelo, agacharme y ponerme de cuclillas mientras mi mundo se desmorona. Y lo que más me duele es que sé que, en ese momento, me sentí culpable por no haber hecho caso a Caleb. Si hubiéramos huido a Londres, si le hubiéramos hecho caso y mi familia no hubiera tenido un papel tan activo en la guerra..., los cuatro seguiríamos vivos. Escondidos, sí, pero vivos.

Después de un minuto interminable, los devastadores gritos del pasado se van difuminando hasta el dolor sordo y constante que es hoy, y regreso a la biblioteca. Me duele la cabeza de aguantarme las lágrimas y el pitido va a hacer que me estalle.

Entonces los dos recuerdos se muestran delante de mí, esperando que elija alguno. En el humo, veo de nuevo a la Hazel de décimo curso pasándoselo bien con Serenity. A la derecha estoy rota en el suelo, sollozando, ahora en silencio. De nuevo, Magnus juega con nosotros y se burla de nuestro dolor. Y es que la decisión no es tan sencilla. Quizá, para algunos, lo más fácil sería olvidar el segundo recuerdo. No recordar ese momento tan traumático que los marcó

para siempre. Una pequeña parte de mí me recomienda que lo haga, que sea libre, que me quite esa carga y esa culpabilidad que me han acompañado durante estos años..., pero, de nuevo, no puedo hacerlo. La rabia de ese momento es más valiosa para mi supervivencia, para que no me conviertan en una marioneta de su régimen, igual que han hecho con las chicas *mirrorem*. A cambio, solo perdería algunos recuerdos con Serenity... y, por supuesto, lo que pasó esa noche en la que Olivia nos dio un cóctel con sangre de vampiro.

He vivido todos estos años sin recordar el beso con Marlowe Malenfant, así que creo que seré capaz de hacerlo durante el resto de mi vida. Es posible que él también bebiera y no recuerde nada. Me estremece la simple idea de que no sea así.

Aunque es una decisión complicada, me cuesta poco tomarla. Tengo que recordar el dolor. Decido aferrarme al trauma para no olvidar por qué sigo aquí, luchando en un torneo macabro donde, realmente, ninguno de nosotros será un verdadero ganador.

—Quiero conservar el segundo recuerdo y olvidar el primero.

Entonces, la biblioteca parece ser alcanzada por un rayo. Un enorme crujido derriba centenares de libros de sus estanterías. Algunos me golpean y me aparto de donde estoy para que no me den. Uno de ellos pasa peligrosamente cerca de mi cabeza. Puedo escuchar una risa que me resulta familiar que proviene de su interior, pero que se va apagando a medida que el libro cae al suelo. El sonido se convierte en el pitido, que cobra todavía más fuerza con cada recuerdo olvidado. Sin dudarlo, me agacho un momento para cogerlo. Varios libros me dan en la cabeza y están a punto de enterrarme en una pila que no para de crecer. El suelo se mueve con

violencia y tengo que hacer un esfuerzo por levantarme y salir de ahí. Quiero coger el libro, sé que contiene algo importante que acabo de olvidar... Me aferro a él y busco la salida con el libro bajo el brazo.

Salgo corriendo de los pasillos de la biblioteca, buscando la puerta. La veo al fondo. Está tan rota que no sé cómo se mantiene en pie. La madera tiene huecos que dejan entrever una bruma blanca y espesa al otro lado. Extiendo la mano para agarrar el pomo y justo cuando lo toco siento una descarga eléctrica. La aparto enseguida y no me doy cuenta de que ha aparecido una cara en la puerta, formándose con los pocos listones de madera que le quedan.

—¡El libro no puede pasar! —me grita una voz rasgada.

Intento recordar la escena que contenía el libro, pero, por más que me concentre, ya la he olvidado. Lo abro y un humo blanco deja escapar una carcajada. Me asusto al escucharla. ¿Por qué haría eso? ¿De quién es esa risa? Sin entender muy bien por qué lo he cogido, lo lanzo al suelo, con los demás, mientras las estanterías de la biblioteca amenazan con caerse. Todos los libros vibran a mi alrededor. Echo un último vistazo atrás, tratando de recordar algo que ya he olvidado. Es como si lo tuviera en la punta de la lengua y no me saliera la palabra. Intento visualizar algo del último recuerdo. Siento una mezcla de asco y dolor, pero creo que es solo por la escena en la cocina que acabo de revivir.

Es como si hubiera algo que he olvidado y que, en el fondo, no quería perder.

Se vuelve a escuchar un ruido fuerte y se apagan las luces de la biblioteca. Aunque fuera llueve, todavía se cuela un poco de luz por las ventanas, que hace que pueda ver cómo las estanterías de la

biblioteca colapsan y se empujan entre ellas como un dominó gigante. Los pocos libros que todavía quedaban en las estanterías salen disparados en todas las direcciones. Uno de ellos aterriza a varios metros con un gran estrépito y se abre; es uno de los más grandes que hay en toda la biblioteca. Una bruma blanca me trae una sensación de familiaridad, un olor que quizá algún día fue importante para mí y ahora he olvidado. Me acerco a recogerlo, pero las estanterías se caen justo encima de él y me salvo por unos segundos.

Intento coger otro diferente. Lo abro, pero no sale nada. Está vacío, apagado. Lo mismo con el de al lado. Otra estantería se derrumba a escasos metros de mí. Tengo que salir de aquí. No sé si habrá otra sala esperándome, pero desde luego no puedo quedarme en esta ni un segundo más. El pitido se vuelve insoportable cuando agarro el pomo, que esta vez sí que me deja abrir la puerta. Las maderas se destruyen en cuanto la abro y la puerta se desmorona, pero aun así atravieso el marco y caigo justo sobre una Porta Fatum.

Todo a mi alrededor comienza a girar. Siento la ingravidez mientras la biblioteca se aleja de mí, a una velocidad vertiginosa, y la oscuridad me consume. Varias imágenes de los recuerdos que he conservado me rodean, sumiéndome en un torbellino de voces, la de mi padre y la de Jack, mis gritos en la cocina y mis conversaciones incómodas con Caleb.

Y, de pronto, todo para. Aparezco en otra biblioteca, pero una muy diferente a la del internado: la de la mansión Malenfant.

Nadie ha venido a recibirme, así que me pongo de pie yo sola, con dificultad, hasta que aparece el basilisco. Se enrosca a mi alrededor,

como si me quisiera recordar que podría matarme en un segundo o lentamente, como más se le antojara.

—No me molestes —le ordeno, aunque no tengo ningún tipo de autoridad sobre él—. No soy ningún intruso, solo acabo de volver de la tercera prueba. Y quiero estar sola.

El basilisco da una vuelta más a mi alrededor y, como si estuviera molesto o aburrido porque no hay nada interesante que hacer aquí, se marcha. Me humedezco los labios y salgo de este ambiente enmohecido y cargado de un olor insoportable a papel podrido. Siento que el corazón me va a estallar, que el pecho se me encoge cada vez más, dificultándome la respiración. Me arrastro por el vestíbulo y subo las escaleras con una sensación insoportable de angustia hasta la segunda planta. Me encierro en mi cuarto.

No sé en qué momento empiezo a forzarme a recordar las cosas que he visto en la biblioteca, pero nada funciona. Cuando busco en esos lugares perdidos en mi mente, el pitido me hace cambiar de preocupación, salir de ahí. La amenaza de Magnus de perder mis recuerdos era real, pero revivir los que he escogido mantener tampoco ha sido precisamente divertido.

Me dejo caer en la cama y me pongo a llorar, agotada y sin un ápice de esperanza. Ni siquiera siento cierto alivio cuando por fin cedo al cansancio y consigo quedarme dormida.

31

HAZEL

Mi hermano se ríe desde el porche de la casa de mis padres. Ellos están dentro preparando la cena. Estoy decorando la entrada y casi me tropiezo con un espumillón antes de llegar a la verja que limita nuestro jardín con la calle. Solo espero que este año no nos lo roben, como pasó la última vez. Jack sigue mis pasos, esperando a que vuelva a dar un traspiés, pero llego sana y salva hasta la verja, con las manos cargadas de diferentes adornos de Navidad. Tan solo estaremos en casa unos días, pero esta época es especial y me encanta celebrarla.

Me pongo en cuclillas y esparzo por el césped todas las decoraciones. Cojo el espumillón que se me estaba enredando antes en las zapatillas y lo empiezo a girar alrededor del poste del buzón. En la parte de arriba coloco una figura de plástico de Papá Noel y la ato con una cinta marrón para que no se la lleve el viento o algún gato callejero.

—Se va a caer —me advierte Jack, todavía desde el porche.

Pero no le hago caso. Cuelgo una cadena de luces en la valla de la entrada, donde empieza el camino que conecta la calle con las escaleras del porche. No se encienden todas, pero son suficientes

para darle ese toque navideño. La casa de los vecinos, como siempre, está completamente apagada, como si no viviera nadie ahí, así que nuestras decoraciones todavía destacan más. Unas calles más abajo hay una casa que parece una pista de aterrizaje de lo recargada que está.

—El año pasado te quedó más bonito —me pincha mi hermano.

Suspiro, cabreada.

—¿Quién te ha pedido tu opinión, idiota?

A él parece divertirle nuestra conversación.

—Oye, ¿por qué estás tan enfadada con el universo? Relájate, que es Navidad. ¿O todavía sigues enfadada por el comentario que he hecho en la cena?

—No —respondo enseguida, y eso me delata.

—¿Seguro? —responde Jack.

Lo escucho bajar las escaleras del porche y cruzar el jardín en mi dirección.

—Es que no sé de dónde ha salido ese rumor, pero no me hace ninguna gracia.

—Vale, vale. No lo volveré a repetir. —Jack levanta las manos, como si rogara mi perdón.

—Es que ya me estáis enfadando entre todos. De verdad, no hay nada entre Malenfant y yo —insisto—. Solo pasamos dos tardes en la biblioteca a finales de septiembre porque nos tocó hacer un trabajo juntos. Nada más.

Mi hermano asiente al ver que el tema me molesta. No entiendo por qué me lo han preguntado ya un par de personas si, por defecto, me limito a sentarme lo más alejada posible de Alec Aurigae

y de él, así como del resto de alumnos cuyas familias se rumorea que apoyan los ideales segadores.

—Me alegro, porque tiene pinta de ser un gilipollas absoluto. Va con unos aires de grandeza que se pincharían como un globo al acercarse a una aguja. Y encima segador. No sé cómo puede haber gente que se trague las mentiras del tal Magnus, que dice que a veces son necesarios sacrificios en nombre de la Muerte y no sé qué tonterías más...

Jack lo suelta todo de golpe, como si fuera un monólogo que llevaba un tiempo queriendo compartir conmigo.

—Pues sí.

No le presto mucha atención porque estoy más pendiente de colocar bien el cable. Lo enrosco alrededor de la verja hasta que llego al final. Entonces, activo el interruptor de las luces, cruzando los dedos para que se enciendan sin problema. Algunas han dejado de funcionar de un año a otro, pero siguen haciendo el papel de decoración navideña.

—¿Y Caleb White? ¿Sabes si su familia se pondría en contra de los segadores si se diera una guerra?

Trago saliva. Caleb ha estado actuando de forma extraña desde Halloween, pero, por más que lo he intentado, no he logrado sonsacarle por qué.

—No me apetece hablar de mi vida privada, Jack —le respondo, porque sé por dónde va su pregunta.

—Oye, que no te estoy diciendo nada de eso. Solo quiero saber si crees que, en el caso de que hubiera una guerra... —Jack baja el volumen para que no lo escuchen los vecinos—, si ellos se pondrían de nuestra parte.

—No lo sé. ¿De verdad crees que la habrá? Quiero decir, las ideas de Magnus son más bien las de un loco.

Mi hermano se encoge de hombros.

—Pero la gente se lo está creyendo —contrarresta él—. Ahora, casi todo el mundo ha empezado a llamar indigno a todo aquel que no venera a la Muerte a su manera. Algunos comienzan a decir que hacer sacrificios les está confiriendo más poder. Se rumorea que los Malenfant ya lo están haciendo con algunas criaturas.

Jack me hace un gesto para que sigamos teniendo esta conversación en el interior de la casa. Recojo los adornos que no he utilizado en el jardín y lo acompaño hacia el porche. Entramos al vestíbulo y cerramos la puerta. Continuamos hablando en susurros para que nuestros padres no nos escuchen.

—No quiero quitarle importancia a esto, pero no creo que dure mucho tiempo, Jack. Me da la impresión de que solo son un grupo de fanáticos tratando de justificar sus rituales poco éticos. Ese tal Magnus me parece un farsante. Siempre ha habido extremos y gente dispuesta a creerse cualquier cosa con tal de sentirse parte de algo, de que su voz se escuche, aunque solo sea para decir tonterías.

Jack agacha la cabeza y se mira el pie mientras hace círculos en la moqueta.

—Espero que tengas razón. Porque, si no, la cosa se pondrá fea. —Por primera vez en mucho tiempo, detecto un matiz de inseguridad en la voz de mi hermano—. Y nosotros seremos de los primeros en caer si hay una especie de cacería. Todo el mundo sabe que vivimos a unas casas de los Nox, así que no sería difícil seguirnos.

Entonces, Jack levanta la cabeza para mirarme..., pero su rostro ya no está. El corazón me da un vuelco en el pecho. Todo a mi alrededor comienza a difuminarse en una bruma negra y escucho un pitido que se me clava en la cabeza, justo detrás de los ojos.

—¿Jack? —Me acerco a él y, con las manos temerosas, le sujeto la cabeza. Pero no hay nada en su cara. El lugar donde deberían estar los ojos, las cejas, la nariz y la boca está completamente plano, y él se ha quedado inmóvil en la misma posición en la que lo he visto por última vez—. ¡Jack! ¡JACK!

Lo agito, pero no sirve de nada. La bruma me sigue consumiendo y hace desaparecer todo lo que me rodea. Una fuerza me tira hacia atrás, me agarra por los brazos para que suelte a mi hermano. Me resisto, intentando agarrarlo, pero no puedo. Los músculos no me responden. Solo puedo ver su rostro borrado, que se va tragando poco a poco la misma bruma que me quiere sacar de este recuerdo. No quiero salir de aquí. Quiero quedarme con él, aunque solo sea un minuto más, aunque mi cerebro parezca haber olvidado su rostro. Pero un pitido insoportable me hace doblarme y caer al suelo de rodillas.

En el momento exacto en el que mi cabeza golpea el suelo, me despierto.

Ahogo un grito. A mi alrededor, comienza a tomar forma la habitación que ha sido mi nueva prisión. Un poco más cómoda y limpia que el sótano, pero igualmente solitaria. Siento que alguien me está agarrando el brazo y trato de zafarme justo cuando veo a Marlowe. Me echo hacia atrás, dejando que mi instinto me aleje de él.

—Tranquila, Hazel, tranquila —me dice con un tono de voz que nunca he escuchado—. Solo es una pesadilla. Ya ha pasado.

Pero él no lo entiende, y nunca lo hará. El rostro borrado de mi hermano sigue dando vueltas en mi cabeza. ¿Lo habré olvidado para siempre? Trato de pensar en él, en el color verde de sus ojos, pero lo único que consigo imaginarme son atisbos desdibujados de una cara real. Intento pensar en su voz y la escucho extraña, diferente, modificada.

No puede ser. Magnus dejó las normas muy claras. Intento pensar en otras escenas con mi familia. Recuerdo que en la nevera de nuestra casa había una postal de uno de nuestros viajes..., pero no soy capaz de acordarme de lo que hicimos, ni dónde fuimos o cuántos años tenía en ese momento.

No puede ser. No puede ser.

—Hazel, respira profundamente. —Marlowe trata de llamar mi atención, pero lo ignoro. Mi visión se pierde en el horizonte, porque mis ojos están buscando algo que han olvidado.

Pienso en otra cosa. El día en el que nuestros padres nos comunicaron que tendríamos que asistir al internado. Intento recordar el rostro de mi hermano y siento una oleada de alivio cuando lo veo. Es pequeño, pero por lo menos, está ahí. Aunque, de pronto, se empieza a emborronar.

—No, no puedo. No puedo. Lo he olvidado todo. Su cara. Sus ojos.

Mi respiración se agita cada vez más. Siento que no puedo gestionarlo, que me quedo sin aire, que una oleada de pensamientos negativos se apodera de mí, enterrándome debajo de un millón de capas de sufrimiento, anhelo y confusión.

La tercera prueba ha alterado todos mis recuerdos y no sé cuáles he perdido para siempre. Porque esa era la idea, supongo. No saber qué es lo que he olvidado.

—Hazel —escucho de fondo.

Se me nubla la vista. Me llevo las manos al pecho e intento arrancarme el camisón para poder respirar mejor. Siento que el cuello me aprieta, que me estrangula y se me aferra a los pulmones hasta dejarlos sin espacio. Marlowe se lanza sobre mí y me ayuda a desabrocharme los primeros botones, ya que las manos me tiemblan demasiado como para hacerlo por mí misma.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que las lágrimas me empiezan a mojar el pecho. Me da un ataque de tos y vuelvo a llevarme las manos a la garganta, como si eso me pudiera ayudar a respirar mejor. Pero sé que no lo hará.

En este momento, me doy cuenta de que no puedo continuar. Creía haber encontrado la fortaleza suficiente para seguir hasta el final, para salvarnos. Pero no puedo. No quiero formar parte de este espectáculo, ni convertirme en una carga para los demás. Me horroriza pensar que, si Serenity y yo llegamos al final, solo quedará de mí una parte muerta, deprimida, como si hubiera ganado un fantasma que ya murió hace mucho tiempo y solo ha dejado atrás una pequeña parte de su alma.

—Hazel, túmbate de lado.

Las manos de Marlowe me rozan la piel y las siento como una corriente eléctrica. Con un gesto brusco, me alejo de él y me caigo por el otro lado de la cama. Mi cuerpo parece despertar cuando noto el impacto contra el frío suelo. Y entonces mis ojos enfocan la mesilla de noche. El último cajón.

El caramelo de arándanos.

No quiero hacerle eso a Serenity. Tampoco a Caleb, por más que me haya demostrado que El Ascenso lo ha transformado. O quizá siempre haya sido así. Sea como sea, una parte de mí no quiere hacer sufrir más a mis amigos, pero... puede que les alivie saber que me fui por elección propia. Que fue rápido y que nunca más seré un problema para ellos. Si yo me quito del medio..., Serenity podría tener la posibilidad de ganar. Con los Malenfant fuera del tablero, los Aurigae tendrían vía libre para acabar con el resto de participantes... y Serenity sobreviviría. No sé en qué condiciones, pero lo haría.

Poco a poco, mi respiración se regula y me pongo de pie. Marlowe no me quita la vista de encima mientras camino hacia la mesilla de noche, que todavía está tirada en el suelo por culpa del viento que me arrastró hacia la tercera prueba.

Por lo menos, el final será dulce. Un caramelo y todo terminará. Solo unos instantes dulces para que el pitido deje de sonar, para que ya no me duela más el pecho y los bucles de mi mente se detengan.

Un último acto de rebeldía.

Me agacho y recorro a gatas el último metro que me separa de la mesilla. Abro el último cajón y ahí está, tal y como lo dejé tras la segunda prueba. Extiendo la mano y lo saco. Cojo aire por última vez, todavía con el pecho dolorido, sabiendo que esta va a ser la última vez.

Y me lo llevo a la boca.

32

MARLOWE

La lluvia absorbe la poca luz que alumbran las farolas. No recuerdo un junio tan húmedo como el de este año, pero supongo que después de pasar toda la vida en Escocia, uno deja de fijarse en la cantidad de días al mes que llueve. Aprieto el paso, como si no me hubiera calado ya el abrigo y mis zapatos no estuvieran empapados. En esta zona no pasa nadie de noche. Un relámpago me ilumina el camino durante unos segundos, seguido de un fuerte trueno. No me molesto en esquivar los charcos, ni siquiera en refugiarme debajo de los árboles. Simplemente camino en línea recta, tratando de olvidar lo que acabo de ver.

En el fondo, la tormenta me hace sentir acompañado. La lluvia me abraza con su fría caricia recorriéndome la espalda, recordándome a todas esas veces que he caminado por los jardines de mi casa, esos paseos en los que por fin podía dejarme ir y las gotas de agua camuflaban mis lágrimas y se fundían con ellas. Sentirlas es casi terapéutico. Aun así, no puedo quitarme de la cabeza que, por lo menos, aún recuerdo esos momentos. El sufrimiento de Hazel me persigue. No comprendo qué objetivo podría perseguir El Magno al debilitar a los que se supone que tienen que luchar por nosotros. Por

esto estoy aquí, ahora, dejando que las gotas empapen mi abrigo, largo y oscuro. Claro que siento pena por Hazel, pero sobre todo necesito que ella esté bien para la siguiente prueba. Sí, esa es mi única motivación para haberlo dejado todo en casa y salir corriendo sin dar más explicaciones.

Cruzo una carretera por la que no viene ningún coche y me acerco al número diecinueve de Jean Street. La calle se va empinando, como si la persona que quisiera llegar al final tuviera que hacer un sacrificio a cambio. Casi nadie vive ya allí. Dejó de ser un lugar seguro para que las familias construyeran aquí un hogar, por lo que la mayoría de las casas han quedado abandonadas. No sé muy bien cuál es exactamente la que busco, pero algo me dice que la encontraré, aunque el número diecinueve ya no cuelgue de su puerta.

El trueno vuelve a rugir, pero no me estremece. Pocas cosas lo harían ahora mismo. Todavía tengo la cabeza en mi casa, en lo que acaba de suceder, en lo que he presenciado en la habitación de invitados.

La calle hace un pequeño giro a la derecha y sé que no puedo estar ya muy lejos. Las lluvias de los últimos meses han llenado de barro los jardines y han colapsado las canaletas de hojas y ramas, los últimos resquicios del mes.

Voy retrasando mis pasos hasta que, por fin, me detengo delante de una casa. Desde fuera, es exactamente igual que las demás, pero, si mis cálculos no fallan, es el número diecinueve. Me acerco al buzón y busco un nombre que reconozca. Por supuesto, están borrados. Aun así, estoy convencido de que este es el lugar.

Al otro lado del jardín, en el porche, hay cuatro bicicletas atadas con un candado oxidado, esperando a una familia que nunca volverá a utilizarlas. La valla de la entrada está llena de telarañas. El aspecto descuidado del jardín también me da una pista de que estoy frente al que fue el hogar de los Greenleaf. Es el escenario perfecto de una casa familiar que tuvieron que abandonar de la noche a la mañana, dejándolo todo tal y como estaba, como una postal imperturbable del pasado.

Agarro la manga de mi abrigo con el puño y froto el buzón, revelando un dibujo de dos manos de tamaño pequeño, de dos niños. Una está pintada de rojo y se ha firmado con la letra J. La de al lado es verde y contiene una H en grande.

Esta es la casa.

Con un sencillo conjuro, la verja de la entrada se abre y paso directamente al jardín. El camino de piedras está lleno de barro y hierbajos, que se han apoderado de cada centímetro del lugar. Camino con cuidado de no resbalar hasta que llego al porche. Subo las escaleras y me preparo para abrir la puerta, pero enseguida me doy cuenta de que ya está abierta.

—Saqueadores —murmuro.

La puerta se queja cuando la abro, como si se resistiera a que otro desconocido más allanara los tesoros que un día custodió. Con un gesto de la mano, una bola de luz verde aparece a mi alrededor. La situación es mejor de lo que esperaba. Hay claros indicios de que la casa ha sido registrada en varias ocasiones, pero por lo menos los muebles, aunque desvalijados, siguen intactos.

Camino por la estancia, buscando las habitaciones. No quiero permanecer aquí más tiempo del necesario. Una puerta me lleva a

una pequeña despensa con todos los alimentos desordenados, algunos abiertos y con los envases rasgados. Un montón de macarrones están esparcidos por el suelo, piso uno sin querer y cruje bajo mi zapato. Salgo de ahí y continúo a otra habitación, que parece ser de invitados. Tendré que subir a la planta de arriba.

Subo la escalera, con la sensación de que la moqueta está mojada. Quizá las tormentas y el abandono de la casa se han manifestado en forma de goteras, o quizá es que mis zapatos ya son como dos charcas. No hay más pisos, así que la habitación tiene que estar por aquí. Abro la primera puerta que veo y me encuentro con una cama doble justo al lado de una ventana. Sigo buscando y, de pronto, encuentro lo que quería. Entro en una habitación con las paredes pintadas de color melocotón. La cama está revuelta, el armario abierto y varias pilas de ropa ajada se acumulan en el suelo. Me pregunto si esto se quedó así cuando sus habitantes se marcharon a toda prisa o si ha venido alguien buscando algo..., puede que lo mismo que yo.

Paso la mano enguantada por las estanterías, pero todo son libros. Ningún cuaderno, ni diario, ni nada escrito del puño y letra de la chica que vivió aquí. Me coloco en el centro de la habitación, pensando en diferentes lugares en los que una niña y, posteriormente, una adolescente, podría esconder un diario, un álbum de fotos o cualquier recuerdo en papel que haya resistido a la humedad. Empiezo por los lugares obvios: debajo de la cama, entre los libros, en los cajones del armario..., pero no tengo suerte. Es como si alguien ya lo hubiera intentado antes que yo.

Paso a la habitación de al lado, pero hay tan pocas cosas que termino enseguida. Regreso a la habitación anterior, convencido de

que tiene que estar en alguna parte. Vuelvo a rebuscar en el armario, incluso muevo la maceta de una planta falsa para ver si está debajo. Me planto en el centro de la estancia, quedándome sin ideas, justo cuando me parece oír un sonido en la planta de abajo. Me quedo quieto y dejo de respirar para escuchar con más atención. Los sonidos de la tormenta a veces juegan malas pasadas y no quiero que este sea el caso. Entonces, lo vuelvo a escuchar. No solo unos pasos, sino voces masculinas en la planta de abajo, que empiezan a subir las escaleras como si conocieran perfectamente este lugar. No me da tiempo a hacer un hechizo de invisibilidad en tan poco tiempo, así que no me queda otra que esconderme detrás de la puerta. El armario es demasiado pequeño y cerrarlo me delataría, así que doy unos pasos hacia la entrada de la habitación y me coloco justo detrás. Apago la bola de luz verde y me quedo sumido en una oscuridad total. A través de la ventana entra un poco de luz del exterior, pero todavía es pronto para que mis ojos se acostumbren.

Aguanto de nuevo la respiración mientras dos hombres llegan al rellano de la primera planta de la casa.

—Venga, hazlo rapidito y nos vamos —exige una voz.

Abro mucho los ojos al darme cuenta de que la conozco.

—Tardaré un rato en encontrarlo, ¿vale? Hace mucho tiempo que no vengo y, por lo visto, no hemos sido los únicos que hemos entrado sin permiso —responde la otra voz. Esta también me suena, no logro ubicarla. Pero estoy seguro de que la primera pertenece a Orion Vale.

—Pues empieza ya —le ordena Orion.

La conversación termina y solo escucho pasos. Alguien entra a la habitación donde estoy escondido y enciende una luz similar a la mía, pero de color anaranjado. El chico abre varios cajones y rebusca en su interior. Lo escucho moverse por el cuarto y aprieto el puño cuando está tan cerca que puedo escuchar su respiración al otro lado de la puerta.

—Debería estar en una caja de antiguos VHS —dice la segunda voz. En ese momento me doy cuenta de quién está a apenas un metro de mí: Caleb White, el participante de la familia Vale. No me extraña verlos juntos, porque al fin y al cabo llevarán conviviendo desde que empezó El Ascenso. Lo que me sorprende es que estén aquí, el mismo día que yo, buscando algo.

—¿VHS? ¿Todavía se usa eso? —pregunta Orion Vale.

—No, por eso guardaba ahí su diario.

Las palabras me congelan la sangre y tengo que hacer un esfuerzo para no respirar con fuerza al escuchar esa revelación. Tal y como suponía, hay un diario, un lugar en el que Hazel guardó todos sus recuerdos. En el internado la vi varias veces escribiendo en un cuaderno, a solas en la biblioteca, sentada junto a la ventana que daba al bosque. En ese momento, me pareció un poco infantil que anotara todo lo que le pasaba en su día a día. Ahora, ese diario podría ser la pieza clave para ganar El Ascenso.

—Pues sigue buscando la caja esa, date prisa.

—Cállate, ¿quieres? —se defiende Caleb—. Me estás poniendo de los nervios.

—Tú sí que me estás sacando de mis casillas, todo el día hablando de esa chica —responde Orion—. Tío, asume de una vez que ya no vas a volver con ella. Con suerte, solo uno de vosotros dos

sobrevivirá. Ganes o pierdas, no volverás a verla en cuestión de un mes o así. El universo te está haciendo un favor.

Caleb expulsa el aire por la nariz.

—¿No te das cuenta? —le espeta con una mezcla de rabia y odio en la voz—. Me da igual que Hazel Greenleaf sobreviva. Lo que quiero es que no gane Malenfant.

Orion se ríe.

—Pues, entonces, lo tienes fácil. Mátala en la siguiente prueba. A mí tampoco me hace gracia que ese rubito esté pululando por ahí, aunque es un inútil. Siempre se han creído superiores a los demás por apellidarse Malenfant. Le tengo una tirria a su padre..., se rumorea que todavía sigue muy enfermo, ojalá se muera —suelta.

Aprieto los puños y cierro los ojos. No me sorprenden esas palabras de la boca de Orion Vale. Siempre tuvo envidia de mi casa y estatus, así que sé que esas palabras tan solo están cargadas de resentimiento por haber nacido en la cuna de los Vale y no en la nuestra. Me da hasta lástima que piense así.

La conversación continúa mientras yo sigo escondido detrás de la puerta, luchando para que mi respiración no se escuche, aunque ahora me late tan fuerte el corazón que temo que lo que oigan primero sea eso.

—No, no la mataré —responde Caleb—. Esperaré a que otra persona lo haga en mi lugar.

Orion Vale suspira.

—De verdad que no hay quien te entienda —le dice. De fondo, Caleb sigue rebuscando en algún lugar de la habitación—. Antes de la primera prueba dices que todavía sientes algo por ella. Ahora

pasas del amor al odio y deseas que se muera, pero no quieres ser tú el que la mate.

Caleb deja de buscar y lo escucho caminar hacia donde está la voz de Orion.

—¿Sabes lo que pasa, estúpido? —Caleb vuelve a sacar de nuevo esa rabia con la que explotó en la segunda prueba—. Que, por su culpa, toda mi familia ha muerto. Yo no quise que se involucrara en la guerra, pero sus ideas y las de su hermano hicieron que mis padres se posicionaran igual que los suyos. Intenté convencerlos para huir a Londres, pero ya era tarde. Y ahora, yo estoy metido en este torneo de mierda y todos los demás están muertos. Yo, el único de mi familia que quería irse de aquí y esconderme en algún pueblo perdido de Inglaterra, soy el que se ha quedado para dar la cara.

—Es como un castigo divino —añade Orion.

—Bueno, a ti te hará mucha gracia, pero a mí no. Nunca quise formar parte de esta guerra. Solo quería una vida tranquila, hasta que apareció ella. Al principio, pensaba que podríamos ser felices juntos, que nos casaríamos y viviríamos una vida tranquila. Pero Hazel siguió los pasos de su hermano como si estuviera cegada por él, como si necesitara una validación constante de su mellizo, y eso ha hecho que los mataran a todos. Joder, y pensar que al principio éramos buenos amigos, Jack y yo —dice, más para sí que para su segador—. Bueno, pues ahora que he llegado hasta aquí no me voy a quedar con los brazos cruzados. No seré el que empuñe el arma que la mate, pero no me pondré en medio para salvarla si otra persona lo quiere hacer por mí. Ya me he cansado de ser el eterno chico torturado de la familia. Mira, aquí está la caja de VHS.

Escucho cómo Caleb sigue rebuscando en el armario y saca algo con dificultad, quejándose por el peso. Lo deja caer en el suelo de la habitación y empieza a revolverlo todo.

—¿Es eso? —pregunta Orion.

Caleb debe simplemente de asentir con la cabeza o puede que no haya respondido, porque no dice nada más.

—Venga, ahora que ya tienes lo que querías, vámonos. Aunque no entiendo por qué el diario de una adolescente te va a servir para algo.

Caleb bufa.

—Porque he perdido casi todos los recuerdos de mi paso por el internado —responde Caleb—, y estoy convencido de que Hazel anotaría muchos detalles sobre mí, mis padres y mis hermanos. Además, creo que entre estas páginas puedo encontrar su punto débil.

—Quizá puedas confirmar si fue verdad ese rumor de que se besó con Malenfant.

Me tomo esa frase como una oportunidad de oro para unirme a la conversación. Empujo la puerta con la mano, con un golpe seco, para dejarnos a todos encerrados en la habitación. Los dos se giran hacia mí con una expresión de pánico. Y entonces hablo:

—No necesitas su diario para confirmarlo. Yo mismo te puedo dar la respuesta. Y, ahora, entrégamelo —le ordeno.

33

MARLOWE

—Vaya, vaya. Si tenemos al niño de mamá con nosotros —me saluda Vale.

Inclino la cabeza.

—¿Eso es lo más original que se te ha ocurrido, Orion?

A él no le hace gracia mi respuesta, pero la ignora, haciendo ese parpadeo extraño que delata que está nervioso.

—¿Qué haces por aquí, Malenfant? —me saluda Caleb. Su lenguaje corporal me confirma que está a la defensiva.

—Lo mismo que tú. —Extiendo la mano hacia el diario, un cuaderno amarillo con las tapas desgastadas y varias hojas asomando peligrosamente por las esquinas, amenazando con caerse en cualquier momento.

Caleb aprieta los labios.

—Qué pena que eso no vaya a pasar... —murmura—. Porque somos dos contra uno, así que no creo ni que quieras intentarlo.

—Podría rasgarte la garganta con solo una mirada, Caleb. Pero prefiero guardarme el *show* para El Ascenso —le respondo, todavía con la mano extendida.

Pero Caleb se niega a dármelo. Con un gesto rápido, creo un lazo invisible alrededor de su cuello. Él se lleva las manos justo a ese lugar, tratando de zafarse de una criatura invisible que cada vez le aprieta más. El diario se le escurre de los dedos en cuanto pierde la fuerza. Orion Vale se lanza a por él, pero yo soy más rápido. Lo cojo al vuelo con una mano mientras, con la otra, agarro a Orion por la camisa y lo lanzo contra la pared, sin usar magia, solo con la rabia que me ha dado escuchar su conversación.

Del golpe, Orion se queda mareado durante unos segundos, los cuales aprovecho para guardar el diario en el bolsillo interior de mi capa. Después, vuelvo donde está él, le pego un puñetazo en la sien y lo dejo inconsciente.

Aunque este es el momento perfecto para escapar, me quedo un ratito más, disfrutando de la escena.

—¿Sabes? —le digo a Caleb, girándome hacia el chico mientras él sigue luchando por deshacer un nudo invisible que le empieza a cortar la circulación de la sangre a la cabeza—. Habrías sido un buen segador de primera generación. No tienes principios, eres un cobarde, te vendes al mejor postor y serías capaz de hacer cualquier cosa por las apariencias. Es una pena... Habrías llegado muy lejos.

Con un gesto de la mano, el lazo se afloja y Caleb coge una bocanada de aire cargada de desesperación por sobrevivir. Le dejo que lo haga un par de veces más.

—¿Tu papaíto sabe que dices esas cosas a sus espaldas? —me pregunta, deteniéndose cada dos o tres palabras para coger aire.

Sé lo que pretende, pero no quiero entrar en su estúpido juego.

—Dime la verdad. ¿Por qué querías el diario, White? Y no me vengas con historias de amor ni me hagas perder más tiempo.

Caleb consigue ponerse de pie y va recuperando su color natural en la cara. Mientras tanto, Orion sigue desmayado a nuestro lado y, con la fuerza con la que lo he golpeado, imagino que estará así unos minutos más.

—Solo estoy buscando la forma de matarte, Malenfant, ahora que se me ha concedido esta maravillosa oportunidad de hacerlo sin consecuencias.

Me río.

—Me temo que la desaprovechaste en la primera prueba. Y sería tremendamente aburrido matarnos ahora, sin testigos ni nadie que nos aplauda. Así que reza porque la suerte te sonría y quizá tengas una nueva oportunidad para intentarlo —le espeto.

Pero Caleb parece más concentrado en el diario que en mis palabras.

—Déjame leer solo una página. —Su tono pasa de la amenaza al ruego, y sé que está desesperado por dar con alguna información que únicamente puede encontrar en este diario.

—¿Cuál? —pregunto, por curiosidad.

Pero Caleb parece reacio a decírmela.

—Oh, venga. Lo voy a leer de todas formas —insisto—. ¿O es que lo que te da vergüenza es decirme qué pasaje quieres leer?

Los ojos de Caleb responden por él. En ese preciso momento caigo en la cuenta.

—No me digas que es ese día —me burlo.

Él traga saliva.

—Solo dime si es verdad o no —responde él, todavía con la voz afectada por la asfixia—. Ella siempre lo negó.

Su confesión me pilla desprevenido. Traté de ocultar la noticia de que Hazel y yo nos habíamos besado en la habitación de Olivia. No solo porque fue una tontería, sino porque no quería que mis padres se enteraran de lo que hacía en el internado mientras se suponía que estaba estudiando. Pero había demasiada gente aquella noche presenciando la escena, y ni Hazel ni yo éramos el tipo de personas que iban compartiendo su vida privada por ahí. Así que, por más que lo intenté, los rumores corrieron, pero Hazel nunca volvió a hablar del tema. Era como si nunca hubiera sucedido.

—¿En serio, Caleb? No te tomaba por un hombre con tan poco ego...

—No es cuestión de ego.

—¿De qué se trata, entonces? —le pregunto.

Él tarda unos momentos en contestar.

—Solo quiero saber si me mintió. Porque, si fue así, quién sabe con qué más lo hizo, y eso... lo cambiaría todo.

Frunzo el entrecejo, confuso por todas las declaraciones de Caleb que se han ido contradiciendo en lo que llevamos de noche.

—¿La matarías solo porque se besó con una persona cuando los dos estabais solteros? ¿Cuando ya os habíais separado?

—No es una cuestión de soltería, sino de lealtad —me explica él, pero sigo sin encontrar el sentido a sus palabras.

Nunca estuve pendiente de la relación entre Hazel y Caleb, pero no me imaginé que él fuera así de posesivo, sobre todo cuando ya no eran pareja.

—Sabes que no puedes amar y odiar a la misma persona, ¿verdad? —le pregunto.

—Solo dime: ¿es cierto o no?

Pongo los ojos en blanco. No puedo creer que, tantos años después, tenga que estar hablando de esto.

—¿Si es cierto el qué? ¿Que Hazel y yo nos besamos en la fiesta de Halloween?

—Sí —dice Caleb, con una chispa de ansiedad y rabia en los ojos.

Yo me encojo de hombros, sintiendo el diario en el interior de mi capa.

—Creo que, en el fondo, tú mismo tienes la respuesta. ¿Y sabes qué? Creo que lo disfruté.

Mi media sonrisa le termina de enloquecer y Caleb desata toda su rabia. Se abalanza hacia mí y lo esquivo en el último segundo, cogiéndolo del cuello y estampándolo contra la puerta detrás de la que me he estado escondiendo antes. La madera vence y se hunde, y las astillas se clavan en la espalda de Caleb. Sus gritos de dolor me molestan y entrecierro los ojos.

—Reflexiona un ratito sobre tus celos y tus principios. No necesariamente en ese orden —le aconsejo antes de lanzarle un hechizo que lo dejará paralizado hasta que Orion recupere la consciencia y lo revierta.

Sin mirar atrás, salgo de la habitación y bajo las escaleras. Esta casa se ha convertido en una metáfora amarga de su vida: su familia ya no está aquí y todo lo que ha quedado atrás ha sido saqueado, humillado o robado. Pienso en los recuerdos que Hazel habrá tenido que abandonar en la tercera prueba, en la desesperación que la ha llevado a querer acabar con todo, a preferir quitarse la vida.

Cuando una de las personas que estaba dispuesta a darlo todo por sus principios decide marcharse, no es un acto de cobardía. Es la forma más absoluta de desesperación.

Todavía no he podido quitarme de la cabeza la imagen de Hazel intentando envenenarse con el caramelo de arándanos que robó de la segunda prueba. Esa escena se repite en bucle en mi cabeza mientras salgo del número diecinueve de Jean Street y regreso a la mansión, con el diario quemándome justo encima de la piel, contrarrestando el frío de la calle.

34

HAZEL

No sé en qué momento me despierto, ni tampoco cuándo me he quedado dormida. Simplemente me muevo en la cama y el dolor me recuerda que sigo aquí. Cada músculo de mi cuerpo se queja cuando me pongo de lado. Ya es de día, pero nadie ha venido a despertarme ni a traerme el desayuno. Pero es mejor así.

Con la cabeza embotada, me incorporo lentamente en la cama. Por la luz que entra en mi dormitorio, tiene que ser mediodía, por lo menos. No recuerdo cuánto tiempo he dormido, pueden haber pasado unas pocas horas o dos días seguidos, pero recuerdo que hubo una gran tormenta justo después de que...

No quiero pensar en ello. Tantos recuerdos que he olvidado y sé que precisamente este me perseguirá toda la vida. O lo que quede de ella. No me siento orgullosa de haberlo hecho, ni siquiera estoy segura de que fuera yo misma la que estaba llevándose el caramelo a la boca. Tan solo fueron unos segundos, pero fueron suficientes para que el veneno empezara a afectarme y me haya dejado todo el cuerpo dolorido. Tampoco podré borrar de mi cabeza la expresión de horror de Marlowe Malenfant, el instante en el que se dio cuenta de

lo que guardaba en el último cajón de la mesilla y lo que había hecho con él.

Recuerdo cómo me agarró por la mandíbula y metió la mano en mi boca, obligándome a escupirlo cuando apenas se había posado en mi lengua. Veo su expresión de pánico cuando se dio cuenta de que empecé a toser y se sacó una poción con el emblema de la familia Aurigae del bolsillo. Intentó que me la tomara, pero la rechacé de primeras, hasta que la tos se me fue pasando. Aun así, he estado enferma desde entonces. Los escalofríos no me han abandonado en toda la noche y estoy convencida de que tengo fiebre.

Me quedo un rato sentada sobre la cama, mirando un punto perdido en el suelo, cuando la puerta se abre. No me giro. Sé que alguien me habrá escuchado incorporarme, seguramente las chicas *mirrorem*, y han venido a traerme la comida. Sin embargo, en mi habitación entra una única persona. Sus pasos son firmes, seguros. Se detiene un par de metros a mi espalda, pero no me giro.

—Hazel.

Reconozco enseguida la voz. El pitido sigue embotándome los oídos, intensificándose con cada golpe fuerte o cada grito que doy, así que agradezco que me haya hablado en un tono bajo.

—¿Cómo estás?

No respondo. No sé qué decir después de lo que ha pasado y tampoco quiero hablarlo con nadie.

—Te he traído algo.

Tampoco me muevo.

El chico espera unos segundos más y después noto cómo deja un objeto ligero sobre la cama.

—No tengo hambre —le respondo. Si es comida, ni siquiera quiero olerla. No tengo nada en el estómago, pero estoy segura de que, si pruebo bocado, vomitaré.

—No es comida, pero no pasa nada. Te dejo tranquila. Si necesitas algo...

Pero no termina la frase. En su lugar, sus palabras se quedan en el aire, flotando entre nosotros y creando una barrera que no sabemos si construir o derribar. Los pasos de Marlowe se alejan y escucho la puerta cerrándose a mis espaldas. Se marcha por el pasillo y vuelvo a quedarme sola, en silencio, con la única compañía del dolor y el pitido que no me abandona.

Después de unos segundos, me levanto y busco la pluma de cuervo, pero ha desaparecido. Imagino que Gwendoline se habrá enterado de lo que pasó anoche y habré perdido mis pocos privilegios. Por lo menos conservo esta habitación con vistas al jardín.

Doy unos pasos hacia la ventana y me apoyo sobre el cristal. El sol que entraba a raudales hace unos minutos ya se ha escondido y la niebla vuelve a inundar los jardines de la mansión, como si quisiera esconderlos.

Un movimiento capta mi atención. Una figura vestida de negro, con el pelo casi blanco, camina sin rumbo por el jardín. No hay duda de que es Marlowe. Detrás de él acecha el basilisco. Parece que están teniendo una conversación. Apoyo la cara contra el cristal, mirándolo ahora que piensa que nadie más lo está haciendo. Cruza unas palabras rápidas con la bestia y, después, se queda solo. Lo observo vagando en círculos, después distrayéndose con uno de los setos, como si hubiera visto algo interesante. Parece preocupado.

No quiero sentir lástima por el enemigo. No puedo. Pero hay algo dentro de mí que se refleja en él. No puedo justificar sus actos, pero, en el fondo, puedo entender por qué lo hace. La vida de Marlowe Malenfant no es mucho más interesante que dar un paseo por el jardín, mirar las hojas y hablar con el basilisco. De hecho, parece el único que lo escucha. Como hijo único, no ha tenido mucha compañía en su infancia y ha vivido siempre bajo la lupa de sus padres.

Me gustaría saber cómo habría sido su vida si no hubiera nacido en esta mansión. ¿Habría elegido unirse a los segadores? ¿O habría sido simplemente un chico normal en el internado, que pasara más bien desapercibido, tuviera notas normales y se fuera de vacaciones con sus hermanos o primos a un país más soleado en las vacaciones de verano?

Una parte de mí quiere arrancar esa superficie de niño rico e insoportable, entender lo que ha quedado de él bajo el peso de su apellido. La otra, me obliga a recordar quién es de verdad, a pesar de todo. Podría haber huido, podría haberse incluso enfrentado a sus padres, pero decidió tomar el camino fácil.

La escena de su madre quemándole las manos regresa a mi cabeza. Quizá «fácil» no sea la palabra correcta, pero por lo menos no ha perdido a toda su familia luchando por una causa noble. Gwendoline Malenfant será un demonio, pero no creo que Damascus también le haya hecho la vida imposible. Aunque... ¿qué diferencia hay entre hacer oídos sordos al sufrimiento de tu hijo y ser su verdugo?

Me alejo de la ventana y me fijo en que hay un paquete sobre la cama: lo que ha dejado Marlowe antes de irse. Debería resultarme

indiferente, pero mis pies me llevan solos hacia la esquina izquierda de la cama. Lo cojo entre las manos. Es un paquete normal y corriente, rectangular, como si fuera un libro envuelto en un papel marrón liso y aburrido. Si Malenfant cree que con una novela conseguiré olvidar todo lo que ha pasado en las últimas semanas..., está muy equivocado. Ya he olvidado bastante. No hay ningún tipo de ficción, sueño o pesadilla que pueda sacarme de esta cárcel mental. Incluso si me dejaran la puerta abierta de la mansión..., ¿a dónde iría? No tengo a nadie con quien quedarme; los pocos amigos que quedan vivos están participando en El Ascenso y ni siquiera sé dónde está la casa de los Aurigae para ir a rescatar a Serenity.

Agarro el paquete con fuerza y después lo dejo caer de nuevo sobre la cama y regreso a la ventana, pero el segador ya no está a la vista. Tampoco el basilisco, que seguramente habrá vuelto al lago. Espero unos instantes más para ver si aparece, pero en su lugar vuelvo a escuchar unos pasos que se dirigen a mi habitación.

La puerta se abre y entra una mujer de pelo largo y plateado.

—Ya me han contado tu aventura del otro día —me saluda—. Pensaba que teníamos un acuerdo.

No quería responder, pero sus palabras me encienden.

—Yo también.

La miro con severidad, aunque sé que ella no puede notarlo. Aun así, mi respiración agitada me delata.

—¿Lo dices por la pluma? Bueno, solo era uno de mis pequeños inventos. A veces dejan de funcionar solas...

—No cumpliré mi parte del acuerdo si no descubres una inesperada e increíble forma de arreglarla —le respondo, haciendo énfasis en el final de la frase.

Gwendoline Malenfant sonríe. En el fondo se lo está pasando bien, así que decido que lo más inteligente es entrar en su juego e intentar cambiar las reglas desde dentro.

—Quizá se me ocurra una manera para que vuelvan a funcionar —tercia de pronto.

—Seguro que sí. Eres una mujer inteligente.

Ella se ríe y solo con escuchar su risa siento un escalofrío que me recorre los brazos y las piernas. Sus carcajadas son casi como un grito, un chirrido incómodo peor que el pitido que no me abandona ni en sueños.

—Me halagas.

—Bueno, te lo puedes tomar como un cumplido, si quieres —le respondo.

Pero a ella no se le borra la sonrisa de la cara.

—Espero que pongas más empeño en tu misión. Quiero que lleguéis vivos a la última prueba —el tono de su voz se vuelve oscuro, más severo—. Me da exactamente igual lo que hagas después, como si quieres lanzarte al Támesis y desaparecer para siempre. Nos harías un favor a todos, de hecho. Pero, mientras tanto, ocúpate de lo tuyo, y yo me ocuparé de todo lo demás.

—¿Todo lo demás? —le pregunto, como si estar aquí hubiera sido mi decisión.

—Niña, agradece que tienes un plato que comer, una cama donde dormir y que mi hijo no te haya cruzado la cara por tus insolentes respuestas.

Ahora la que se ríe soy yo.

—¿Te resulta gracioso? —pregunta en tono arrogante, inclinando la cabeza en un gesto que, de haber tenido algo que perder, me

habría infundado temor—. Puede que Marlowe no posea esas... cualidades. Pero eso no quita que mantenga lo que he dicho antes. Asegúrate de seguir con vida y llegar hasta el final, y así todos ganaremos. Tú la primera. Mañana es la cuarta prueba, así que no quedará mucho para el final.

Sin esperar una respuesta, la matriarca de los Malenfant se marcha, cerrando la puerta con un golpe seco. Me quedo un buen rato mirando el lugar por el que acaba de desaparecer y después regreso a la ventana. El sol se ha empezado a poner y la niebla es todavía más espesa. Sigo sin verlo, así que vuelvo a la cama y me siento sin querer encima del paquete.

Lo aparto a un lado, molesta. Y entonces me entra curiosidad por saber qué libro habrá escogido Marlowe para mí. ¿Será uno de su biblioteca? No, no puede ser. Todos están demasiado destrozados para leerlos. Es posible que lo haya sacado de la casa de los Aurigae. No me lo imagino yendo a comprar uno a la ciudad más cercana. No sé exactamente dónde estamos, pero, por la cantidad de campo que nos rodea y el silencio absoluto que reina en los alrededores de la mansión Malenfant, sospecho que estará por lo menos a cincuenta kilómetros.

Cojo el paquete con una mano, quito la cuerda marrón que sujeta el envoltorio y rasgo el papel, esperando decepcionarme.

En apenas un segundo siento cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa. Es mi diario. Mi diario de la infancia y la adolescencia, donde recogí todos mis recuerdos desde antes de entrar en el internado.

No me lo puedo creer.

Las páginas no solo están llenas de mis mejores momentos, sino también de fotos de las personas con las que compartía mi día a día,

hojas que recogía en otoño, entradas del cine, etiquetas de botellas..., incluso en una página hay un poco de arena, asegurada con una tonelada de celo transparente. Sin entender qué hace esto aquí, leo el título de esa hoja: «Arena del desierto, justo delante de las pirámides de Guiza. Día uno». En ese momento lo entiendo. Como si todo regresara a mí, empiezo a leer y mis recuerdos vuelven a aparecer: mi hermano enterrando los pies en la arena y quemándoselos, los cuatro montando en un camello, aunque a mí no me hacía mucha gracia; la esfinge... Todo vuelve a mí, poco a poco, rebajando ese pitido que no me ha dejado descansar en las últimas horas.

Sigo leyendo sobre el viaje a Egipto, pero entonces decido empezar desde el principio. Arranqué este diario con nueve años, así que las primeras entradas son bastante distantes y caóticas, pero aun así me voy empapando de todos los recuerdos que puedo. Durante la siguiente hora leo el diario entero, repasando cada capítulo, analizando cada foto o cada elemento que guardé de ese día. Me río, lloro y, sobre todo, empiezo a recordar momentos que pensé que había perdido para siempre. No sé cuánto recupero de todo lo que me despojé en la tercera prueba, pero, cuando termino, siento el pecho hinchado y el pitido casi ha desaparecido.

Me llevo el diario a la mejilla y apoyo la cara contra él. La superficie está fría, pero me reconforta. Se me escapan unas lágrimas que no sé si son de alegría, alivio o tristeza. Es posible que se trate de una mezcla de todo lo anterior, así que las dejo caer, sintiendo por primera vez que soy un poco más libre. Que he recuperado una parte de mí. Y todo esto es gracias a...

Vuelvo a abrir el diario, esta vez por el final. La última entrada es de un día cualquiera de las vacaciones de verano. Aquella mañana, aunque yo no lo sabía, sería la última vez que escribiría sobre estas páginas.

No quedan muchas más vacías, pero sí las suficientes para volver a escribir a Serenity si vuelvo a conseguir la pluma de cuervo hechizada por Gwendoline Malenfant. Paso las hojas, calculando cuánto espacio quedaría para escribir a mi amiga, y entonces se cae una notita. Al principio pienso que es alguna foto o quizá una etiqueta que guardé de alguna compra especial, pero entonces veo que tiene una caligrafía que no reconozco, escrita en un tono verde oscuro que jamás he utilizado.

Hazel:

No sé por qué te estoy escribiendo esto, ni por qué me importa tanto que lo leas, pero espero que este diario pueda ayudarte a rellenar las piezas del puzle que hayas podido perder durante la tercera prueba.

No voy a fingir que soy tu aliado, pero quiero dejarte esta nota para recordarte que no estás sola. Todas las personas que formaron parte de tu vida siguen dentro de ti, porque los que nos aman jamás nos abandonan mientras los mantengamos vivos en nuestra memoria. Espero que estas palabras te sirvan cuando pienses en rendirte: siempre queda algo por lo que merece la pena luchar, aunque a veces no lo veamos.

Sé lo que has perdido y también sé que no hay nada que pueda decir para arreglar las cosas. Ni siquiera una disculpa, aunque

me gustaría empezar por ella. Perdón por elegirte. Perdón por hacerte pasar por todo este calvario que ni yo mismo imaginé que llegaría a este nivel. Si pudiera echar el tiempo atrás, créeme, lo haría.

Has demostrado una gran fuerza y valentía, cualidades que veo en tus ojos cada vez que me desafías. No las pierdas. Aguanta y llega hasta el final, Hazel. Dejando de lado mi orgullo, sé que, si hay alguien que puede hacerlo, eres tú. Te prometo que pondré todo de mi parte para ganar este torneo y que seas libre. Te prometo que, cuando todo esto termine, nunca más volverás a saber de mí.

Solo recuerda que no estás sola.

M. M.

P. D.: Por favor, destruye esta nota. Podría meterme en problemas.

Me quedo congelada después de leer la última frase. Vuelvo a empezar desde el principio, pasando la mirada por todas y cada una de las frases, escritas con una caligrafía que parece sacada de un manual. La leo una tercera vez y comienzo a romperla en trozos muy pequeños, procesando que Marlowe Malenfant me acaba de pedir perdón. Por escrito y sin dar la cara, pero sus disculpas resuenan en mi mente.

Termino de romper la nota. Por algún motivo, le guardo lealtad con ese único detalle. Sé que Marlowe se la ha jugado escribiéndola. Si la descubriera su madre, no puedo imaginar lo que le haría...

Cojo de nuevo el diario y me pregunto cómo lo habrá conseguido. Las dudas me consumen y el corazón me late con demasiada fuerza. La idea de ir a buscarlo para pedirle explicaciones pasa por mi mente, fugaz, pero su habitación está en la planta de arriba y no he oído movimiento en toda la tarde... Intento no darle espacio a esa voz que me pide que lo haga, pero, apretando unos últimos trozos que guardo en el puño, decido ir a buscarlo.

35

MARLOWE

El basilisco me advierte de su presencia mucho antes de que pueda escucharla. Se queda erguido, mirando hacia el interior de la casa, hasta que Hazel aparece por la puerta. Camina con dudas hasta llegar al umbral y entonces se detiene.

—Puedes salir —le aseguro.

Ella se lo piensa una última vez y, por fin, baja las escaleras en las que estoy sentado. Pasa de largo y se queda de pie, descalza, sobre el césped. Me da frío verla así, pero la dejo tranquila hasta que esté preparada para hablar.

Hazel mira al suelo y mueve los pies sobre la hierba, sintiendo cada brizna acariciándole la piel.

—¿Cómo has conseguido el diario?

No me sorprende que me haga la pregunta, sino que eso sea lo primero que me diga. Me crujo los nudillos bajo los guantes antes de responder.

—Me quedé muy preocupado después del incidente del otro día —empiezo a hablar—. Pensé que te haría ilusión tener algo de tu casa. No sabía qué traerte, hasta que lo encontré.

—¿Lo... encontraste? ¿Has entrado en mi casa? ¿En mi habitación?

Hazel aún tiene la voz ronca. No se llegó a tragar el caramelo, pero rozarlo con la lengua le ha dejado secuelas.

—Es una larga historia.

Ella se da la vuelta, mirándome inquisitivamente.

—Pues empieza a contármela. Ya.

Tengo que reprimir una sonrisa.

—Eso es lo que pasó. Fui a tu casa, en Jean Street, para traerte algo que te pudiera ayudar a recordar, a no sentirte sola. Lo que no esperaba es que alguien hubiera tenido exactamente la misma idea que yo, pero con otros motivos.

Hazel me mira de hito en hito. Hay un destello de terror en sus ojos.

—¿Quién estaba en mi casa?

—Caleb White y Orion Vale. Imagino que encontrarían la dirección en el registro de indignos que recopilaron los Vale.

—¿Caleb... estaba en mi casa?

—En tu habitación, para ser exactos. No sé qué relación tienes con él. Ni me importa, realmente, no quiero saberlo. Pero tengo que advertirte que Caleb no es la persona que conociste: se ha consumido por la maldad, el terror, la sed de venganza... o una mezcla de todas ellas. —Hago una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas para decir esto—. Hazel, Caleb va a intentar matarte en la próxima prueba. Sé que te resultará difícil de creer, pero...

Ella me interrumpe, soltando una risa ronca.

—Eso es imposible. Lo conozco. No sería capaz de hacer algo así.

Yo me encojo de hombros, apartando la mirada y rompiendo nuestro contacto visual.

—Como quieras. Mi deber como mentor es advertirte, así que ya lo he hecho. Tú verás lo que haces con esa información. Pero una persona llena de rabia, como lo está él, estaría dispuesta a cualquier cosa —le advierto—. Vigila tus espaldas en la próxima prueba, eso es todo.

Hazel traga saliva. Es casi como si pudiera leer lo que está pasando por su mente: se debate entre creerme o pensar que estoy loco.

—Eso no responde a la pregunta que te he hecho al principio.

—¿Cuál de todas?

—¿Cómo has conseguido el diario? —me repite ella.

—Bueno, en realidad, Caleb lo encontró. Él sabía dónde lo escondías, así que lo sacó y se lo quería llevar para revisarlo. Imagino que él habrá perdido muchos recuerdos y querrá rellenar esas lagunas con algo que tú hubieras podido escribir. Pero me da la impresión de que esperaba encontrar algo más; un punto débil, quizá.

Pero a Hazel no termina de convencerle lo que le digo.

—Caleb no sería capaz de matarme —insiste.

—Caleb mató a Morgana Vexley —le recuerdo yo, justo después—. A una de las mejores brujas que ha existido en Reino Unido. Y hará lo mismo con cualquier persona que se le ponga por delante. Va a por ti, Hazel.

Ella se lleva la mano a la boca y empieza a morderse las uñas. Permanecemos un rato en silencio hasta que ella lo rompe.

—Lo podrías haber matado, entonces, si tanto peligro va a suponer para nosotros.

Esa última palabra parece quemarle la garganta.

—Nosotros... —repito— no podemos hacer eso. Fuera de las pruebas, está prohibido hacerse daño.

—No sé si lo sabes, pero mañana es la cuarta prueba. Me lo ha dicho tu madre.

Asiento, como si lo supiera, aunque me estoy enterando en este mismo momento.

—Ya solo quedáis seis. Serenity no me preocupa, no te atacará. Aunque ya no está tan débil, Alec y yo mantenemos nuestro pacto. Por lo menos llegaremos juntos al final, y luego ya se verá.

Hazel inclina la cabeza.

—¿Tu amiguito ya se ha cansado de usarla como a su sirvienta personal? —me acusa, con una expresión severa.

—Fue una de las condiciones de nuestra alianza.

Esa confesión parece relajarle el ceño fruncido. Aun así, no parece del todo convencida.

—Bueno, ahora mismo el que más me preocupa es el profesor Quell. Es el mago más experimentado —dice Hazel—. Theo es un niño y Ivy..., en fin, está enferma. ¿Sabes si su mentor le está suministrando la medicación para la escarcha negra?

Niego con la cabeza.

—No. Los Aurigae cortaron el suministro del antídoto hace tiempo. Con el estrés de El Ascenso, Ivy ha empeorado radicalmente, morirá en cualquier momento, si no lo ha hecho ya.

—Su corazón se detendrá en cualquier momento —murmura Hazel, más para ella que para mí.

—Quiero que mañana te concentres en escapar de Caleb y de Alaric Quell. Ellos son los enemigos más potentes en este juego macabro.

—¿Y quién los matará, entonces? —pregunta Hazel, levantando la voz y sonando todavía más ronca—. ¿Serenity? ¿Theo? ¿Ivy, si es que se presenta mañana a la prueba?

Me quedo en silencio, porque no tengo respuesta. En la primera prueba mi inacción no fue un problema, porque había demasiados participantes para que se mataran entre ellos. Pero eso no volverá a pasar. El torneo está a punto de terminar y El Magno querrá que sus participantes, que han sido debilitados en la tercera prueba, derramen sangre.

—No lo sé. Solo te aviso para que te mentalices de que es posible que mañana tengas que matar a alguien antes de que te maten a ti. Sé que es duro, pero alguien tiene que sobrevivir, porque el juego no va a parar hasta llegar al final.

Hazel traga saliva. Soy consciente de que mi petición llega en el peor momento, pero es el único consejo realista que puedo darle ahora mismo.

—Es muy fácil para ti, que estarás ahí sentado, con el culo en un sofá, esperando a que vuelva y observando como un mero espectador.

—Lo sé —le digo, dando por terminada nuestra conversación. Porque, en el fondo, es así. No hay nada que pueda hacer mañana para cambiar las cosas, así que todo depende de Hazel.

Ella mira a su alrededor, intentando buscar las respuestas a preguntas que nadie debería cuestionarse, y decide dar un pequeño paseo por los jardines. El sol ya se ha puesto hace un rato, así que solo se ilumina gracias a las farolas que marcan la entrada a la mansión. A nuestro alrededor todo es oscuridad. El lago parece una

gran mancha negra y no hay ninguna luz en la casa porque mi madre está en la mansión Aurigae, cuidando de mi padre.

Hazel tarda un rato en volver. Imagino que se estará congelando, porque yo he salido sin abrigo y no puedo aguantarlo más, y ella va descalza. Pero, por algún motivo, me quedo clavado en el suelo mientras la veo vagar entre la niebla y los arbustos. Al cabo de un rato regresa a las escaleras, con los labios morados.

—Hay una chimenea encendida en el salón —le indico, aunque no estoy seguro de que sepa dónde está.

Hazel asiente.

—Gracias.

Da unos pasos y sube la escalera, dejándome atrás. Abre la puerta de casa y atraviesa de nuevo el umbral. Entonces se detiene y la escucho darse la vuelta.

—También por la carta.

Acto seguido, cierra la puerta, dejándome solo en el jardín.

36

HAZEL

Hay un olor a hoguera en el bosque. Estoy rodeada de árboles frondosos, húmedos, llenos de líquenes que me hacen sentir como en casa. Me giro y veo la cabaña. Está igual que siempre, rodeada de hechizos defensivos que hacen que solo los miembros de la resistencia podamos verla y encontrarla en mitad de este lugar donde cada rincón parece igual.

Al lado, hay un grupo de gente alrededor de una fogata. Sé que estoy soñando en el momento en el que veo a mi hermano. Se ríe cerca de Caleb, como si le hubiera contado una anécdota graciosa, y después le da una palmada en el hombro. La hoguera chisporrotea, creando una danza de chispas rojas y azules que se elevan hacia el cielo. Aunque nadie nos puede ver, mi cuerpo sigue en tensión. Incluso sé que mi hermano, por más que se esté riendo, siempre está alerta, pendiente de cualquier ruido. A veces me da la sensación de que no ha dormido más de dos horas seguidas en semanas. No creo que lo haya hecho desde que murieron nuestros padres, pero no lo culpo. Yo hago lo mismo.

Desde que la resistencia se organizó, los segadores nos buscaban día y noche, saqueaban nuestras casas ya abandonadas e

interrogaban a los seres queridos que muchos habían dejado atrás, incapaces de convencerlos para que se escondieran o se unieran a nosotros.

Entro en la cabaña, que está vacía, pero me recibe un olor a pan recién horneado. Poppy White ha estado cocinando otra vez. Hay ocasiones en las que siento que hace demasiada comida, pero no juzgo las formas que tiene la gente de mantenerse distraída. Si a ella la ayuda a no pensar en la guerra, y sus recetas siguen estando igual de buenas, no creo que nadie se oponga a su sobreproducción de carne asada, patatas y todo tipo de bollería casera. Las risas vuelven a sonar fuera, las escucho con más fuerza cuando se abre la puerta. Caleb ha entrado en la cabaña y me mira desde el umbral de la puerta.

Siento que mis hombros se relajan al verlo, igual que mi mandíbula. Caleb tiene esa sonrisa que conozco tan bien, la que siempre me hace bajar la guardia. Se acerca despacio, cierra la puerta detrás de él y me abraza por la cintura. Entierro la cara en su hombro, oliendo ese aroma a hogar y tranquilidad..., aunque también a cenizas. Y a sangre. Me aparto extrañada cuando veo que el Caleb que me ha abrazado no es el mismo que ahora tengo delante. Está cubierto de ceniza y sangre fresca, como si acabara de salir del internado el día de la batalla final contra Magnus y los segadores. Las risas, el olor a comida recién horneada y hasta la propia cabaña desaparecen en un humo negro, quedándonos los dos en mitad de un limbo oscuro y frío.

—Siempre te protegí, Hazel. Todo lo que hice ha sido por ti..., hasta que tuve que elegir.

A nuestro alrededor, un fuego azul comienza a arder, cada vez más intenso. Paso del frío al calor. Intento dar un paso atrás, pero las llamas están demasiado cerca y suenan fuertes, como si estuvieran creciendo cada vez más.

Los ojos de Caleb ya no parecen los mismos: veo un atisbo de locura en ellos, de desesperación, de una sed de venganza voraz que creo que será irreversible. Entonces, da un paso hacia mí, aprovechando que estamos acorralados en un círculo de fuego, y me agarra por el cuello. Su mano está ardiendo y siento su tacto áspero y doloroso. Lucho por liberarme, pero él me levanta del suelo y mis piernas quedan colgando. Intento alcanzar su cara para golpearle y detenerlo, pero un dolor en el brazo izquierdo me impide luchar. La marca que reza «Propiedad de Marlowe Malenfant», cubierta de espinas, ahora dice «Propiedad de Caleb White».

Grito para pedir ayuda, pero nadie me escucha. Ya no existe la cabaña ni mi hermano está fuera riendo en la hoguera. Más de la mitad de los que estaban ahí ya no viven.

Me empieza a faltar el aire y todo a mi alrededor se empieza a poner negro.

—Siempre fuiste mía, recuérdalo —gruñe él.

Lo escucho con dificultades, porque mi visión se está empañando y alguien grita mi nombre cada vez más cerca. Entonces, todo se vuelve negro a mi alrededor y me despierto. Doy un bote en la cama y jadeo, incorporándome y llevándome las manos al pecho.

—Estás bien, estás bien. Solo ha sido un sueño.

La voz de Marlowe es lo último que esperaba escuchar, pero empiezo a asociarla con la tranquilidad de saber que todo lo que acabo de vivir es mentira. Que es producto del estrés postraumático

de la guerra, las muertes y... la última vez que vi a Caleb en la segunda prueba, fuera de sí, acusando a varias personas de ser asesinos, habiéndose convertido él en uno.

Una luz en la mesilla hace brillar el pelo claro de mi segador, creando una atmósfera extrañamente íntima. Mi respiración se va calmando, pero sigo teniendo todos los músculos en tensión. El estado de alerta parece no querer abandonar mi cuerpo, hasta que poco a poco se va apagando cuando me doy cuenta de que estoy segura.

—¿He... gritado? —le pregunto. Mi voz suena casi gutural, no sé si porque estaba durmiendo, porque sigo ronca o, en realidad, una mezcla de las dos.

—Sí. Siento haberte despertado. No podía dormir con tus gritos.

Trago saliva.

—Ah, vale. Bueno, es que no puedo controlarlos.

Pero Marlowe niega con la cabeza.

—No, no me refiero a eso. Quiero decir que... —Se queda unos instantes intentando medir sus palabras—. Da igual.

Me revuelvo en la cama, todavía un poco inquieta. Al notarlo, Marlowe se pone de pie. No me he dado cuenta hasta ahora de que se había sentado a mi lado.

—Te dejo para que sigas descansando. Todavía está oscuro, pero en unas horas es la cuarta prueba y deberías dormir un poco más.

—¡No! —grito, quizá demasiado alto. Hasta el propio Marlowe se sorprende—. Es que... no quiero seguir durmiendo, la verdad. Las pesadillas son cada vez peores. Prefiero tener sueño mañana que volver a repetir todo esto.

Su expresión se descompone, pero rápidamente vuelve a adoptar esa actitud de falsa indiferencia. Ahora que he visto más allá, no sé cómo un día pude creer que no escondía nada debajo.

—Necesitas descansar —insiste—. No sabemos qué pasará más tarde.

Trago saliva.

—Vale —le respondo sin ganas—. Bueno, gracias por despertarme. Ya te puedes ir.

Apago la luz de la mesilla y me acurruco como si fuera a dormir, pero soy consciente de que no volveré a pegar ojo. Todavía me sudan las manos de pensar en la escena de Caleb intentando matarme, con los ojos rojos y fuera de sí.

—No —dice él, de pronto.

Me giro hacia donde está, pero no puedo verlo en la oscuridad.

—¿Cómo que no? —le pregunto, hablando hacia los pies de mi cama.

Escucho unos pasos que vienen hacia mí. El pulso se me acelera. La luz de mi mesilla vuelve a encenderse y veo a Marlowe de nuevo junto a la cama.

—No vas a dormir. Te conozco.

Se me escapa una carcajada.

—¿Tú? ¿Conocerme a mí? No tienes ni idea de quién soy —le espeto. Por algún motivo, la adrenalina corre por mis venas y disfruto de pelear con él.

—Créeme, sé cosas sobre ti que ni tú misma podrías decir.

Pongo los ojos en blanco.

—Vale, don sabelotodo. Venga, vete.

Pero Marlowe se niega de nuevo.

—No me voy a ir a ninguna parte. Me quedaré aquí hasta que te quedes dormida para asegurarme de que descanses y, si empiezas a tener pesadillas, te despertaré al momento, no cuando ya se te ha comido el basilisco en sueños.

Aprieto la mandíbula. Este tío es un absoluto gilipollas. Y lo peor de todo es que siento que lo dice de verdad. Que no hay nada que pueda hacer para que cambie de opinión.

—Bueno, el suelo es bastante incómodo —digo, intentando disuadirle.

—No me importa.

Acto seguido, Marlowe se aleja de mí, se dirige hacia la esquina de la habitación que está debajo de la ventana y se tumba en el suelo. Hace un gesto extraño con el brazo para utilizarlo como almohada.

—¿Es en serio? —pregunto con incredulidad.

No podría dormir con él ahí tumbado ni aunque quisiera.

—Muy en serio, Greenleaf. Y ahora silencio, y a dormir.

Marlowe utiliza su magia para apagar la luz de la mesilla de noche, pero extiendo la mano y la enciendo con el interruptor.

—Mira, como broma está muy bien, pero ya no tiene gracia. Vete a tu cama, Marlowe.

—Técnicamente, tú estás en mi cama. Eres la invitada.

Suspiro con fuerzas. Cuanta más conversación le doy, más ganas me dan de pegarle una bofetada.

—Bueno, haz lo que te dé la gana. No voy a discutir contigo.

—Genial. Buenas noches, Hazel.

—Buenas noches —refunfuño, girándome en la cama para darle la espalda.

El silencio dura un minuto hasta que Marlowe vuelve a romperlo.

—Oye, ¿te sobra una almohada?

Pero me hago la dormida para no responder a su pregunta. Aunque hace frío en la habitación, siento que estoy ardiendo por dentro. La vergüenza de que me haya visto tantas veces gritando en sueños y que haya venido a despertarme es difícil de digerir, pero este es otro nivel de pudor.

Me quedo lo más quieta posible, disimulando, como si estuviera durmiendo de verdad. Alargo mis respiraciones, me calmo y, en algún momento, sin quererlo, me quedo dormida.

37

MARLOWE

Me despierto y mi cuerpo se resiente, quejándose por haber pasado demasiadas horas despierto, tumbado en el suelo. Habré dormido una hora como mucho. Hace ya un rato que el sol entra por la ventana de una habitación que no es la mía. Me desperezo con un gruñido y me doy cuenta de que, en el corto tiempo en el que he cerrado los ojos, ha aparecido una almohada a mi lado.

Me incorporo con cuidado de no hacer mucho ruido y veo a Hazel durmiendo, con su cuerpo girado hacia mí, en silencio. En su expresión hay una tranquilidad que desearía que siempre pudiera sentir. No ha vuelto a tener pesadillas en toda la noche, pero aun así me marcho con cuidado de la habitación para no despertarla. Supongo que mi madre entrará en cualquier momento a buscarla para la cuarta prueba y no quiero que me encuentre aquí. Tendré que responder demasiadas preguntas para las que no tengo respuesta. O, si la tengo, no estoy seguro de querer compartirla con ella.

Subo a la planta de arriba y regreso a mi cuarto. Verlo tan vacío me provoca una sensación extraña, aunque esta ha sido mi realidad toda la vida. No dormía con nadie desde que estaba en el internado,

donde las habitaciones eran compartidas, y, aunque sí que me había acostado con alguna mujer en el pasado, creo que esta noche ha sido la primera vez que simplemente he dormido en el mismo espacio que una.

Me doy una ducha rápida con agua fría que me hace olvidar que no he dormido lo suficiente. Mi mente se va a Hazel, a su respiración pausada..., y me obligo a pensar en otra cosa mientras me seco con la toalla. Después, me la ato alrededor de la cadera y regreso a mi habitación para vestirme. Por supuesto, mi madre está esperándome.

—Vístete. Tenemos que irnos.

Inclino la cabeza.

—¿Tenemos? —pregunto, extrañado.

En la última prueba, los segadores ni siquiera participamos ni la presenciamos. Supongo que por eso El Magno ha querido que en esta volvamos a ser testigos de todo lo que pase. Como mentor, mi deber es estar ahí (y no puedo negar el alivio que me produce poder verlo en directo; es mejor que quedarme en casa mirando un punto fijo y preguntándome si Hazel regresará o no), pero no contaba con que mi madre me acompañara de nuevo.

—Tienes quince minutos —me informa con una voz neutra y apagada.

—¿Cómo está padre? Anoche no te vi cuando volviste de casa de los Aurigae —me apresuro a preguntar, pero mi madre ya está de camino a la puerta.

—Como siempre —responde y se va.

Me pongo en marcha al instante porque sé qué sucederá si me retraso, pero una parte de mí continúa pensando en mi padre.

Aunque no paro de preocuparme por él, mis visitas no sirven para mucho, ya que sigue en una especie de sueño inducido por la medicación para que sus heridas internas sanen más rápido. Aun así, siento que no he estado a su lado como debería. Quizá, cuando todo esto termine, pueda hacerlo.

Me visto con rapidez con lo primero que encuentro en el armario medio vacío: unos pantalones negros y una camisa blanca, que cubro con un jersey grueso y oscuro. En el último momento dudo sobre si coger un abrigo, pero al final lo dejo estar y salgo de mi habitación. Bajo por las escaleras y veo a mi madre esperándome en el vestíbulo, dándole instrucciones a las *mirrorem*. En cuanto me escucha bajar el último tramo, que lleva directamente al vestíbulo, las tres chicas se marchan, con paso apresurado.

—Buenos días —les saludo, pero ya están a varios metros de mí. Después, me dirijo a mi madre—: ¿Y Hazel?

—La señorita Greenleaf vendrá después. Nosotros pasaremos primero a ver a tu padre y de ahí te irás tú solo a la cuarta prueba con Alec.

—De acuerdo —respondo.

La sigo hacia la biblioteca y repetimos el trayecto que tantas veces hemos hecho a la mansión Aurigae. Cuando llegamos, Alec y Aaron ya nos están esperando. Mi amigo me saluda con un fuerte apretón de manos, como si se hubiera despertado listo para la acción. Me escapo un momento con mi madre a la enfermería, pero la situación sigue igual, así que después de unos minutos decido dejarlos solos para buscar a mi amigo.

Lo encuentro en la sala de mapas, concentrado en un dibujo que está replicando a mano alzada, usando de vez en cuando el compás,

la escuadra y el cartabón. La sala de mapas huele a papel viejo. Las paredes están llenas de cuadros que preservan antiguas cartografías, los primeros planos de la casa y de otros lugares que no reconozco adornando cada centímetro de la estancia. De pequeño, Alec decía que había un mapa completo del internado, con todos los pasadizos secretos, trampillas ocultas y demás enigmas que albergaba el castillo.

—Espero que la prueba de hoy sea más entretenida que la última —dice Alec, sin apartar la vista del plano que está replicando a una escala menor que el original—. Parece ser que podremos verla en directo, pero que los participantes no sabrán que estaremos ahí. Fue un poco raro todo eso del palco en la segunda prueba. Creo que distraía a los indignos, ¿no crees?

Me encojo de hombros porque, sinceramente, no podría importarme menos.

Alec sigue concentrado en el mapa. No sabía que llevaba gafas hasta ahora, que lo veo con unas lentes redondas para ver bien de cerca. Creo que hay muchas cosas de él que, a pesar de todos los años que hemos vivido juntos, no sé. Todavía no puedo entender por qué trató así a Serenity los primeros días que estuvo en su casa, pero es un tema demasiado delicado como para sacarlo.

Pienso en que Hazel tiene que estar contenta y nerviosa por reunirse hoy con su mejor amiga, aunque no sé en qué estado la encontrará. Ella tampoco está en su mejor momento; todavía tiene la voz tomada como consecuencia de su intento de suicidio.

—¿Cómo está tu princesita? —me pregunta, como si me hubiera leído la mente.

—¿Cómo está la tuya?

Alec termina de dibujar una línea recta y levanta el fino rotulador del papel. Después, se quita las gafas y me mira.

—No lo sé, hace mucho que no voy a verla, gracias a nuestro acuerdo.

Una sensación de alivio me invade. Apenas conozco a Serenity, pero me alegro de que Alec por fin la haya dejado en paz. Aun así, no me puedo imaginar las secuelas que le habrán quedado después de todo.

—¿Ahora te ha dado por la cartografía?

Alec se muerde el labio por dentro ante mi cambio de tema.

—Te veo raro, Malenfant. —Se pone de pie, rodea el escritorio y camina hacia mí—. ¿Está todo bien?

Sus sospechas me preocupan, pero no se lo demuestro. Simplemente me encojo de hombros para quitarle importancia al asunto.

—Estoy cansado ya de todo esto —le respondo—. No sé qué pasará hoy y me preocupa que Hazel no tenga la fuerza suficiente para sobrevivir.

Alec se ríe.

—Esa chica tiene más que fuerza. Tiene rabia, tesón... Ojalá la mía fuera una décima parte de la fiera que esconde la tuya. Creo que si Serenity ha llegado hasta aquí es porque ha tenido suerte. Simple y llanamente suerte. Porque a la pobre no le da para más. Y, después de la tercera prueba, se ha quedado todavía más inservible.

Alec levanta la mano y se da unos golpecitos en la sien.

—Hombre, es una huérfana más de la guerra, su casa ha sido saqueada y ha caído en las manos de un compañero de curso que se ha dedicado a violarla... Creo que tiene derecho a estar disociada.

Me arrepiento de lo que digo incluso antes de terminar la frase. Sé de sobra que hablar por impulso es un error, sobre todo con alguien como Alec Aurigae.

—¿Ahora las vas a defender? —me responde, cabreado.

Viéndolo en perspectiva, creo que nunca hemos llegado a ser grandes amigos; más bien hemos sido compañeros forzosos que han terminado acostumbrándose a la presencia del otro. La suya siempre ha sido constante y un tanto oscura, con una facilidad pasmosa para la crueldad, pero también con un ego extremadamente débil. Sospecho que para él la pequeña rivalidad familiar que nos une y nos separa a la vez ha tenido un papel más relevante que para mí. Yo nunca le he visto el sentido, pero ahora, cuando estamos atravesando una de las peores épocas de nuestra historia, menos todavía. Mi madre está más tensa que nunca; mi padre, sumido en un sueño del que no sé cuándo despertará. Y yo... me siento solo. Me habría gustado encontrar en Alec a alguien en quien apoyarme, pero siempre se aseguró de que hubiera una barrera entre nosotros que fuera imposible de traspasar.

—Bueno, no es que la defienda, es que son las que nos van a permitir ganar o nos van a dejar perder.

Alec bufa.

—Menuda gilipollez de torneo. No puedo creer que El Magno tuviera esta idea de mierda —se queja, visiblemente enfadado—. Pero está claro que con esto no solo ha querido castigar a los indignos, sino también a nosotros. A veces pienso que sabía que en algún momento de la guerra moriría, y quiso que los demás sufriéramos por no haber podido salvarlo. No lo sé.

—De todas formas, si tanto querías sobrevivir, podrías haber elegido a otro participante —le insisto—, pero fuiste tú el que te decantaste enseguida por Serenity.

Alec vuelve a esbozar esa media sonrisa que augura peligro.

—No sabes lo que se cabreó mi padre —se burla—. Pensándolo bien, tendría que haber escogido a Alaric Quell. De todos los participantes, junto a Morgana Vexley, era el más preparado. De hecho, estoy seguro de que será el único que llegará a la prueba final, ya verás.

—Además de nosotros —señalo.

—Y nosotros, claro. Si Serenity por fin se espabila y hace algo.

Cojo aire.

—Espero que Hazel y ella se unan para sobrevivir a lo que sea que pase hoy —le digo—. Saben que nosotros estamos aliados y, por encima de todo, ellas son inseparables.

—Ya veremos —responde Alec, no tan convencido—. La prioridad sigue siendo eliminar a Caleb White. Él irá a por las chicas por motivos personales. ¿Viste cómo se puso en la segunda prueba?

Estoy a punto de contarle la conversación que presencié en casa de los Greenleaf, pero decido no hacerlo en el último momento.

—Creo que Ivy y Theo no durarán mucho —continúo hablando, intentando desviar el tema de conversación de Hazel y Serenity a otros participantes—. Ivy está demasiado enferma y nosotros tenemos todas las unidades que existen en el mundo de la poción que toma para la escarcha negra. No me sorprendería si hoy no se presenta a la prueba porque ya haya muerto. Y Theo..., en fin, es un crío.

—Le pasa como a Serenity —prosigue mi amigo—. No sé cómo ha llegado hasta aquí. Pero bueno, sea como sea, tengo ganas de ver la cara de Eleanor Ravenscroft cuando su participante muera.

Me imagino a Theo agonizando sobre el suelo en la siguiente prueba. Otro niño más fallecido a causa de una guerra, alguien demasiado pequeño para comprenderla.

—Sí, el problema va a ser Alaric. Lo veo venir. No me imagino a Eira Thorn liderando a los segadores, pero hay que admitir que fue la más lista de todos al elegirlo a él.

—Probablemente lo único inteligente que habrá hecho en su vida —aporta Alec—. Pero ya te digo que esa chica no tiene sangre en las venas. No podrá dirigirnos, eso seguro. No me extrañaría que mi padre se rebelara contra ellos para...

La conversación se corta en cuanto alguien abre la puerta con un golpe brusco. Alec y yo nos quedamos callados de golpe, como unos niños a los que han pillado haciendo travesuras.

—La cuarta prueba comenzará en breve —anuncia Augustus Aurigae—. Deberíais ir ya a la Puerta Fatum y concentraros en lo que tenéis por delante. No creo que sea una prueba fácil. Estad siempre alerta, que no os pillen con la guardia baja.

Y, sin esperar respuesta, el abuelo de Alec se da la vuelta y se marcha. Sus pasos se pierden por el pasillo mientras Alec regresa a su mesa para recoger el proyecto en el que estaba trabajando.

—Es la frase más larga que le he escuchado decir en la última semana —me explica—. Algo le pasa. En fin, ¿por qué no llevas abrigo?

—Estaré bien —respondo, mientras ambos salimos de la sala de mapas en dirección al portal.

38

HAZEL

Una brisa cálida me envuelve. Sin embargo, no es del tipo de calor que te hace pensar en el hogar, sino del que asfixia hasta que acaba matándote de la deshidratación. Desde luego, no cabe duda de que estamos en mitad de un desierto. No sé si el escenario será real, si la arena que estoy pisando con los pies descalzos es de verdad o un producto más de la magia y la crueldad de Magnus. El sol me abrasa la cabeza, amenazando con quemarme el cuero cabelludo, y siento que me arden los pies cada vez que doy un paso.

Los seis participantes restantes aparecemos en el centro de un cuadrado trazado con fuego. A nuestro alrededor, dispersos de forma aleatoria, hay diferentes armas blancas: cuchillos, katanas, espadas, incluso pequeños puñales que reflejan el brillo del sol. El área que nos queda en el interior no es tan grande, así que me imagino lo que tendremos que hacer antes de que la desagradable voz de Magnus suene por encima de nuestras cabezas.

Busco a Serenity con la mirada y me doy cuenta de que está a mi izquierda. Caleb, justo enfrente. Nos han colocado como si estuviéramos en un círculo, todos a la misma distancia entre nosotros y de la barrera ardiente que nos rodea. Alaric se muestra

tranquilo, mientras que la expresión de Theo es justo la contraria. Me sorprende que Ivy Nox haya llegado viva hasta aquí, porque cuando me fijo en ella me doy cuenta de que su piel ha cambiado de color. Unas ramificaciones negras se han extendido por sus extremidades y están a punto de alcanzar sus manos. Lo mismo pasa con su cuello: la enfermedad ha ido creciendo y trepando hasta sus orejas, casi rozándole el mentón. No aguantará mucho más así, está claro que Ivy no llegará al final del torneo.

Bienvenidos a la cuarta y penúltima prueba de El Ascenso. Hoy, despojados de vuestra magia, tendréis que luchar cuerpo a cuerpo para sobrevivir. La prueba será breve, durará solo diez minutos, así que os recomiendo que no perdáis el tiempo, porque el calor aprieta... y el límite que os rodea, también. Cada minuto, el cuadrado que he trazado a vuestro alrededor se irá estrechando hasta que solo quepáis cuatro. Además de las armas que tenéis a vuestra disposición, si alguno de vosotros atraviesa esa frontera, ya sea voluntariamente o empujado por otro, se desvanecerá al instante.

Magnus hace una pausa y su voz se convierte en algo parecido a una carcajada que me pone los pelos de punta. Es incómodamente larga. Busco la mirada de Serenity y, por primera vez en mucho tiempo, me la devuelve, junto a un asentimiento silencioso de cabeza. Cojo aire, con una sensación de esperanza en el pecho. Creo que es la primera vez que la veo tan presente, tan activa. Le sonrío justo antes de que Magnus prosiga con las instrucciones de la cuarta prueba.

Los minutos se irán contando en voz alta de forma regresiva. Recordad que, al final, solo cabréis cuatro, así que os recomiendo que vayáis pensando quién de vosotros es más prescindible. ¿Quizá pueda sugerir que los primeros en irse sean los indignos?

La pregunta de Magnus se queda en el aire. Nos observamos en silencio, esperando a que diga algo más. Miro al frente y me cruzo con la mirada de Caleb. Tiene peor aspecto que la última vez que lo vi. Gracias al diario que me trajo Marlowe, yo pude recuperar gran parte de mis recuerdos, pero no sé si él ha podido hacer lo mismo. Por un instante, siento pánico de lo que pueda hacer hoy. Caleb es el más fuerte de todos los que quedamos y, ahora que Alaric no tiene poderes, cualquiera podría ganar la prueba e incluso terminar aquí mismo El Ascenso si se lo propusiera. Solo le haría falta un poco de fuerza y demasiada crueldad, dos cualidades que Caleb ha desarrollado durante este tiempo.

Diez minutos.

La cuenta atrás empieza y las llamas se intensifican, como si respondieran a las órdenes de Magnus en directo. Lo primero que Serenity hace es correr hacia mí y abrazarme. La rodeo con mis brazos y siento que ha recuperado un poco de peso, aunque todavía se le marcan mucho los huesos. Por lo menos su cara está libre de marcas.

—Estás mejor —le digo, sin saber cómo saludarla.

—Sí. No sé qué pasó, pero de un día para otro Alec me dejó en paz. Ahora abrázame fuerte y no te muevas, tengo algo para ti,

luego lo lees.

Serenity me cuela algo entre la tela de la blusa y el pantalón. Una nota. Un intercambio de información justo delante de las narices de los segadores, aprovechando que esperarían que nos fundiésemos en un abrazo nada más vernos. Qué inteligente es.

—No pude volver a contactar contigo con la pluma —susurro, intentando comprimir un montón de información en apenas unos segundos.

—Me la quitaron —dice ella—. ¿Tú estás bien? Te noto... rara.

Me aclaro la garganta.

—Me he resfriado, eso es todo —miento.

—Bueno, ya basta de cháchara, ¿no?

La voz de Caleb suena por encima del fuego. No me he dado cuenta hasta ahora de que Ivy está sollozando. El chico camina hacia la pila de espadas y empieza a moverlas todas. Empuña la más grande de todas, pero enseguida la suelta en cuanto toca el mango y agita la mano, quejándose.

—¿No te das cuenta de que no se pueden usar? Vas a quemarte —le dice Alaric, con tono aburrido.

Nueve minutos.

Pero Caleb lo ignora, tratando de parecer superior a él.

—Bueno, podemos hacer las cosas de dos maneras —dice Caleb —. Por las buenas o por las malas.

—Caleb... —empieza a hablar Serenity, pero él levanta la mano y le chista.

—Solo podemos quedar cuatro, como mucho, así que dos tienen que irse. Y creo que una de las candidatas a morir es más que obvia, ¿no, Ivy?

Todas las miradas se dirigen hacia ella, incluso la mía. Ella da algunos pasos, claramente inestable, y al poco cae al suelo de rodillas. Grita en cuanto sus piernas tocan la arena. La ropa que nos han dado para esta prueba no ayuda con el sol. Siento como si la piel me hirviese bajo la tela y lenguas de fuego me recorriesen entera cada vez que entro en contacto con la arena. No quiero imaginar la sensación que debe de estar recorriendo su cuerpo menudo y débil.

—No, por favor. Yo... quiero vivir, puedo vivir, solo si los Aurigae me dan mi medicación...

Ivy se echa a llorar de nuevo y, cuando recupera un poco la compostura, se levanta y señala a Serenity.

—¡Tú! —grita, con la cara roja y las ramificaciones negras amenazando con invadirle el rostro en cualquier momento—. ¡Tú podrías haberme traído un frasco! Pero eres igual que ellos, quieres quitarme del medio para ganar!

Me giro hacia Serenity, que se ha quedado blanca al escuchar su acusación. Aun así, se repone y le contesta:

—¿Crees que tengo acceso a los secretitos de los Aurigae? ¿Quieres que te cuente detalles del infierno que he estado viviendo?

Ocho minutos.

—¡Podrías haberlo intentado! ¡Estamos todos en el mismo barco!

Agito la cabeza. Me da pena ver así a Ivy, consumida por una enfermedad que no escogió sufrir, pero sus palabras no son del todo ciertas. Ivy estaba en otro curso, por debajo del nuestro, y nunca compartimos ni siquiera una clase en el internado. Sin embargo, no la puedo culpar por intentar salvarse, a la desesperada, agarrándose a cualquier clavo ardiendo.

—Los Aurigae han hecho de mi vida un infierno —se defiende Serenity, esta vez con menos seguridad. Le tiembla la voz y también las manos.

Me acerco a ella y le pongo una mano en el hombro.

—Tranquila.

—¡No me mires así! ¡Tú tienes las manos tan manchadas de sangre como ellos! —sigue gritando la chica, esta vez hacia Alaric.

Caleb se lleva las manos a las sienes.

—Ivy, por favor, trata de relajarte —le ruega el profesor—. No te viene bien para la expansión de tu enfermedad.

Pero Ivy parece revolucionarse con ese comentario.

—¿Expansión? ¿En serio vas a hablarme de eso?

Siete minutos.

—Ivy, sabes que, por más que hubiera buscado la planta que necesitabas, la poción no habría estado lista en meses. Tu enfermedad es muy particular y en la casa de los Thorn no tengo los medios para hervirla.

—¡Me da igual! —grita ella, fuera de sí—. ¡Mi padre murió para salvarme! ¡Y ahora moriré yo también! Espero que todo esto cargue sobre vuestra conciencia una vez me vaya. Que recordéis que

podríais haber ayudado a una chica inocente en lugar de buscar cómo salvar vuestro propio pellejo.

Serenity me mira con una ceja enarcada. Yo niego con la cabeza, como si no supiera de qué hablan. Pero estoy segura de que, si Ivy le pidió un ingrediente a Alaric de su armario de la clase de Botánica y él no se lo dio, fue porque no había ya nada que hacer. Los únicos que podían salvarla son, al mismo tiempo, los que se estaban lucrando de personas enfermas como ella.

—Alec nunca le habría dado un frasco —murmura Serenity, lo suficientemente bajo como para que solo yo pueda escucharla.

—Lo sé —respondo—. No es tu culpa, Serenity.

De fondo, Ivy sigue gritando. Alaric se ha acercado a calmarla mientras Caleb sigue frotándose las sienes y Theo se ha quedado paralizado.

Esta situación es inhumana. Decidiendo entre nosotros quién debe vivir y quién no, como si hubiese algo racional detrás de una elección así. Abrazo más fuerte a Serenity e intento mantener las lágrimas a raya. Debo mantener la mente clara y sacarnos de aquí con vida.

Seis minutos.

El cuadrado de fuego se contrae de nuevo y Ivy vuelve a gritar, esta vez sollozando.

—¡No me quiero morir! ¡No así! ¡Yo no elegí esto!

—¡CÁLLATE YA!

Todos nos quedamos en silencio al escuchar el bramido de Caleb. Todavía con las manos en la cabeza, mira a Ivy como si él mismo

fuera a matarla.

—¿Quieres hacerte un favor a ti misma? Lánzate al fuego y desaparece —le sugiere.

Theo ahoga un grito.

—Estás mal de la cabeza, Caleb —le dice Serenity—. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

Ella da unos pasos hacia él. Intento advertirle, pero ya es tarde. Él la rechaza de un manotazo que la hace recular.

—Aléjate de mí —le espeta. Después, se dirige a todos—: No sé si os habéis dado cuenta de que, cada minuto que pasa, el fuego se va acercando. Esto no es una broma, igual que tampoco lo han sido las pruebas anteriores. Esto es la realidad. Hemos luchado durante mucho tiempo. Y hemos perdido. Sí, no me miréis con esas caras. —El tono de Caleb cambia—. Hemos perdido la guerra y nos toca aceptarlo. Esta es la consecuencia de habernos metido en la boca del lobo y ya no hay vuelta atrás. Ahora solo queda asumirlo y hacer las cosas de la forma más rápida y sencilla posible. Está claro que hay personas aquí dentro que no están hechas para el nuevo orden mágico que quedará después de esto. No hay tiempo que perder, así que propongo que votemos para ver a quién empujamos fuera.

Siento cómo Serenity se estremece a mi lado.

—Estás loco —le digo—. Estás completamente loco. No sé qué te han hecho, pero te han corrompido de verdad.

Caleb esboza una sonrisa socarrona. El sudor le cae por la cara y le moja el pelo, dándole un aspecto desaliñado.

Cinco minutos.

—Nadie me ha hecho cambiar, Hazel. Tampoco he sido siempre así. Sois vosotros —nos acusa, señalándonos con el dedo haciendo un círculo— quienes me habéis obligado a hacer esto. Yo no quería participar en la guerra. Pero Jack me comió la cabeza. Tú lo hiciste.

—Deja en paz el nombre de mi hermano —le advierto, dando un paso adelante.

—¿O qué? ¿Vendrá a pegarme?

Su tono de voz me hace explotar.

—¡Nadie te obligó a quedarte y luchar! ¡Lo hiciste porque no querías ser el cobarde de tu familia, el que abandonaba a todos para salvarse!

—Vaya, ¿ese recuerdo no se te borró en la tercera prueba? ¿No será que alguien te ha llevado un regalito para hacer trampas y recordarte algunos detalles de tu pasado?

Se me corta la respiración.

Marlowe tenía razón. Caleb estaba en mi casa cuando fue a buscar el diario. Algo dentro de mí se rompe.

—Nadie va a votar algo así —intercede Serenity, salvándome de responder.

Quisiera decir algo, enfrentarme a Caleb, pero la confirmación de que mi exnovio buscaba algo con lo que tener una mano ganadora para acabar conmigo me deja helada.

Observo atónita a mi alrededor, en lo que nos hemos convertido. Ivy sigue llorando y balbucea una ristra de negaciones, como convenciéndose a sí misma de que no la lanzarán al fuego. Me doy cuenta de que Alaric tenía razón. Desde que ha empezado a llorar desconsoladamente, la enfermedad se le ha extendido por todo el

cuello y ahora avanza por sus mejillas, como si se alimentara de sus lágrimas.

Pero a Caleb parecen hacerle gracia sus divagaciones.

—¿Tú qué vas a decir? ¿Que sí? —le dice directamente a la chica —. Serías la primera en salir del cuadrado, seguida del mocoso ese.

Camina hacia la montaña de espadas y se quita la camiseta. Con la tela protegiéndole la mano, empuña una de las espadas, y apunta directamente hacia Ivy.

—Voy a hacerte un favor, querida —canturrea, acercándose hacia ella.

Ivy se levanta y extiende las manos mientras da un paso atrás, pero está a punto de resbalarse en la arena.

—Caleb, detente —interviene Alaric.

Cuatro minutos.

39

MARLOWE

Los mentores nos colocamos alrededor del cuadrado de fuego, que se va haciendo cada vez más pequeño. Cuando pasa un minuto, avanzamos unos pasos más hacia delante. Hazel no puede verme ni escucharme, ni a mí ni a los demás, pero aun así una parte de mí quiere advertirle de que tenga cuidado con Caleb.

En cuanto se anuncia que quedan nueve minutos, Ivy comienza a temblar. El caos se apodera de los indignos y sus voces comienzan a elevarse en reproches hasta que se gritan unos a otros. El tiempo avanza y, cuando El Magno anuncia que ya han pasado seis minutos, Caleb se enfrenta al resto, descamisado y con una espada en la mano. Se gira con vehemencia hacia el profesor, como si le hubiera molestado que le den órdenes.

—Venga, Alaric. Sabes bien que nuestro tiempo para hacernos el héroe pasó.

Pero el hombre no cae en su juego. En su lugar, camina hacia Ivy y comienza a susurrarle algo al oído para calmarla. Veo cómo Eira Thorn se tensa. Están muy cerca del fuego.

Ivy se recompone y, por fin, deja de llorar. Mientras tanto, me doy cuenta de que Caleb sigue empuñando la espada, sin bajar la

guardia. Detrás de él, Hazel, Serenity y Theo no le quitan los ojos de encima.

El profesor se separa de la que fue su alumna apenas unos pasos, como si estuviese dispuesto a defenderla, incluso.

—Un momento muy tierno —añade Caleb. Su voz empieza a irritarme y desearía poder darle un puñetazo cada vez que habla con ese tono petulante—, pero ha llegado el momento de que abandones el cuadrado, Ivy.

La chica mira a un punto fijo en el suelo y después levanta la cabeza con solemnidad. No parece la misma que hace unos minutos balbuceaba y gritaba incoherencias, suplicando que no la matasen. Parece haber recuperado la cordura unos instantes.

Veo cómo una gota de sudor cae por su rostro, que parece resignado, como si hubiera aceptado que su destino era morir hoy. Cada llama del fuego se agita como una lengua que se burla de nosotros (de ellos, más bien), bailando en un ritmo macabro que parece celebrar que hoy alguien va a morir.

Respiro con fuerza, sin moverme, sintiendo que cualquier movimiento puede alterar el orden, aunque sé que no hay forma de que sepan que estamos aquí.

Tres minutos.

Entonces, Ivy da un paso al frente. Veo la decisión en sus ojos antes de que diga una palabra. Tienen ese brillo extraño que mezcla desesperación, tristeza, resignación y también valentía de quienes saben que la muerte está cerca. Y me parece que Ivy está preparada para unirse a ella.

Aprieto la mandíbula esperando a que lo diga, porque sé lo que va a salir por su boca.

—Tienes razón, Caleb —murmura ella—. En toda partida hay un peón que, en algún momento, debe sacrificarse para proteger a su reina.

Miro a Hazel de reojo. Creo que ella también ha entendido lo que está a punto de suceder, pero aun así es incapaz de asumirlo. La impotencia se me instala en el pecho mientras contemplo este momento sin poder hacer nada. No puedo imaginar qué estará sintiendo ella.

—Buena metáfora —le felicita Caleb.

Ivy lo ignora y se gira hacia las chicas.

—Puede que yo no sobreviva, pero me iré haciéndoos un último favor...

No nos da tiempo a procesar sus últimas palabras, porque la chica rompe a llorar y le fallan las rodillas. Se cae al suelo, con las piernas tocando la abrasadora arena. Alaric se acerca a ella por la espalda, tratando de sostenerla y ofrecerle una muerte digna. El profesor le dice unas palabras de consuelo al oído que nadie más puede escuchar. Ivy asiente, con la cara llena de lágrimas. Se pone de pie poco a poco y lo abraza.

La situación es un poco incómoda, pero imagino que no todos los días uno decide morir. Quizá Ivy está pensando en su padre cuando se despide de Alaric, ya que el hombre tenía una estatura y complexión similares.

Dos minutos.

Y entonces, como si la voz de El Magno hubiera sido un catalizador activándose en el momento perfecto, Ivy grita y empuja a Alaric hacia delante. El profesor, desprevenido, da varios traspiés para intentar no perder el equilibrio. Pero ya es tarde. Su cuerpo recorre los escasos metros que lo separan de la línea de fuego, torpe, buscando en la arena una estabilidad que es imposible de encontrar, y finalmente cae hacia atrás, siendo engullido por las llamas azules.

En cuestión de un segundo, Alaric Quell desaparece para siempre, sin dejar un cuerpo atrás. Las llamas crecen y lo consumen mientras se funde con ellas. Y después es como si el profesor de Botánica nunca hubiera existido.

—¡No! —brama Eira Thorn, pero solo nosotros podemos escucharla—. ¡No, no puede ser! ¡Esa imbécil ha hecho trampa!

A su lado, Eleanor Ravenscroft sonríe, divertida, y aplaude, entretenida con el espectáculo que ha montado la participante de Balthazar Crowhust.

Mientras Eira sigue gritando y Balthazar trata de controlarla, miro de reojo a Alec, quien también me ha buscado en silencio. Los dos nos decimos sin hablar lo que estamos pensando: Ivy acaba de eliminar al enemigo más poderoso de El Ascenso y ahora, siguiendo su propia metáfora, el tablero ha cambiado radicalmente.

—No quería llegar a esto —dice ella, con los dientes apretados y la cabeza bien alta—. Pero él me habría podido ayudar. Alaric era peor que los Aurigae. Además de tener un buen alijo de pociones, algunas de ellas prohibidas, lo ocultaba y solo las usaba para su propio beneficio.

Ivy empieza a caminar peligrosamente cerca del fuego, que se ha vuelto a estrechar, y continúa con su monólogo mientras los demás

la miran impactados.

—He terminado. No volveré a participar en su juego. No convertiré mi adiós en un espectáculo, así que lo haré breve. No serán testigos de mi agonía porque me iré en silencio, sin su aplauso.

Me giro hacia Balthazar, pero su reacción no me sorprende. El mentor es consciente de que no hay mucho más que hacer: su indigna iba a morir igualmente.

Ivy, con el rostro sereno y por fin calmada, se da la vuelta, mirando hacia donde estamos nosotros. Pero no nos ve. Ahora mismo, en sus ojos solo se reflejan las llamas azules y un resquicio de resignación que guía su último silencio. Camina hacia el fuego y, como quien se encuentra con un viejo amigo, se funde en un cálido abrazo con él hasta que desaparece por completo. La línea de fuego se acerca al centro, cerrándose todavía más, y alcanza la montaña de espadas y todo tipo de hojas, que se desintegran en el aire y se convierten en arena del desierto.

Los cuatro supervivientes se quedan mirando el punto en el que las llamas han consumido a Ivy. Caleb sonríe y cambia la espada de una mano a otra, quitándole la tela de su camiseta con la que estaba empuñando el mango.

—Bueno, una menos —comenta.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —le espeta Serenity. Me sorprende ver el cambio de actitud que ha habido en ella desde la primera prueba hasta hoy.

Un minuto.

Caleb levanta el dedo, haciendo énfasis en la voz de El Magno que acaba de escucharse.

—Precisamente por esto. Porque, tarde o temprano, tenía que pasar. Y nos ha hecho un gran favor llevándose con ella a Alaric Quell. —Caleb sostiene la espada con más fuerza, la levanta en el aire y apunta directamente a Theo—. Solo quedan unos segundos... ¿Me dará tiempo a eliminar un poquito más de competencia?

Theo chilla y corre al otro extremo del cuadrado, buscando alejarse de Caleb, pero el área es cada vez más pequeña y Caleb abarca casi todo el espacio cuando extiende la mano y la espada.

—¡No quiero morir! —grita el pequeño.

A pesar de sus súplicas, creo que ahora empiezo a entender por qué Eleanor escogió a Theo. A lo largo de todo el torneo, ha demostrado más madurez que muchos otros participantes.

—Vaya, qué casualidad. Precisamente, eso es lo que ha dicho Ivy hace unos minutos.

Y, con esas palabras, Caleb asesta varios cortes al aire. Algo dentro de mí quiere que Theo sobreviva, aunque sé que eso solo beneficiaría a Eleanor Ravenscroft. Pero, si el niño tiene que morir, que por lo menos no lo haga a manos de Caleb.

Me sorprende que no vaya detrás de Hazel ni de Serenity. De hecho, prácticamente las ha ignorado durante toda la prueba. Eso me preocupa, porque quiere decir que tendrá algo planeado para ellas en la última.

Treinta segundos.

—Por favor, ¿es que esto no va a terminar nunca? —se queja Eleanor en voz alta, como si eso fuera a acelerar el reloj.

El cuadrado de fuego se cierra cada vez más, hasta que apenas queda hueco para los cuatro. Caleb sonríe. Parece que ha estado esperando años a este momento y que, por fin, ha llegado. Theo, atrapado, se esconde detrás de Serenity y Hazel. Veo cómo esta última lo sujeta a sus espaldas, para que Caleb no lo pueda alcanzar. Serenity se pega a ella, creando un escudo humano para protegerlo en estos últimos segundos. A pesar de todo, me temo lo peor.

—Bueno, tendrá que ser así, entonces —se resigna Caleb.

Todos nos quedamos en silencio mientras levanta la espada en el aire. Por un momento, siento que va a dudar, que no lo va a hacer. El temblor en sus manos y la forma en la que titubea me hacen pensar que, por mucho que hable, no tiene la fuerza de voluntad para matar a sangre fría a alguien que fue tan importante en su vida, incluso si ha perdido casi todos los recuerdos que tenía con ella por culpa de la tercera prueba.

Aguanto la respiración como si pudiera evitar la tragedia que está a punto de suceder. Y entonces Caleb grita y baja la espada con fuerza, apuntando directamente a Hazel. Pero en el instante en el que la hoja está a punto de rozarla, destellando por la luz del sol, la espada se desvanece al mismo momento que lo hace el cuadrado que tienen alrededor. El puño de Caleb cae sobre la chica, pero ninguna cuchilla le atraviesa el cuello.

La cuarta prueba ha llegado a su fin.

40

MARLOWE

Todo a nuestro alrededor se disuelve y, de pronto, vuelvo a estar en mi casa. Aparezco tumbado en la cama, boca arriba, con la misma ropa con la que salí hace unas horas y empapado de sudor del falso desierto. Me levanto de un salto y bajo las escaleras a toda prisa hasta llegar al cuarto de Hazel. Escucho su respiración agitada desde el umbral de la puerta y paso sin llamar ni pedir permiso, apresurándome hasta llegar a su lado.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —le pregunto, frenéticamente.

Tomo su cara entre mis manos enguantadas y la recorro de arriba abajo, buscando una sola señal que me indique que está herida.

Ella todavía parece ver en sus ojos la espada bajando hacia su cuello, unos instantes antes de desintegrarse y convertirse en la arena del desierto.

—S-Sí, sí.

—Enséñame el cuello —le pido.

Ella obedece, pero no hay rastro de ningún corte.

—Estoy bien, no me llegó a dar —responde. Las manos le tiemblan mientras se tapa el cuello, tocándolo para asegurarse. Los dos estamos todavía empapados de sudor, aunque dentro de la casa

habrá, por lo menos, veinte grados menos que en el escenario de la cuarta prueba.

—Lo he visto todo desde el otro lado del fuego —le explico, alejándome de la cama y caminando por la habitación para deshacerme de toda la adrenalina, producto del miedo.

El corazón me bombea acelerado, tanto que escucho su latido en los oídos.

—¿Estabas ahí?

—Sí, estábamos todos los mentores, pero no nos podíais ver.

Hazel mueve la cabeza de lado a lado.

—No...

Todavía tiene la voz tomada.

—Pensaba que ese imbécil te iba a matar —le digo, apretando los puños.

Me quedo plantado en mitad de la habitación, sin saber qué más hacer. Si yo estoy inquieto, no me imagino cómo estará ella, pero intento relajarme para no contagiárselo.

—Ha pasado todo... demasiado rápido —susurra, como en trance —. Es como si hubiera parpadeado y estuviera de vuelta en la habitación. Ha sido como... una pesadilla.

Trago saliva, incómodo.

—T-te dejaré descansar... —me despido.

—¡No! —exclama más alto de lo que ella misma pretendía y volviendo a la realidad de golpe—. Quiero decir... ¿Tu madre está en casa?

No entiendo a qué viene su pregunta.

—No creo. Seguramente seguirá con mi padre. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque... Esto va a sonar muy raro, pero ¿podrías quedarte un rato? Yo... no quiero estar sola.

Su petición me pilla completamente desprevenido, pero algo dentro de mí agradece que la haya formulado.

—Sí..., claro.

Me quedo de pie en el centro de la habitación, expectante.

—Puedes invocar una silla, si quieres. Yo no puedo hacerlo —me responde, levantando el brazo y señalando el tatuaje que la marca como mi campeona. Una sensación de agobio me recorre el cuerpo al recordar ese momento. Desde que Hazel lleva el tatuaje, no ha podido utilizar la magia para nada, ni siquiera para cosas tan sencillas como dar vueltas a una cuchara en el café.

—Sobre el tatuaje...

—No hace falta que digas nada.

—Siento mucho habértelo hecho.

Mi disculpa se queda flotando en la habitación. Miro a Hazel, intentando que entienda, sin decirlo en voz alta, que muchas de las cosas que he hecho en el pasado no han sido porque las quisiera hacer, sino porque no me ha quedado otra.

—No tenías otra opción, supongo.

—No.

Trago saliva. Hazel me observa como si pudiera leer a través de mí. En esta ocasión desearía que lo hiciera.

—¿Por qué luchaste en el lado de los segadores?

—¿Qué? —respondo, de una forma más grave de lo que pretendía.

—Creo que la pregunta es bastante obvia.

—Es que no me la esperaba. Y creo que la respuesta también lo es, ¿no?

Pero Hazel, todavía en la cama, se encoge de hombros. Yo vuelvo a caminar, intentando encontrar una forma sencilla de decir las cosas, pero ni yo mismo he puesto en orden mis pensamientos desde que empezó este maldito concurso. Por supuesto que me he cuestionado mi pertenencia a los segadores, sobre todo desde que estalló la guerra, pero tenía miedo de tan solo pensarlo.

—Entre la guerra y El Ascenso he visto morir a tanta gente que ya he olvidado los motivos por los que estoy en un bando.

Hazel parece un poco sorprendida por mi respuesta.

—¿No te da miedo que tu madre aparezca por la puerta y te cuelgue por lo que acabas de decir? —Al principio suelta la frase como si fuera una broma, pero enseguida se da cuenta de que ha sido un error. Me imagino que la imagen de mi madre quemándome las manos en el pasillo se vuelve a reproducir en su mente a medida que pasan los segundos. Puedo notarlo por la forma en la que me mira las manos enguantadas y le cambia la expresión—. Perdona, no quería decirlo así.

—No pasa nada —respondo. Y es verdad. No me molesta que lo diga—. La verdad, no me avergüenzo de aguantar lo que me ha hecho, lo he soportado desde que era un niño, pero sí de nunca haber hecho nada. Pero pasaron los años y, por raro que suene, convertí ese dolor en un catalizador de mi frustración y soledad. Además, muchas veces me decía a mí mismo: ¿y si mi madre ingenia otro castigo que me duela todavía más y me arrepienta de haberme quejado de este?

Miro a Hazel, esperando una reacción más bien abrumada por toda la información personal que acabo de compartir en un momento. Pero, en su lugar, me mira con comprensión.

—¿Por qué me estás contando esto?

Le sostengo la mirada, pero no de una forma desafiante, sino sincera.

—No lo sé, Hazel. Prefiero no hacerme esas preguntas porque no sé si estoy preparado para afrontar las respuestas. Es como si todo lo que he sido, soy y seré estuviera siempre fuera de mi control. Todas las respuestas tienen un denominador común, pero no quiero indagar en ello.

Ella asiente y por un momento nos quedamos en silencio. Hazel se muerde el labio inferior, como si se estuviese aguantando las ganas de decir algo que sabe que no será bien recibido. Finalmente, la prudencia pierde la batalla.

—Enséñame las manos.

Aprieto los puños en cuanto escucho su petición.

—No.

—Marlowe, enséñamelas.

—¿Qué más te da?

—Quiero ver si están mejor, eso es todo.

Bufo.

—¿Para qué? No puedes hacer magia, ni tienes una poción que pueda aliviarme —me pongo a la defensiva.

—Está bien. Déjalo.

De nuevo vuelve a reinar el silencio entre nosotros. Al otro lado de la ventana, una tormenta amenaza con desatar toda su fuerza sobre la casa. Un trueno hace retumbar los cristales. Miro a través de ellos y me pierdo en los setos, que se mecen con el viento.

—Creo que nunca te di las gracias por salvarme la vida el otro día —dice de pronto—. Y tampoco te pedí perdón. No sé en qué estaba

pensando.

—No tienes que dar explicaciones. —Por su expresión, sé que ese tono de voz cortante es más impostado que real—. Además, hice lo que habría hecho con cualquier otra persona. Solamente me impactó porque...

El cielo ruge de nuevo e interrumpe mi frase.

—¿Por qué? —pregunta Hazel.

—Es difícil de explicar.

—Tenemos tiempo —dice ella.

Yo no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—¿En serio?

Hazel se incorpora en la cama, casi enfadada.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —le digo enseguida—. No sé, simplemente que hemos estado años sin hablarnos, que ya nuestros padres no escondían la animadversión entre ellos, y ahora estás aquí pidiéndome que me abra y te cuente todos mis traumas.

Ella también se ríe y puedo entrever un toque de redención en su rostro.

—Marlowe, tampoco es que tenga muchas más personas con las que hablar. Mis padres han muerto. Mi hermano también. La mayoría de la resistencia ha huido, ha muerto, se han vuelto locos o están traumatizados. Y yo creo que estoy entre los dos últimos grupos.

—Buen resumen —le digo, intentando que el ambiente no se vuelva a oscurecer.

Nos quedamos en silencio, observándonos, y no sé si la conversación ha terminado o es uno de esos momentos de calma

antes de la tormenta, la pausa antes de volver a discutir con ella. Pero la verdad es que ya no tengo ganas de seguir peleando.

—Hay algo que me sorprende de ti y, si no te lo digo, reviento —prosigue Hazel.

—Ilumíname.

—Es como si dentro de ti habitaran dos personas diferentes. Por un lado está el Marlowe insoportable, que viste como si fuera a un funeral y que es incapaz de llevar la contraria a sus padres. Diría que incluso de expresar su opinión. Ese Marlowe está amargado, apagado, como si alguien le hubiera pulsado un botón, le hubiera anulado la personalidad y lo hubiera convertido en una marioneta. De hecho, esa persona no es realmente Marlowe, sino Malenfant, a secas.

Inclino la cabeza, entre enfadado y divertido.

—¿Algo más? ¿Algún otro adjetivo que quieras añadir antes de pasar al otro Marlowe?

—No sé, es que... Cuando eres así, me resultas indeseable. Por gente como tú la farsa de los segadores, la Muerte y todo ese odio hacia los que llamáis indignos ha seguido transmitiéndose de generación en generación. Ese Malenfant es parte del problema.

—Ahora es cuando dices que el segundo es peor.

—¿Ves? —exclama ella, con una voz ligeramente más aguda y una sonrisa en el rostro—. Ese es el otro Marlowe.

La conversación sobrevuela un tema del que no me siento preparado para hablar, pero que Hazel ya ha intuido. El corazón se me acelera y me obligo a mí mismo a justificarlo como las últimas trazas de adrenalina en mi cuerpo después de presenciar la cuarta prueba.

—No sé a qué te refieres —le respondo, dándole la espalda.

—Al Marlowe que quiere ser algo más que una presa en un nido de serpientes. ¿Cuántas personas lo han visto? ¿Cuánta gente te ha conocido de verdad, Marlowe?

Sus palabras escuecen más que cualquier quemadura de mi madre, pero me obligo a mantener un semblante impasible. No puedo dejar que vea que ha conseguido resquebrajar la coraza que llevo tantos años construyendo.

Me giro hacia ella y la observo con una mezcla de humor y acritud.

—Siento decirte, Hazel, que no hay otro. Esto es lo que soy.

Sus labios parecen querer añadir mucho más, pero supongo que la parte de ella que estaba luchando por entenderme ha desistido. Y el alivio que debería sentir se retuerce en mi pecho hasta que duele.

—¿Sabes por qué te elegí, Hazel Greenleaf? —añado sin saber muy bien por qué—. No fue por tu inteligencia, ni por tu cabezonería para hacer las cosas bien, ni por buscar un trofeo de guerra después de lo que hizo tu hermano. Fue porque vi en ti la misma oscuridad que hay en mí. Vi tus miedos en los míos, incluso viniendo de bandos distintos. Vi tu soledad en la mía. Y, por algún motivo, pensé que algún día podría ver también tu valentía dentro de mí.

Su mirada me recorre como si fuese un acertijo que resolver. El hechizo más complejo del mundo resistiéndose a su ejecución, habitualmente impecable.

—¿Y lo has conseguido? —pregunta con la voz tomada.

—Supongo que tarde o temprano lo averiguaremos.

41

HAZEL

Empieza a llover. Las gotas de agua golpean con fuerza el cristal mientras las palabras de Marlowe todavía flotan en el aire. Una ráfaga de calor me recorre el cuerpo y siento que me arden las mejillas.

Todo este tiempo he querido creer que Marlowe era un producto más de sus padres, una réplica perfecta de su conducta y sus ideales para mantener vivo el legado Malenfant. Ahora me doy cuenta de que hay algo más debajo de todas esas capas vacías.

Pienso en Serenity y en cómo me gustaría que estuviera aquí, escuchando esta conversación en persona. Entonces, recuerdo la nota que coló en la cinturilla de mi pantalón. El pulso se me acelera y busco una escapatoria rápida para leerla cuanto antes.

—Necesito ir un momento al baño —me excuso.

Salgo de la habitación, dejándolo solo y me escondo en el baño de baldosas azules. Apoyada contra la puerta, saco el papel y lo desdoblo. Es tan pequeño que me da miedo romperlo. Algunas palabras se han borrado, la tinta se ha movido por culpa del sudor y del calor asfixiante del desierto. Pero, aun así, la mayoría es legible.

Hazel, he encontrado una forma de escapar de la mansión Aurigae. Si en la quinta no estoy, es que lo he conseguido y estaré a salvo. Tranquila. Búscame el primer jueves de cada mes donde nos conocimos de verdad. Gana por mí.

El corazón me late en los oídos y siento que me voy a marear. «Escapar». La incertidumbre de no saber nada más me mata, pero sé que tengo que confiar en mi amiga. Cojo aire varias veces, tratando de relajar mis pulsaciones. Me imagino una quinta prueba en la que ella no esté... y la posibilidad de ganar y que ella me esté esperando fuera.

Sus indicaciones y las dos palabras subrayadas me hacen sonreír. Entonces, una sensación de tranquilidad me abraza. Lo conseguirá, estoy segura. No se arriesgaría si no lo tuviera claro. Y, aunque yo no gane, ella podrá sobrevivir. Desde el principio he tratado de evitar pensar en que solo una de nosotras saldría adelante, y ahora se acaba de abrir la posibilidad de que no solo ella pueda salvarse, sino quizá las dos.

Vuelvo a leer la nota, tratando de memorizar cada palabra, cada línea y cada signo de puntuación, para después romperla en mil trozos, tirarlos por el váter y verlos desaparecer para siempre.

Con una nueva energía, salgo del baño y regreso a mi habitación, deseando que Marlowe siga ahí. Ahora que las cosas han cambiado, lo necesito de mi parte, con un mismo objetivo.

—Me gustaría que ganaras El Ascenso —rompo el silencio con contundencia, justo después de atravesar el umbral de mi puerta—. Con la victoria, podrías negarte a seguir con el legado de tu familia.

Podrías empezar un nuevo orden mágico, ¿no te das cuenta? Puedes cambiar las cosas, Marlowe.

Pero él agita la mano en el aire.

No lo quiero presionar, siento que ambos ya hemos tenido demasiado hoy, pero la conversación ha llegado a un punto que no sé si podré volver a alcanzar en el futuro.

—Solo piénsalo, Marlowe. Si ganamos, podrías decidir, hacer lo que tú quieras sin la presión de nadie. Así lo dijo Magnus.

Me doy cuenta de que Marlowe no hace una mueca cuando menciono el nombre de El Magno tal y como lo hacemos los rebeldes: usando su nombre común, sin enaltecerlo.

Sin embargo, sigue sin aceptar lo que le digo como una posibilidad. Niega con la cabeza, con una leve sonrisa, como si mi propuesta fuesen las palabras de una niña pequeña a la que le pesa más la ilusión que la realidad.

—Ganaremos El Ascenso, sea como sea —murmura él, de todas formas—. Las posibilidades son muy altas ahora que hemos llegado al final. Solo hay que solucionar el tema de Alec.

Solucionar.

—¿Qué pasa con Alec?

Entonces lo entiendo antes de que responda. Su amigo ha sido su aliado, por ahora, pero en la última prueba solo puede quedar uno. No se me pasa por la cabeza revelarle el contenido de la nota de Serenity, pero algo me hace pensar que, si ella no está, quizá Alec tampoco aparezca en la quinta prueba y quede descalificado.

—¿Qué pasa con Serenity? —responde él, imitando mi frase.

No desvelo mis cartas. Simplemente me quedo en silencio mientras la tormenta sigue golpeando las ventanas. La luz del rayo

atraviesa la habitación, rompiendo la tensión en dos.

—¿Sabe tu madre que fuiste a mi casa a por el diario? —cambio de tema, recostándome en la cama y volviendo a nuestras posiciones habituales.

Marlowe inclina la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Así que la desobedeciste.

—Técnicamente nunca dijo que no fuera a tu casa para buscarlo —aclara él.

—¿Sabe que has dormido aquí, en mi habitación? —insisto.

—Sí, y que te tapé y te di un beso de buenas noches.

—Muy gracioso. No le estás contando que nuestra... —busco la palabra más adecuada— dinámica ha cambiado. ¿Por qué?

Marlowe se encoge de hombros.

—No quiero que lo malinterprete. Aunque, como has visto, para ella el fin siempre justifica los medios. Para ser sincero, al principio me dijo que hiciera lo que tuviera que hacer para ponerte de mi lado si con eso conseguía que ganaras El Ascenso.

Levanto las cejas.

—Vaya, esa tuvo que ser una conversación interesante. Apuesto a que te sugirió, incluso, que trataras de seducirme.

Él esboza una media sonrisa y sé que he dado en el clavo. Gwendoline Malenfant será muy calculadora, pero sus cuentas se intuyen a kilómetros de distancia.

—Como a todo el internado, a ella también le llegaron rumores.

Inclino la cabeza.

—¿Rumores?

Ahora es Marlowe el que parece confundido. Cruza los brazos a la altura del pecho y me observa, enderezándose para dejar de apoyarse en la pared.

—No tengo ganas de juegos, Hazel. Me voy a mi habitación.

—¿Qué rumores? —insisto.

Él coge aire, como si esta conversación estuviera acabando con su paciencia.

—¿En serio vamos a hablar de esto? Pensé que podríamos convivir hasta la última prueba sin tocar este tema.

Por un momento me siento perdida, como si hubiera pasado algo delante de mis narices, pero no recordara haber estado presente.

—Seguramente lo habré olvidado. Tercera prueba, ¿recuerdas?

Pero Marlowe no parece convencido.

—¿No estaba eso en tu diario?

Suspiro, perdiendo la paciencia.

—Marlowe, ¿me puedes decir de qué estás hablando?

—¿Leíste todo el diario? —me pregunta en su lugar.

—Sí, varias veces. ¿Por qué?

Sus hombros se vuelven a tensar y, por un momento, tengo miedo de que regrese Marlowe Malenfant, con nombre y apellido.

—¿No había nada sobre la noche de Halloween de décimo curso?

Ahora lo entiendo.

—En el diario no ponía nada —le explico.

Marlowe no se mueve y yo tampoco. Entonces, su cuerpo se activa y comienza a caminar hacia la puerta. Tardo un segundo en reaccionar, pero doy un salto y me bajo de la cama. Corro hacia el umbral y me pongo justo delante, con los brazos estirados, abarcándola con todo mi cuerpo para impedirle que pase.

—Dímelo.

—Hazel, por favor, apártate. No quiero *tocarte*.

En otro momento me lo habría tomado como un ataque. Ahora, después de haber notado el cuero que envolvía sus dedos contra mi piel hace apenas unos minutos, sé que esa aversión nace de un lugar completamente diferente.

—Dímelo y te dejaré pasar.

Marlowe aprieta las manos dentro de sus guantes.

—¿En serio te vas a poner como una niña de seis años porque no te lo quiero decir?

—¿En serio te vas a poner como un niño de seis años porque no me lo quieres decir?

Me mantengo firme en la puerta porque sé que no la traspasará mientras yo esté aquí. Marlowe bufa, me da la espalda y se aleja de mí.

—Y no vale que te lo inventes —le advierto.

—En serio, eres insoportable.

—Y tú un gilipollas. ¿No te das cuenta de que lo quiero saber porque perdí gran parte de mis recuerdos hace unos días? ¿O se te había olvidado a ti también? Recuperé muchos con el diario, sí, pero todavía hay huecos en mi mente. Todavía escucho un pitido agudo cada vez que intento indagar en las lagunas que se han creado.

Él me observa en silencio y eso me hace sospechar que se lo está pensando. Una parte de mí se prepara para lo peor, porque un secreto así de potente no va a ser fácil de digerir. Si no, me lo habría dicho a la primera, pero se niega a soltarlo y se pone a la defensiva con cada intento.

—Está bien.

Asiento. Marlowe se toma su tiempo, no sé si por fastidiarme o porque no sabe cómo empezar. Después de unos segundos con la tormenta de fondo, por fin, lo revela.

—Por muy surrealista que te parezca, tú y yo nos besamos en décimo.

—¿Qué? —se me escapa.

Tiene que ser una broma. Le concedo unos segundos para que se ría de mí, me diga que todo es mentira y que tendría que ver mi cara..., pero eso no sucede.

—Sí, en la fiesta de Halloween de Olivia Pembroke. Pero fue solo un juego.

Abro la boca para seguir preguntando, pero no sé hasta dónde quiero saber. De hecho, no quiero saber nada. Siento un calor que me sube por el cuello y se instala en mis mejillas, y rezo para que no cambien de color y me delaten.

—No... no lo recordaba.

Marlowe inclina la cabeza.

—Pues ahora ya lo sabes. ¿Puedo pasar?

Me muerdo el labio.

—Si el rumor llegó hasta tu madre..., entonces Caleb también se enteró —le digo. Esta vez no es una pregunta. Poco a poco, las piezas comienzan a unirse en mi mente.

Si es así, conociendo a Caleb, ahora que estoy viviendo en la mansión Malenfant, no me puedo imaginar lo que pensará que estoy haciendo con Marlowe. Aunque también cabe la posibilidad de que en la tercera prueba lo olvidara todo. ¿Serenity lo borraría también de sus recuerdos? Un montón de preguntas se acumulan, unas encima de otras, y siento que la cabeza me va a explotar.

—Bueno, fue la comidilla del internado durante un tiempo. Así que sí, estoy seguro de que se enteró.

Cierro los ojos al mismo tiempo que un recuerdo comienza a reconstruirse en mi mente. La habitación de Olivia, la bebida que preparó, una vela en el centro...

—¿Me puedo ir ya? ¿O voy a pasar ahora a ser yo tu prisionero?

Todavía sumida en algún rincón de mi mente, me aparto para que Marlowe se vaya. No le hago más preguntas ni me despido de él. Ni siquiera escucho sus pasos cuando se aleja, ni la puerta cuando la cierro y me quedo sola en mi habitación. Simplemente me arrastro hasta la cama, me dejo caer encima de la colcha y empiezo a intentar ponerlo todo en orden. Sin embargo, el cansancio acumulado hace que me quede dormida.

Esa noche sueño con el fuego de la cuarta prueba, con sangre de vampiro y con labios que saben a whisky.

42

HAZEL

Por algún motivo que desconozco, El Ascenso parece ponerse en pausa durante unas semanas. A veces me pregunto si es porque Magnus quiere que nos preparemos para lo peor, que les demos mil vueltas a todas las posibles opciones con las que podremos encontrarnos en la quinta prueba. Sea como sea, su estrategia surte efecto, porque no puedo dejar de pensar en Serenity y en si habrá logrado huir. Quiero pensar que Marlowe me lo habría dicho si ya hubiera pasado, pero no la ha mencionado en varios días. Yo tampoco quiero hacerlo, porque, aunque nuestra dinámica ha cambiado y ahora podemos hablar como personas adultas, no quiero ponerla en peligro.

Por lo menos, he encontrado una especie de rutina que me hace la espera más llevadera. Los días siguen pasando en la mansión Malenfant como si cada uno fuera un calco del anterior. Por las mañanas aprovecho para dar un paseo por los jardines. Con suerte, no hay tantas nubes. El verano se acerca, pero todavía parece resistirse al paso del tiempo. No hay ningún día en el que el cielo esté completamente despejado, aunque el sol se deja ver un par de veces a lo largo de la semana. Cierro los ojos y dejo que sus rayos

toquen mi piel cuando me sorprende en uno de mis paseos. Aprovecho este rato para relajarme y que mi mente descanse del bucle de pensamientos sobre El Ascenso y mi familia. No sé cuánto tiempo ha pasado desde la muerte de Jack, pero desde que empezó el torneo la siento lejana.

Me acomodo en el césped y me tumbo sobre la hierba. Me sorprende sentirla mullida. El sol abraza mi cuerpo y me acaricia con su calidez. No recuerdo la última vez que sentí una muestra de afecto físico espontánea, sin el miedo de no saber si sería la última: un abrazo de mis padres, la mano de mi hermano sobre mi hombro, apoyarme en el regazo de Serenity en los descansos entre clase y clase… Trato de recordar los buenos momentos que he vivido en el internado, de centrar mis pensamientos en momentos positivos para no sucumbir a la oscuridad de los huecos en mi memoria. Estos últimos días esa ha sido mi principal actividad con Marlowe. Después de comer, cuando Gwendoline se marcha a la mansión Aurigae para visitar a Damascus, Marlowe viene a mi habitación y me ayuda a recuperar los recuerdos que no sabía que había perdido. Por supuesto, no compartimos demasiados, pero hablar con él es como plantar una semilla. A veces dice algo que, poco a poco, si tiro del hilo de pensamiento, como si de una madeja enredada se tratase, consigue acercarme al lugar en el que la tercera prueba parece haberlos encerrado. El pitido sigue ahí cada vez que intento echar la vista atrás y rellenar algunas lagunas, pero cada vez suena más bajo. Por las noches se queda a dormir en mi habitación, justo debajo de la ventana. He intentado aguantar despierta hasta que él se duerma, pero nunca lo he conseguido. Siempre termino

rindiéndome primero y, cuando me despiertan las *mirrorem*, él ya no está ahí.

El resto del tiempo actuamos como dos completos desconocidos. Si Gwendoline está cerca, no cruzo una palabra con Marlowe. Casi ni me atrevo a mirarlo, por si acaso. Ella a veces me hace alguna pregunta, siempre relacionada con El Ascenso, y suele ignorar a su único hijo, cuya presencia parece molestarle incluso más que la mía.

Giro la cabeza hacia la mansión, todavía con los ojos cerrados, y me siento observada. Podría ser el basilisco de camino al lago, pero habría escuchado su pesado cuerpo moviéndose por la hierba. Me debato entre si abrir o no los ojos. No me molesta que me mire mientras estoy aquí tumbada. Marlowe ya me ha visto dormida, teniendo pesadillas e incluso en mi peor momento… Siento un cosquilleo en la piel por culpa del sol. Me incorporo y abro los ojos, mirando fijamente hacia la mansión. Me cuesta unos segundos acostumbrarme a la luz, pero juraría que unas cortinas en la tercera planta se mueven, como si alguien acabara de esconderse detrás de ellas.

Regreso al interior y voy directa a mi habitación. Sobre la mesa hay una bandeja de comida esperándome. En los últimos días las raciones se han vuelto más contundentes. Me siento y cojo la cuchara para empezar por la sopa, que todavía está caliente, y después paso al filete con patatas. De postre, además de una manzana verde, hay un trozo de lo que parece ser un bizcocho de limón. Dejo la cuchara y lo cojo con las dos manos. Me lo acerco a la cara para olerlo y una voz proveniente de la puerta me sobresalta.

—¿No te han dicho que el postre es para el final?

Marlowe Malenfant está apoyado sobre el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión tranquila en el rostro.

—¿Dónde está…? —le pregunto.

No hace falta que termine la frase. Ambos sabemos a quién me refiero.

—Hoy se ha ido antes.

Marlowe separa el hombro del marco de la puerta y camina hacia mí.

—¿Por qué?

Gwendoline Malenfant es una mujer extremadamente controladora. Un cambio en su rutina me inquieta, pero tengo la sensación de que Marlowe está tranquilo.

—A veces lo hace, pero no quería venir antes por si acaso regresaba y nos pillaba aquí…

—¿Confraternizando con el enemigo? —termino la frase.

Marlowe esboza una media sonrisa.

—Come, anda.

Le hago caso y me termino la sopa mientras él se apoya sobre la mesa con actitud relajada. Observa detenidamente sus guantes mientras paso al segundo plato. Así, en silencio, llego a la manzana, que me guardo para después, y por último al bizcocho.

—¿Y esto? —le pregunto.

Marlowe se encoge de hombros.

—Lo he robado de las cocinas para ti. Hace unos días dijiste que en uno de los pasajes de tu diario habías escrito sobre el bizcocho de yogur y limón que preparaba tu madre. Sé que no es lo mismo, pero cuando lo he visto he pensado en… —Marlowe carraspea—. He pensado que te gustaría.

Le doy un mordisco pequeño, solo para que me dure más. Aunque el sabor no es el mismo que el de mi madre, la sensación del dulce esponjoso en mi boca casi hace que se me salten las lágrimas. Doy un segundo mordisco y lo pillo mirándome de reojo. Aparta la mirada enseguida.

—Está muy bueno. Gracias.

Él asiente.

—¿Qué quieres hacer hoy? Podemos ir a la biblioteca —sugiere Marlowe. Se aleja de mí y se sienta a los pies de la cama ahora que he terminado. Yo me doy la vuelta en la silla, meditando la respuesta.

Tengo que admitir que siento una cierta tranquilidad ahora que hemos adoptado esta rutina. Nuestras tardes suelen transcurrir siempre igual, ya sea en mi habitación, rememorando escenas de Stonefell o cosas que aprendimos en clases que he olvidado tras la tercera prueba, o en la biblioteca, revisando los pocos libros que se salvaron de las inundaciones de las últimas semanas antes del final de la guerra.

—Hoy… —murmuro. Las opciones no son muchas, pero me gustaría hacer algo diferente—. ¿Por qué no me cuentas algo de ti? Siempre repasamos mis recuerdos, pero hay un montón de cosas que no me has contado. Por ejemplo, cómo viviste Stonefell desde tu punto de vista. O qué hacías en las vacaciones de verano.

En el momento en el que digo esas palabras, me doy cuenta de que va a ser tan difícil para él como lo ha sido para mí con mis propios recuerdos.

—No eran veranos muy interesantes —confiesa él—. Los pasaba fuera de casa. Recuerdo que, en realidad, quería quedarme aquí

porque me gustaba observar a las criaturas durante esa época. En los días más cálidos, mi madre ampliaba el perímetro mágico de seguridad de la casa y los dejaba salir a beber agua al lago. Pero eso quizá pasaba una o dos veces al año. A los pocos días de acabar el curso, nos íbamos. Mi madre volvía a veces para controlar a las criaturas, aunque Aaron Aurigae le echaba una mano cuando estábamos fuera.

—¿Alguna vez te encariñaste de alguna? —le pregunto.

Marlowe esboza una sonrisa y yo le apunto con el dedo.

—¡Eso es un sí! —exclamo—. ¿Tenías una mascota o algo así?

—No, para nada. Mi madre no me dejaba. Solo podía verlos desde mi habitación, así que, como te podrás imaginar, mi contacto con ellos era nulo. A veces Alec me daba mucha envidia. Él se había metido de lleno en el mundo de la elaboración de pociones, conocía los entresijos del negocio de su familia. En verano, se ponía a trabajar etiquetando frascos o detectando anomalías en el color de las pociones que estaban a punto de caducar. Era como si… contaran con él. Yo, mientras tanto, me contentaba con mirar los kelpies por la ventana.

Doy un último mordisco al bizcocho y me lo termino. Espero a que Marlowe diga algo más, pero se queda ahí, atascado en ese recuerdo. Casi puedo verlo sobrevolando alrededor de su cabeza.

—¿Te gustaban los kelpies? —le pregunto, intentando distraerlo del lugar al que sé que está viajando su mente. La pregunta parece animarle.

—Sí, mucho. —Sonríe, y me doy cuenta de que es la primera sonrisa tranquila y real que veo en su rostro—. Siempre pensaba cómo sería bañarme con ellos en el lago. Posiblemente me

descuartizarían, pero cuando tienes once años solo piensas en jugar con ellos en la orilla, incluso te atreves a pensar cómo sería montar sobre ellos y cabalgar sobre su lomo en las aguas… con mi madre gritándome desde la orilla, pero alejándome cada vez más.

Me río al imaginar a Gwendoline fuera de sí, llamando a los kelpies para que traigan de vuelta a su único hijo.

—¿Y el basilisco? ¿Siempre ha estado así de…? —dejo la pregunta en el aire.

—¿Pesado?

—Iba a decir suelto, pero también me sirve terrorífico o amenazador.

Jamás lo reconoceré en voz alta, pero todavía me da pánico cruzarme con esos ojos horribles y su piel escamosa.

—Lleva más años que mis abuelos en esta casa, así que… Sí, es la única bestia a la que me han dejado acercarme desde que era niño. Aunque, siendo sincero, una vez subí al torreón de los cuervos y… no terminó bien.

Me quedo en silencio, esperando a que me cuente la anécdota, pero no sigue hablando.

—¿Te vas a hacer de rogar? —le pregunto, con un buen humor inesperado. No sé si ha sido el bizcocho, que Gwendoline se haya ido antes o que llevemos una semana sin discutir, pero me siento mejor cuando compartimos estos momentos. Una parte de mí me recuerda que no debería disfrutarlos, pero quiero pensar que este es el único entretenimiento que tengo aquí. Eso y que tener cierta confianza con Marlowe me puede ayudar a sobrevivir y a reencontrarme con Serenity cuando todo acabe.

—No.

Se cruza de brazos y evita mirarme a la cara.

—¡Oh, venga!

Me levanto de un salto y me acerco a él, que sigue sentado al pie de mi cama. Me coloco justo a su lado.

—Es muy bochornoso.

—¡Marlowe! —le insisto—. No puedes decirme eso y callarte. No es justo. Además, te has enterado de casi toda mi vida por todas las veces que hemos hablado de mi diario. Ahora te toca a ti.

Él se echa para atrás y se deja caer en la cama. Los muelles se quejan por el peso. Se lleva las manos enguantadas a la cara y se la frota.

—Si no me lo cuentas, me imaginaré lo peor —amenazo.

—Estoy deseando escuchar tus teorías.

Hago como que pienso un segundo. Todavía sigo sentada a su lado mientras él está tumbado, mirando al techo, esperando mis elucubraciones.

—Un día, cuando eras pequeño, fuiste a escondidas al lugar donde tu madre cría los cuervos…

Marlowe se encoge de hombros.

—No vas mal, sí. Es un pequeño torreón que da a la parte posterior de la casa, así que hay que subir unas escaleras de caracol bastante estrechas.

—¡Y te caíste! Aún mejor: te resbalaste con los excrementos y te caíste por ellas.

Pero él niega con la cabeza.

—Incorrecto.

—Bueno, pues paso de seguir pensando. Ya le preguntaré a tu madre.

Eso le arranca una carcajada amarga.

—Un día me escapé para ver los cuervos porque mi madre me había dicho que había nacido uno albino. No paraba de hablarle de él a mi padre, así que en cuanto pude me escabullí para verlo. Lo que no pensé, claro, porque no tenía ni idea, era que estaba acudiendo en el peor momento posible: habían nacido varias crías y además era al atardecer, cuando suelen estar más nerviosos y territoriales. Así que ya te puedes imaginar lo que pasó.

Giro mi cuerpo hacia él.

—Te atacaron.

Él sonríe.

—Más o menos. El nido del cuervo albino estaba en un recoveco muy estrecho y era un poco inestable. Me acerqué para verlo y me imagino que uno de los progenitores lo tomó como una amenaza y me picó.

—¿Dónde? —le pregunto, curiosa.

—Justo aquí. Todavía se nota la cicatriz.

Marlowe se lleva la mano a la barbilla, pero no recuerdo haber distinguido antes ninguna marca en su cara. Sin pensarlo demasiado, me tumbo a su lado, dejándome caer muy cerca de su mentón, y busco una pequeña marca que revele que su historia es real. Me obligo a mirarlo a la barbilla y esquivar su boca, pero justo cuando me parece intuirla, el cuerpo de Marlowe se pone rígido. Siento una opresión en el pecho al darme cuenta de lo cerca que estamos, lo que me hace contener la respiración a la vez que él se levanta de la cama. Todo pasa tan rápido que no me da tiempo a reaccionar.

—Mi madre ha vuelto. He escuchado la puerta.

—Vete —le digo, todavía con el corazón en un puño.

Marlowe camina hacia la puerta con paso decidido. Cada segundo que pasa es un riesgo a que su madre nos pille hablando.

—Mañana abrígate bien —me dice él, parándose un instante junto a la salida y mirándome fijamente—. Te llevaré a la torre de los cuervos.

Y, sin más palabras que esa última promesa, desaparece por la puerta.

43

HAZEL

La tarde se me hace más larga que las demás ahora que Gwendoline Malenfant ha regresado antes de tiempo. Releo uno de los libros que Marlowe me recomendó y no puedo evitar sonreír cuando descubro por qué es uno de sus favoritos. El protagonista tiene un encuentro con un kelpie y juntos deciden emprender un viaje en las profundidades de un lago mágico. Es una historia infantil muy bonita y con final feliz.

Me quedo dormida leyendo el libro, esperando a que aparezca en algún momento, pero no lo hace. Es la primera noche en más de una semana que no se queda conmigo. Algo me hace pensar que llegará cuando esté dormida, quizá por eso me descubro despertándome varias veces durante la noche y buscándolo en la oscuridad. Pero las horas siguen avanzando y no hay rastro de Marlowe. De hecho, la casa está especialmente silenciosa, como si me hubiera quedado sola en esta enorme mansión. Me desvelo por última vez con los primeros rayos del sol ya asomándose por el ventanal de mi habitación. Sigo sin encontrar un solo indicio de que haya pasado la noche aquí. A veces, cuando me quedo dormida con un libro entre las manos, lo recoge y lo deja sobre la mesa. Pero hoy

el libro del kelpie y el niño siguen en el mismo lugar donde lo dejé anoche, entre las sábanas.

Trato de no preocuparme mientras pasan las horas. Paseo por el jardín dando vueltas en círculo, me doy un baño e intento centrarme en la lectura, pero soy incapaz. Mi mente vaga una y otra vez hasta él sin motivo aparente. Las chicas me sirven la comida en su habitual silencio. Me entran ganas de interrogarlas, pero sé que sabrán lo mismo que yo. Además, me da rabia admitir que estoy nerviosa, quizá incluso un poco paranoica. ¿Desde cuándo me preocupo tanto por él? Hemos construido una rutina en los últimos días, sí, pero Marlowe tendrá su propia vida. Es posible que haya salido a hacer algún recado con su madre o que estén preparando algo para la quinta prueba. No lo sé. Aun así, no puedo evitar mirar la puerta esperando a que venga a buscarme para llevarme a ver el torreón de los cuervos.

El momento que compartimos anoche, cuando me dejé caer demasiado cerca de él, todavía me persigue.

Cansada de esperar, me obligo a terminar el libro que dejé a medias y me meto en la cama en cuanto el sol comienza a ponerse en el horizonte. Las cuatro paredes de mi habitación comienzan a pesarme ahora que he pasado este día completamente sola.

Al final, por puro cansancio o por aburrimiento, me quedo dormida.

Dos días más se repiten en el mismo absoluto silencio.

No sé qué hora es cuando una voz me despierta, diciendo mi nombre.

—Hazel.

Es de noche. Huele a comida. Las chicas *mirrorem* me habrán traído la cena. Me incorporo en la cama, todavía en el mundo de los sueños, y enciendo la luz. Entrecierro los ojos y distingo con dificultades a Marlowe. Está sentado a los pies de mi cama, como siempre.

—¿Qué pasa? —murmuro, parpadeando muchas veces—. ¿He vuelto a gritar en sueños?

Pero no me responde. Me incorporo sobre la almohada y parpadeo un poco más para centrar la vista en él. Es en ese momento en el que me doy cuenta de que está llorando.

—¿Marlowe? ¿Qué pasa?

Agita la cabeza de un lado a otro y se lleva las manos a la cara. Me doy cuenta de que la situación es grave porque no lleva guantes.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabas?

Me despejo en un segundo y me acerco a él. Le pongo una mano en el hombro, aunque me siento rara al hacerlo, y me inclino sobre él.

Tiene los ojos enrojecidos y la respiración acelerada, como si estuviese conteniendo un ataque de pánico. Traga saliva con fuerza y aprieta los párpados como si estuviese reviviendo algo en un bucle que desearía detener. Un par de lágrimas se escapan a su control y sé que dentro, bajo esa coraza impenetrable que ha construido, con muros más altos que los de esta mansión fría y húmeda, una parte de él se ha roto.

—Perdóname. Yo… no sabía a quién acudir —consigue murmurar —. Es mi padre, Hazel. Ha muerto.

44

HAZEL

Sin pensarlo, lo abrazo por la espalda. No le pregunto qué ha pasado, ni siquiera sé si quiero saberlo, pero entiendo su dolor. Y ahora, más que nunca, entiendo sus palabras cuando me dijo que vio su oscuridad reflejada en la mía.

La tormenta sigue rugiendo al otro lado de la ventana, ahogando los sollozos que Marlowe intenta contener sin éxito. Dejo que poco a poco se vaya relajando, sacándolo todo, y me siento extraña por el hecho de que haya decidido venir a contármelo. Pese a todas nuestras diferencias, me alegro de que no tenga que pasar este momento solo. Los ojos se me humedecen al recordar cómo fueron los siguientes días a la muerte de Jack. La tercera prueba no lo borró de mi memoria. A pesar de todo, Caleb estuvo conmigo, me ayudó a huir de un Stonefell derruido y me dio el último frasco de poción *noctilius* que había guardado como oro en paño durante los últimos meses de la guerra.

—Ha muerto, Hazel. Ha muerto —repite.

Puedo reconocer en él la fase de negación, pero sé que también hay un toque de rabia en sus palabras. Por eso, estoy convencida de que algo más ha tenido que pasar para que esté así. El hombre de

hielo se ha quemado y, ahora que el fuego arde en su interior, siento que nada apagará esa llama.

Quiero decirle que lo siento, pero no puedo olvidar que Damascus Malenfant no fue un buen hombre. Cada vez más me encuentro entre dos aguas, sin saber elegir en cuál nadar.

Suelto a Marlowe después de unos segundos que se hacen eternos. Él se aparta las manos de la cara y se aferra a las sábanas con fuerza. Me siento tentada de mirarlas, pero no quiero que me pille haciéndolo.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo? —dice, levantándose y empezando a deambular por la habitación—. Que murió hace varios días. Ya celebraron el funeral y lo enterraron y mi madre no dijo nada. Lo han hecho todo a mis espaldas, joder.

—¿Qué? —se me escapa, incrédula.

Un millón de preguntas se me arremolinan en la garganta, listas para dispararse en cualquier momento, pero me tengo que aguantar las ganas de formularlas.

—Si esto no es una señal, no sé qué será —murmura Marlowe, apretando tanto los dientes que casi no lo entiendo.

Me levanto de la cama y me pongo de pie junto a él.

—¿Una señal?

—De que no pertenezco a su mundo. ¿Por qué he tardado tanto tiempo en reaccionar, si siempre lo he sabido? No es nada nuevo, en realidad. Pero ahora hay una diferencia: han sido ellos los que me han echado, no yo. —Con el rostro teñido por la rabia, vuelve a apretar los puños y temo que se le abran las heridas ahora que no lleva guantes—. Esto lo cambia todo. No lo saben, pero me han dado la excusa perfecta para…

Puedo leer un montón de pensamientos viajando a toda velocidad por su mente. Sus ojos se mueven de lado a lado, fuera de sí. Como si estuviese valorando todos los posibles escenarios a la vez.

—Tranquilo —le digo, aunque sé que no tendrá ningún efecto. Acerco la mano para colocarla sobre su pecho, pero la aparto antes de rozarlo—. No tomes decisiones precipitadas ahora, Marlowe. No es un buen momento. Créeme, sé de lo que hablo.

—Hazel, no te lo tomes a mal, pero ahora mismo todo me importa una mierda. —Marlowe mira a su alrededor con cara de asco—. Estas paredes, este lugar… Nunca ha sido realmente un hogar. Solo una construcción a punto de hundirse por su propio peso, podrida por la humedad. Ojalá lo haga pronto, porque yo me voy. Y te recomiendo que vengas conmigo.

De repente, comienza a caminar hacia la puerta. Igual que hace unos días, corro para alcanzarlo, pero esta vez sus zancadas son más rápidas y abandona mi habitación, de camino a la suya. Lo sigo por las escaleras en un silencio cargado de temor, no sé muy bien por qué, pero soy consciente de dos cosas: por un lado, si su madre nos escucha, lo que presencié en el pasillo hace unas semanas no será nada comparado con lo que puede hacernos; por otro, que, por peligroso que sea, soy incapaz de dejarlo solo en este estado.

Marlowe aprieta el paso y tengo que imitarlo para no quedarme atrás. Entra a su habitación, abriendo la puerta con un golpe, y va directo a su vestidor. Camino detrás de él, entrando en este lugar por primera vez. Nunca había visto un armario tan deprimente como el suyo: casi todo es negro o blanco, desprovisto de color. Como su mundo.

—¿Y a dónde piensas irte? —le pregunto, entrando en pánico.

Recuerdo el plan de Serenity. Si una participante huye, podría funcionar, pero, si Marlowe lo hace antes que ella, duplicarán la vigilancia en la casa de los Aurigae para que no pase lo mismo.

—No lo sé, pero salen trenes al sur todos los días a las cinco de la mañana. Si me marcho un par de horas antes, llegaré a tiempo para cogerlo antes de que me puedan seguir.

—Eso no va a funcionar, Marlowe.

—¿Qué sabrás tú de mi familia? —Se revuelve contra mí y su tono me disgusta. Toda la compasión que sentía por él se esfuma en tan solo un instante—. No sabes de lo que son capaces con tal de salirse con la suya.

—Ah, ¿no? —respondo, enfurecida—. Te recuerdo que llevo meses prisionera en esta casa que se cae a pedazos. Que he dormido en el suelo de un sótano infesto y he pasado días sin comer ni beber. Tu madre me ha amenazado continuamente, me han obligado a participar en una farsa solo para que tú y los tuyos podáis burlaros de mí… Y he visto lo que ella te hace. Créeme, sé perfectamente el tipo de persona que es.

—No sabes lo que es vivir así. Toda la infancia, la adolescencia, toda mi vida pendiente de ella para no hacerla enfadar. Para no provocar su ira cuando no estaba en mi mano aplacarla. ¿No te das cuenta? ¡No puedo más, Hazel! —espeta, con el rostro desencajado y la respiración acelerada. Los ojos se le llenan de lágrimas y toma aire despacio antes de susurrar—: No puedo más. Todo lo que ha sucedido… Tú, El Ascenso, la muerte de mi padre… Me ha demostrado que nunca seré suficiente. Soy el hijo que nunca quiso tener. Una decepción constante. A veces me da la sensación de que mi madre habría deseado que fuera más como Alec y menos… yo.

—Menos… ¿humano?

Él agita la cabeza, obcecado en su discurso, pero no me responde.

—Déjame decirte una cosa, Marlowe. Te he detestado durante años. Lo que eras, lo que tu familia simbolizaba, la forma en la que te movías por el internado como si ese lugar, como si el mundo entero, te perteneciera. Rezaba para que no nos tocara en la misma clase, y menos en el mismo grupo de trabajo. Y cuando estalló la guerra te odié. A ti y a los que, como tú, me lo robaron todo. Pero hay algo ahí debajo, maldita sea. Algo que te hace diferente a ellos. No dejes que te lo arrebaten. No permitas que te arranquen el alma solo porque seas el único que la tiene.

Marlowe se lleva las manos al rostro y las arrastra hacia abajo, intentando liberar su frustración y calmarse. Suelta un gruñido contenido y sale de su habitación para ir al baño. Lo sigo de nuevo, como si fuera un perrito. Abre el grifo y se moja la cara, después se apoya con las dos manos en el lavamanos. Alza el rostro para ver su reflejo. Se mira como si no se reconociera.

—Sé que ahora mismo lo que quieres es huir —le digo—. Pero la mejor forma de vengarte es esperar, agachar la cabeza y utilizar el factor sorpresa en la prueba final. Hazme caso.

Pero no estoy segura de que Marlowe esté procesando lo que le digo. Sigue mirando un punto fijo en el espejo.

—¿Factor sorpresa? —pregunta.

Doy un paso al frente, acercándome a él y apareciendo en el reflejo a sus espaldas. El pelo rubio le gotea sobre la camisa blanca, que lleva desabrochada y arrugada.

—Tienes que ser más listo que ellos. Si quieres huir de aquí, el peor momento para hacerlo es ahora. Es el más previsible, Marlowe.

Dios, parece mentira que ni tú mismo te des cuenta. Créeme, es mejor esperar.

—Esperar… ¿a qué, exactamente? ¿A que mueras en la quinta prueba?

Trago saliva. Marlowe no sabe que Serenity piensa huir, lo que probablemente hará que Alec quede descalificado. La verdad me asoma por los labios, quemándome la punta de la lengua, pero no puedo confesarle el plan de mi amiga. Todavía no. Necesito que Marlowe se sorprenda de verdad cuando Alec le dé la noticia de que Serenity ha desaparecido…, si es que lo logra.

Nuestras miradas se sostienen. Yo intentando procesar el torbellino de emociones que se arremolina en mi pecho, él esperando una respuesta con los ojos enrojecidos. Pero yo solo puedo pensar en el contrato que firmé con su madre. Hasta que no gane, no seré libre.

—Ganaré el torneo, Marlowe. Te lo prometo. Entonces podrás huir. Pero hacerlo ahora estropeará las cosas. Te seguirán.

—Ven conmigo —me suplica de pronto, incorporándose y girándose hacia mí—. Los dos podríamos empezar de cero. Alec ganaría el torneo y Serenity sobreviviría, supongo. Podrías reencontrarte con ella.

La idea es muy bonita, pero hay demasiados problemas.

—¿Se te ha olvidado que tengo esto? —le pregunto. Me levanto la manga para mostrarle el tatuaje que reza «Propiedad de Marlowe Malenfant».

Pero a él parecen brillarle los ojos.

—Puedo borrarlo. Creo que puedo hacerlo sin que se entere mi madre. Y serías libre. Los dos podríamos irnos de aquí.

La situación se vuelve cada vez más tensa. No puedo contarle la verdad, pero sé que voy a tener que confesar algo para que entienda por qué no voy a poder salir de aquí.

—No servirá de nada —le adelanto—. Firmé un contrato con tu madre al inicio de El Ascenso.

Marlowe se queda muy quieto cuando pronuncio esas palabras.

—¿Qué tipo de contrato?

—¿Recuerdas las plumas de cuervo que usé para contactar con Serenity? —le pregunto. Él me responde con un asentimiento lento. Por supuesto que se acuerda—. Tu madre me puso muchas condiciones y yo pedí a cambio poder desaparecer sin que ningún miembro de la familia pudiera seguirme el rastro una vez terminase el torneo. Si después de la quinta prueba nos vamos juntos, tu madre no podrá seguirnos. Me aseguré de que todas las opciones quedaran contempladas en el papel para que fuera ilocalizable.

Marlowe parece meditar mi propuesta, pero veo en sus ojos que no le convence del todo.

—¿Y qué te pidió mi madre a cambio?

—¿De las plumas y de desaparecer? Que hiciera todo lo posible por que ganaras El Ascenso.

Creo que Marlowe piensa en lo mismo que yo cuando menciono estas últimas palabras, pero ninguno de los dos lo decimos en voz alta.

—De todas formas, no tienes por qué huir —digo—. Puedes intentar quedarte y reconstruirlo todo desde cero.

Pero él agita la cabeza.

—Será imposible. Aunque han muerto muchos segadores, todavía queda un núcleo grande en Escocia. Volverían a organizarse entre

ellos de alguna manera, aunque sea menos convencional.

—O aprovecharían la oportunidad para desvanecerse en el anonimato y empezar otra vida. La guerra nos ha afectado a todos, y nosotros lo sabemos mejor que nadie, Marlowe.

Su mirada es intensa, me cala bajo la piel y un escalofrío me recorre la nuca. No siento miedo. No sé qué siento.

—Lo pensaré —concede al fin—. Dame esta noche para reflexionarlo. Ahora mismo no puedo… pensar con claridad.

—Me parece bien, sí. Necesitas descansar.

—¿Sabes? —sigue hablando, pero ahora me parece que no me lo dice a mí, sino al universo—. Siempre pensé que se recuperaría. Los Aurigae eran optimistas con su evolución, pero… no sé. Me siento extraño. Debería estar triste, y lo estoy, pero, al mismo tiempo, he sentido cierto alivio. ¿En qué clase de persona me convierte eso? Es… era *mi* padre.

—Te entiendo. Pero también es la misma persona que permitió que tu madre te maltratara durante años. Él debía de saber lo que estaba pasando, de una manera u otra.

Marlowe asiente muy despacio, como si estuviese procesando por primera vez esa información y no fuese una realidad con la que se ha criado.

—No quiero demonizarlo en un momento como este —me apresuro a aclarar—. Entiendo tu dolor, de verdad. Lo entiendo. Pero, si algo en ti ha respirado con alivio al enterarse de la noticia… será por algo. Solo te digo esto para que no te machaques, Marlowe.

—Vale —murmura él, ahora más relajado.

Está demacrado y las ojeras se le marcan mucho más de lo habitual. El pelo le sigue goteando y, como sigamos en este baño

tan frío, los dos vamos a enfermar.

—Salgamos de aquí.

Marlowe asiente y lo sigo en silencio hasta que llegamos a la puerta de su habitación.

—Descansa, piensa en todo lo que hemos hablado. Y cámbiate de ropa, por favor —le exijo, intentando aligerar el ambiente. De su cuarto emana un calor bastante agradable, no me había dado cuenta hasta ahora de que había una chimenea.

—Gracias —responde de forma escueta.

Trago saliva y me despido con un gesto de cabeza. Me doy la vuelta y camino hacia las escaleras. Después de todo esto, yo tampoco creo que pueda dormir mucho. La muerte de Damascus me ha recordado, de alguna manera, a todas las personas que se han ido de mi vida en los últimos meses. Rememoro desde la muerte de mis padres hasta la de algunos participantes de El Ascenso cuyo nombre ni siquiera recuerdo.

Culpables. Inocentes. La muerte no entiende de razones cuando aparece para reclamarte.

—¿Hazel? —escucho a mis espaldas.

Me detengo en seco, justo al inicio del tramo de escaleras que llevan a la planta de abajo, y me giro.

—¿Sí?

Marlowe me hace un gesto para que me acerque de nuevo. El corazón me da un vuelco, pero lo obedezco. Vuelvo a recorrer el pasillo y me detengo frente a él.

—¿Podrías…? ¿Puedes quedarte esta noche conmigo?

Hace apenas unos meses no me habría planteado si quiera una situación semejante. Ahora entiendo de dónde viene su petición.

Entiendo los demonios que le asolan y la necesidad de no estar solo. Sin embargo, no alcanzo a comprender del todo lo que eso provoca en mi interior.

Miro al interior de su habitación. Las dudas me asaltan. Hay mil indicadores en mi cabeza que enumeran unas listas con todos los motivos por los que hacer esto es una mala idea. Marlowe y yo, en la misma habitación. No es como si fuese la primera vez, pero nunca ha sido en la suya. Y no lo haré dormir en el suelo después de todo esto…

Vuelvo a pensar en las razones por las que negarme y todas terminan en la misma: Marlowe y yo, en la misma cama.

—¿Juntos? —le pregunto, solo para ver si he entendido bien su propuesta.

—Separados, pero juntos. Sí.

45

MARLOWE

No paso por todas las fases del duelo en una sola noche. Simplemente, me doy cuenta de que una parte de mí ya lo ha ido haciendo a lo largo de la vida.

Desde pequeño, me negué a creer que mis padres fueran diferentes al resto. Intenté ser siempre el mejor en todo, destacar para lograr un ápice de su atención, intentando que se sintieran orgullosos. Nunca lo conseguí. Cuando pienso en el Marlowe del internado, me da pena. Siempre frustrado, enfadado con el universo. Culpaba al mundo de sus problemas porque no era capaz de mirar hacia dentro y reconocer los suyos propios.

Después, estalló la guerra y acepté mi situación. Supe que nunca pertenecería ni a un lado ni a otro. Estaba anclado en tierra de nadie, en una profunda depresión donde ni siquiera sabía quién era sin todas las capas y piedras que había ido poniéndome y cargando por el camino. ¿Cómo habría sido mi vida sin el apellido Malenfant, sin magia? ¿Y si Magnus no hubiera existido? Despojado de cualquier seña de identidad, me aislé de los demás. Me protegí tanto que, en lugar de coger fuerzas para renacer, yo mismo me pudrí dentro de mi cáscara. Y ahora que El Ascenso me ha hecho

despertar… siento una extraña tranquilidad que debería resultarme inquietante. No sé si algún día me perdonaré por los errores que he cometido, pero decido abrazarlos desde la comprensión y no desde el castigo.

—¿Estás despierta? —susurro, tan bajo que creo que, incluso si lo está, no me va a escuchar.

Hazel se mueve en el otro lado de la cama y se gira hacia mí.

—¿Has dicho algo?

—Que si estabas despierta.

—Sí.

Trago saliva.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella asiente. La luz está apagada, pero la luna llena ilumina gran parte de la habitación. Mis ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad e incluso puedo ver las pupilas de Hazel, dilatadas.

—¿Cómo crees que habrían sido nuestras vidas sin la guerra?

—Buf…

Hazel se gira, colocándose boca arriba, y mira hacia el techo.

—Es una pregunta muy complicada —dice al cabo de unos segundos—. Para empezar, toda mi familia seguiría viva. Ya solo con eso, es un gran cambio.

Tenso la mandíbula y me siento mal por haber preguntado.

—Lo siento —murmuro con sinceridad.

Ella suspira sin desviar la mirada, sin corresponder la mía, que sigue fija en su perfil. Mis ojos recorren las largas y oscuras pestañas que besan las pecas sobre sus mejillas, la pequeña nariz que se funde con sus labios en un marcado arco de cupido.

El Marlowe de Stonefell jamás lo habría confesado, pero, incluso con los estragos de la guerra marcados en la piel, Hazel Greenleaf es hermosa.

—No fuiste tú el que lanzó la maldición que los mató, pero… acepto tu disculpa.

—Gracias.

La voz me sale rasposa, no sé si por el alivio que me produce su perdón.

Hazel se queda en silencio, como si estuviera dudando sobre si seguir esta conversación o terminarla ahí.

—Tu padre… —titubea.

—Está bien, puedes hablar de él.

—¿Llegó a involucrarse mucho en la guerra?

—¿A qué te refieres con involucrarse mucho? —le pregunto, para que sea más clara.

—A si llegó a matar.

El sonido de un búho sobrevolando los jardines rellena el silencio que se crea después de esa pregunta.

—No, al menos directamente —respondo con sinceridad—. Fue mi madre la que mató a los White. Desconozco si mató a alguien en defensa propia durante la batalla final, pero mancharse las manos nunca fue su estilo. Él era más estratégico. Junto a mi madre estuvo moviendo hilos en las sombras para Magnus desde mucho antes de que empezara la guerra.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué? ¿Si he matado a alguien? —Mis labios se mueven más rápido que mis pensamientos y se me escapa esa pregunta.

Hazel se gira hacia mí y apoya su codo contra el colchón para elevarse un poco.

—Bueno…, sí.

—No, Hazel. No maté a nadie. Estaba demasiado ocupado intentando sobrevivir. ¿O acaso crees que iba por el internado cargándome a la gente?

—No lo sé —responde ella con una insolencia refrescante—. Parecías bastante estúpido.

Alzo una ceja, pero creo que ella no me puede ver. Como le estoy dando la espalda a la ventana, mi rostro se queda entre las sombras, mientras que la luz de la luna impacta directamente sobre el cuerpo y la cara de Hazel.

—A veces ni yo mismo sé quién soy ni quién he sido.

Mi respuesta mata cualquier resquicio de humor entre nosotros. Ahora soy yo el que se coloca boca arriba y aparta la mirada. Noto cómo mi pecho sube y baja con cada respiración, dolorosamente consciente de la distancia que nos separa.

—Nunca es tarde para descubrirlo, Marlowe. Te mereces una segunda oportunidad. Pero… aprovéchala de verdad. Cuando se acabe El Ascenso, deberás demostrarlo. Ese será el momento de dar un golpe sobre la mesa y hacer las cosas a tu manera. ¿Te has fijado en que hace un momento has llamado Magnus a El Magno?

Asiento. No es la primera vez que, en los últimos días, pienso en él como un humano más y no como una divinidad autoimpuesta. Si ganamos El Ascenso, me gustaría acabar con todo esto. La marginación, las clasificaciones absurdas, las dinámicas desiguales de poder.

—¿Sabes qué me gustaría? —digo en voz alta, aunque más bien es una reflexión para mí mismo—. Alquilar una casita pequeña en un pueblo perdido de Inglaterra o en el sur de Gales. Una casa vacía, que pudiera amueblar y hacer mía desde cero. A veces me imagino cómo sería. ¿Qué tipo de muebles pondría? ¿Qué haría en mi tiempo libre? ¿Me gustaría practicar algún deporte o preferiría pasar las tardes en el bar con algún amigo? De hecho…, ¿haría amigos?

El búho vuelve a ulular, esta vez más alto. Hazel no se mueve. No quiero girarme para mirarla, pero estoy convencida de que me está observando.

—Creo que ahora tienes la oportunidad perfecta para descubrir todo eso, Marlowe —me dice con suavidad—. Ya te lo he dicho antes, te mereces una segunda oportunidad.

—Solo hay un problema —la corto, hablando demasiado rápido.

—¿Cuál?

—Alec —resumo en una única palabra.

Ahora sí, me giro hacia ella. Tiene una expresión en la cara que no logro descifrar. Lo achaco a la falta de luz.

—Marlowe, no pienses en eso ahora. Concéntrate en lo que pasará en el momento en el que termine la quinta prueba. De hecho, deberías tener en cuenta la posibilidad de que yo muera. Porque eso podría pasar y lo sabes. En ese caso, serás tú el que tendrá que huir hasta que las cosas se calmen y ver la mejor manera de…

—Hazel, no.

A ella parece molestarle mi comentario.

—Hay que pensarlo todo.

Me imagino a Hazel muriendo a manos de Caleb en la última prueba. La sangre me hierve en las venas.

—Lo sé, por eso tienes que tener cuidado con tu ex. No creo que Theo sea una amenaza, por mucho que escogiese comida envenenada en la segunda prueba, no lo veo capaz ni de empuñar un trozo de cristal roto. Pero Caleb… Le han estado comiendo la cabeza en casa de los Vale. Estaba buscando tu diario en tu casa, y no creo que con las mismas intenciones que yo.

Ella no parece convencida, pero tuerce el gesto.

—No lo sé. Pero, de todas formas, si quería utilizar el factor sorpresa y atacarme en la prueba final, ya lo ha perdido, porque estoy convencida de que, en cuanto arranque, vendrá directo a por mí.

—Sí. Lo hará —confirmo con vehemencia—. Caleb también lo ha perdido todo, y ha rellenado los huecos de su desesperación con rabia y sed de venganza. Irá a por ti la primera, Hazel, así que ten cuidado. No te fíes de nada de lo que te pueda decir.

—No lo haré —responde, tajante.

Muevo las piernas, intentando rellenar el silencio, y se me escapa un bostezo.

—Intenta dormir, anda —me dice ella.

—No tengo sueño.

—¿Y qué ha sido eso?

Me encojo de hombros.

—Mi abuela decía que, cuando bostezamos, es porque hay algo importante que queremos decir, pero no nos atrevemos —le cuento.

—¿Crees que en un universo paralelo, donde no existiera la Muerte, los rebeldes y los segadores, habríamos sido amigos en el

internado?

Su pregunta me arranca una sonrisa.

—No lo sé. Creo que habríamos sido rivales académicos igualmente. Habríamos peleado por ver quién sacaba más excelsos. Lo que no sé es si… —Me quedo callado, sin saber si quiero continuar por ese camino.

Esta nueva situación que ha surgido entre Hazel y yo me tiene confuso. Por un lado, no dejo de pensar en la historia que nos separa: el segador y la rebelde, dos personas totalmente opuestas que han luchado por acabar con la forma de vida del otro. Pero, por otro, es como si ella me entendiera a un nivel que no sabía que existía hasta hace unas semanas. Un nivel que me obliga a bajar a verla cuando escucho sus gritos por la noche y a querer que sobreviva a las pruebas por algo más que puro interés personal.

—¿Si… qué? —me insiste ella.

—Nada. No viene al caso.

Pero Hazel, como siempre, es más inteligente que yo. Siempre lo fue. Me habría encantado decir, cuando estaba en el internado, que siempre se llevaba las mejores notas porque yo estaba más ocupado prestando atención a las habladurías de pasillo. Pero la realidad es que ella siempre estuvo por encima.

—Es por la famosa fiesta de Halloween, ¿no? —dice ella. No es una suposición al azar—. ¿Qué fue lo que pasó exactamente?

Suspiro.

—¿De verdad quieres saberlo? Ya te he contado lo más importante —le recuerdo. Ella no me responde, como si estuviera esperando a que siga hablando, así que me muerdo el labio, pensando en cómo empezar—. Como quieras. No tiene mucho misterio. Estabais

bebiendo en la habitación de Olivia. Se rumoreaba que había robado algún ingrediente de la clase de Botánica para añadírselo a los cócteles. Algunos dijeron que había sido sangre de vampiro. En el fondo tendría sentido, eso explicaría por qué la noticia no se extendió tanto. Pero, claro, algunos no bebieron y fueron testigos del beso. Solo un momento. El humo te apuntó a ti mientras jugábamos a la vela.

—Puede que no lo recuerde, pero no creo que estuviera jugando a la vela, por mucho que hubiera bebido —dice Hazel.

—De hecho, tú no estabas jugando, pero te acercaste un momento a hablar con Serenity. Todo el mundo empezó a decir que el humo había ido hacia ti y no hacia tu amiga. Y lo demás, pues eso… Fue un beso y ya. Y después te marchaste, sin más. No sé qué pasaría después, pero al día siguiente ni Serenity ni tú aparecisteis por clase.

—Nos pasamos toda la noche vomitando ese brebaje que preparó Olivia.

Asiento lentamente.

—Desde luego, tenía muy mala pinta.

—Es curioso que ahora estemos así —murmura y se toma unos segundos antes de continuar—. Que hace unos meses fuéramos enemigos y ahora… podamos tolerarnos.

—Me gusta esa palabra. Tolerarnos.

Hazel se muerde el labio por dentro.

—Creo que sí habríamos sido amigos en un universo paralelo —confieso, respondiendo a su pregunta—. Quizá en este todavía estemos a tiempo de serlo.

Observo su lenguaje corporal para tratar de adivinar lo que está pasando por su cabeza. Sigue tumbada, con los hombros y la cara relajados.

—No sé si los amigos se suelen odiar durante años, se besan en una fiesta, se vuelven a odiar y luego hacen un pacto inestable nada más empezar la posguerra… —dice de pronto.

—Tienes razón. Yo tampoco quiero olvidar todo lo que hemos vivido. Pero me gustaría…, no sé, poder mandarte una postal de vez en cuando.

Ahora es ella la que se ríe. Y soy consciente de que no es la primera vez que oigo ese sonido. Mi mente se plaga de mis recuerdos en el internado: de clases compartidas, de cenas en el salón principal y carreras en los pasillos. Pero esta sí es la primera vez que lo escucho con atención, como si me envolviese por completo.

—Te acepto una tarjeta de Navidad.

El silencio se vuelve increíblemente pesado y siento que solo puedo escuchar los latidos de mi corazón, acelerados y desacompasados. Por un momento me da vergüenza que Hazel también los pueda sentir.

—Tú también te mereces una segunda oportunidad —le digo—. Los dos nos la merecemos.

Mis ojos bajan hasta su mano, que está extendida entre nosotros, sobre las sábanas. Siento que las mías me hormiguean al pensar en tocarla.

—Primero tengo que sobrevivir —me recuerda.

La simple idea de que Hazel pueda morir en los próximos días me atenaza el pecho y me desgarra por dentro.

—No dejaré que te hagan nada malo.

—No lo puedes controlar, Marlowe.

Me incorporo ligeramente en la cama, y ella me imita. Quedamos frente a frente.

—Tienes razón, no puedo garantizarte que sobrevivas. Pero créeme que, si pudiera, entraría a esa prueba por ti.

Sus ojos buscan los míos, y la tristeza, la rabia y la desesperación del uno se confunde con la del otro. Su oscuridad se refleja en la mía y viceversa.

—Lo sé. Te creo. Solo espero encontrarte al otro lado cuando acabe todo esto —murmura Hazel. Una extraña fuerza empaña su voz.

—Te lo prometo.

Extiendo mi mano hacia la suya y la coloco justo a su lado. No la quiero tocar. Las heridas han empezado a cicatrizar, pero mi piel es demasiado áspera, mientras que la suya parece que se va a romper con solo una caricia. Pero me conformo con eso. Con que nuestras manos estén así, una al lado de la otra, sin rozarse.

46

HAZEL

Sé por qué no me quiere tocar. A pesar de la oscuridad, puedo ver los rastros de las heridas que, durante todos estos años, ha ido infligiendo sobre su piel, como un castigo eterno por no haberse convertido en el hijo que ella esperaba tener. Coloco mi mano sobre la suya, como si eso pudiera compensar su dolor. Me sorprende sentir su tacto cálido. Siempre pensé en Marlowe como un hombre frío, pero ahora me doy cuenta de que había un fuego dormido en su interior.

Le acaricio el dorso de la mano con cuidado. Después, con la otra, le doy la vuelta para ver sus heridas. Él se resiste al principio.

—No quiero que lo veas. No me gustan.

—No me van a asustar, Marlowe. Solo quiero ver si habría alguna forma de curarlas.

—Lo he intentado todo, Hazel, durante años.

Asiento.

—Lo sé, pero recuerda quién sacaba mejores notas en Sanación —le respondo, intentando aligerar el ambiente.

Marlowe sonríe en la oscuridad, pero la tensión sigue presente. Me permite girarle del todo la mano y ver un atisbo de cómo le han

quedado. Varios trozos de carne han cicatrizado de formas irregulares, dejándole unos relieves extraños en las palmas de las manos. Algunas cicatrices todavía siguen rosadas. Por lo menos sé que, desde aquel día en el que presencié cómo se las quemaba, no ha vuelto a suceder.

—Esto no te volverá a pasar nunca más —le aseguro.

Marlowe se humedece los labios y agacha la cabeza.

—No sabes lo difícil que es creer eso.

Tiro de su mano para intentar que me mire a los ojos, y después me dejo caer un poco en la cama, deshaciendo la tensión que ha acumulado mi cuerpo.

—No eres solo tus cicatrices, Marlowe. No eres lo que te hicieron creer. No quiero que te castigues más.

Un mechón de pelo se desliza sobre mi mejilla. Aparto la mano para atraparlo, pero él se me adelanta y me roza la piel. Siento una descarga eléctrica recorrerme todo el cuerpo y echo la cara hacia atrás de forma instintiva.

—Lo siento mucho —se disculpa él enseguida—. No quería hacerte daño.

—No… no me has hecho daño —le aseguro—. Es que no me lo esperaba.

Él aprieta los labios.

—¿Te ha incomodado?

Pienso unos segundos en mi respuesta. Me debato entre decir la verdad y salir corriendo. Finalmente, claudico:

—No. ¿A ti?

Él inclina la cabeza hacia un lado.

—Hazel, apenas puedo sentir nada en las manos. Perdí la sensibilidad hará un año.

Se me cae el alma a los pies.

—¿En serio?

—En serio.

Fijo la vista en sus manos. Estiro la mía y busco una de las suyas. La cojo con cuidado y le doy la vuelta. Paso la yema de los dedos por encima de sus cicatrices, esperando algún tipo de respuesta, pero Marlowe se queda en silencio.

—No lo sientes, ¿verdad?

Él niega con la cabeza. Después, dudo un instante antes de tomar su mano y acercarla a mi rostro. Veo que el suyo se crispa, pero sigo adelante, moviendo sus dedos por mi mejilla, desde la sien hasta los labios. Un hormigueo me recorre el cuello.

—Nada.

Después, paso a mi pelo, pero la expresión de Marlowe no cambia.

—Es como si las tuviera dormidas de forma permanente —me explica él—. A veces, puedo sentir algún atisbo de que estoy rozando o agarrando alguna cosa. La fuerza como tal no la he perdido. Pero la sensibilidad… es como si nunca la hubiera tenido.

Algo dentro de mí se niega a aceptar que Marlowe nunca podrá sentir a otra persona dándole la mano, el tacto de la hierba recién cortada, la suavidad del pelo de una mascota ni el rostro de sus propios hijos, si es que algún día los tiene. Un odio cada vez más profundo comienza a crecer en mi pecho al pensar en Gwendoline Malenfant.

No puedo creer que tenga que vivir toda su vida con estas heridas, que le recordarán para siempre de dónde viene. Nunca podrá volver a empezar de cero si cada día de su futura vida se levanta con las mismas cicatrices. Me da tanta rabia que no puedo contenerme.

Vuelvo a tomar sus manos, esta vez con más cuidado, y me acerco hacia él. El corazón me va a estallar en el pecho, pero no le hago caso, incluso si es la primera vez que siento que está vivo después de meses de dolor y silencio.

—¿Y esto? —le pregunto.

Acerco mi rostro a sus palmas y le doy un beso sobre las cicatrices. Su piel es áspera, pero no me molesta. Sé que hay heridas mucho peores que estas, heridas que no se ven con los ojos.

Aprieta los ojos en cuanto mis labios lo rozan. Vuelvo a repetirlo otra vez más en otro punto distinto y Marlowe se estremece.

—¿Te duele? —le pregunto, apartándome.

—No —gruñe él.

—Perdona, no quería sobrepasarme. Yo…

—Sigue, Hazel, por favor. Sigue.

Mi frase se queda a medias y vuelvo a mirarle las manos. Me agacho de nuevo y rozo mi mejilla contra la palma de su mano. Él entiende lo que quiero hacer y me acaricia la mejilla de nuevo. Levanto los ojos para buscar los suyos y me doy cuenta de que están llenos de lágrimas que lucha por contener.

—Esto no lo siento —murmura, tan bajito que casi no lo escucho —. Pero tus besos… sí. Noto un calor, una vibración que jamás había sentido antes.

Instintivamente, me acerco de nuevo y le beso las manos otra vez. Pero no son solo las palmas, sino también el dorso.

—Hazel…

Paso a la otra mano mientras Marlowe suspira y deja caer su cuerpo hacia la cama, despacio, tranquilizándose.

—Eso es, relájate —susurro contra su piel.

Mis labios se deslizan sobre cada cicatriz, cada herida del pasado, y las cubren de besos. Marlowe parece estar librando una batalla en su mente.

—Hazel… No puedo.

Pero yo sigo besándole las palmas con mucho cuidado, probando en diferentes lugares para poner a prueba su sensibilidad. Veo cómo las lágrimas se derraman por sus mejillas, en silencio. Me arriesgo un poco más y me acerco a su pulgar. Con cuidado, me lo meto en la boca y lo succiono. Marlowe gruñe, no sé si de dolor.

—Por favor, para, para —me suplica.

Me aparto de golpe mientras él se vuelve a incorporar en la cama y una de sus manos vuela hasta mi cuello y presiona ligeramente con las yemas de los dedos. Se me corta la respiración. Por un momento, pienso que he atravesado una barrera que no debería haber intentado cruzar.

—Perdón. Perdón. No quería…

Él agita la cabeza. De la nada, su rostro está junto al mío, a apenas unos milímetros de distancia. Noto su respiración acelerada sobre mis labios, que se entreabren sin sentido. El corazón me palpita conforme va deslizando sus dedos hacia mi mandíbula y me sostienen.

—No quería hacerte daño —le aseguro, con la voz tomada.

—No es eso —jadea en un tono casi gutural—. Es que estoy teniendo pensamientos que no quiero…, no puedo tener.

Su mirada vuela hasta mi boca y mis ojos lo imitan. Veo cómo se humedece los labios y los míos se preparan para recibirlo. Pero no sucede. Vuelvo a clavar la vista en la suya.

Marlowe parece estar luchando contra sus propios demonios y esa es una batalla que no me pertenece. Una puerta a la que no sé si quiero llamar.

—Deberíamos dormir —dice al fin.

Marlowe me suelta y se pasa las manos por el rostro. Después, asiente y suspira mientras se tumba de nuevo y se tapa con la manta.

—Buenas noches, Hazel.

No sé qué decir, así que solo añado:

—Buenas noches, Marlowe.

La luz de la luna ilumina su silueta. Él cierra los ojos y yo hago lo mismo, pero sé que voy a necesitar por lo menos una hora para poder conciliar el sueño. Me quedo quieta, en silencio, intentando asumir todo lo que nos acabamos de decir y lo que acaba de pasar entre nosotros. Sus manos rotas, mis besos, sus lágrimas, mis dudas… Hasta que la respiración de él adquiere una cadencia que me indica que se ha quedado dormido.

Solo cuando estoy segura de que no me va a pillar mirándolo, los abro y me permito observarlo. Mientras duerme, parece calmado. Como si no cargara con esa losa que lleva encima todos los días. Verlo así me da cierta paz, aunque también me hace plantearme si estaré equivocándome. Estoy en la cama del que ha sido mi enemigo durante años y, en lugar de sentir ganas de estrangularlo

mientras duerme, solo quiero que, por fin, encuentre un camino en el que pueda ser libre.

47

MARLOWE

Los siguientes días son confusos e incómodamente largos. Trato de aparentar normalidad mientras mi madre está delante. Por dentro siento que ardo. Como si estuviera a punto de estallar en mil pedazos y llevarme la casa por delante conmigo. Sin embargo, sé que debo callar, que he de aguantar tan solo un poco más para que después Hazel pueda ponerse a salvo, y yo… yo pueda plantarles cara sin que se lo esperen. Cuando Magnus me corone como el vencedor de El Ascenso, no habrán sido mis padres, ni mi apellido. Habré ganado yo. Pero no quiero dar pistas, todavía, de cuáles son mis planes. Por eso, en público, me dedico a actuar como un fantasma, a ignorar a Hazel cuando mi madre está delante y perder el tiempo en la biblioteca, caminando alrededor de la Porta Fatum, como si eso hiciera que la quinta prueba comenzara antes.

Seis días después de lo que pasó con Hazel, mi madre me encuentra en la sección de arte, apoyado en una mesa y mirando a un punto indefinido entre los libros de una de las estanterías más perjudicadas por la humedad.

—¿Marlowe? —pregunta al abrir la puerta.

—Aquí estoy, madre. Al lado de la mesa.

Se acerca a mí, siguiendo mi voz. Ha pasado una semana desde que me dio la noticia, casi dos desde que mi padre murió, pero todavía sigue vistiendo de negro. Hasta sus zapatos son oscuros. Dos de las tres chicas *mirrorem* van detrás de ella, esperando alguna indicación. Una carga con un enorme paquete marrón, que tiene aspecto de ser un cuadro.

—Necesito que opines sobre algo —solicita, aunque sé bien que no es una petición.

Después, se gira hacia atrás y les indica a las dos chicas que me enseñen lo que hay dentro del paquete. Obedecen al instante y lo abren con mucho cuidado, revelando un retrato bastante acertado de Damascus Malenfant. Los trazos de pintura lo han capturado más joven, como diez años menos. Aunque es cierto que mi padre envejeció mucho en sus últimos meses. Sobre todo, desde que se quedó postrado en la cama después de la guerra.

—¿Qué te parece? ¿Crees que lo han hecho… parecido a él?

—Sí, madre. Está muy bien hecho. Gracias por enseñármelo.

—No he venido a enseñártelo —me responde—. Solo quería que me dijeras si se parecía a él. Por razones obvias. Aunque quizá no lo son tanto para ti.

Agacho la cabeza. Este es el tipo de provocaciones en las que no puedo caer. No lo he hecho nunca, así que con todavía más motivos no debo hacerlo ahora. Guardo silencio, mordiéndome la lengua para acallar los demonios que amenazan con escapar desde mi interior.

—Y, por favor, no te detengas por mí. Continúa pasando el día aquí, sin hacer nada con tu vida. Es para lo único que sirves, ¿no?

—Sí, madre —aprieto los dientes. No he hablado con ella en los últimos días. De hecho, la he estado evitando. Pero sería un imbécil

si dejara pasar esta oportunidad para seguir con la falsa narrativa que he creado antes de que todo acabe—. Es solo que… necesito ganar. Por padre. Por nosotros. Ya es hora de que los Malenfant recuperemos lo que nos arrebataron hace mucho tiempo.

Mi madre parece sorprenderse por mi respuesta, aunque espero que no demasiado.

—Parece que el torneo te ha reconducido por el buen camino —responde ella, con un tono de aprobación en la voz en el que sé de sobra que no puedo confiar—. Eso alegraría mucho a El Magno. Y tu padre estaría orgulloso de ti.

Levanto la cabeza y la miro, aunque ella no pueda verme. Esa frase, esa puñetera frase, es lo más sentimental que me ha dicho en los últimos años y tiene que ser justo ahora, cuando ya es demasiado tarde. La venda ha caído. Ahora sé que jamás habrían estado orgullosos de verdad, a no ser que pudiesen sacar algo de beneficio de mis acciones…

El rostro de Hazel me viene a la mente y decido continuar con la farsa.

—Gracias, madre —respondo, con una tranquilidad muy bien fingida—. Y gracias por mostrarme el retrato.

—Bien. Haré que lo cuelguen en mi habitación. Y ahora me iré al cementerio.

Las *mirrorem* pillan la indirecta y vuelven a envolver el cuadro. Después, la siguen por la biblioteca y desaparecen poco después, a sus espaldas y en silencio. Mi madre no me ofrece acompañarla, pero tampoco tengo ganas de hacerlo. Escucho sus tacones sonando por la planta baja, subiendo las escaleras y desapareciendo después de un minuto, y me vuelvo a quedar solo.

Miro la Porta Fatum de nuevo, como si eso fuera a activarla antes. He perdido la cuenta de los días que han pasado desde la última prueba y no entiendo por qué nos están haciendo esperar tanto. Me acerco a sus aguas, que ahora están tranquilas, y decido sobre la marcha ir a la casa de los Aurigae. Quizá hablar con Alec me ayude. Visualizo el lugar al que quiero ir y el portal se activa, cobrando vida. Doy un paso hacia delante y me dejo caer para volver a aparecer en el salón de fiestas de los Aurigae. La puerta está cerrada, así que la cruzo a paso ligero y voy directo a buscar a Alec. Sin embargo, me cruzo enseguida con Aaron.

—¡Marlowe! —exclama, sorprendido—. No esperaba verte por aquí. ¿Cómo te encuentras?

Sé que lo que quiere saber es cómo están los ánimos en mi casa después de la muerte de mi padre, pero no quiero darle demasiados detalles. Cuando me enteré de que había fallecido, los Aurigae se disculparon por no haber podido hacer nada más. Hasta me pareció que el propio Alec estaba apesadumbrado cuando me vio hace unos días, poco después de saber la noticia.

—Estoy bien —respondo, lo más neutro posible.

—Perdona, no puedo hablar mucho. De hecho, pensaba que quien había venido era tu madre. Tengo que hablar con ella porque… hemos tenido un pequeño problema. ¿Has hablado con Alec?

El corazón se me acelera.

—No. ¿Qué ha pasado?

Pero Aaron comienza a andar en la dirección a la que se dirigía antes, girándose hacia atrás para despedirse de mí.

—Alec te contará. Está en la sala de los mapas.

—De acuerdo. Muchas gracias, señor Aurigae —me despido, pero me da la impresión de que él ya no me escucha.

Busco mi camino hacia la habitación en la que siempre puedo encontrar a mi amigo y el olor a papiro me recibe antes de que abra la puerta. Alec está en el mismo lugar en el que lo encontré semanas atrás, pero esta vez no está dibujando. En su lugar, está de pie, en el fondo de la sala, mirando por la ventana.

—Alec —lo saludo, aunque sé que me ha escuchado llegar.

Tarda unos instantes en darse la vuelta. Tiene la cara extraña, como si estuviera hinchada, y unas ojeras oscuras debajo de los ojos.

—¿Ya te has enterado, Marlowe? —me pregunta a modo de saludo.

—No.

Él se ríe. No sé qué estará pasando, pero lo debe de encontrar gracioso, porque él mismo comienza a retroalimentarse y termina soltando una carcajada. Después, coloca las manos sobre la mesa, dando un golpe a todos los instrumentos que dejó ahí la última vez que los utilizó.

—Bueno, pues, ¿adivina qué ha pasado? Nuestra querida Serenity… se ha desvanecido.

Me quedo muy quieto, esperando a que me dé más información, pero Alec parece estar esperando a que yo le diga algo más.

—¿Desvanecido?

—Exacto.

—¿Estás seguro? ¿No la habrán llamado para la quinta prueba? Como en la tercera.

El que ha sido mi compañero de vida desde pequeños me mira con el rostro desencajado. Una mezcla tumultuosa de emociones le oscurece los ojos y se traslada a una sonrisa inquietante.

—No. Lleva horas desaparecida. Se ha escapado esta noche.

—¿Cómo lo ha hecho? Pensaba que los tatuajes retenían a los participantes en las casas de los segadores —trato de averiguar.

Alec se encoge de hombros.

—Si lo hacían, ha conseguido burlarlos. Mi abuelo cree que se ha colado en la despensa y ha conseguido alguna poción que le ha permitido borrárselo. Y, después, simplemente, se ha marchado por la puerta.

—¿No tenéis ninguna manera de seguirla?

Serenity lo ha conseguido. Ha logrado huir. Lo único en lo que puedo pensar es en las ganas que tengo de contárselo a Hazel, pero tengo que contener mi expresión para no levantar sospechas.

—No, por el momento. ¿Y la tuya? ¿No ha hecho nada raro?

Agito la cabeza.

—No. Estos últimos días casi no la he visto, pero sigue en casa.

Alec parece creerse lo que le he dicho. Aunque, en realidad, no he dicho ninguna mentira.

—Qué raro. Pensé que lo primero que haría sería ir a buscarla.

—En mi casa no entrará nadie sin que se entere el basilisco —le digo—. Hace unas semanas alguien se coló en el sótano por la noche y el basilisco se lo comió vivo. Me habría enterado si hubiera vuelto a pasar.

Mi mente me recuerda entonces que ni siquiera me enteré de cuando murió mi padre. De nuevo, lucho por contenerme.

—No sé qué pasará cuando empiece la quinta prueba. ¿Se supone que estoy descalificado?

Alec se pasa las manos por el pelo enredado.

—No lo sé.

—Joder, cuando pille a esa zorra…

Alec aprieta los puños y dejo que libere su frustración contra la mesa. Da otro golpe y los artilugios tiemblan, amenazando con caerse si el siguiente es más fuerte. Su rabia no me impacta porque estoy acostumbrado a sus cambios bruscos de humor. Cuando estábamos en el internado, era fácil estar con Alec hasta que algo lo enfadaba. Entonces, lo mejor era apartarse, pero ahora mismo no me puedo ir. Necesito saber qué ha pasado.

—¿Estás seguro de que no está simplemente escondida? —le pregunto.

—¿La ves tú por alguna parte? Han buscado por todos lados. Créeme, esa puta indigna se ha marchado.

Miro al suelo en un acto de sumisión que tengo más que ensayado, pero que ahora ya no me surge de manera natural. La mente me va a toda velocidad. Si a Serenity se le pasa por la cabeza ir a mi casa, tenemos un problema grave. Las nuevas protecciones que ha puesto mi madre detectarán su presencia en cuanto ponga un pie en el jardín y el basilisco no la dejará ni llegar a la puerta principal.

Busco una excusa para volver a casa sin que Alec pueda leer mis intenciones, sin que se note mi ansiedad por regresar cuanto antes.

Pero, en ese momento, mi madre aparece en la sala de los mapas, silenciosa como un gato.

—Marlowe, Alec. Estáis aquí, ¿verdad?

—Sí, señora —responde Alec por los dos. No hay ni rastro de ira en su voz.

Me extraña verla aquí, pero no hago preguntas. Imagino que ha venido a ayudar con la búsqueda de Serenity, que estará igual de alterada que los Aurigae.

—¿Todavía no ha aparecido? —nos pregunta.

—No, madre.

Quiero preguntarle si Hazel está en casa, pero tengo que imaginar que sí, porque si no me lo habría dicho. Por lo menos, sé que Serenity no ha intentado buscarla, o ya habría dado la voz de alarma.

En ese momento aparece Aaron detrás de ella.

—Hemos vuelto a revisar las caballerizas y los alrededores, pero no hay nadie. Tampoco hemos encontrado ningún rastro.

—Habrá tenido acceso al almacén —dice Alec—. Es la única opción. ¿Quedaban viales de alguna poción *atraceo*?

—Tu abuela está haciendo inventario —explica Aaron—. Por ahora no ha encontrado nada, pero le llevará un par de horas más.

Alec se humedece los labios, estresado.

—Tiene que haber alguna manera de encontrarla. Si pudiéramos…

Pero entonces un sonido extraño inunda la sala. El suelo empieza a llenarse de ceniza y un ligero viento la mueve, levantándola en el aire y creando una figura. El corazón me da un vuelco cuando me doy cuenta de lo que significa todo esto. Ya no hay vuelta atrás. La quinta y última prueba de El Ascenso está a punto de comenzar.

Aprieto la mandíbula mientras la figura se sigue formando. Un hombre de ceniza, que va adoptando las facciones de Magnus, se despierta progresivamente, como si regresara a la vida en un

atuendo de polvo y fuego. Después de unos segundos más, la figura está completa, igual que el día en el que todo empezó.

De pronto, la sala de mapas se vuelve más fría. La huella de lo que un día fue Magnus parece despertar. Abre los ojos y nos mira, uno a uno, como si pudiera vernos. Como si fuera real. Por un instante, me da miedo que pueda adivinar mis intenciones, que descubra lo que pasó hace unas noches con Hazel y todo lo que le dije, pero después recuerdo que está muerto y delante solo tenemos una reproducción.

Queridos segadores. Si estáis viendo esto es porque seguís participando en El Ascenso. Antes de nada, quiero felicitaros por haber llegado hasta aquí. Vuestro empeño, valentía y honestidad a la hora de defender los valores de la Muerte serán siempre recompensados. Sin embargo, como ya sabéis, solo puede haber un único ganador en el torneo. El vencedor se decidirá hoy, después de una última prueba donde solo quedará un participante con vida. El mentor del superviviente será quien ostente el título de regente del nuevo orden mágico, el heredero que se encargará de seguir mis pasos para restablecer la auténtica fe. No debemos aceptar que aquellos indignos de la magia continúen mancillando el nombre de la Muerte. Mantengamos puros los valores que Ella nos enseñó, honremos su legado y evitemos que se creen nuevos desviados que interrumpan nuestros propósitos.

Magnus hace una pausa ceremoniosa.

Las instrucciones de la quinta prueba se darán en el momento en el que inicie. Los mentores debéis acudir como público en veinte minutos. Suerte y larga vida a la Muerte.

Magnus se queda unos instantes en silencio y después comienza a desintegrarse. La ceniza desdibuja su rostro y va cayendo hacia el suelo hasta convertirse en un montón de polvo que el aire se va llevando, hasta desaparecer por completo. La temperatura de la habitación tarda unos segundos en regresar a la normalidad.

—¿Y yo qué hago? —pregunta Alec, mirando a su padre y después a mi madre.

Aaron coge aire y lo suelta, sin saber qué decir.

—No lo sé —reconoce, al final—. ¿El Magno ha aparecido porque están aquí los Malenfant o se refiere a todos?

Pero yo no estoy escuchando su dilema porque solo puedo pensar en Hazel. Ella estará sola en casa, con las *mirrorem*, y habrá tenido que enfrentarse sola a la aparición. Además, no sabe lo de Serenity. Si Hazel aparece en la quinta prueba y su amiga no está, pensará que ha muerto, y eso la destrozará. Aunque todos sabemos que es algo que tenía que pasar en algún momento…, se sentirá rota en cuanto llegue a la prueba y no la vea.

Necesito ir a casa. Como sea. Tengo que advertirla de que Serenity sigue viva, de que ha logrado huir y de que, si Hazel gana, las dos podrán encontrarse en el futuro y reconstruir su vida juntas, lejos de aquí.

—Vayamos a casa, madre —le propongo, con tranquilidad—. Así podré cambiarme de ropa.

Pero mi madre parece desaprobar mi sugerencia.

—¿Cambiarte de ropa? Marlowe, no eres una princesa que va a un desfile de modelos. No seas ridículo. Aaron, si no te importa, utilizaremos tu Porta Fatum.

—Por supuesto, Gwendoline. Está a vuestra disposición.

No, no, no. No puede ser. Si la prueba es como la última vez, será imposible comunicarme con ella. Y no creo que a los mentores nos dejen intervenir en la final.

—Iremos con vosotros —insiste Alec, que sigue a lo suyo—. No podemos quedarnos aquí, padre. Además, si no podemos asistir a la quinta prueba, imagino que el portal nos traerá de vuelta, ¿no?

Su padre lo piensa durante unos instantes y finalmente acepta.

Mi madre hace un ligero gesto de aprobación con la cabeza.

—Madre —lo intento otra vez—, necesito volver a casa. ¿Puedo unirme a vosotros en la prueba?

En esta ocasión, hasta Alec se da cuenta de que hay algo raro en mi petición. Mi madre suspira. Tengo que pensar una excusa. Un motivo por el que mi madre acepte que vuelva, pero no se me ocurre nada.

—Marlowe, basta. Nos quedaremos aquí, apoyando a Alec. Ambos teníais una alianza, ¿no? Cumple con tu palabra.

Trago saliva, intentando deshacerme de la desesperación y dar con una solución. Pienso en algo imprescindible para la prueba, algo que pueda llevar, pero no hay nada… Entonces recuerdo dónde estoy.

—¡Necesito coger el frasco! —exclamo más alto de lo que me gustaría.

Todos se giran hacia mí.

—¿El frasco?

Trato de serenar mi respiración para que no se note que estoy improvisando sobre la marcha. Y que la idea es buena, muy buena. Una oleada de alivio me invade al pensar que esta puede ser mi carta blanca para contárselo todo a Hazel antes de que vaya a la prueba. Cada minuto cuenta, así que no tengo tiempo que perder.

—Es cierto —responde Aaron por mí—. Alec le regaló por su cumpleaños una poción *vitalis* que yo mismo elaboré para mi familia al inicio de la guerra.

Aaron pasa a enumerar todos los efectos y cómo puede salvarte de una muerte inminente durante el tiempo suficiente hasta que llegue más ayuda. Lo más parecido a un elixir para revivir a un muerto.

Mi madre inclina la cabeza.

—Qué… considerado —murmura, girándose hacia donde está mi amigo.

—Yo también tengo una, señora, pero pensé que a Marlowe podría hacerle falta en algún momento de lo que quedaba de torneo.

—¿Y tu frasco está en casa? —me pregunta mi madre.

Es el momento.

—Sí. La guardé en mi vestidor, a buen recaudo.

Espero la respuesta de mi madre, pero no se lo piensa demasiado.

—En ese caso, ve a por ella. Pero quiero que regreses inmediatamente.

El cuerpo me pide que salga corriendo de aquí, pero me retraso unos segundos para no dejar mis prisas en evidencia. Me despido de todos y camino despacio hacia la sala de invitados. Atravieso el portal y, en cuanto vuelvo a sentir el olor a humedad de la

biblioteca, salgo corriendo. El basilisco silba cuando me ve pasar, enfadado porque lo he despertado, pero no le hago caso.

Subo las escaleras de dos en dos y abro de un golpe la puerta de la habitación de Hazel, pero no está aquí. La busco en el baño, el vestíbulo y hasta en las cocinas, pero no hay ni rastro de ella.

Por un instante, se me pasa por la cabeza la idea de que haya podido escapar. De que, igual que Serenity, lo haya logrado. Sin embargo, cuando me cruzo con una de las chicas *mirrorem*, que está limpiando la chimenea, confirma una realidad peor que cualquier escenario imaginable.

He llegado tarde.

La quinta prueba ha comenzado y ella ya no está.

48

HAZEL

Cuando abro los ojos, una luz azul me ciega. Estoy tumbada boca arriba sobre una superficie mullida, mirando directamente al cielo, que tiene un color celeste intenso. De fondo solo se escuchan los pájaros y el movimiento de las ramas de los árboles a causa de una leve brisa. Por un segundo, reina la calma. Dejo que mis pupilas se acostumbren y me incorporo.

Estoy sola.

El prado es más bonito de lo que podría haber imaginado. Huele a césped recién cortado, flores y paz. Mucha paz. Me pregunto cuánto durará. Más allá se extiende un prado que da paso a una arboleda, unas cabañas abandonadas y una zona rocosa.

Me giro para mirar a mi alrededor y me da la sensación de que nada de esto es real. De estar metida en una especie de bola de nieve. Llevo el mismo atuendo que en la última prueba, una ropa cómoda y ligera que no me protegería ni de una navaja de bolsillo.

Por unos segundos disfruto de la tranquilidad. Porque soy consciente de que, en cualquier momento, aparecerá alguien que querrá matarme, alguien que tiene nombre y apellido. Después, pienso en Serenity y en que hoy una de las dos no saldrá de aquí.

Intento dar con ella, como he hecho en todas las pruebas anteriores, descifrar su silueta entre el verde que me rodea, pero no la veo. De hecho, es como si estuviera sola.

Entonces un sonido que reconozco rompe con la paz del prado. Silba, resuena en el viento, y va acompañado de un montón de cenizas que empiezan a reconstruirse delante de mí. Solo han pasado unos segundos desde que la figura de Magnus se ha aparecido en la casa de los Malenfant cuando estaba sola, pero veo que su espíritu, esta cáscara vacía que ha dejado atrás, como si fuera una parte de su alma, sigue aquí. Y no quiere perderse el espectáculo final.

De nuevo os saludo, participantes. Hoy es el día. El día en el que decidiréis en manos de quién quedará la continuidad de mi legado.

En los últimos días habéis perdido a compañeros valiosos. Personas que, desgraciadamente, tomaron el camino equivocado y decidieron pagar sus errores con la moneda de cambio más valiosa que tenían: su vida. Hoy seréis testigos de la benevolencia de la Muerte, ya que Ella siempre cuida de sus hijos, incluso de los que han confundido su juicio y traicionado la fe.

Tras esta prueba solo uno quedará en pie. Pero esta vez no será tan fácil. El suelo sobre el que pisáis está maldito, el aire fresco que respiráis es solo un espejismo que esconde un gran peligro: sobre vuestras cabezas, el oxígeno es limitado. Cada segundo que pasa desde el inicio de la prueba es una cuenta atrás para reuniros con la Muerte. No me gusta dar consejos, pero os recomiendo que acabéis con esto lo más rápido posible, o la Muerte elegirá por vosotros.

El pensamiento me hace temblar, pero sé que, en el fondo, es algo bueno. Si Serenity no ha logrado huir, si solo quedamos ella y yo, no tendremos obligación de enfrentarnos. Podremos simplemente dejar que el aire nos vaya matando… hasta que una deje de respirar. Esa imagen me provoca alivio y pesadillas al mismo tiempo, pero por lo menos me asegura que no viviré con el peso de haber asesinado a mi mejor amiga.

En todos estos días, se me han ocurrido mil maneras en las que nos podrían haber obligado a matarnos entre nosotros. Muchas veces me he cuestionado si sería capaz, pero siempre he llegado a la misma conclusión: por supuesto que no. Prefiero morir antes que matar, aunque eso me adjudicara el papel de cobarde. No me importa. Lo llevaría con gusto, mucho más que el de asesina.

En esta prueba también hay una novedad. A diferencia de en las anteriores, podréis usar vuestra magia para lo que queráis siempre que no interceda con su funcionamiento. Desde este momento vuestros tatuajes desaparecerán y, salgáis con o sin vida de este lugar, seréis libres. El tiempo aproximado de duración del oxígeno depende de la cantidad de magia que utilicéis: cuantos más hechizos, menos minutos de oxígeno. Cuidado con lo que hacéis, pero, sobre todo, cuidado con lo que creéis.

Suerte y recordad: solo puede quedar uno.

La figura de Magnus hace un asentimiento con la cabeza y se vuelve a desvanecer, espero que por última vez. La ceniza se va con la brisa, desapareciendo entre la hierba del prado, y todo vuelve a quedar en silencio, a excepción de los pájaros que cantan a lo lejos,

en algún punto del bosque. Me pregunto cuántas versiones de estos juegos planeó Magnus para poder asegurar su continuidad ante cualquier contingencia que pudiera surgir.

No me quedo quieta. Soy incapaz de hacerlo. Doy varias vueltas a mi alrededor, buscando a alguna persona. Solo somos cuatro, así que no parece tarea fácil. Mi instinto me dice que entre al bosque, no solo para protegerme, sino para poder buscar a los demás sin ser vista.

No me preocupa Theo. Ahora mismo solo quiero encontrar a mi amiga antes de que lo haga Caleb. Aprieto el paso, aprovechando que ahora el oxígeno estará al máximo, y no me doy cuenta de que me siento diferente hasta que un dolor sordo me baja por los brazos. Una corriente me recorre entera y me trae lágrimas a los ojos. Noto como mi magia me abraza de nuevo, se funde con mi esencia y reclama su lugar, como un gato en el sillón frente a la chimenea en una noche fría. Jadeo. Tengo poderes de nuevo. Ya casi se me había olvidado cómo se sentía tener ese cosquilleo en las manos. Me detengo un momento para mirar mi antebrazo y me doy cuenta de que el tatuaje que me convertía en propiedad de Marlowe ha desaparecido.

Soy libre. Viva o muera, ya soy libre. Cojo aire con todas mis fuerzas, lo suelto y sigo caminando a buen ritmo en dirección al bosque, de donde veo surgir unas chispas verdes entre las copas de los árboles.

Un par de minutos después las ramas me resguardan con su sombra. Al principio los árboles están más dispersos, pero a medida que me adentro siento que las copas de los árboles impiden el paso de la luz. La sensación es más agobiante que la propia noción de

que el aire se agota, pero trato de no pensar en ello. Aminoro el paso, mientras el suelo pasa de un césped homogéneo a una mezcla de ramas, hojas recién caídas y raíces. Me muevo con más cuidado, intentando interpretar cada sonido del bosque. Atravieso una zona de barro y busco huellas, pero es demasiado pronto para eso. No sé cuánto tiempo habrá pasado, pero no creo que sean más de diez minutos. Por ahora respiro bien, así que me concentro en seguir caminando, buscando un destello de pelo rubio.

Después de un buen rato mirando a mi alrededor y con todos los sentidos alerta ante cualquier ruido, de pronto, los pájaros dejan de cantar. Me acerco al árbol más grande que veo a mi alrededor y me escondo entre los pliegues de su enorme corteza. Me quedo así varios segundos, relajando mi respiración, pero no pasa nada más.

«Habrá sido una alucinación».

Estoy a punto de salir de mi escondite cuando veo a alguien con el mismo uniforme que yo, caminando con diligencia y sin mirar atrás. Por su envergadura solo puede ser Caleb. Espero unos segundos más a que pase, quizá demasiados, hasta que estoy segura de que no hay nadie más en esta zona del bosque.

Salgo de mi escondite con cuidado y entonces un silbido llama mi atención. Me giro enseguida, buscando el origen, pero no hay nadie. La advertencia final de Magnus resuena de nuevo en mi cabeza, pero no consigo darle un significado claro. ¿Se refería a esto? Cuando me aseguro de que no hay nadie a mi alrededor sigo caminando.

Pero el silbido se repite, esta vez un poco más alto. Vuelvo a girarme. El corazón se me acelera, al igual que la respiración, y deseo que no sea porque el oxígeno ya me está empezando a faltar.

—Aquí arriba —susurra una voz.

Levanto la cabeza hacia las copas de los árboles, escaneándolas en busca de esa voz, y veo una figura infantil colgando entre las ramas.

Theo.

Él me saluda con la manita, moviéndola despacio e indicándome que suba con él.

—¿Qué haces ahí arriba? —le pregunto, intentando no hablar muy alto. Si Caleb ha estado hace poco por aquí, no quiero llamar su atención.

Theo se encoge de hombros.

—Vi las chispas verdes a pocos metros de mí y he trepado este árbol para ocultarme —confiesa.

Y ha funcionado bien, porque ni siquiera yo me había percatado de su presencia cuando he pasado por aquí.

—Imagino que has visto a Caleb, ¿no?

Theo mira a su alrededor, asegurándose de que nuestra conversación sigue siendo privada.

—Sí, pero… no era él —susurra tan bajo que me cuesta entenderlo.

—¿No era él?

Theo niega con la cabeza, despacio.

—Era otra persona. No sé quién, pero era otro chico.

Me tomo las palabras de Theo con cautela. Solo hemos llegado cuatro rebeldes a la prueba final, así que no puede ser nadie más. A no ser que Magnus haya buscado alguna forma macabra de…

No, no puede ser. Me niego a pensar en ello.

—Eso no es posible, Theo. Aquí solo estamos nosotros.

Pero él sigue moviendo la cabeza.

—Te prometo que no era Caleb. Era… otra persona.

Miro a mi alrededor, pero no hay ni rastro de mi ex ni del supuesto chico que ha pasado antes por aquí. Theo se da cuenta de lo que estoy haciendo e insiste:

—No me estoy volviendo loco. Lo juro.

—Tranquilo. Es posible que… tengamos sorpresas. Ya escuchaste a Magnus.

Los dos nos quedamos en silencio de nuevo. Theo vigila nuestros alrededores desde su posición, más de cuatro metros por encima de mi cabeza, y yo no quito el ojo del lugar en el que he visto por última vez al caminante misterioso.

—Oye, Hazel… —empieza a hablar Theo, muy bajito.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—Dime.

—¿Puedo… pedirte un favor? Sé que no estamos en el mejor sitio para pedir ayuda, pero eres la única persona que puede hacerlo.

Theo espera un poco antes de hacer su petición.

—¿Crees que podrías ayudarme a… morir?

Se me hace un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Theo no se merece esto. Es demasiado pequeño para vivir algo así. Ha luchado hasta el final y aguantado torturas inimaginables y, aun así, su destino sigue siendo morir… La rabia crece en mi interior. De pronto pienso en Alice. Por lo menos ella no tuvo que sufrir todo esto. Me gustaría saber qué habría pensado de Caleb si lo hubiera visto ahora. Estoy segura de que no lo habría apoyado. De hecho, se avergonzaría de ser su hermana.

—¿Me estás pidiendo que te mate? —le digo, aunque sé cuál va a ser la respuesta.

—Te estoy pidiendo que me ayudes a acabar con esto.

Lo que es, en resumidas cuentas, lo mismo. Pero no quiero perder el tiempo con tecnicismos, porque la petición de Theo sigue flotando en el aire, esperando a que le diga si podré llevarla a cabo. Ni yo misma lo sé. Durante la guerra no maté a nadie. Tampoco me vi en la necesidad de enfrentarme a un segador yo sola, cara a cara. Siempre actuábamos en grupo y había voluntarios para hacerlo, como mi hermano. A él nunca le tembló el pulso al pelear por sus ideales, pero, desgraciadamente, eso fue lo mismo que lo llevó a la muerte.

—Nunca he matado a nadie, Theo. No sé si podría —le digo la verdad.

El chico parece agobiado.

—No quiero que Caleb me haga nada. Ya viste lo que pasó con la profesora Vexley. Era una de las brujas más poderosas que jamás había existido y él… la mató.

—Lo sé.

—¿Y cómo crees que podrás salvarte hoy? —El tono de voz de Theo va subiendo, hasta el punto que parece que me está recriminando que no le haya dicho que sí—. En algún momento tendrás que enfrentarte a Caleb y Serenity. ¿Cómo crees que lo harás? ¡Es mejor que practiques!

Theo se echa a llorar y yo todavía tengo atragantada su última palabra. Practicar. Como si matar a alguien fuera como montar en bicicleta, algo que aprendes a base de prueba y error, pero que nunca olvidas, incluso con el paso de los años.

En el fondo, la táctica de Magnus de corrompernos mentalmente está funcionando a la perfección. Llegada a este punto, no sé ya ni quién soy. ¿La Hazel de hace un año se plantearía matar a alguien por compasión? ¿A un chico que está sufriendo y se lo está rogando? ¿Mataría a su mejor amiga si se lo pidiera?

Miro hacia arriba, tratando de encontrar las palabras para responderle, pero Theo abre mucho los ojos, se pone el dedo delante de los labios y después me señala a un punto justo detrás de mí. Me giro, despacio, para que los pies no delaten mi movimiento, pero, si Caleb ya está por aquí, no me dará tiempo a regresar a mi escondite entre la corteza del árbol.

Enseguida escucho unos pasos que se acercan. Son fuertes y marcados, como si a la persona que camina no le importara que la escucharan o incluso lo pretendiese. Una figura se acerca a nosotros y me obligo a no volver a mirar hacia arriba para no desvelar la posición de Theo. Por lo menos, que me encuentre solo a mí. Y no sé qué haría Serenity.

No lo sé.

Lo único que tengo claro es que, cuando la persona emerge de entre las ramas, no se trata Caleb White.

Sino de Marlowe.

49

HAZEL

Distingo el pelo plateado de Marlowe bajo la luz del bosque. Apenas reacciona cuando me ve, así que imagino que es todo parte del juego y que quizá los otros segadores, de alguna manera, nos estén observando. Sigue caminando hacia nosotros, sin saber que no estoy sola. No entiendo por qué va vestido con la misma ropa que nosotros.

Y entonces lo entiendo. Este es el truco final de Magnus, el último regalo que les ha hecho a los fieles a la Muerte: les ha permitido entrar para poder disfrutar de la oportunidad de cazarnos, para aprovecharse de nuestra debilidad y, seguramente, salir antes de que el oxígeno se acabe. Un día de diversión para cerrar todo el juego macabro que hemos estado viviendo estos días.

Marlowe llega a mi altura y espero a que sea él quien hable primero.

—Hazel…, ¿cómo estás?

Noto algo raro en su presencia, en su forma de moverse, pero sé que es parte de la prueba, así que yo también tengo que jugar mi papel.

—Malenfant —respondo.

Él inclina la cabeza.

—¿No te han dicho que es de mala educación no responder a las preguntas?

Cojo aire mientras me imagino a Theo viendo nuestra conversación desde arriba, quieto, para que nadie lo descubra.

—¿Qué quieres? —le espeto.

—Nada. Venía a ayudarte. A *protegerte*. —Marlowe dice esa última palabra como si le diera asco soltarla. Por un momento me parece que estoy ante el primer Marlowe que conocí y se me revuelve el estómago.

—No necesito tu ayuda —respondo.

Me cuesta hablarle así, pero le sigo el juego al ver que él también está fingiendo que nos odiamos.

—Vaya, vaya. ¿A quiénes tenemos aquí?

Una voz femenina nos interrumpe. Doy un bote y me giro a la izquierda para encontrarme cara a cara con Eleanor Ravenscroft. Su pelo negro y corto está más enmarañado que nunca y, por sus ojeras, diría que no ha dormido casi nada las últimas noches. Aun así, mantiene esa expresión sádica que la caracteriza.

—Eleanor —le saluda Marlowe—. Qué agradable coincidencia.

—¿Dónde está mi chico? —pregunta ella, ignorándolo—. Quiero darle unos consejitos de última hora.

Eleanor me guiña el ojo, pero yo le aparto la cara. No quiero que mi expresión lo delate. No quiero ni moverme. Solo puedo imaginar a Theo en el árbol, muerto de miedo, aguantando la respiración.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunta Marlowe, visiblemente molesto.

—Se os escucha a un kilómetro a la redonda, guapo. Por si no te habías dado cuenta, el sonido rebota y hace eco en esta zona del bosque, así que solo he tenido que seguir vuestro murmullo… hasta llegar aquí.

Eleanor da unos pasos hacia mí y se planta justo delante.

—¿Y sabes qué, señorita? Que me ha parecido escuchar tu voz y la de mi querido Theo. ¿O será que he alucinado?

En ese momento, Eleanor me da un empujón que casi me hace perder el equilibrio. Doy un traspiés hacia atrás y consigo recuperarme.

—No sé dónde está —miento. El enfado me ayuda a mantenerme lo más seria posible.

Sin embargo, Eleanor se ríe y comienza a chistar en desaprobación.

—Ay, Malenfant, ¿pretendías ganar un concurso a la participante más cabezota? —Entonces se gira hacia mí y me agarra por el cuello —. ¿O a la más mentirosa?

—Suéltala —brama Marlowe.

Eleanor no le hace caso, así que él le lanza un hechizo que la obliga a soltarme y retroceder, pero parece contenta de haber sembrado un poco de discordia. Está a punto de responder al ataque cuando una quinta persona aparece en el bosque. Se trata de Orion Vale, que viene arrastrando la pierna.

—Donde caben tres, caben cuatro —lo saluda Eleanor—. ¿Qué te ha pasado en la pierna, llorica?

—Cierra la boca, imbécil —le responde.

Orion no saluda a nadie, ni siquiera a Marlowe.

—Bueno, aquí ya estamos unos cuantos, pero falta gente —exclama la segadora, como si tuviera un plan en mente—. ¿Dónde están Alec y Serenity? ¿Y tu indigno, Vale?

Marlowe se encoge de hombros.

—Se habrán escondido —dice él—. No he sabido nada de Alec desde hace unos días. Teníamos una alianza, pero veo que la ha roto.

Frunzo el entrecejo al escuchar esa frase. ¿Varios días sin verse? O Marlowe está mintiendo a propósito porque tiene algún plan en mente o está jugando al despiste.

—Bueno, pues dejémonos de juegos y encontremos a ese idiota —se ríe Eleanor. Después, extiende las manos hacia arriba y pronuncia un hechizo que nos enseñaron en Stonefell antes incluso de que supiera atarme los cordones de los zapatos, pero con un extraño movimiento de dedos que lo hace diferente—: ¡*Revelatio*!

Una onda expansiva sale de las palmas de sus manos, alejándose de nosotros, y en ese instante me doy cuenta de cómo afecta a la magia. En lugar de una estela que conduce a aquello que buscas, un chirrido desagradable, como el de un grillo, suena a todo volumen desde algún punto por encima de nuestras cabezas, revelando la ubicación de Theo. También me parece escuchar otro, delatando más de un objetivo, pero Eleanor da un brinco de emoción al darse cuenta de lo que ha encontrado justo aquí.

—¡Pero bueno! ¿Qué tenemos aquí? Mira que estabas calladito…

—¡No! —exclama el chico desde arriba, en el árbol.

Pero Eleanor, después de mirarlo a él, se fija en mí. Se acerca de nuevo hacia donde estoy, señalándome con el dedo.

—Tú lo sabías. Sabías que estaba ahí arriba y te lo has callado como una perra.

—Aléjate de mí.

Le aparto el dedo de un manotazo y uso mi magia para crear un escudo que la separe de mí. Notar otra vez ese torrente de magia recorriendo mi cuerpo me hace sentir más poderosa, más fuerte. La segadora sonríe al darse cuenta de que me he defendido.

—Vaya, vaya —dice, levantando las manos en el aire y mirando a su alrededor, buscando apoyo. Sin embargo, nadie más se ríe—. Parece que la niña bonita tiene genio.

—Déjalo ya, Eleanor.

Por un momento pienso que es Marlowe quien me ha defendido. Pero entre los árboles aparece Alec. Si Eleanor estaba desmejorada, a Alec parece que le ha pasado un tren por encima. Tiene el pelo sucio y revuelto. No queda nada del chico malo y atractivo que las volvía locas a todas en el internado. Ahora el largo cabello negro de Alec está apelmazado y lleno de ramas, y tiene marcas recientes en la cara y en los brazos.

No sé cómo se los habrá hecho, posiblemente intentando esconderse, pero, sea como sea, me alegro de verlo así. Después de todo lo que le ha hecho sufrir a Serenity, se lo merece. Me muero de ganas por preguntarle dónde está mi amiga, pero sé que será en vano. Por eso, me quedo en silencio.

—Buenas tardes a todos —saluda, de forma exageradamente solemne—. Por si no os habéis dado cuenta, el oxígeno está disminuyendo con vuestros estúpidos hechizos. Enseguida comenzaremos a sentir dolores de cabeza, mareos y, con el tiempo,

nuestra visión se volverá borrosa. Así que, por favor, no paréis. Nos mataréis a todos antes de que acabe la noche.

—Gracias por ilustrarnos, Alec —responde Eleanor—. Pero vayamos a lo importante: solo puede quedar uno.

—Creo que la mejor manera de acabar con esto es… llegar a un consenso.

Hasta Orion se ríe de las palabras de Marlowe.

—Sí, claro. Ahora mismo os cedo mi puesto a uno de vosotros —se burla el segador de Caleb.

—¿De qué puesto hablas, Vale? Como si fueses a llegar a algún sitio —contesta Eleanor, arrancando una discusión mientras Alec se acerca a su amigo.

—Marlowe, ¿alguna vez te han dicho que tienes alma de político?

Pero él ignora las burlas. Mientras todos están distraídos, aprovecho para lanzar una mirada a Theo. Me doy cuenta de que ha cambiado de rama y ha subido un metro más alto. Quizá esa sea la solución. Supongo que, cuanto más arriba, mejor se respirará en cuanto las cosas se empiecen a poner feas.

—Si lo preferís, nos podemos matar como animales —propone Marlowe, imponiéndose a los demás con un tono ligeramente molesto.

—No me parece mala idea —contesta la segadora—. Somos cuatro segadores, así que podemos enfrentarnos por parejas y los ganadores se disputarán el primer puesto.

Por un momento Orion Vale parece querer salir de ahí. De los cuatro, es el que está menos preparado para una pelea. De hecho, no me lo imagino ni siquiera dando un puñetazo.

—Yo me ofrezco voluntaria para ser la primera en luchar —continúa—. ¿Quién de estos tres caballeros quiere enfrentarse a mí?

Al principio pienso que Marlowe lo va a hacer, pero Orion se le adelanta.

—Yo lo haré, con tal de no escucharte hablar más.

La morena se ríe a carcajada limpia. Pienso en Serenity y en Caleb, que tendrán que estar en algún lugar del prado o el bosque, no sé si buscándonos o alejándose de nosotros. Por un instante me imagino a Caleb haciéndole algo malo. Incluso…

—¡Está hecho! —La exclamación de Eleanor interrumpe mis pensamientos.

Los dos se colocan frente a frente, listos para empezar el combate. El corazón se me acelera y eso que ni siquiera es Marlowe el que va a participar. Intento adelantarme a lo que pasará después mientras Eleanor y Orion hacen el típico saludo previo antes de un duelo entre magos. Después se alejan y comienza el espectáculo.

Ella hace aparecer de la nada una cubertería entera, aunque todo son cuchillos, y los lanza directamente a la cara de Orion. Él los esquiva con un sencillo gesto de la mano.

—¿En serio me lo vas a poner así de fácil? —gruñe él, poco sorprendido por la primera ofensiva de la chica—. Pensaba que la gran Eleanor Ravenscroft era mucho más que eso.

Sus palabras parecen sacarla de quicio, porque empieza a ponerse roja. Si yo fuera Orion, lo último que querría sería provocarla. Alguien como Eleanor solo gana fiereza y sed de sangre si está enfadada.

Orion le lanza un rayo, pero ella lo sortea con un grácil movimiento. Se sube a una gran raíz que hay en el suelo y hace una

reverencia. Pero, después de ese juego inicial, todo se vuelve más intenso. Las risas pasan a ser concentración absoluta. Eleanor invoca una ráfaga de fuego, que sale disparada en todas direcciones cuando impacta sobre Orion. Él se defiende momentáneamente con un escudo de agua, mientras todo a su alrededor se cubre por una bruma azul.

Las respiraciones de los dos duelistas se agitan cada vez más a medida que van gastando su energía en el combate y yo noto que el ambiente se vuelve cada vez más pesado. Su combate está agotando el oxígeno a una velocidad estremecedora. Orion grita y de su cuerpo sale despedido una especie de pulso sónico que hace que todos nos llevemos las manos a los oídos. De pronto, es como si me hubieran estallado los tímpanos. De hecho, los de Eleanor comienzan a sangrar. Ella se lleva la mano a la oreja, toca su propia sangre y, tras observarla como si le fuese ajena, sonríe y se relame el dedo. Orion aprovecha su teatro para lanzarle unos fragmentos de rocas que explotan en cuanto la tocan y la hacen caer junto al tronco del árbol en el que está Theo, sosteniendo el equilibrio en una rama mucho más fina que la anterior.

Eleanor se incorpora del suelo, dolorida por el golpe, pero ni siquiera eso le borra la sonrisa de la cara. Su pecho sube y baja acelerado, no sé si por la extenuación o por la falta de oxígeno. Su contrincante camina hacia ella, pensando en su ataque final, y yo me preparo para verla morir. Desde que Jack falleció, soy incapaz de mirar a los ojos de una persona que va a morir…, pero sé que ella no va a ser la única en hacerlo hoy.

—Adelante, atácame —le dice Orion, abriendo los brazos—. Te doy ventaja, si quieres.

Eleanor lo intenta, levanta las manos y trata de invocar a las raíces del suelo para que se abalancen contra él. Sin embargo, no le hacen caso. Tan solo se retuercen en el suelo, como unas serpientes nerviosas, para volver a quedarse quietas unos segundos después.

Por el rostro de la segadora comienza a descender un camino de sangre. Es entonces cuando me doy cuenta de que el suelo, a sus espaldas, también está manchado. Ha debido de golpearse la cabeza contra una de las raíces del árbol y parece mareada. Solo una poción podría ayudarla ahora, y, desde la guerra, es imposible encontrarlas fuera del almacén de los Aurigae. Dudo que nadie salga en su rescate.

Orion levanta las palmas para lanzar su último hechizo, pero un ruido nos hace levantar la vista a todos. Theo se alza sobre la débil rama que cruje bajo su peso, con las palmas de las manos hacia arriba y unas pequeñas chispas crepitándole en las puntas de los dedos.

Me mira a los ojos y sonríe con tristeza. Todo lo que sucede a continuación parece un breve instante.

—Por favor, haz desaparecer mi cuerpo. No quiero que hagan nada con él.

Y antes de que pueda responder, Theo vuelve a centrarse en las ramas y chasquea los dedos. El crujido se intensifica y veo que no solo se está resquebrajando la suya, sino todas las que están a su alrededor. Eleanor grita, dice algo que no llego a escuchar, porque el sonido es cada vez más fuerte. Entonces caen todas a la vez, incluida la de él.

Las ramas golpean con fuerza el suelo. Orion da un salto hacia atrás, pero no logra esquivar otra, que le da de lleno en la cabeza.

Veo el cuerpo de Theo cayendo exactamente sobre Eleanor, gritando, y todo sucede a cámara lenta. Sus cuerpos colapsan, uno bajo el otro, llevando a Theo a una muerte segura y a Eleanor por el mismo camino. Theo se queda boca abajo y no se mueve. Eleanor agita un par de veces la cabeza, buscando algo que decir, pero su súplica se va apagando hasta que se queda en silencio.

50

HAZEL

Mi cuerpo se paraliza, pero mi mente va a mil por hora. Vuelvo de nuevo al día en el que perdí a Jack. No ha pasado tanto tiempo, pero, a la vez, parece que ha sido hace cinco años. Recuerdo sus ojos verdes apagándose para siempre y tengo que mirar hacia otro lado para dejar de pensar en ello.

—¿Están muertos los dos? —pregunta Orion. La ceja le sangra del golpe que ha recibido y continúa arrastrando la pierna en cada paso, pero, por lo demás, parece estar bien.

Marlowe avanza un poco y se acerca al lugar en el que descansan los cuerpos de la segadora y su rebelde. Le aparta la maraña de pelo negro, ahora apelmazada por la sangre, y le toma el pulso, aunque está claro que no lo va a encontrar.

—Muerta —anuncia, con cierto toque ceremonioso. Como si lo estuviera disfrutando.

Una sensación de incomodidad me recorre el cuerpo y cambio el peso de un lado a otro. Después, Marlowe se gira hacia Theo. Por un momento deseo que diga que está bien, que ha sobrevivido a la caída. Pero, en realidad, lo mejor que podría pasarle ahora mismo es esto, porque en el improbable caso de que Theo ganara, su vida

sería un infierno, los Ravenscroft jamás permitirían que saliese airoso tras acabar con su heredera. Si Eleanor lo había torturado los primeros días, no puedo imaginar qué habrían hecho en el futuro, si hubiera llegado a ostentar el título de El Ascenso.

—Muerto —repite Marlowe.

Trago saliva y deseo que, allá donde esté, Theo pueda encontrar la paz. La situación es tan injusta que me dan ganas de gritar, pero sé que no serviría de nada. Theo era solo un niño, demasiado inocente para luchar en una guerra tan cruel. Su vida se había terminado demasiado pronto.

No me doy cuenta de que estoy apretando los puños y los dientes hasta que me empiezan a doler por la fuerza que estoy ejerciendo.

Marlowe se aparta del cadáver de Theo y yo me acerco para cumplir su deseo. No me hace gracia tener que quemar su cuerpo, pero pienso igual que él: si me muero, no quiero dejar rastro. No quiero que nadie pueda mancillarlo en uno de sus estúpidos sacrificios.

Está boca abajo y no lo muevo. Prefiero que sea así. Espero a que Marlowe esté lo suficientemente lejos para prenderle fuego. No sé si le hará mucha gracia ver esto después de lo que su madre le ha estado haciendo durante años. Aun así, él no reacciona cuando las primeras llamas comienzan a florecer de mis manos y las dejo crecer hasta que alcanzan a Theo. El olor es desagradable, así que me aparto, y estoy a punto de tropezar con Eleanor. Dudo un segundo sobre qué hacer. No se merece que la proteja, pero, al mismo tiempo, no deja de ser una persona. Vuelvo a levantar las manos y la incendio también.

El fuego mágico va consumiendo sus cuerpos con rapidez, sin propagarse por el bosque, como si hubiera entendido su único cometido.

—Larga vida a la Muerte —murmura Marlowe, sin quitarle ojo al cuerpo de Eleanor.

—Larga vida a la Muerte —dice Orion, y Alec lo secunda. Un brillo sádico le ilumina la mirada.

—No. De eso nada —estallo, con las mejillas ardiendo de rabia, molesta por la actitud de Marlowe. Si está tratando de aparentar normalidad, no es que lo esté consiguiendo, sino que se está pasando de la raya—. No quiero que Theo se marche con una de vuestras frases. La Muerte no los ayudará. No los estará esperando en ningún lado. Vuestras ansias de poder desmedidas son las que han llevado a todo esto. Y son las que os matarán. Si tantas ganas tenéis de reuniros con Ella, no sé a qué esperáis…

—¡¿Te puedes callar de una puta vez?!

El grito de Marlowe suena por encima de los sonidos del bosque. Una bandada de pájaros alza el vuelo, despavorida, indicando nuestra posición. Intento concentrarme en que así Serenity sabrá dónde estamos, si es que mi amiga está aquí.

Miro a Marlowe a los ojos y no veo nada del hombre que he conocido en las últimas semanas. No queda rastro de su compasión ni de la humanidad que me mostró días atrás. De su porte relajado a los pies de mi cama, su sonrisa velada mientras discutíamos sobre alguna asignatura compartida y la calidez de su presencia al despertarme de cada pesadilla… No queda nada. El Marlowe que tengo delante vuelve a ser un extraño y empiezo a plantearme si está actuando para no levantar sospechas o si todo lo que ha

pasado estas semanas ha sido una gran mentira, la actuación de su vida.

—Diré lo que me dé la puta gana, Malenfant —respondo, dando un paso hacia él y escupiendo su nombre con una expresión de asco.

—Siempre tan altiva. Tu soberbia será tu fin.

En ese preciso momento me doy cuenta de que esto ya no es un teatro. De que la rabia con la que suelto estas palabras es real y crece con cada gesto que hace Marlowe porque está, simplemente, comportándose como la persona que siempre ha sido. Una rata miserable.

No sé cómo he podido ser tan estúpida. ¿En serio pensé que iba a cambiar de verdad? ¿Que dejaría toda su vida atrás solo porque yo le había hecho cambiar de opinión? Está claro que Marlowe ha jugado muy bien sus cartas y, para mi sorpresa, ha ganado. Porque ahora mismo, cuando lo miro a esos ojos azules cargados de odio, no lo reconozco.

De pronto, solo puedo ver al Marlowe que me tatuó en su casa el día en que Magnus anunció El Ascenso. Ese es el hombre que siempre ha sido, y nada podrá hacerlo cambiar. Me arden las mejillas solo de pensar en cómo besé sus manos, tratando de curar una herida que no me correspondía a mí cuidar. Con tan solo pensar en ello, en el recuerdo de ese beso en la fiesta de Halloween que mi mente ha olvidado, siento náuseas en el estómago.

Qué estúpida, sentirme traicionada por alguien a quien nunca conocí realmente.

Jadeo, dejándome llevar por la rabia, sin apartar la mirada de él. No dejaré que sobreviva, no después de esta humillación. No me

importará morir si por el camino me lo llevo conmigo.

—¿Podéis dejar el espectáculo para otro momento? Y dejad de gritar, ya que estamos —interviene Orion, que se apoya jadeante sobre una de las ramas caídas. La frente le ha dejado de sangrar, pero la herida abierta le da un aspecto que hace que mirarlo resulte bastante incómodo.

—¿Por qué? —le responde Marlowe de una forma no muy amigable—. ¿Te estamos molestando?

—Porque creo que estás demasiado concentrado en ti mismo como para fijarte en que he venido cojeando y me sangra la pierna. Algo me ha atacado en el bosque. He sobrevivido por pura suerte; no sé qué me ha atacado, solo que he conseguido contenerlo con magia.

—¿Y? —pregunta Marlowe, esperando a que Vale vaya al grano.

—Y no me gustaría que tus estúpidos gritos volvieran a llamar su atención.

Pero Marlowe se ríe.

—Joder, Orion, eres un miedica. Me sorprende que hayas sobrevivido.

—¿Pero a ti qué puta mosca te ha picado, gilipollas?

—¿¡Os podéis callar!? —grita ahora Alec—. En serio, parecéis dos críos de seis años peleando por ver quién se queda con la pelota.

—¿Por qué no le dices mejor a tu amiguito que cierre la boca? Al final será verdad que el único Malenfant bueno es el que está bajo tierra. ¿Quieres hacerle compañía a tu papaíto, Mar…?

Marlowe se acerca a él mientras habla y extiende el brazo. De pronto, el cuello de Orion se tensa y las palabras se le quedan

atascadas en la garganta. Marlowe está utilizando su magia para ahogarlo.

—Debería haber hecho esto muuucho antes —murmura, mientras aprieta cada vez más la mano, como si fuera esta la que estuviera alrededor del cuello de Orion, y no una cuerda invisible.

El chico forcejea, llevándose las manos a la garganta y tratando de agarrar algo que no puede coger.

—No te preocupes, no quemaremos tu cuerpo —sigue hablando Marlowe—. Lo dejaremos aquí para que lo que sea que te ha atacado en el bosque te encuentre. ¿Te parece bien?

Ni Alec ni yo intervenimos en la escena. Orion sigue forcejeando, intentando hablar para pedir clemencia, pero ya no le sale la voz. Se deja caer de rodillas y unos sonidos guturales se escapan de su garganta. Solo deseo que se acabe cuanto antes, pero Orion forcejea hasta el final.

Una sensación de angustia me recorre el cuerpo al darme cuenta de que no es el único que se está quedando sin aire. Desde hace un par de minutos el ambiente se siente más pesado, y me descubro a mí misma tambaleándome ligeramente, mareada por la falta de oxígeno.

Pasa más de un minuto hasta que Marlowe afloja por fin la mano y sonríe con satisfacción al ver el cuerpo de Orion tirado en el bosque.

—Larga vida a la Muerte —murmura, dirigiendo la mirada hasta Alec.

—Estás loco —le dice, y se le escapa una carcajada que me eriza la piel—, incluso peor que yo. Pero tengo que admitir que ha sido

una buena jugada. Ahora ya solo quedamos nosotros y Caleb. Bueno, y ella.

Alec me señala con un gesto de cabeza.

—¿Dónde está Serenity? —pregunto, pero ninguno de los dos me responde.

—En el mismo sitio en el que vas a estar tú en unos momentos.

Entonces Marlowe se abalanza sobre mí. No utiliza magia, sino que se tira encima de mi cuerpo sin avisar, recorriendo los pocos metros que nos separan y aprovechando el factor sorpresa para pillarme desprevenida. Me golpeo la cabeza contra el suelo en la caída y se me nubla la visión durante unos segundos. Entonces Marlowe se pone a horcajadas sobre mi cuerpo, con una pierna a cada lado de mi cadera, aprisionando mis brazos con una mano, y se inclina para taparme la boca.

—No lo disfrutes, ¿eh? —me dice, arrastrando las palabras.

Consigo liberar un brazo y le doy un puñetazo en el estómago con todas mis fuerzas. Sin embargo, me empieza a faltar el aire enseguida. No puedo respirar lo suficiente por la nariz y el sobreesfuerzo del golpe me hace volver a marearme. Marlowe no parece ni haberlo notado. Vuelvo a intentarlo, pero mis músculos se niegan a responder.

—Sigue luchando por respirar, bonita, pero no demasiado —me dice—. Pronto no quedará suficiente oxígeno para todos.

Frunzo el ceño y lo agarro por el antebrazo, intentando zafarme, pero es imposible. Unas lucecitas de colores comienzan a parpadear en los límites de mi visión, señal de que el desmayo es inminente. No entiendo por qué Marlowe intenta matarme. Las reglas de El Ascenso han sido claras desde el principio: sin mí, él tampoco tiene

posibilidades. Jadeo, intentando que el aire entre en mis pulmones, pero es cada vez más difícil.

No me da miedo morir. Llevo mucho tiempo preparada para este momento y quiero pensar que me reencontraré con los míos, y ahí por fin podré ser feliz. Podré estar tranquila. Se acabarán el sufrimiento, las pesadillas, el dolor del pecho y las traiciones. Solo un poquito más y todo habrá acabado.

Su pelo, casi plateado, parece brillar en el bosque, reflejando la poca luz que se cuela entre la arboleda, y sus ojos me taladran mientras lucho por respirar. Pero el nivel de oxígeno es cada vez más bajo y el corazón me va demasiado rápido como para llevarle el ritmo a mi respiración.

—¿De verdad creíste que te dejaría vivir? —me pregunta, justo cuando todo a mi alrededor se va sintiendo más amortiguado. Su cara está demasiado cerca de la mía y puedo sentir su aliento sobre mi piel—. Deberías haberte quedado con Caleb. Haberle hecho caso y haber huido. Porque vas a pagar con la muerte tus estúpidas ganas de ser una adolescente rebelde. Igual de necia que tu hermanito…, hasta el final.

La mano de Marlowe sigue apretándome, clavándome los labios en los dientes. Tengo la boca seca, me duelen las mejillas y siento que la cabeza me va a estallar. Mis músculos ceden y suelto el agarre en su antebrazo. Mi cuerpo se rinde antes que mi cerebro, aunque mi mente sabe que ya no hay nada más que hacer.

Voy a morir.

Extiendo el brazo que tengo libre, preparándome para abandonar este lugar. De pronto, el bosque parece más tranquilo, el clima cálido y el musgo del suelo me abraza la espalda mientras mi visión se va

desvaneciendo en la oscuridad. Nunca pensé que morir sería así de fácil.

Entonces, cuando ya he asumido que mi vida se ha apagado, un reflejo rubio aparece detrás de Marlowe y lo aparta de mí. El chico me suelta instintivamente y se aparta, dejándome espacio para incorporarme y dar una enorme bocanada de aire. Respiro, haciendo mucho ruido, pero sigo teniendo la visión borrosa. Me llevo la mano a la garganta, como si eso pudiera ayudarme a recuperar el aliento antes, y no me doy cuenta hasta ahora de que los ojos me lloran.

Parpadeo varias veces intentando aclararla. Alguien de pelo rubio me ha salvado y estoy convencida de que es Serenity. No puede ser nadie más. Sin embargo, cuando por fin consigo enfocar la vista, miro hacia delante y veo que no es una mujer la que me ha quitado a Marlowe de encima…, sino una copia exacta del chico que me acaba de intentar ahogar.

51

MARLOWE

Lo agarro por la espalda y lo arranco del cuerpo de Hazel. Mis pulmones se quejan por el sobreesfuerzo y me arde la garganta de correr, pero después de ver la escena desde lejos, la carrera para quitárselo de encima se ha vuelto una lucha a contrarreloj contra el poco oxígeno que nos queda. En lo alto del cielo parece que comienza a atardecer. La luz del sol ya no es tan fuerte y las sombras que antes proyectaban los árboles ahora se fusionan con la oscuridad.

Agarro por la camiseta a mi falso doble y lo lanzo contra el tronco de un árbol. Él parece sorprendido, pero me observa con una mezcla de dolor físico, sorpresa y satisfacción.

—¿Cómo has hecho eso? —le espeto.

Pero él parece divertido.

—¿Hacer qué? ¿Esto? —pregunta, señalándose a sí mismo—. Tenía ganas de ver qué se sentía al convertirme en un ser despreciable como tú.

Suelto una risa.

—Me parece que te ha salido mal la jugada, Caleb —le digo.

Él jadea, intentando zafarse de las ramas que he hechizado para que lo mantengan atado al árbol. Me resulta extraño verlo todavía con mi apariencia, pero no me cabe duda de que es él quien se esconde bajo mi piel.

—Sabía que ella sería tu punto débil —murmura Caleb, con dificultad para tomar aire—. ¿Qué se siente al estar con una mujer usada? ¿Ha gemido contigo igual que lo hacía conmigo?

La sangre se me acumula en la cabeza. Mi plan era matarlo, sí. Pero, ahora, quiero destrozarlo. Por la mente se me pasan mil formas de asesinarlo a sangre fría. Desmembrarlo me parece la más atractiva, para después darle de comer cada una de sus extremidades a los cuervos. Pero el oxígeno se agota, y puedo notarlo no solo en mí, sino también en ellos. Puedo escuchar la fuerte respiración de Alec, y Hazel todavía no se ha repuesto del todo.

—No perderé más tiempo contigo, White. No vales la pena.

Junto las manos y crujo los nudillos, preparándome para matarlo, pero Caleb lo interpreta como una muestra de contención.

—Claro, Malenfant. Cómo no. ¿Vas a pedirle a tu amiguito que lo haga por ti? —me pregunta, con una sonrisa en los labios que no se le borra por más que las raíces aprietan su cuerpo.

Miro a mi alrededor hasta dar con una zona donde se han acumulado varias piedras. Me acerco y cojo una de ellas, la más afilada. La agarro, firme, notando sus aristas contra el cuero de mi guante, y me acerco a Caleb. Pero, antes de llegar a él, me giro hacia Hazel. Ella observa la escena de hito en hito, todavía asustada por el ataque de su exnovio.

—No mires —le advierto.

Aun así, ella niega con la cabeza y no aparta la vista de los dos Marlowe. Acepto su decisión y me vuelvo de nuevo hacia el árbol. Doy varios pasos al frente y, de una única estacada, le borro la sonrisa del rostro. No creo que sea necesario darle más, pero por si acaso lo hago, asestando golpes con la piedra una y otra vez en la cara, el cuello y el pecho de Caleb, todavía con mi apariencia.

Y, cuando lo hago, siento una extraña liberación. Es como si me estuviera matando a mí mismo, a esa versión de mí que nunca quise ser. Como si me estuviera quitando unas cadenas que nunca me pertenecieron y ahora, por fin, pudiera renacer.

Caleb aguanta las estocadas sin gritar hasta que ha perdido tanta sangre que se desmaya. Lo dejo atado en el árbol, desangrándose, mientras su apariencia comienza a cambiar y se transforma en él mismo.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que tengo la piel y la ropa manchadas. Me seco en la camisa, donde puedo, y busco a Hazel con la mirada. Ella me observa como si hubiera visto… exactamente lo que acaba de pasar. Una escena de terror en primera persona.

—Larga vida a la Muerte —murmura Alec.

Pero no lo sigo. Me giro hacia él para ver su reacción y me doy cuenta de que está magullado por todo el cuerpo, como si se hubiese peleado con el bosque y este hubiese ganado. Estoy a punto de preguntarle cómo se lo ha hecho cuando un aullido rompe el silencio. Sin darnos cuenta, casi se ha hecho de noche. La apacible brisa que mecía las copas de los árboles se ha convertido en el viento que anuncia una tormenta.

Se me eriza la piel. Reconozco ese sonido. Mi familia intentó criar huargos siglos atrás, pero la fuerza y la inteligencia de aquellas

bestias era difícil de domar incluso para los Malenfant.

—Salgamos de aquí —mascullo, entre dientes, intentando no pensar en la amenaza que acecha en el bosque.

Pero, cuando me giro hacia Hazel, me doy cuenta de que hay algo a sus espaldas. Un enorme lobo, con una dentadura similar a la de un dientes de sable, está justo detrás de ella. La observa por la espalda sin que Hazel se percate del peligro que corre su vida ahora mismo.

Alec también parece haberse dado cuenta. Lo miro, pero él señala hacia otro lado, donde aparece otro lobo exactamente igual. Todos tienen el pelaje negro, revuelto. Uno de ellos está manchado de sangre, probablemente de Vale. Con un movimiento lento, doy una vuelta completa y me doy cuenta de que estamos rodeados por una manada.

—Hazel, ten cuidado. Tienes uno detrás.

Pero ella no se gira. También ha visto a uno a mis espaldas, así que no necesita moverse para verlo cara a cara.

—¿Qué hacemos? —murmura Alec, con la voz más aguda de lo normal.

Todos los lobos se quedan quietos excepto uno, que se adelanta y se coloca entre nosotros, en el centro del triángulo que Alec, Hazel y yo hemos creado. Camina unos pasos hacia ella y la olfatea. Puedo sentir cómo Hazel contiene la respiración mientras el lobo, que medirá casi metro y medio de alto, da una vuelta a su alrededor. Y, después, la ignora. Camina un poco más y su olfato lo conduce al cuerpo de Orion. Entonces el lobo da un paso hacia atrás y aúlla. El resto de la manada lo imita, creando una melodía de aullidos escalofriantes, y después se lanzan a por los cuerpos. Algunos van

directos a Orion. Otros se ensañan con el cuerpo de Caleb, que todavía estará caliente. Los demás nos quedamos quietos, observando la escena. Escucho cómo los lobos mastican la carne y enseguida llegan al hueso. El sonido es estremecedor, pero empeora cuando empiezan los desmembramientos. Los siguientes segundos se hacen eternos, hasta que los lobos terminan con sus piezas y pierden el interés en lo que queda de Caleb y Orion.

Busco la mirada de Hazel, que ahora sí ha apartado la vista de la carnicería. De hecho, me mira a mí. Intento imaginar todas las preguntas que estarán cruzando su mente ahora mismo, y me gustaría responderlas, pero no puedo. No me quiero mover.

Entonces los lobos se vuelven a reunir, con las fauces manchadas de sangre y con trozos de vísceras colgando de los enormes colmillos. Siguen olfateando y se acercan a Alec. Uno de ellos sigue el rastro de la sangre de sus rasguños y vuelve a aullar.

—¡No! —grita él y usa su magia para apartarlo.

Pero ese pequeño gesto se convierte en su condena. La manada de lobos gigantes responde al momento al ataque mágico, como si hubiera sido una traición a toda su especie. Todos se abalanzan sobre él, como si fuera un ataque perfectamente coordinado, y lo pierdo de vista en cuestión de segundos.

—¡Alec! —grito.

Extiendo las manos, preparado para lanzar un hechizo. Cojo fuerzas y, por un instante, me da miedo el efecto que pueda tener. Me preocupa que apenas quede oxígeno para los tres después de lo que voy a hacer, pero no pienso verlo morir así. Sé que Alec no ha sido una buena persona, pero durante muchos años fue lo más cercano que tuve a llamar a alguien amigo.

Canalizo toda mi magia en las palmas de las manos, me arranco los guantes, y dejo que una onda expansiva salga de ellas, como tantas veces vi hacer a mis abuelos mientras domaban a las bestias. Unos aros dorados emanan de mi piel e impactan de lleno en los lobos, que se apartan de Alec. En cuanto uno de ellos se marcha, gimiendo, todos lo imitan, alejándose de él y perdiéndose en el bosque. Sin embargo, en cuanto se apartan, veo a Alec de rodillas, que en ese momento pierde el equilibrio y se cae al suelo de lado.

—No… —murmuro.

Me acerco a él y Hazel me sigue por detrás, vigilando que los huargos no vuelvan a atacarnos.

Alec sigue con vida, pero tiene muy mal aspecto. Los lobos le han arrancado varios trozos de carne y sangra profusamente por la pierna. Me preparo para hacerle un torniquete.

—No gastes más magia… Usa… ropa —murmura con dificultad, ahogándose entre el dolor y la falta de oxígeno—. Hay una ma-manera de escapar, de que podamos… sobrevivir los dos. Confía en mí. Llévame a-al prado.

Pero, aunque quizá no sea consciente por el *shock*, Alec se está muriendo. La sangre abandona su cuerpo a borbotones y la muerte va llamando a su puerta cada segundo que pasa.

¿Una manera de escapar? Sus palabras hacen eco en mi mente mientras trato de buscar alguna manera humana de detener toda esta sangre. Y entonces me acuerdo de la poción. El frasco parece quemarme en el bolsillo, recordándome que tiene una única misión, y que puedo mantener a Alec con vida durante un rato más mientras encuentro la manera de sacarlo de aquí.

En cuanto quito el tapón, un ligero vaho anaranjado se escapa, convirtiéndose en pequeñas chispas al entrar en contacto con el aire.

—No, no —murmura Alec—. Es tuya.

—Es para ti. Alec, bébetela.

Pero él se niega.

—Estás a punto de morir —le insisto—. Dijiste que esto podía ganar tiempo en caso de estar gravemente herido, así que déjate de tonterías. Tenemos un pacto, ¿recuerdas? Por favor, tómatela.

Le acerco el frasco a los labios, pero él aparta la cara. Me honra que Alec actúe así cuando está a punto de morir, pero no puedo abandonarlo. Por el pasado que nos unió. Por los niños que fuimos y lo que queda de ellos.

—No, no —continúa quejándose Alec, pero su voz suena cada vez más apagada.

La sangre sigue emanando de sus heridas y ya hay un enorme charco oscuro a nuestro alrededor.

—*Damion*… —murmura Hazel, nerviosa por si las bestias vuelven atraídas por el olor cobrizo que tiñe el aire.

—Lo siento. No puedo dejarlo así.

Y entonces le sujeto la cara con una mano y con la otra acerco el frasco a su boca. Se la abro a la fuerza y dejo caer la poción por sus labios. Alec se empeña en toser e intenta escupirla, pero le tapo la boca, obligándolo a tragarla hasta que, al fin, cede.

Espero unos segundos y siento que su cuerpo se relaja. La herida sigue sangrando, pero sé que estará bien. Que enseguida se pondrá mejor y sobrevivirá. Pero entonces unos espasmos se apoderan de Alec. Lejos de curarlo, sus heridas comienzan a sangrar todavía más. Le brota sangre de los ojos, la boca y los oídos. Lo miro, con una

expresión de pánico que imita la suya. No puede ser. Se suponía que esto lo tenía que salvar, que volvería a la vida gracias a esta poción que él mismo me dio…

La verdad cae sobre mí como un jarro de agua fría. El frasco nunca contuvo una poción para salvarme en un momento de peligro. En su interior había, en realidad, algo peor que un veneno. Un brebaje con la marca Aurigae. Un filtro de muerte rápida, una condena líquida que acabaría con la vida de quien la tomara.

Me aparto de él, asqueado, en cuanto me doy cuenta de lo que ha hecho. Pero él mismo se lo ha buscado. Así, Alec muere desangrado, con la cara manchada de lágrimas de sangre, envenenado por una poción que su propia familia preparó. Cuando exhala su último aliento, aprieto los puños y murmuro una última burla entre dientes:

—Larga vida a la Muerte, amigo.

52

HAZEL

La voz de Marlowe resuena en el bosque cuando se despide del que fue su mejor amigo.

—Me intentó matar. Nos intentó matar a los dos. Me dio este frasco por si alguno de nosotros lo necesita a lo largo de El Ascenso —dice él, girándose hacia mí.

Da un paso hacia mí, alargando las manos desnudas hacia mí, pero yo me aparto. No lo reconozco, y ni siquiera sé si es él.

—Hemos ganado, Hazel —me dice él, dolido por lo que acabo de hacer. Como si no entendiera por qué lo estoy rechazando.

Pero yo niego con la cabeza.

—Todavía queda Serenity —le recuerdo, casi sin aliento.

Tras los enfrentamientos y la magia que he utilizado para alejar a los huargos, siento que el oxígeno apenas me alcanza los pulmones.

—Serenity ha huido. Por eso nos hicieron participar en la quinta prueba, porque alguien tenía que jugar por ella, así que entró Alec… y también todos los demás —me informa Marlowe.

Debería estar aliviada. Si lo que dice es verdad, si Serenity ha huido, nosotros hemos ganado El Ascenso y es posible que ella siga

con vida, muy lejos de aquí, escondida de los segadores. Pero sigo sin estar convencida.

—¿Cómo sé que eres tú?

Marlowe no parece entender la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo puedo estar segura de que tú eres tú de verdad? Hace un momento has intentado matarme…, pero eras Caleb.

—Ese nunca fui yo, Hazel. Utilizó un hechizo muy potente para cambiar de forma. Por eso el oxígeno se ha ido agotando tan rápido.

Inclino la cabeza, todavía con las dudas reflejadas en el rostro.

Marlowe suspira.

—Demuéstrame que eres tú —insisto.

Él me mira, intentando encontrar las palabras con las que convencerme, pero no sabe qué más decir. Entonces da un paso adelante y me coge las manos, las acerca a sus labios y las besa con delicadeza, despacio, y después las baja y las sigue sosteniendo mientras me mira a los ojos. El corazón se me acelera y con ello la respiración. Me cuesta coger aire, pero eso no me impide hacer lo que mi cuerpo y mi mente piden a gritos. Doy un paso al frente, sin pensarlo un segundo. Y lo beso.

Las manos de Marlowe se agitan en las mías en cuanto rozo sus labios. Él me suelta y me abraza, agarrándome por la espalda con tanta fuerza que temo que me vaya a dejar sin aire antes que este maldito torneo.

El beso no es delicado, ni lento. Es más bien voraz. Marlowe me sujeta con firmeza y yo llevo las manos a su cuello, notando sus latidos en las yemas de los dedos.

Su respiración arde contra mi boca, como si quisiera recuperar el tiempo perdido que ni siquiera sabíamos que teníamos. Se acerca más a mí, obligándome a dar un par de pasos hacia atrás. Mi espalda choca con el tronco del árbol más cercano y nos separamos un instante, pero sus labios vuelven a buscarme con desesperación.

Nuestras lenguas bailan, se reconocen y acarician con el alivio de sabernos vivos, juntos. Nos aferramos con fuerza al otro intentando volcar en el roce de nuestras bocas todo lo que no nos hemos dicho y que ahora es innegable. Siento que una parte de mi alma cuelga en sus manos abrasadas. Siento que la misma parte de él grita mi nombre y lo reclama para sí. Dos pedazos de nosotros que rellenan las grietas del otro. Para siempre.

Suspiro sobre sus labios, cálidos y suaves. Enredo los dedos entre hebras de pelo plateado mientras él se aferra a mi cintura y apoya su frente sobre la mía.

—Hazel…

Un ruido nos obliga a separarnos, como un resorte, como si estuviéramos haciendo algo prohibido, y un par de figuras aparecen detrás de Marlowe. Me cuesta acompasar la respiración, bien por esta atmósfera asfixiante, bien por lo que acabamos de hacer.

Las dos figuras terminan de materializarse y aparecen las dos últimas personas que esperaba ver aquí: Aaron Aurigae acompañado de Gwendoline Malenfant.

—¡Mi hijo! ¡Alec! —exclama él en cuanto sus ojos encuentran el cuerpo de su heredero en el suelo, en una posición extraña, de lado, tal cual ha muerto hace unos minutos—. ¡Mi hijo ha muerto!

Aaron se gira hacia mí y me señala con el dedo.

—Lo habéis matado, igual que hicisteis con su hermano, puta indigna. ¡Me habéis dejado sin descendencia!

Miro a Marlowe, confundida. No entiendo qué hacen aquí. En todas las ocasiones en las que me imaginé el final de El Ascenso, siempre aparecía Magnus dando un discurso final, felicitando al participante y al mentor ganadores. Sin embargo, no hay ni rastro de su figura hecha de fuego y cenizas.

—Hemos ganado, madre —dice Marlowe, mientras Aaron sigue gritando y lamentándose.

Camina hacia Gwendoline Malenfant y la intenta coger de las manos, pero ella lo rechaza. Me paro a analizar la expresión facial de la mujer. No ha pronunciado palabra desde que ha aparecido, y no entiendo por qué está tan seria. Debería estar feliz de que su hijo haya conseguido lo que tanto ha anhelado, ese triunfo por el que incluso llegó a pactar conmigo. Me imagino que esta victoria llega en un momento complicado, con el duelo presente por la muerte de su marido, pero, por muy agridulce que sea, me sorprende, por lo poco que la he podido conocer, que no reaccione.

—Hemos ganado —insiste él, buscando una respuesta, un mínimo gesto de reconocimiento, pero no lo encuentra.

Algo malo sucede. Lo siento en la forma en la que Aaron grita, en la que Gwendoline no reacciona y en la ausencia de Magnus.

—Esto no tenía que haber sido así —murmura ella.

Aaron intenta todo tipo de conjuros para revivir a su hijo…, pero nada funciona.

Marlowe abre la boca para preguntarle a su madre qué está sucediendo, pero entonces Aaron se adelanta. Se levanta del

costado de su hijo y se acerca hacia él, señalándolo con un dedo acusador.

—¡Esto es culpa tuya! —ruge, empezando a ponerse rojo.

—¡Intenté salvarlo! —se defiende Marlowe, acortando la distancia entre ambos y plantándole cara—. Intenté salvarlo incluso sabiendo que solo podía quedar uno de los dos, porque él fue la única persona que estuvo a mi lado durante estos últimos años. Y me lo pagó intentando matarme con ese veneno. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

Marlowe está fuera de sí. Da unos pasos hacia Aaron y lo agarra del cuello de la camisa, quedándose a unos centímetros de su cara.

—¡¿Él lo sabía?! —le exige—. ¡¿Alec sabía lo que había en ese frasco?!

Por primera vez desde que ha llegado, Aaron sonríe.

—Sí —responde.

La confesión, tan sencilla como rápida, me deja tocada. Por eso Alec se resistió tanto a tomarla, porque sabía que ese regalo envenenado no era para él, sino para Marlowe… o para mí.

Gwendoline se gira hacia el lugar en el que está Aaron, guiada por su voz.

—¿Tú le diste ese frasco para que matara a mi hijo? —le pregunta, pero él no responde.

—Parece que la jugada os ha salido mal —sigue hablando Marlowe, cargado de rabia.

Tengo miedo de lo que pueda pasar a continuación. Si Marlowe y Aaron se enfrentan, cualquier uso de la magia hará que nos quedemos sin oxígeno y muramos los cuatro. Quiero preguntar

cómo salir de aquí cuanto antes, pero sé que ninguno de ellos me dará la respuesta si la tiene.

—Cállate, Marlowe —le dice su madre—. No tienes ni idea de hasta dónde te has equivocado matando a Alec. —Entonces se gira hacia Aaron—. Y tú… eres escoria. Pensaba que podía confiar en ti, pero ya veo para qué querías hacer todo esto…

Aaron jadea, todavía sujeto por el fuerte agarre de Marlowe, pero este lo suelta al fin.

—Sea lo que sea que tuvieseis entre manos, no me importa. Hazel y yo hemos ganado El Ascenso, así son las reglas que puso Magnus.

—El Magno —le corrige su madre— no puso esas reglas. Las hicimos nosotros.

Observo la escena como si estuviera viendo una obra de teatro. Todo me parece tan irreal que, por un instante, dudo que esté sucediendo de verdad. Quizá sea otra de mis pesadillas y acabe despertándome en la mansión Malenfant, cubierta de sudor, gritando y sin que haya empezado todavía la quinta prueba. Pero sé que no es así. Sé que todo esto es real, porque todavía siento los labios de Marlowe sobre los míos, que arden con el recuerdo.

—¿Qué? —pregunta el chico, mirando a su madre y a Aaron.

—Y tú lo has echado todo a perder, sabandija —le acusa Aaron, hablando entre dientes.

—¿Todas estas pruebas, todo este torneo…? ¿La carta que llegó en mitad de la noche…? ¿Era todo un montaje? —insiste Marlowe.

—Lo creamos Aaron y yo —confiesa Gwendoline—. ¿De verdad creías que llegarías hasta el final por tu cuenta, hijo? ¿Nunca se te ocurrió que, para que muchas cosas sucedieran tal y como tenían que pasar, alguien debía interceder por ti?

El corazón me late desbocado mientras en mi mente se agolpan un millón de preguntas.

—Montamos este torneo desde cero para que, llegados al final, solo sobrevivierais los dos y tomarais el control del nuevo orden de forma conjunta. Las dos familias más poderosas, por fin unidas… Pero tenías que arruinarlo todo en el último momento, como buen hijo de tu padre que eres —le reprocha Aaron—. Bien dicen que la manzana no cae lejos del árbol.

—Mientes —dice entonces Marlowe—. Sé que hubo un testamento, unas instrucciones especiales dirigidas a mi padre sobre el torneo.

Pero su madre niega con la cabeza. Incluso, para mi horror, me parece descubrir un ligero atisbo de una sonrisa macabra en su rostro.

—El Magno redactó un testamento poco antes del final de la guerra en el que dejaba el poder en manos de los Malenfant —continúa Aaron, ajeno totalmente a mi presencia, como si fuera un mal menor en toda su historia—. Cuando Gwendoline lo descubrió, Damascus ya estaba enfermo, así que vino a verme. Las secuelas de la guerra lo dejaron postrado en una cama y la sucesión de El Magno peligraba. Así que, simplemente, ayudé a tu madre a idear un plan mejor: una alianza entre familias. El torneo nos aseguraría acallar cualquier posible insurrección entre el resto de los segadores, y así los dos podríais estar al frente del nuevo régimen. Pero has tenido que matarlo y, además, por error. Eres patético hasta para esto, Marlowe.

Pero el heredero del mundo mágico solo tiene ojos para su madre.

—¿Ni siquiera lo consultaste con padre? —pregunta Marlowe, con el rostro crispado.

—Cariño, lo mejor que podía hacer tu padre era mantenerse al margen de todo esto. Le hicimos un favor al dejarlo ir. Nunca habría entendido las verdaderas ambiciones de las casas Aurigae y Malenfant.

Entonces algo hace clic dentro de mi cabeza. Damascus Malenfant nunca murió, sino que se le dejó morir, poco a poco, en la enfermería de los Aurigae. De hecho, no me extrañaría que lo hubieran ido envenenando paulatinamente para acelerar su deterioro, simulando que su malestar era consecuencia de su enfermedad.

—Tu madre y yo destruimos el testamento original y nos dedicamos a crear todo esto para vosotros. Para la supervivencia de nuestros apellidos.

—Vosotros… habéis matado a mi padre —responde él.

Gwendoline Malenfant suspira.

—Bueno, es una forma de ver las cosas, sí. Pero fue por su bien, Marlowe. Ya estaba enfermo y todo esto no le habría gustado.

—¡Por supuesto que no le habría gustado! —exclama él, gritando a todo pulmón. Su cara pasa del blanco al rojo y, por un momento, me da miedo que ataque a su propia madre—. ¡Rompisteis el testamento original! ¡Habéis ido en contra de las mismísimas órdenes de Magnus! ¿Ni siquiera eso hizo que os planteaseis que estabais haciendo algo mal? ¡Han muerto decenas de personas inocentes para llegar a este momento!

Pero Gwendoline no parece escuchar todos los reproches de su hijo. Solo se queda con un detalle, uno pequeño, casi irrelevante,

pero cargado de significado.

—¿Desde cuándo lo llamas así? —murmura ella con un tono más grave de lo normal. Aaron no les quita la vista de encima y yo tampoco—. Ya veo que la pequeña indigna te ha estado comiendo la cabeza.

—No me ha comido la cabeza. Me ha abierto los ojos a lo que vosotros mismos habéis demostrado con toda esta farsa: que solo sois unos mentirosos, borrachos de poder, personas capaces de poner sus ansias de controlar a todos por encima de la vida de decenas de jóvenes, segadores y rebeldes por igual, que han muerto por una causa que nunca fue real. —Entonces Marlowe se gira hacia Aaron y lo desafía con la mirada—. Lo que le ha pasado a tu hijo es lo que se merecía. Quise salvarlo, pero me alegro de que haya muerto así, sabiendo que ese vial estaba reservado para mí. Ojalá lo hubiera hecho antes. —Después, vuelve a hablarle a su madre—. Y tú… eres un ser despreciable. No tengo palabras para describir lo que le has hecho a esta familia. Podrías haberlo tenido todo, pero tus ansias de abarcar cada vez más te han llevado a perderlo.

Siento una oleada de orgullo al escuchar sus palabras, aunque sé que su respuesta le conllevará represalias.

—Ganaras o no El Ascenso, soy tu madre —me recuerda—. Y ahora, cállate y deja que solucionemos las cosas entre adultos.

Gwendoline utiliza su magia para ubicar la posición exacta de Aaron Aurigae. Después, una bola de fuego similar a la que usaba para castigar a Marlowe comienza a crecer entre sus brazos.

—Oh, venga, Gwen —le dice Aaron—. Esto no cambia las cosas. Podemos seguir adelante con nuestro proyecto. Juntos, mi amor.

La última frase me provoca una arcada. Doy un paso atrás, y deseo que Marlowe haga lo mismo, porque esto se va a poner feo. Sin embargo, él se queda ahí, esperando a que su madre reaccione a lo que Aaron le acaba de llamar. Pero no lo hace. En su lugar, le lanza directamente la bola de fuego, acompañada de un grito que retumba en el bosque. Por fin, Marlowe se aparta, pero Aaron se ríe.

—¿En serio? ¿Eso es lo mejor que puedes hacer?

Entonces Aaron chasquea los dedos y una decena de cuchillas aparecen flotando a su alrededor, levitando, a la espera de las instrucciones para asesinar a Gwendoline. La mujer, como si intuyera lo que va a suceder, crea un escudo a su alrededor.

Miro a Marlowe, intentando adivinar qué estará pasando por su cabeza. Lo veo sufrir por la pelea que está a punto de comenzar, pero, por otro lado, no creo que intervenga. Aaron lanza los cuchillos, que se convierten en polvo cuando se topan con la barrera protectora de Gwendoline. Y entonces la batalla se convierte en un intercambio de hechizos que no he visto nunca. Entre ellos se lanzan chispas, objetos, e incluso alteran la naturaleza del bosque, haciendo que él también sea parte de su enfrentamiento, tal y como pasó en la primera prueba.

Ahora comprendo lo que antes ignoraba. Dejaron atrás muchas pistas, pero era imposible saber que estaban detrás de todo esto. Los envenenamientos de la segunda prueba también me podrían haber llevado a pensar que los Aurigae formaban parte de todo esto…, pero el veneno no es un elemento poco común. Incluso después de la guerra, cualquier persona podría acceder a uno, siempre que supiera a quién preguntar.

La batalla entre ellos se vuelve cada vez más cruenta. Y, al mismo tiempo que la intensidad crece, el oxígeno disminuye. Me llevo la mano al pecho, sintiendo por primera vez que me ahogo sin haberme movido del sitio. Miro a Marlowe para asegurarme de que está bien y lo encuentro en una posición similar.

—¡Marlowe! —lo llamo, por encima de los gritos de Aaron para liberar su frustración contra Gwendoline.

Un fogonazo de espinas y ramas sale disparado hacia Aaron, quien logra esquivar la mayoría, a excepción de algunas que se le clavan en el pecho y el hombro izquierdo.

—Hazel —responde él—. Vete.

—No.

—Vete, por favor. Ya puedes huir, puedes marcharte de aquí. No tienes por qué quedarte —insiste.

Pero él no entiende que no le quiero dejar atrás.

—No puedo, Marlowe.

—Claro que sí. Conoces de sobra el hechizo para transportarte. —Me echa en cara, entre jadeos—. Fuiste la primera de la clase en aprenderlo, ¿recuerdas?

Se me escapa una sonrisa con ese comentario.

—Sí, pero no me refiero a eso. Me quedaré aquí, contigo. No te dejaré solo.

Marlowe agita la cabeza.

—Vete, Hazel, busca un lugar seguro. Busca a Serenity.

Aprieto los labios en cuanto me doy cuenta de las cartas que está jugando Marlowe.

—No lo haré. No me iré sin ti —le repito.

—Hazel, te lo estoy pidiendo por favor.

La pelea entre Gwendoline y Aaron se intensifica todavía más, hasta el punto de que parece que ambos caerán fulminados en cualquier momento. Ella tiene dificultades para mantener su respiración en un ritmo normal y Aaron hace tiempo que está jadeando. El sudor le cae por la frente y las mejillas, dándole un aspecto aún más sádico.

—No te dejaré solo.

—Por favor —me suplica de nuevo, perdiendo la paciencia.

Me niego a abandonarlo. Como puedo, a causa de la falta de aire, me muevo hacia él y lo cojo de la mano.

—No puedo, Marlowe. El contrato con tu madre... —murmuro, casi sin aire—, pero no me encontrarás nunca.

Él parece tomárselo a risa y me frustra no tener tiempo para explicarle todos los detalles ahora. Recordarle que no podrá reconocer mi rostro en cuanto salga de aquí. Debí haberlo hecho antes, pero nunca pensé que el contrato que firmé con su madre sería un problema. Nunca imaginé que El Ascenso fuera una farsa orquestada por dos traidores que pelearon, y siguen haciéndolo, para ver quién se queda con más poder.

—Por supuesto que lo recordaré. Te lo prometo —jadea.

Pero yo niego con la cabeza.

—No puedo discutir esto ahora, pero créeme. Esta será la última vez que nos veamos, Marlowe —le respondo, luchando para seguir en pie. Me caigo de rodillas sobre la superficie del bosque y él baja al suelo conmigo—. No me podrás encontrar.

—Prometo que te buscaré, Hazel. Quemaría el mundo entero para protegerte y no dejaría que una sola llama te rozara la piel.

En ese momento, Aaron cae al suelo.

—Que te jodan, cabrón. Dale recuerdos a la Muerte de mi parte —murmura la madre de Marlowe.

Los dos nos giramos justo a tiempo para ver a Gwendoline Malenfant acabar con la vida de Aaron, lanzando un rayo verde y morado que le impacta en el centro del pecho. Aaron grita, pero el sonido se evapora enseguida. Cae hacia atrás, perdiendo el equilibrio, y se despide de este mundo con los ojos muy abiertos, capturando todavía un atisbo de asombro en ellos.

—Hazel. Ahora.

El tono desesperado de Marlowe me hace volverme hacia él. Lo miro a los ojos, sabiendo que será la última vez que vea esas facciones que he aprendido a amar.

Con mucho cuidado, lo cojo de las manos. Me gustaría llevarlo conmigo, ponerlo a salvo, tenerlo a mi lado después de todo lo que hemos vivido…, pero sé que tiene muchos asuntos que cerrar todavía.

Así, sintiendo como si me arrancaran el corazón del pecho, le suelto las manos, sin despegar mis pupilas de sus ojos azules, y le dedico en un susurro dos últimas palabras.

Entonces desaparezco.

53

MARLOWE

Hazel se desvanece en el aire. Sus palabras me acompañan como un eco que dudo que se extinga de mi mente jamás. Todavía puedo sentir su aroma durante unos segundos, pero poco después solo queda el frío y el silencio.

Me pongo de pie con dificultad y me acerco a mi madre. A nuestro alrededor están los cuerpos de Alec y Aaron Aurigae. Ella da un paso a tientas hacia mí y trata de ponerme la mano en el hombro, pero la aparto. Su tacto me repugna.

—Hijo… —murmura ella.

Pero no la quiero escuchar. No quiero saber nada de lo que tenga que decirme, porque ahora al que le toca hablar es a mí.

—Yo no soy tu hijo, nunca te has comportado como mi madre —le espeto con los dientes apretados—. Nunca has pensado en mí. Tu propia avaricia te ha consumido y, al final, te has quedado sin nada. Has perdido todo lo que tenías y hoy también me vas a perder a mí.

Pero ella chasquea la lengua.

—Entiendo que estés enfadado, cariño…

—¡Basta! —grito.

Una bandada de pájaros huye del bosque.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? —me propone ella, haciendo oídos sordos a lo que le digo.

Pero yo no tengo ningún lugar al que ir. Y eso, por difícil que parezca, hace que me sienta libre. No puedo ir a ningún lugar y, al mismo tiempo, puedo ir a donde quiera. Puedo pasar la noche en una taberna, en un parque o incluso en un barco en dirección a América.

—No me iré contigo.

—Marlowe, entiendo que todo esto es muy difícil para ti —vuelve a insistir—. Pero tienes que entender que siempre he actuado pensando en nosotros.

—¡Mataste a mi padre! —le suelto, con dificultad para coger aire después. La atmósfera es asfixiante, pero no hay nada peor que comprender que siempre has vivido una mentira. Que nunca tuve un suelo real bajo mis pies, que siempre viví sobre unas arenas movedizas que otros controlaban por mí.

Ella exhala, con una expresión abatida que ya no me creo.

—No lo maté. Tu padre ya estaba enfermo y nunca sería el mismo. Lo ayudamos a reunirse con la Muerte de una forma pacífica. Eso, aunque no lo creas, es un acto de amor, Marlowe.

Se me escapa una risa, porque no me esperaba ese comentario.

—¿Amor? ¿Alguna vez has sentido amor en tu vida, Gwendoline? Creo que confundes esa palabra con las ansias de poder, con controlar a los demás, con tener a todo el mundo a tu servicio, actuando por ti mientras tú te quedas en casa después de mover todos los hilos. Pero yo ya me he cansado de ser una marioneta rota. Y ya no quiero tu atención, tu compasión ni tu supuesto amor.

Mi madre agita la cabeza. Y su rostro se contrae en una mueca de desagrado. Bajo la luz de la luna, con la extenuación del duelo y el desgaste de la guerra, parece mucho más mayor de lo que nunca la he visto.

—Nunca podrás encontrarla, Marlowe. Lo sabes, ¿verdad? Firmó un contrato conmigo con una cláusula que ella misma exigió. Ahí se decía que ningún miembro de la familia Malenfant podría dar con ella en el futuro —me informa. Sus ojos ciegos están fijos en los míos, aunque no pueda ver el dolor en ellos a medida que comprendo lo que Hazel quería decirme—. Su rostro se convertirá en un borrón. Si te la cruzas por la calle, será como si no la hubieras visto. Si le escribes una carta, nunca llegará a su destino, probablemente se perderá por el camino. Déjala vivir y recuerda que ha tenido suerte de haber sobrevivido a todo esto. Ha sido muy afortunada, Marlowe. Ahora olvídala.

Pero no entro en su juego, porque sé que eso es lo que quiere: distraerme para ablandarme y después aprovechar mis debilidades para controlarme. Y eso ya se acabó.

—A mí tampoco me encontrarás —asevero con la voz rasgada—. No quiero saber nada de vuestros estúpidos juegos y manipulaciones mentales. Los segadores podrán haber ganado la guerra, pero tu ambición desmedida ha sido la culpable de destruirlos desde dentro. Nadie quiere dar la vida por una causa vacía y la Muerte no te esperará al otro lado para darte la enhorabuena, *madre*. Ni yo tampoco.

Sin esperar su respuesta, me desvanezco. Todo se vuelve confuso a mi alrededor mientras pienso a qué lugar quiero viajar. Podría ir a cualquier sitio en el que ya haya estado antes y justamente eso me

hace dudar sobre mi próximo destino. Pero antes, hay otro lugar al que debo ir.

Sigo viajando, rodeado de un humo espeso, hasta que aparezco en un lugar que conozco muy bien. Me recibe el olor a humedad, que nunca me ha resultado tan desagradable como ahora. Tomo una bocanada de aire, acostumbrándome a esta nueva sensación de respirar sin problemas, y me doy cuenta de que no estoy solo. El basilisco no se sorprende al verme. Parece que me estuviera esperando.

Hasss ganado. Enhorabuena.

Pero ni siquiera me molesto en responderle.

—Vete. Te libero de toda esclavitud hacia la familia Malenfant, a ti y a tus descendientes. A partir de ahora eres libre.

La bestia se agita, sin parecer entender la magnitud de mis palabras. Y entonces, sin dar las gracias ni despedirse, se marcha en dirección al lago.

Subo de dos en dos las escaleras del vestíbulo y voy al segundo piso como una exhalación. Me abalanzo al interior de la habitación de Hazel. Pero, por supuesto, no está ahí. En su lugar, las tres chicas *mirrorem* me lanzan una mirada de pánico.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Hazel? —les pregunto, atacado de los nervios.

Ellas niegan con la cabeza al unísono, asustadas de establecer contacto visual conmigo. Por desgracia, las entiendo, y me siento mal por haberlas ignorado durante tantos años.

—¿No ha pasado por aquí en los últimos minutos?

Pero las tres vuelven a negar.

Se me cae el mundo encima y, sin ser consciente de lo que mi cuerpo está haciendo, me apoyo sobre el marco de la puerta y suelto un grito de rabia. Dejo salir toda la tensión que he estado acumulando en las últimas horas, días y semanas.

Desesperado, me abalanzo sobre la mesilla de noche y me aferro a su diario. Quizá este cuaderno ajado sea lo último que me quede de ella, y antes que perderlo prefiero que me arranquen un brazo.

Las tres chicas se miran entre ellas sin comprender lo que está sucediendo.

—Por favor, marchaos. Abandonad la mansión. Coged el dinero que encontréis y salid de aquí cuanto antes. Yo os libero de todas vuestras cargas y vuestra servidumbre a la familia Malenfant. Desde ahora mismo sois libres. —Pero ninguna de ellas se mueve, y pierdo la paciencia—. ¡Marchaos!

Mi grito las hace reaccionar y las tres se levantan de un salto. Corren hacia la puerta y, cuando están a punto de pasar por mi lado, las paro con un gesto con el brazo.

—¿Sabéis dónde ha podido ir?

Vuelven a negar. Un suspiro escapa entre mis labios.

Dos chicas se marchan, huyendo a la planta baja, pero una se queda mirándome.

—Por favor —le suplico—. Necesito encontrar a Hazel. Hemos ganado El Ascenso, pero no quiero seguir aquí. No quiero ser una marioneta de su juego. Solo necesito encontrarla para asegurarme de que está bien. Pasaré el resto de mi vida tratando de compensar los errores que cometí y cargaré con ese peso para siempre. Solo te pido que me digas si tengo alguna forma de encontrarla. Si alguna vez te mencionó algo…

La chica se muerde el labio y se lleva la mano a la boca. Solo entonces me acuerdo de cuando, años atrás, mi madre les amputó a cada una un dedo diferente para diferenciarlas. Se me revuelve el estómago.

—Dibujó en la pared. Debajo del papel.

Nada más escuchar su voz, se me para el corazón. No sabía que podían hablar, pero eso implicaba una cosa importante: el hechizo estaba mal hecho. Si mi madre se había equivocado con ese, quizá también dejó alguna laguna en el contrato con Hazel que me permita encontrarla.

—Muchas gracias…

—Nicole —termina ella.

—Nicole —respondo, pronunciando su nombre por primera y última vez—. Ten mucho cuidado.

—Y tú. Suerte.

Me despido con un asentimiento de cabeza y ella se va, siguiendo a sus clones. Corro hacia el interior de la habitación y busco algún lugar en el que se haya despegado el papel de pared previamente. Alguna grieta, cualquier indicio que me sugiera que puede haber una pista debajo. Con el corazón desbocado, utilizo mi magia para arrancarlo todo, hasta que justo encima del cabecero de su cama aparece un dibujo. Doy unos pasos hacia él y distingo una nutria.

Memorizo cada detalle, cada uno de los trazos…, y salgo de ahí. Subo al cuarto de mis padres y rebusco entre los cajones para encontrar el contrato, pero no puedo perder tanto tiempo. Salgo de ahí con las manos vacías y bajo las escaleras a toda prisa, llegando entre jadeos al vestíbulo.

No echo un último vistazo a la que fue mi casa durante todos estos años. No me giro para decirle adiós. Solo lo hago cuando estoy en el jardín, lejos de esa puerta que atravesé el día que terminó la guerra. Con el diario bajo el brazo, extiendo los brazos hacia ella y me quito los guantes para canalizar mi poder. Y entonces le prendo fuego. El mismo fuego que un día me quemó las manos.

Lucho contra la humedad hasta asegurarme de que el fuego penetra en el interior de la mansión, llamando a todas las puertas, creciendo piso por piso hasta empezar a consumirlo todo. La fachada se va oscureciendo, aunque esté iluminada por las llamas naranjas. En el torreón, los cuervos alzan el vuelo, libres al fin.

Me quedo unos segundos mirando mi creación, recuperándome del esfuerzo que acabo de hacer, y grabo la escena en mi mente. La casa empieza a doblarse en formas extrañas, cediendo ante las llamas que devoran con rapidez la madera, las moquetas y los cuadros.

Y entonces le doy la espalda y me alejo caminando.

No sé a qué lugar me dirijo, pero estoy seguro de que, con cada paso que doy, estoy más cerca de llamarlo hogar.

EPÍLOGO

MARLOWE

Londres me recibe con frío, niebla y lluvia. Una combinación perfecta para haber salido con tan solo un abrigo fino y unos zapatos con una adherencia cuestionable al pavimento. Bajo del tren en la estación de King's Cross, agarro con fuerza mi maleta y cojo aire en cuanto pongo los pies en la calle. Londres tiene ese olor tan particular que no existe en ningún otro lugar del mundo y que, por algún motivo, me atrae como un imán a sus calles de ladrillo, el sonido de las bocinas de los coches y sus imponentes fachadas.

Me acerco a la calzada y llamo la atención del primer taxi que pasa. El vehículo negro frena justo delante de mí y me refugio en su interior con rapidez para evitar que se me siga mojando el pelo.

—Al Museo de Historia Natural, por favor.

Sé que va a ser un viaje tranquilo porque el conductor no responde. Tan solo asiente con un gruñido y se dedica a sortear el tráfico durante la media hora de trayecto hasta South Kensington.

Apoyo la cabeza contra el cristal de la ventanilla, con una ligera esperanza de conseguirlo esta vez, aunque sé que es la décima vez que me lo planteo en el último mes. Las visitas a Londres se han

vuelto tan rutinarias que a veces me siento como uno más en esta ciudad llena de humo y suelos mojados.

Desenfoco la mirada a través del cristal manchado de gotas de agua y pienso en el funeral de mi madre y en las pocas personas que han asistido esta mañana, una prueba más de que, siete años después del final de El Ascenso, los segadores no son ya más que un recuerdo oscuro y lejano en la historia de la magia.

Durante estos siete años todo ha permanecido agradablemente tranquilo. Sin el liderazgo de Magnus, sus seguidores se fueron dispersando y acabaron aceptando su destino, abocado al fracaso. Las familias se centraron en lamentar las pérdidas de sus seres queridos, ya fuera en la guerra o en el torneo. Incluso el rencor en los días posteriores a El Ascenso se ha apagado para siempre. Desde entonces es como si el mundo mágico no hubiera existido, como si todos hubiéramos pactado de forma silenciosa que viviríamos escondidos, cada vez más mezclados con la gente sin poderes, dejando que nuestra magia se debilitara hasta quedar diluida.

El taxi atraviesa unos baches que me devuelven al presente. Han pasado siete años desde que vi a mi madre por última vez… hasta hoy, que me la he encontrado en un ataúd. La soledad, los delirios y el abuso de sustancias la han llevado a dejarme como único heredero del apellido Malenfant, un linaje que terminará conmigo. Como un mal hijo que rompió con todo y acabó con toda su estirpe.

Tras un giro a la izquierda, el taxi acelera para apurar y pasar un semáforo antes de que se ponga en rojo. Pasamos por delante de la fachada del Hotel Ritz, que ya ha colgado las decoraciones de Navidad, y también dejamos atrás el lugar exacto donde Hyde Park da paso a los jardines posteriores a Buckingham Palace. El vehículo

sube por Brompton Road, reduce la velocidad al pasar junto al icónico edificio de Harrods y se detiene unos metros más adelante.

—Museo de Historia Natural, señor.

Pago con un billete y le pido que se quede el cambio.

La tormenta no arrecia, pero, aun así, en cuanto me bajo del taxi me quedo quieto unos segundos en la acera para admirar el edificio que alberga la colección del museo. Después, atravieso sus verjas y saludo a los guardias de seguridad mientras me refugio en su interior. Una oleada de calor me recibe, llenándome de esperanza, aunque soy consciente de que, tras tantos años de búsqueda, las posibilidades de encontrarla son ínfimas. Aun así, con una maleta pequeña en una mano y una promesa por cumplir en el corazón, me adentro en el museo.

Durante años he buscado cualquier conexión de Hazel y su pasado. He recorrido decenas de pueblos cuyos nombres aparecían en su diario, desesperado por encontrar algún rastro de su presencia. Siete largos años tratando de dar con alguna pista, algún mensaje secreto... sin éxito. Hasta esta mañana. Abro el bolsillo exterior de mi maleta y saco la postal que he recibido hace apenas unas horas. A simple vista, podría ser un recuerdo cualquiera de Londres, una fotografía sencilla del Museo de Historia Natural, pero el corazón todavía se me acelera cuando leo el mensaje escrito por la parte trasera:

Siempre le gustaron las nutrias.
—S.

Es curioso cómo el cerebro humano es capaz de memorizar una caligrafía, incluso después de todo este tiempo. Siempre recordaré la extraña forma que tenía Serenity Spic de dibujar las eses de su nombre. Vuelvo a sonreír al releer su breve nota al reverso de la postal. Está viva. Y seguramente aquí, en Londres. La simple sensación de tener un nuevo hilo del que tirar, una nueva oportunidad de encontrarla, me ha hecho levantarme de un salto y comprar el primer billete que saliera hacia Londres sin mirar el precio.

Esquivo a un montón de personas que han hallado aquí un lugar en el que guarecerse de la lluvia. Algunas se detienen a consultar el mapa. Otras, miran fijamente los animales al otro lado de la vidriera, como si fueran a cobrar vida por arte de magia.

Como si no conociese el recorrido de memoria, me dejo guiar por los carteles del museo hasta llegar al lugar donde está la nutria disecada. Me acerco a ella, despacio, observando sus ojos negros, idénticos a los del dibujo que hizo Hazel en su pared de la mansión. La miro como si pudiera darme alguna respuesta. Y entonces recuerdo que puedo usar mi magia. Después de tantos años ocultándola, se me olvida muchas veces que hubo un día, casi en otra vida, donde fuimos a un colegio para que nos enseñaran a controlarla y potenciarla.

Sin que nadie me vea, hago un movimiento rápido con la mano para buscar trazos de magia. Unos restos morados se iluminan en esta zona. El corazón se me acelera. Tiene que ser aquí. Me doy la vuelta, pensando en que Hazel estará esperándome, pero me doy de frente con un turista que está esperando a que me aparte para poder ver la nutria de cerca.

Agacho la cabeza mientras salgo de ahí.

Por supuesto, no iba a ser tan fácil. Además, esos trazos podrían ser de cualquier persona, incluso llevar ahí muchos más años de los que yo llevo buscando a Hazel. Me siento en un banco y paso las siguientes horas observando a los visitantes hasta que los trabajadores avisan de que el museo va a cerrar. Apuro hasta el último minuto, pero no aparece nadie que pueda reconocer.

Quizá el contrato de mi madre siga funcionando, a pesar de que haya muerto. En teoría, en el momento de su fallecimiento debería haber perdido su efecto legal. Pero, después de tanto tiempo buscando a Hazel, comienzo a pensar que quizá nunca pueda reconocerla, incluso si la tuviese a tan solo unos centímetros de mí.

Abandono el museo por la entrada principal y, justo cuando están cerrando las puertas a mis espaldas, me doy cuenta de que me he olvidado la maleta en el banco donde he pasado horas sentado. Me giro y le explico la situación al guardia de seguridad, que me ve tan desesperado que accede a dejarme volver, aunque ya están apagando las luces.

El corazón se me encoge solo de pensar en perder la posible pista de Serenity, pero, sobre todo, su diario, lo último que me queda de Hazel. Ese cuaderno de letra irregular que contiene la mitad de su vida y es lo único que me aferra a mí a la mía.

Camino por los pasillos con paso acelerado, haciendo el mismo camino de vuelta, y al final corro hasta llegar a la vitrina de la nutria y me detengo de golpe, a tan solo unos metros.

Veo a alguien frente a ella. Una figura mediana, de pelo oscuro y rizado, observa fijamente al animal, separada de él tan solo por el cristal. Me detengo antes de que pueda escucharme y me acerco

despacio. Doy un paso detrás de otro, compensando el miedo con la ilusión. Me detengo cuando estoy justo a su lado.

No me atrevo a tocarla. No me atrevo a llamarla por su nombre.

Ella se percata de que estoy ahí, a su lado, y se gira muy lentamente, como si hubiera esperado siete años para encontrarme y ahora quisiera apurar unos segundos más.

Entonces la veo. Mis ojos azules se pierden en el verde de los suyos, que me sonríen, y la oscuridad se enciende en sus pupilas.

Toda una vida después, por fin he encontrado mi verdadero hogar.

AGRADECIMIENTOS

Quince libros. Quince libros publicados y todavía no me acostumbro a poner un punto y final, pero aquí estoy de nuevo intentando concentrar en unos pocos párrafos todo lo que ha supuesto esta historia para mí.

Malenfant ha sido un gran reto personal y profesional, y a pesar de los momentos de agobio, he disfrutado muchísimo durante el proceso de escritura. Me alegro tanto de haber dado el paso y haber empezado a escribirlo después de años con esta idea rondando por mi cabeza... En ocasiones, pensé que nunca saldría a la luz. Que solo sería un puñado de folios en una carpeta olvidada en un cajón.

Por eso, quiero dar las gracias en primer lugar a mi editora, María Terrén, por haberme animado a abrir ese cajón y escribir esta historia de una vez por todas. Gracias por confiar en Hazel y Marlowe, pero sobre todo gracias por confiar en mí. El libro existe y brilla gracias a tu luz, tu talento y ese ojo experto al que no se le escapa ni una.

Gracias a mis padres, porque siempre estáis en cada paso de mi camino literario, apoyando todos mis libros y mi contenido literario en redes sociales.

Gracias a Juan, por haber traído amor, paz y seguridad a mi vida, que me han permitido escribir este libro desde la calma y la

confianza en mí misma.

Gracias a Emma, por ser mi lectora beta y la única persona capaz de escuchar audios de más de treinta minutos sobre esta historia (y quejarse porque me he quedado corta). Me alegro tanto de que un día aparecieras como una lectora más en una de mis firmas y me preguntaras quién me presentaba en mi próximo evento en Huesca...

Gracias a Inés, Celia, Josu, Adriana, Julia, Tamara, Marta y todas mis amigas que seguís de cerca mis libros, los apoyáis y los leéis. ¡Es tan bonito compartir este camino literario con vosotras! Me siento muy afortunada.

Gracias al increíble equipo de RBA que ha trabajado en mis libros. A Raquel West, la ilustradora de la cubierta, correctores, maquetadores, revisores... a todas las personas que han formado parte de este proceso. Lo he dicho varias veces, pero lo repito: vuestro talento y trabajo jamás podrán ser sustituidos por una máquina. En particular, quiero dar las gracias a la editorial por haberme dado la oportunidad de publicar este libro en tapa dura, con guardas preciosas y cantos pintados, tres cosas que jamás había tenido en estos diez años como escritora, y todavía no puedo creer que sean reales.

Gracias también a todo el equipo de Antonia Kerrigan, en especial a Hilde, por acompañarme en mi camino literario siempre con diligencia, cercanía y una gran sonrisa.

Sé que siempre os dejo para el final, pero es que quiero explayarme con calma. GRACIAS a todas las personas que leéis mis libros. A los que solo lleváis uno (quizá este sea el primero), dos, cinco o quince. Nada de esto sería posible sin vosotros. Me siento

sumamente afortunada de poder seguir teniendo un hueco en el mundillo literario y eso es gracias a que seguís ahí detrás de cada historia, de cada firma y de cada vídeo que subo a redes sociales. Gracias a las personas que me leéis desde Latinoamérica. Aunque estemos lejos, no os olvido. Vuestro apoyo es imprescindible y el cariño que me mandáis lo percibo incluso a miles de kilómetros de distancia. En unos meses me caso y seré medio peruana, así que os aseguro que utilizaré esto como excusa para cruzar el charco más a menudo.

¡GRACIAS!

ANDREA IZQUIERDO (Zaragoza, 1995) es escritora y emprendedora. Trabaja en el sector editorial desde hace más de diez años y ha publicado quince libros, entre los que destacan la saga Otoño en Londres y la trilogía La chica del Zodiaco. Estudió Derecho y Administración de Empresas en la Universidad de Zaragoza y ha cursado el Máster de Edición en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

En la actualidad, trabaja para diversas empresas líderes del sector editorial, además de escribir, recomendar libros en Instagram y TikTok para miles de personas y de dar charlas de fomento de la lectura. Tiene fobia a las ballenas y a las masas de agua incómodamente grandes. Adora los animales, Harry Potter y los días de lluvia con un buen libro entre manos.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com